temas de hoy

Animales

Susan Orlean

Todo lo que ellos saben y nosotros no sobre lo esencial de la vida

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
INTRODUCCIÓN
EL PÁJARO DE MODA
PERRO DE CONCURSO
LA DAMA DE LOS TIGRES
CABALGANDO ALTO
PEQUEÑAS ALAS
ACCIÓN ANIMAL
¿DÓNDE ESTÁ «WILLY»?
«CARBONARO» Y «PRIMAVERA»
REALISTA
EL ENCANTADOR DE LEONES
LA PANDEMIA DE LOS CONEJOS
LA BESTIA PERFECTA
PERRO PERDIDO
DONDE LOS BURROS TRABAJAN
EN LA GRANJA
AGRADECIMIENTOS
CRÉDITOS DE LOS TEXTOS
CRÉDITOS DE LAS ILUSTRACIONES
SUSAN ORLEAN
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

En Fez, una clínica muy peculiar se encarga de ofrecer descanso a los burros que llevan toda su vida abasteciendo el gran mercado. En Islandia, la ballena más famosa del mundo es incapaz de aprender a disfrutar su libertad. En Nueva Jersey, una vecina deja escapar a uno de los más de veinte tigres que tiene como mascotas. Allá donde miremos, las interacciones entre humanos y animales provocan relaciones de amor y poder, miedo y cariño, luchas y entendimientos. Y a Susan Orlean le encanta mirar y, sobre todo, contar.

Tan profundas como divertidas, las historias de *Animales* exploran las infinitas posibilidades que surgen cada vez que una persona y un animal cruzan sus caminos. A través de la agudísima prosa de Orlean, somos testigos de cómo nos relacionamos con el mundo animal y cómo este nos sigue sorprendiendo cada vez.

Animales

Todo lo que ellos saben y nosotros no sobre lo esencial de la vida

Susan Orlean

Traducción de Juan Trejo

temas de hoy

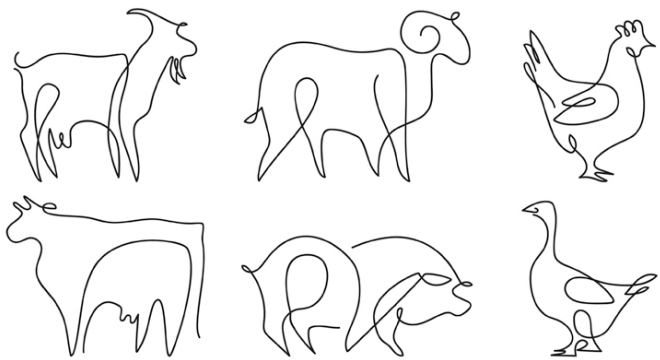
Para John y Austin, y para Ivy, Buck *y* Leo
y Cooper *y* Molly *y* Duffy *y* Laura *y* Beauty
y Helen *y* Tweed *y* Mabel *y* Sparky *y*...

En un principio, los animales penetraron en la imaginación como mensajeros y promesas.

JOHN BERGER,
Why Look at Animals?

INTRODUCCIÓN

ANIMALERA



Antes de los gatos, antes de los perros, antes de las gallinas, antes de los pavos, antes de los patos, de las gallinas de Guinea, del pez luchador de Siam y de las Black Angus, yo ya era un poco animalera. No me refiero solo a mi niñez, pues todos los niños aman a los animales y, de algún modo, son animaleros de forma natural. Tampoco me refiero solo a cuando era joven, esa edad de oro en la que, al igual que millones de chicas a lo largo de la historia de la humanidad, caí en la fascinación adolescente por los caballos y, en menor medida, por los cachorros en general. Lo que quiero decir es que, de un modo u otro, en todos los tipos de vida que he llevado, los animales siempre han tenido algo que ver conmigo. Han formado parte de mi existencia incluso cuando no

tenía animales de ningún tipo; y, cuando sí los he tenido, siempre han conseguido abrirse un hueco hasta ocupar el centro del escenario.

¿Ha sido una mera cuestión matemática? Es decir, ¿han orbitado a mi alrededor más criaturas que en la vida de otras personas? ¿O es solo porque soy más capaz de notar su presencia y permito que se acerquen a mí un poco más de lo que lo hacen otras personas? Es innegable que en todo ello ha habido un factor que responde a la serendipia. Por lo visto, tengo una tendencia superior a la media a cruzarme con animales en mi camino. En 1986, cuando me mudé a Manhattan, me resigné a llevar a partir de entonces lo que yo suponía que sería una vida con escasa presencia de animales, más allá del ocasional perro, que podían ser uno... o dos. El día en que me instalé en mi nuevo apartamento, desempaqueté unas cuantas cajas y después salí a tomar un poco el aire. En cuanto puse un pie en la acera, me topé con un hombre que había sacado a pasear a un conejo atado con una cadena de plata. Me volví para observarlo, boquiabierta. El hombre no fue consciente de mi sorpresa: estaba demasiado ocupado intentando lidiar con el conejo, que era enorme, de color café y evidentemente irascible. Cada vez que el hombre daba un paso, el conejo tiraba de la cadena hasta tensarla por completo y solo entonces, tras una fría mirada, se decidía a dar un débil saltito, de mala gana.

—Por favor, *Rover*, por favor —gritaba el dueño del conejo con un tono de voz dolido y exasperado—. Venga, buen chico, *Rover*. ¡Vamos, chico! ¡Salta!

*

Crecí desesperada por tener animales. Cuando era niña —unos cuatro o cinco años—, teníamos una gata, pero hacía vida fuera de casa y solo entraba para comer; una visita tan veloz y práctica que la hacía parecer, más que la gata de la familia, una representante de algún tipo de entidad benéfica para gatos callejeros enviada para recoger nuestra aportación a la causa. Quise tener un perro desde muy corta edad, pero a mi madre le daban miedo y

amenazaba con subirse a una silla y chillar mientras agitaba la falda si alguna vez se nos ocurría traer uno a casa. Por ese motivo no teníamos perro y yo sufría por ello. De vez en cuando, me ofrecía a pasear —o, para ser más exacta, lo suplicaba— los perros de los vecinos, pero vivíamos en las afueras y la mayoría de los perros estaban encerrados en jardines vallados y no necesitaban salir a pasear. Los domingos leía la sección «En venta: perros, gatos, etc.» en los clasificados del periódico como si fueran cartas de amor, señalando los anuncios y enseñándoselos a mis padres. Mi padre solía decir: «Pregúntaselo a tu madre». Mi madre se estremecía y contestaba: «¿Qué voy a hacer yo con un perro?».

Pero, al final, mi hermano, mi hermana y yo acabamos echando abajo sus defensas. Llevamos a cabo una estrategia de marketing. Aparecimos con un anuncio del whisky escocés Black & White donde salían un par de perros adorables: un terrier escocés negro como la tinta, de aspecto elegante, y un terrier West Highland blanco con una cara muy graciosa y el pelaje más limpio y brillante del mundo. Como el miedo de mi madre a los perros tenía que ver también con que podrían esparcir una suciedad continua por toda la casa, creímos que la deslumbrante blancura del westie podría funcionar. Y así fue. Al cabo de unos días, teníamos en casa un cachorro de westie.

*

Adoraba a nuestro westie aunque, a decir verdad, a mí me tenían robado el corazón los pastores alemanes, porque desde hacía tiempo habían dejado huella en mí *Las aventuras de Rin Tin Tin* y, por encima de cualquier otra cosa en el mundo, deseaba tener un perro idéntico a la estrella de la serie de televisión. Pero me emocionaba la idea de tener un perro independientemente de su raza. En esa misma época, un compañero de clase, un niño que siempre tenía mocos en la nariz y ramitas, piedras y hojas en los bolsillos, me regaló una ratoncita. Aún no sé cómo fui capaz de convencer a mi madre para que me dejase quedarme con ella. Aquella pequeña criatura era de un hermoso color caramelo, con

suaves patitas blancas y ojos color rubí. La llamé *Sparky* y fingí que era una especie de ratoncita de concurso: le fabriqué un montón de cintas y trofeos falsos y le decía a la gente que las había ganado en certámenes de ratones.

Cabría suponer que con mi ratoncita de concurso y mi limpio y blanco westie ya estaba satisfecha, pero yo seguía sintiendo que mi relación con los animales tenía que ir a más; todavía no tenía un poni, por ejemplo. Inicié una campaña para conseguir uno, sin ningún éxito. Mientras tanto, una tarde, llevé a *Sparky* a la casa de mi compañero de clase para que pudiese tener una cita con su ratón. Lo siguiente que supe fue que *Sparky* empezó a preparar un nido en su jaula y no tardó en poblarlo con cinco crías, que eran lo bastante pequeñas como para salirse de la jaula sin siquiera rozar los barrotes. Cuando mi madre vio a una de las crías de *Sparky* deslizándose por el suelo de la cocina y desaparecer bajo el lavavajillas, sí que saltó sobre una silla gritando y agitando la falda. Me había pasado de la raya. Ningún otro animal vendría a sumarse a mi colección mientras siguiese viviendo en casa.

En cuanto entré en la universidad, me dispuse a buscar novio y perro. Sabía que tener perro durante la carrera era una locura. Mi horario era delirante, vivía en un apartamento de alquiler y no sabía qué iba a hacer después de graduarme; unas condiciones de vida que no auguran nada bueno en relación a las mascotas. Pero como estaba lejos de casa y lejos del perro de la familia, echaba de menos tener un animal conmigo. Además, me daba la impresión de que todos mis amigos en Ann Arbor tenían perro. Respecto a la raza que quería, mis gustos habían cambiado. En lugar de un pastor alemán, ahora deseaba un setter irlandés. No conocía a nadie que tuviese un setter irlandés, pero solía fantasear con otro anuncio de licor —creo que se trataba de un whisky irlandés— en el que aparecían un hombre y una mujer con gabardinas de color verde brillante, paseando a un par de perros de pelaje rojo y largas patas. Yo era una persona pelirroja, aunque con unas piernas no tan largas, y aquellos perros, con sus elegantes e inquietas expresiones y mi mismo color de pelo, me parecían la compañía ideal para mí.

Volví a los anuncios clasificados. De vez en cuando, salían a la venta cachorros de setter irlandés, pero eran tan caros que ni siquiera podía plantearme comprar uno. Pero, un día de septiembre, me puse unos vaqueros que no había llevado desde mi regreso de Europa, donde había pasado el verano estudiando. Uno de los bolsillos estaba tieso, pero cuando rebusqué dentro saqué una bola de papel arrugado y la desenrollé. Eran unos cheques de viaje por valor de 300 dólares que había olvidado que tenía. Lo lógico habría sido que emplease ese dinero en libros, en el alquiler o en la matrícula, pero encontrarlo de ese modo, por casualidad, me pareció una bendición; como si una fuerza invisible y benevolente me hubiese colocado trescientas monedas de oro en la palma de la mano. Lo tomé como una señal. Llamé a uno de los criadores de setter irlandés que aparecían en el periódico y le compré una cachorra de cuatro meses a la que llamé *Molly*.

*

Mis padres estaban consternados.

—¿Qué vas a hacer con un perro? —gimoteó mi madre.

Le dije que era consciente de las responsabilidades que entrañaba poseer un perro y después señalé que, como mínimo, tendría que valorar el hecho de que hubiese adquirido un perro y no un cerdo. Y no lo decía en broma. Hacía poco, alguien había aparecido por el campus con un diminuto y barrigudo cerdo vietnamita, y lo había visto corretear por ahí con el mismo tipo de pañuelo en el cuello que lucían todos los perros del campus. El día que llevé a *Molly* a casa, me fijé en que aquel cerdito rondaba por los arbustos cercanos a la biblioteca universitaria, con su pañuelo amarillo manchado de barro. Durante unos segundos, me dije: «Vaya, ¿no sería genial tener un cerdo? No —pensé al instante—, ni siquiera te lo plantees». Por desgracia, intentar que el hecho de haber adquirido un perro en vez de un cerdo pasase como un acto de madurez no tranquilizó a mi madre. Después de un largo silencio, suspiró y dijo algo así como:

—Ay, Dios mío, Susie. Tú y tus animales.

*

De vez en cuando me preguntan —incluso yo misma me lo pregunto— algo obvio: ¿por qué animales? No tengo una respuesta sencilla. Siento curiosidad por ellos. Me divierten. Me hacen compañía. Mirarlos resulta agradable. Algunos me proporcionan el desayuno. Creo que reacciono a los animales como lo harían los marcianos si aterrizasen en nuestro planeta: me gustaría conocerlos y hacerme su amiga, aunque sepa que no somos de la misma especie. Parecen tener algo en común con nosotros y, sin embargo, son extraños, inescrutables; resultan familiares pero misteriosos.

Molly tenía doce años cuando me mudé a Manhattan. Me preocupaba que la transición le resultase muy dura, pues nunca había vivido en un apartamento ni había montado en ascensor. También me preocupaba que me resultase difícil encontrar un apartamento de alquiler en el que permitiesen tener perros. Encontrar propietarios tolerantes con los perros había sido toda una pesadilla desde que me marché de Ann Arbor, donde, como en todas las ciudades universitarias, siglos de estudiantes dejados y sucios hacían que los perros pareciesen inquilinos responsables, por lo que no había ningún casero al que pareciesen importarle gran cosa. Después de graduarme me mudé al oeste, al territorio de los ciervos y los antílopes, por lo que supuse que los perros serían tan omnipresentes y bien recibidos como lo eran en Ann Arbor. Para mi sorpresa, la mayoría de los propietarios me rechazaron. Por otra parte, andaba buscando trabajo como asistente jurídico, que era lo único para lo que creía que podía servirme mi licenciatura en Letras, y fue entonces cuando descubrí una dura realidad: la mayoría de los empleadores, sobre todo en los bufetes de abogados, no animaban precisamente a sus trabajadores a que llevasen a sus mascotas a la oficina. Por fin estaba instruyéndome de verdad; era animalera, pero el resto del mundo podía no serlo en absoluto.

Supuse que en Manhattan las cosas serían incluso peores a la hora de encontrar un lugar para vivir en el que me permitiesen

tener perro. En aquella época, estaba casada con un hombre que acababa de licenciarse en Derecho y nos habíamos mudado a Nueva York porque él iba a empezar a trabajar en un bufete del centro. Decidimos buscar apartamento sin mencionar que teníamos perro. En lugar de eso, nos centramos en seducir a los propietarios, que quedarían tan impresionados con nosotros que se tomarían con más calma que les dijésemos, a última hora, lo de nuestra perra, mayor y tranquila.

Encontramos un apartamento grande, de dos habitaciones, en el Upper West Side, y concertamos un encuentro con el propietario para presentarnos y jugar nuestras bazas. Se trataba de un tempestuoso irlandés de cara roja con unas gafas de cristales gruesos que convertían sus ojos en pequeños puntitos azules. Le dijimos lo mucho que nos gustaba el piso y nos dio la impresión de que nosotros le gustábamos a él. Después de unos instantes, sacó de un cajón un bolígrafo y un contrato de alquiler en blanco.

—Veamos —dijo volviéndose hacia mi marido—. ¿Cómo se gana usted la vida?

—Soy abogado —respondió con cierto deje de orgullo.

Habíamos planeado hacer énfasis en eso. Ser abogado sonaba a algo estable, a inquilino digno, e imaginábamos que el hecho de que alguien con semejantes credenciales tuviese un perro, bueno, acabaría siendo un detalle sin importancia.

El propietario bajó el bolígrafo y volvió a meter el contrato en el cajón, cerrándolo de golpe. Se cruzó de brazos y se reclinó hacia atrás.

—Lo siento —dijo—. Nada de abogados. No alquilo a abogados.

Sentí que me desmayaba.

—¡Pero tenemos una perra! —solté sin ningún sentido—. ¡Una perra de doce años!

—Eso está bien —respondió él—. Con los perros no hay problema. Son los abogados los que no me gustan.

Tras una búsqueda frenética, al final logramos encontrar un apartamento que aceptaba perros y abogados y nos instalamos allí. Llegué a Manhattan pensando que *Molly* se sentiría sola. Pero casi

todos los vecinos de nuestro edificio tenían perro; uno como mínimo, quiero decir. Algunos tenían más de un perro. La mujer que vivía en el estudio de la planta baja tenía cuatro enormes bracos de Weimar de color gris. La masa corporal de aquellos animales debía de ocupar, como mínimo, tres cuartas partes de su apartamento. El vecino de arriba tenía un gran danés, que él me aseguró que era el perro ideal para un apartamento porque le gustaba pasarse tumbado la mayor parte del día. Resultaba difícil contar los gatos de Manhattan porque llevaban vidas invisibles, pero vi las suficientes latas de Friskies vacías en los contenedores de reciclaje como para saber que tenía que haber docenas de ellos. Y luego estaban los parques para perros: ¡había muchos y siempre estaban llenos, en todo momento! Para mi alegría, el apartamento estaba cerca del Metropolitan Museum, pero me impresionaba incluso más el hecho de tener cerca el zoo de Central Park. Antes de mudarme a Manhattan, imaginaba que allí no habría más criaturas que aquella caótica masa de seres humanos. No sé de dónde saqué esa idea. Lo irónico era que, seguramente, nunca había estado rodeada de tantos animales en toda mi vida.

*

Mis encuentros con los animales en Nueva York eran numerosos y, a veces, extraños. Un día, de repente, un canario se coló en mi apartamento (todavía sigo sin saber cómo o por qué entró). Encontré un parking barato donde podía dejar el coche y, al poco tiempo, descubrí que se encontraba justo al lado de una academia de equitación. ¡De entre los millones de aparcamientos que hay en la ciudad de Nueva York tuve que ir a dar con ese! Eran esa clase de detalles los que me hacían sentir que estaba predestinada a vivir cerca de animales, o a que ellos viviesen cerca de mí, ya fuese de manera voluntaria o por casualidad. Me encantaba que cada vez que iba a buscar el coche, me llegase con fuerza tanto el olor de los caballos como el del heno. No era así como había creído que olería Manhattan. De vez en cuando, un caballo sin montura se escapaba de su caseta y se colaba en el aparcamiento, rondaba entre los

coches, nervioso y con la mirada inquieta. El hombre que vigilaba el aparcamiento, un tipo diminuto y con muchas arrugas, conducía a los caballos de vuelta al establo ayudándose de una enorme escoba. Cada pocas semanas, un herrero aparecía en la academia de equitación para hacer su trabajo. Aparcaba la furgoneta en la acera, preparaba la forja y las herramientas y procedía a herrar caballos durante toda la jornada mientras los taxis y el resto de los vehículos pasaban rugiendo a su lado. El herrero, como no podía ser de otro modo, se había cansado de que la gente le hiciese preguntas cuando pasaba a su lado —después de todo, son muchas las preguntas que te vienen a la mente si ves a alguien herrando caballos en una acera de Manhattan—, así que había escrito una lista de respuestas para las preguntas más habituales («1. NO. NO LES HACE DAÑO. 2. CADA SEIS SEMANAS. 3. CLAVOS DE HIERRO») y la había colgado en su furgoneta. Si alguien se atrevía a hablar con él, hacía un gesto en dirección al cartel sin dignarse a alzar la vista.

*

Mi querida *Molly* murió durante mi primer año en la ciudad. Me quedé tan destrozada que pensé que nunca más volvería a tener perro. Fue un tanto extraño estar en la ciudad sin perro, así de repente, porque me había acostumbrado a pasar varias horas al día en el parque con ella. De algún modo, ella era mi pase de entrada a la distinguida, y de cierta forma privada, nación de los dueños de perro de Manhattan, con un idioma propio y toda una serie de rituales a los que *Molly* me había dado acceso. Sin ella me sentía como en el exilio. Dejaba atrás a toda prisa las zonas de los perros grandes de Riverside Park donde habíamos pasado juntas tantas horas.

También me divorcié en esa época, así que me quedé soltera por partida doble; sola por primera vez en casi veinte años. A veces, mi mente se adentraba en cuestiones de lo más oscuras. ¿Y si me enamoraba de alguien que odiase los perros? ¿Y si la otra persona no quería tener una cabra o un burro algún día? ¿Y si le gustaban los perros pero solo esos perritos falderos diminutos? ¿Y

si era —Dios no lo quiera— alérgico? «No —me regañaba a mí misma—, ni siquiera te plantees algo así.»

Pero entonces conocí a alguien que me gustó mucho y que me dijo, en nuestra primera cita, que había perdido la custodia de su perro en el divorcio y se sentía fatal por ello. Me lo tomé como una buena señal. Por otra parte, no solo sabía lo que era una vaca de las Tierras Altas de Escocia, sino que además me dijo que esperaba tener una algún día, no porque fuese ganadero (se dedicaba a las finanzas), sino porque creía que eran bonitas. ¿De verdad podía tener tanta suerte? Navegamos por las primeras fases de nuestra relación. Después tuvimos que enfrentarnos a nuestro primer día de San Valentín. Supuse que me regalaría flores. Él me dijo que había comprado entradas para ver *El Rey León* en Broadway. Qué tierno, pensé. Las entradas, según me explicó John, eran para una cita posterior. Me dijo que el día de San Valentín solo iba a venir a verme. Después añadió que había invitado también a su mejor amigo, Rick Lyon, a unirse a nosotros.

Me resultó un tanto extraño, pero pueden pasarte esta clase de cosas cuando empiezas a salir con alguien. Me puse una falda muy mona y unos pendientes largos y ordené el apartamento. Cuando John llegó, me miró de arriba abajo y me sugirió que me vistiese algo más informal. Me fastidiaba un poco que el tal Rick Lyon fuera a estar con nosotros; qué clase de romanticismo había en algo así, me pregunté. El hecho de que me pidiese que me cambiase de ropa no me sentó nada bien. Me metí en el dormitorio y salí con unos pantalones negros y un jersey de cuello alto.

—Genial, pero yo me pondría algo más informal incluso —dijo John después de evaluarme.

Estaba furiosa. Volví al dormitorio y lo cambié por una sudadera sucia y unos vaqueros. Cuando regresé al salón, John estaba enrollando mis alfombras.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté con acritud.

—Olvidé decirte que Rick ha traído a su hija —dijo John sin dejar de enrollar—. Es que me preocupan tus alfombras. Ya sabes cómo son los peques... Y ella es todo un animal.

¿He dicho ya que estaba enfadada? Pues ahora estaba hecha

una fiera. Lo único que me ayudaba a mantener la calma era decirme a mí misma que, con toda probabilidad, ese sería el último día de San Valentín que pasaríamos juntos. Además, le dejé bien claro que esperaba que volviese a colocar bien las alfombras en cuanto nuestros invitados se marchasen.

Por fin sonó el timbre de la puerta.

—Ya voy yo —dijo John señalándome una silla—. Tú, eh..., espera.

Miré hacia el techo. Oí cómo la puerta se abría y se cerraba. Cuando bajé la vista, segundos después, vi a un león sentado en el recibidor. No a Rick Lyon. Un león. Un león africano, de pelaje rubio oscuro y jadeante, con orejas redondas y suaves y garras grandes como guantes de béisbol, tumbado sobre el suelo sin alfombras. El dueño del león y tres agentes de policía fuera de servicio estaban detrás del animal, sujetando su correa. El león le echó un vistazo al apartamento y después fijó sus ojos dorados en mí. John me grabó en vídeo en ese preciso momento, y mi expresión se parece mucho a la de las personas que aparecen en esos anuncios de la Publishers Clearing House cuando les dicen que han ganado 20 millones de dólares. Más tarde supe que John había conocido al dueño del león por casualidad. Después de que John le hablase de lo mucho que me gustaban los animales, el hombre se ofreció a llevar al león de visita. Me vio boquiabierta y parpadeando con esa especie de satisfacción divertida que sentirías si fueras capaz de sorprender y deleitar a otra persona de ese modo.

El león se comió dos pollos crudos que le servimos en un cuenco de ensalada y después me dejó acariciarle el lomo, que irradiaba una energía concentrada y cálida que no había sentido jamás, y que tampoco he vuelto a sentir desde entonces.

—Feliz día de San Valentín —me dijo John.

*

Creo que mi relación con John quedó sellada más por el hecho de adquirir juntos un cachorrito que por nuestra boda, que se produjo

al año siguiente. Nuestro nuevo perro, al igual que *Molly*, tenía el pelaje rojo, pero era un springer spaniel galés, con un puñado de pecas en el morro y unas manchas blancas que destacaban en su pelaje de un profundo color castaño. *Cooper* se sentía tan feliz en la ciudad como lo había sido *Molly*, pero acabó tocándole la lotería cuando John y yo decidimos mudarnos al campo. El traslado no fue exactamente un capricho. Vivir en una zona rural con montones de animales era algo que yo siempre había querido probar y, antes de casarme con John, me aseguré de qué él sintiese lo mismo. John había vendido su empresa y estaba trabajando en un libro, algo que podía hacer en cualquier lugar. Después nació nuestro hijo y el siguiente movimiento nos pareció obvio.

Imaginad a una persona a la que le encantan las pastas y los bollos, que siempre ha tenido un acceso limitado a ellos y, de repente, se traslada a París. Así fue como me sentí yo cuando me mudé al campo. Había animales por todas partes. Salvajes, domésticos, medio salvajes; con pelo, con plumas, con aletas; caros o asequibles o, con cierta frecuencia, gratuitos. Todo el mundo tenía perros, todo el mundo tenía gatos; unos pocos en casa y una innumerable cantidad de ellos en los establos. La mayoría de mis vecinos tenían caballos. Abundaban las ovejas. El parvulario de mi hijo se encontraba en mitad de una zona de pasto para cabras. Las cabras pertenecían al padre de la dueña del parvulario. A veces, durante una clase en la que les estaba enseñando a contar, la maestra se daba cuenta de que una de las cabras había saltado la valla y estaba merodeando por el parque infantil, por lo que tenía que salir a toda prisa, devolver la cabra al pasto y entrar de nuevo para seguir con la lección.

Ahora que disponíamos de tierra suficiente para tener un puñado de animales, ¿por dónde empezar? Resultaba casi sobrecogedor verse en compañía de tantas criaturas. Sentía que tenía que especializarme en algo. Siempre había dado por hecho que tendría un caballo en el mismo momento en que dispusiese del espacio necesario, pero me intimidaba un poco la dedicación que exigía este animal. Así que decidí empezar por algo más pequeño. Las cabras parecían tener un tamaño adecuado y eran más fáciles

de manejar que los caballos. Por otra parte, había muchas cabras cerca entre las que elegir. Todos los días, cuando dejaba a mi hijo en el parvulario, me quedaba allí un rato debatiéndome sobre la cuestión de las cabras, porque el padre de la maestra siempre tenía alguna en venta. Tenía un coche con un buen maletero. Justo después de dejar a Austin, podía comprar una cabra, colocarla en la parte trasera del coche, parar en la tienda de comida para animales de camino a casa... Un segundo, no. Imposible. Necesitaba una zona cercada y también un manual del tipo *Cuidado de cabras para tontos*. Confusa, regresaba a casa. Sin cabras.

*

Unos años antes, cuando estuve de viaje por Nueva Escocia, pasé una noche en un hostal extraordinario. No solo se trataba de una hermosa granja victoriana, con cubrecamas acolchados y mantequilla fresca para desayunar. Disponían también de una colección perfectamente cuidada de animales. Había unas diez o doce especies diferentes, todas ellas excepcionales. En lugar de limitarse a tener ovejas, los propietarios habían optado por unas exóticas ovejas negras con unos cuernos retorcidos como muelles. No tenían gallinas: tenían pavos reales de Java y faisanes chinos de cuello anillado. Los caballos eran de dos razas: Norman Cob y Walkaloosa. El lugar parecía encantado, y daba la impresión de que todos los animales habían salido de un cuento de hadas.

Solía pensar en aquella granja de Nueva Escocia a menudo, y empecé a preguntarme si mi parálisis a pesar de la abundancia de animales era el resultado de un error conceptual. Es decir, me preguntaba si me hacía falta un tema. Me parecía muy arbitrario tener una cabra, un pato y quizá un gato de establo. ¿Cuál era mi principio rector? Los granjeros de Nueva Escocia se habían entregado a lo exótico. Yo no me atrevía a elegir ese camino, porque no tenía la experiencia suficiente como para hacerme cargo de unos animales que apenas era capaz de identificar.

Recogí a mi pelirrojo hijo en el parvulario un día y volvimos a

casa para ser recibidos por mi pelirrojo perro. ¿Cómo era posible que hubiese pasado por alto el hecho de que ya tenía un tema? ¡La granja de criaturas con colores conjuntados! No tenía sentido alguno, pero en mi estado de fuga disociativa sí tenía lógica. Se lo conté a mi marido esa misma noche. Le pareció bien, en parte porque estaba ya buscando una vaca de las Tierras Altas de Escocia, que por lo general suelen ser de color rojizo.

Todavía me daba impresión lo de conseguir un caballo, pero en ese momento me poseyó el deseo de tener gallinas. Si bien podía decir que sentía afecto por toda clase de animales, nunca había sido amante de los pájaros, así que ese deseo por las aves de corral pareció salido de la nada. Por lo que pude comprobar, salió de la nada en mi caso y en el de miles de personas por todo el país. El deseo de ser autosuficiente —incluso en la propia ciudad— había invadido el país. Las gallinas eran los animales ideales para poner en marcha una granja, un perfecto y sencillo acompañamiento para otras actividades caseras como preparar tus propios yogures o hacer punto.

Las gallinas, de hecho, no solo son el animal ideal para empezar: también son algo así como una puerta al mundo de los animales, pues suelen implicar enseguida la llegada de más gallinas y, en ocasiones, de patos y pavos y gallinas de Guinea. En cuanto has invertido en un corral y unas cuantas vallas, resulta difícil no pensar que tienes mucho espacio para unas pocas criaturas más. En cuanto tuve gallinas, no tardé en seguir adquiriendo animales a muy buen ritmo. Un día, fui a una farmacia CVS a comprar champú y regresé con cuatro gallinas de Guinea gracias a un cartel de «EN VENTA» junto al que pasé de camino a casa.

Las gallinas de Guinea no eran rojas (eran blancas y negras). Eso suponía un desvío fundamental de mi plan de Animales Rojos, pero en cuanto las compré entendí que había algo un poco perturbado en ese plan. O tal vez me sentía tan cómoda con mi nueva vida entre animales que ya no sentía la necesidad de ceñirme a un tema. El resto de nuestros animales fueron apareciendo de formas muy variadas. Los pavos fueron regalo de un amigo. (En cuanto la gente se entera de que te gustan los

animales, empiezas a recibir este tipo de regalos.) Tenemos gatos: algunos llegaron de manera voluntaria, para que se encargasen de los ratones del sótano, y otros sin querer, cuando aparecieron en la puerta de casa y se negaron a marcharse. He acabado teniendo patos porque mi vecino me pidió que me hiciese cargo de su bandada durante el invierno y, al parecer, se olvidó de que me los había endosado. El burro —una especie que yo adoraba y siempre me había parecido irresistible—, de momento, no es más que el pagaré de un burro que John me entregó como regalo de cumpleaños. Solía desear recibir joyas por mi cumpleaños. He cambiado. Él consiguió sus vacas: diez Black Angus, de momento, pero sigue soñando con las de las Tierras Altas de Escocia.

No tenemos tantos animales como algunas de las personas que conozco aquí. En una granja cercana, por ejemplo, tienen dos mil cabras. Pero, para no ser granjeros, tenemos una propiedad bastante bien surtida. La mayor parte del tiempo se asemeja a un circo de tres pistas.

Hace poco conseguí dos gallinas nuevas. Había ido a visitar a una amiga y me las dio como una especie de regalo de almuerzo cuando estaba a punto de irme. Las gallinas no se hacen amigas con facilidad, así que mantuve a las dos nuevas separadas del resto con una cerca de alambre. Al principio hubo unos cuantos cacareos y picotazos a través de la barrera, pero luego decidieron ignorarse. Tras una semana de pacífica coexistencia, di por hecho que estaban preparadas para vivir juntas. Abrí la cerca que las separaba. En cuestión de segundos, las gallinas viejas, lideradas por mi *Mabel*, se lanzaron sobre las nuevas con rabia y las habrían matado si yo no hubiese intervenido. Dos de mis gatos se habían sentado fuera del gallinero y observaron la pelea de las gallinas con un regocijo mal disimulado. Pero entonces se fijaron en un gato vagabundo que llevaba los últimos días rondando por nuestro patio y que se había acercado para contemplar él también la pelea. Los tres gatos, en desacuerdo sobre cuáles de ellos tenían derecho a contemplar aquella riña tan fabulosa en el corral, se tensaron de pura furia y empezaron a lanzarse maullidos entre sí como si estuviesen enchufados a amplificadores. Aquello duró una eternidad. Mientras

tanto, *Príncipe Carlos* y *Camilla*, mis dos gallinas de Guinea, aparecieron por allí. Me sorprendió verlas, porque las había sacado del gallinero aquella misma semana cuando descubrí que acosaban al resto de las gallinas. Cacarearon y aletearon irritadas, retomando su papel donde lo habían dejado. Nuestro perro se presentó corriendo para ver qué era aquel barullo y se puso histérico de excitación con la combinación de la pelea de las gallinas y el jaleo de las gallinas de Guinea. El perro se abalanzó sobre *Príncipe Carlos*, que voló por encima de la verja y se metió en el gallinero, donde empezó a picotear a *Mabel* al instante. *Camilla*, que es más bien sumisa, se quedó quieta y después empezó a picotear una araña hasta matarla y convertirla en su almuerzo. A esas alturas, *Gary*, el más beligerante de mis gatos, se cansó de maullarle al gato vagabundo y echó a andar hacia unos matorrales, cazó un conejo y luego se aseó. En mitad de este bucólico cuadro, llegó John con el correo del día, que incluía un paquete con treinta mil crías de avispas depredadoras que soltaremos en los pastos de las vacas, donde se supone que se comerán a las moscas que han estado molestando a las reses. De repente, sentí que necesitaba un descanso de mi tranquila vida animalera, así que entré en casa y me puse a echar una partida de Scrabble por internet.

*

El filósofo y crítico de arte John Berger dijo en una ocasión que nos gusta mirar a los animales porque nos recuerdan el pasado y, en particular, la vida agrícola que llevábamos antaño, que incluía la presencia habitual de animales. Estoy de acuerdo con eso, pero también creo que miramos a los animales porque son divertidos, sociables e interesantes. Algunos de mis animales tienen ocupaciones. Mis gallinas ponen huevos. Mi perro asusta al repartidor de FedEx. Los gatos, con su arrogante desprecio por el deber, me sirven para recordar que tengo que llamar a los de Terminix para que vengan a encargarse del ratón que hay en el sótano. Todas estas criaturas tienen un propósito, aunque ese propósito no sea más que aportarle una textura cálida, maravillosa

e impredecible a mi vida cotidiana. No me imagino otra forma de vivirla.

He querido escribir sobre animales desde el primer momento en que quise tener animales. El primer libro que publiqué era un manuscrito redactado a lápiz en un bloc de notas, unido con grapas, que titulé *Herbert, el palomo miope*. Era la historia de un palomo corto de vista que tenía problemas con sus conocidos porque no era capaz de distinguir a sus amigos. Cuando por fin era diagnosticado adecuadamente y le ponían gafas, lograba recuperar a sus amigos y se sentía mejor consigo mismo. Escribí ese libro cuando tenía cinco años; o al menos eso es lo que la leyenda familiar cuenta. Tras *Herbert* escribí un millón de historias sobre caballos, sobre todo con la intención de atraer un caballo a mi propia vida. Desde que empecé a dedicarme a la escritura de manera profesional, siempre he sentido una especial debilidad por las historias sobre animales. Acababan convirtiéndose en historias sobre personas, vistas a través de su relación con los animales, en la misma medida en la que eran historias sobre estas criaturas. Escribir la parte de los animales en estas historias suponía todo un reto. A la gente es fácil imaginársela, pero los animales resultan enigmáticos, así que lo mejor que podemos hacer es intentar entenderlos a través del prisma de las personas que conviven con ellos o que los utilizan o los crían o los quieren.

Lo más cerca que he estado nunca de escribir sobre un animal en exclusiva, fuera del contexto de la gente que lo rodea, fue un perfil que hice de un perro de concurso llamado *Biff*. Decidí escribir su historia porque me pregunté cómo era la vida para un perro que era el equivalente a una supermodelo. Aunque estaba interesada en el séquito de *Biff* —sus dueños, su entrenadora, su peluquero—, quería intentar conocerlo a él, no como reflejo de las personas que lo rodeaban sino como ser individual. Para ello, sentí que tenía que pasar un tiempo a solas con él. Esta clase de petición suele suponer un punto de fricción cuando pretendes escribir algo sobre alguien famoso. El escritor desea tiempo para estar cara a cara, pero el grupito que acompaña a la estrella se muestra precavido, intenta actuar de parachoques para protegerla de un

escrutinio excesivamente cercano. En este caso, sin embargo, insistí. Como les expliqué a sus dueños, quería conocer a *Biff* de manera independiente para poder hacerme una idea de quién era cuando estaba a su aire. Al final, a regañadientes, accedieron. Me sugirieron que pasase un rato con él mientras estaba en casa de su entrenadora. Llegó el día del encuentro y fui en coche hasta Long Island, donde vivía esta mujer. Me condujo a su garaje, donde había montado una cinta de correr especial para perros que ella llamaba el Maestro Trotador. Ató a *Biff* a la cinta, la puso en marcha, me dedicó una mirada escéptica antes de irse y me dijo, con un tono malicioso: «Os dejo solos». Me instalé en una silla y saqué mi libreta. *Biff* corría en el Maestro Trotador, jadeando un poco e ignorándome en general. Dejé pasar unos cuantos minutos. Cerré la libreta y volví a meterla en mi bolso después de anotar una sola cosa: *Los perros no hablan*.

*

He escrito sobre animales domésticos y salvajes y, aunque he disfrutado escribiendo sobre los dos, no puedo negar que los domésticos me han despertado más fascinación; y, tal vez, los que más me han interesado han sido los que se mueven entre ambos mundos. De las historias incluidas en este libro, la última que se ha publicado va sobre conejos, una especie que nunca me había interesado demasiado, y lo que me pareció alucinante es el hecho de que los conejos encajen en casi todas las categorías animales. Pueden ser tanto salvajes como domésticos; tanto mascotas como alimento; se les puede querer mucho o considerarlos una plaga. Uno de los textos más antiguos de este libro va sobre *Keiko*, una orca salvaje que fue capturada cuando era una cría y luego vendida a un acuario mexicano. Años después, fue elegida para actuar en la película *Liberad a Willy*, que trata sobre una ballena que vive en un acuario y es liberada por un niño que se hace amigo de ella. Tras aparecer en *Liberad a Willy*, *Keiko* regresó a su acuario, pero el público se manifestó en contra, exigiendo que se la liberase igual que ocurría en la película. El problema fue que *Keiko* llevaba tantos

años en cautividad que no tenía las habilidades necesarias para vivir por su cuenta, ni el deseo de hacerlo, y los esfuerzos para intentar convencerla de que regresase a su hábitat natural fueron titánicos.

El mundo de los animales es nuestro mundo. Incluso en los lugares más agrestes podemos encontrar huellas del ser humano, por lo que la naturaleza en estado puro resulta muy difícil de encontrar. Cuando estaba escribiendo sobre un hombre que trabaja con leones en Sudáfrica, me sorprendió descubrir lo limitadas que son en África las zonas naturales libres; prácticamente todos los espacios «salvajes» están controlados de un modo u otro, y en Sudáfrica en particular todo está vallado y la población animal censada. Sentí esa misma sorpresa cuando supe que hay más tigres en cautividad que en libertad. Aunque pensemos en el mundo animal como algo separado de nosotros, como una especie de luna orbitando a nuestro alrededor, se trata más bien de una red donde algunos animales se encuentran más lejos de los nudos del mundo humano que otros. Pero lo cierto es que convivimos en un único espacio y la separación entre nosotros se está reduciendo en lugar de ampliarse. En las calles de un barrio de las afueras de Los Ángeles apareció no hace mucho tiempo un oso; algo destacable pero no excepcional. Aquí veo coyotes y ciervos constantemente. Muchos de los animales que están en los zoológicos de todo el mundo han sufrido la COVID-19 igual que los seres humanos.

Creo que siempre tendré animales, y creo que siempre escribiré sobre ellos. Son lo desconocido, y eso siempre supondrá un reto para mí. El cariño que sentimos por ellos me fascina. Me resisto a la necesidad de antropomorfizarlos, pero creo que ellos saben algo sobre la vida a nivel elemental que nosotros no. Me hace feliz estar en su compañía.

EL PÁJARO DE MODA

Si no hubiese visto a Janet Bonney emplear la respiración boca a boca para resucitar a su gallina *Número Siete,* que se había quedado congelada debido a una tormenta de nieve, y después descongelarla y traerla de vuelta a la vida —alimentándola con la mano y dándole masajes como había visto hacer a un médico en la televisión—, tal vez no me habría convertido nunca en una fan de las gallinas. Pero, hace unos años, vi un documental titulado *The Natural History of the Chicken*, que me llevó a conocer la historia de Bonney y de *Número Siete* y, por primera vez en mi vida, se me pasó por la cabeza la posibilidad de tener gallinas. Vi el documental sin tener ningún conocimiento previo sobre esas aves. Pero presenciar la resurrección de *Número Siete*, seguida de unos hermosos planos de gallinas exóticas y pequeñas bandadas viviendo en patios traseros, me hizo desear tener gallinas, de hecho las quise con una urgencia que superaba incluso mi loco deseo adolescente de tener un poni. En un principio, pensé que esa fijación por las gallinas era una fase por la que solo yo estaba pasando, pero resultó que, justo en esa época, en todo el país y

también en el extranjero, había surgido una creciente pasión por criar estas aves. Las gallinas parecen ser la conjunción perfecta de las cuestiones económicas, medioambientales, gastronómicas y emocionales del momento. Además, en los últimos años su imagen ha recibido un lavado de cara de tal calibre que debería ser estudiado por los asesores de marketing. Ahora que tengo gallinas —siete, según mi último recuento, porque esa cantidad, por culpa de los depredadores, es inquietantemente variable—, soy objeto, como no lo he sido nunca en toda mi vida, de la más pura envidia.

Si trazamos un diagrama de Venn con el interés por tener gallinas y las circunstancias relacionadas con la edad, el género, el terreno, el apetito y la tolerancia estética, yo acabaría en ese punto oscuro del centro donde convergen todos esos grupos: soy el público objetivo de las gallinas. Incluso ahora, que hace ya años que las tengo, no deja de sorprenderme. Soy una aficionada a los animales, pero siempre me he inclinado por aquellos que tienen pelo. Nunca había deseado tener un pájaro. Cuando me fui de Manhattan, hace ya unos años, y me instalé a cientos de kilómetros al norte, en una casa con mucho terreno y un urbanismo muy favorable a los animales, la primera criatura que me planteé adquirir fue un caballo, que más tarde reduje hasta convertirlo en un burro. Durante un breve periodo de tiempo me planteé tener un pato, porque había visto algunos en la casa de mis vecinos y pensé que sería bonito. Pero no disponíamos de estanque y la idea de tener unos patos cuya fuente de abastecimiento de agua fuese una piscina infantil de plástico del Toys “R” Us parecía echar a perder la rusticidad de la experiencia.

Para cuando vi *The Natural History of the Chicken*, algo estaba ya fraguándose en el mundo de las aves de corral desde hacía tiempo. En 1982, Martha Stewart publicó su primer libro, *Entertaining*, en el que mostraba su bandada de gallinas exóticas y sus huevos de bonitos colores pastel. Las fotografías de Stewart con sus aves fueron una revelación. Durante los cuarenta años anteriores, la cría de gallinas se había considerado una profesión humilde, ubicada en un reino de tinieblas que oscilaba entre el arriesgado negocio del ganado y el prosaico ámbito de la

agricultura. Las gallinas criadas en granjas industriales parecían tener lo peor de ambos mundos. Amontonadas en unos lamentables cubículos, las aves de esas granjas parecían tener que ver más con plantas que con animales, a pesar de ser ruidosas, apestosas y tener la capacidad de sentir. Las gallinas no tenían ningún tipo de glamour.

El libro de Stewart vendió cientos de miles de ejemplares. Es posible que las lectoras estuviesen más interesadas en cómo preparar su pollo al curry con nueces que en cómo criar y cuidar a una gallina viva, pero no pudieron evitar fijarse en la defensa que Stewart hacía del cuidado de las gallinas. Al cabo de unos pocos años, Stewart lanzó su revista, que solía mostrar a sus gallinas en primeros planos, como supermodelos de aspecto noble y fabuloso. También sacó una bonita colección de pinturas con los colores de los huevos de sus gallinas. En definitiva, empezó a hacer que las gallinas pareciesen menos ganado y más criaturas útiles y sociables, agradables e interesantes. Las reivindicaba constantemente.

—Todas mis gallinas tienen nombre, todas —declaró hace poco—. Las conozco. Me preocupo por ellas. Me entristece mucho cuando les pasa cualquier cosa. Por ejemplo, me entristeció cuando mi *fayoumi* egipcia murió congelada —suspiró y acabó añadiendo —: Fue horrible. Nunca más volveré a tener una *fayoumi* egipcia.

*

No hace mucho, me encontraba en la sala de espera de mi veterinario con una de mis gallinas, que estaba enferma. A mi lado estaba sentado un hombre de cara roja con un caniche cojo. Yo llevaba mi gallina en un trasportín para gatos. Cuando el hombre se inclinó para echar un vistazo a lo que llevaba dentro, estoy convencida, por la expresión de su rostro, de que esperaba encontrarse con un gatito maullador. Sorprendido, se dejó caer de nuevo sobre el asiento y dijo:

—Las gallinas son las nuevas mascotas de moda, supongo.

Bueno, sí y no. Hasta los años cincuenta del siglo pasado, era

habitual tener unas pocas gallinas en casa. Eran baratas y fáciles de criar. Al contrario que las vacas o las ovejas, soportaban bien casi cualquier clima, podían subsistir a base de migas y bichitos, ocupaban poco espacio, les bastaba con un refugio mínimo, y fertilizaban y aireaban la tierra del jardín. Recoger los huevos era una tarea tan sencilla que a menudo se les asignaba a los niños; por el contrario, conseguir leche, carne o lana era una labor importante que exigía un adulto preparado para ello. Las gallinas eran una buena inversión. Hace cien años, un polluelo de gallina costaba unos quince centavos y una gallina ponedora unos pocos dólares. Una gallina en su mejor momento, que dura unos dos o tres años, puede producir un huevo al día o dos en la temporada de puesta, y en cuanto deja de ponerlos puede ser cocinada.

Comprar huevos durante todo el año en el supermercado es una costumbre relativamente reciente. La gente acostumbraba a comer huevos cuando sus gallinas estaban en la época de puesta. Las incubadoras industriales, que permiten criar gallinas a gran escala, no se inventaron hasta finales del siglo XIX y su uso no se generalizó hasta varias décadas después. Pero, aun cuando se convirtió en algo común, la producción de huevos era lenta. Hasta los años treinta del siglo XX, cuando el Departamento de Agricultura puso en marcha el Plan Nacional para la Mejora Avícola, que animó a los granjeros a criar gallinas más sanas y productivas —con el consecuente aumento de granjas industriales —, los huevos solo podían conseguirse en época de puesta, como las huevas de sábalo, y mucha gente siguió teniendo gallinas propias para disponer de una fuente fiable.

Un detalle que diferencia a las gallinas es que siempre se han considerado «ganado de mujeres»; las mujeres y las gallinas parecen haber mantenido siempre una armonía natural. Las portadas de las primeras revistas sobre gallinas, como *Everybody's Poultry Magazine*, *Poultry Success* y *Farm Journal and Farmer's Wife*, mostraban fotografías de mujeres y niños en soleadas granjas con gallinas y pollitos a sus pies. Un libro publicado en 1919, *A Little Journey Among Anconas*, que elogia la cría de gallinas de raza Ancona, destaca por la fotografía de una joven ataviada con un

fresco vestido de verano, mirando con auténtica adoración a una gallina negra encaramada a su mano derecha. Pequeñas y manejables, las gallinas eran una especie de extensión, capaz de andar y cacarear, del huerto, de la pequeña parcela de hierbas y verduras que se suponía que las mujeres tenían que cultivar para cubrir sus necesidades culinarias. Las granjeras solían vender los huevos que les sobraban para ganar algo de dinero propio. El libro *What Can a Woman Do*, de 1893, orientaba a las mujeres en profesiones como el periodismo, la odontología, la poesía y el cuidado de gallinas. (La apicultura y la jardinería eran las otras dos ocupaciones agrarias que aparecían en la lista.) La autora, Martha Louise Rayne, escribió, o mejor dicho declaró, que había «DINERO EN LOS HUEVOS» y contaba la historia de dos «mujeres desdichadas sin hogar» que habían montado una granja avícola juntas y que habían logrado un gran éxito. (Sin embargo, la historia no acabó bien, pues una de las mujeres decidió casarse con un bípedo masculino, abandonando a su socia y a sus gallinas.) Rayne indicaba que incluso las mujeres casadas podían tener gallinas, porque, según explicaba, esta tarea podía llevarse a cabo sin interferir en ninguna otra obligación doméstica.

La típica gallina de corral de principios del siglo XIX tenía la cresta roja y unas plumas brillantes de color rojo o marrón. Eran criaturas elegantes y robustas, corrientes en apariencia. Pero, en la década de 1840, los entusiastas de las gallinas introdujeron una especie china en Norteamérica y en Gran Bretaña. Los ejemplares más gordos y plumosos de entre esas aves se criaron para producir una variedad decorativa llamada Cochin, que tenía la forma y la textura de una borla de maquillaje con patas. Las Cochin despertaron pasiones. Y comenzó la locura por la cría, la exposición y el comercio de las Cochin, dando como resultado una burbuja de especulación de una escala similar a lo que ocurrió con los tulipanes holandeses o las orquídeas durante la época victoriana. El precio de las Cochin alcanzó niveles absurdos. En una ocasión, un par de ejemplares llegaron a valer 700 dólares, un precio unas 10.000 veces superior al de un par de gallinas normales y corrientes. Todo el mundo, desde la reina Victoria

hasta los miembros del Congreso, quería tener una de esas extraordinarias gallinas, sobre todo porque se decía que las Cochin gozaban de una gran inteligencia, así como de la capacidad para poner huevos que llegaban a tener un peso de más de cuatrocientos gramos. Resulta interesante que, a pesar de que las gallinas siempre se hayan asociado a las mujeres, la «fiebre de las gallinas», como se llegó a conocer a la pasión que despertaron las Cochin, afectó más a los hombres que a las mujeres. *The Century Magazine* habló de este tema en 1898, explicando que esos hombres obsesionados con las gallinas podían llegar a perder todo interés por la vida más allá de esos animales. Podían ser «apasionados admiradores de Shakespeare [...], pero ahora ya solo leen *Farm Poultry* o *The Care of Hens*».

Hasta los delincuentes y los timadores, incluso P. T. Barnum, acabaron metiéndose en el negocio. (En algunos casos, los tratantes de gallinas les pegaban plumas a los ejemplares corrientes para que pudiesen pasar por Cochin.) Pero pronto empezó a quedar claro que los beneficios soñados del comercio con gallinas exóticas eran total y absolutamente imaginarios. Los pioneros de la moda de las gallinas, como el príncipe Alberto, empezaron a cansarse de su pasatiempo. Y entonces las gallinas, metidas en cantidades demasiado grandes en casas demasiado pequeñas, empezaron a morirse. La fiebre de las gallinas se enfrió. Los hombres volvieron a leer a Shakespeare y las gallinas retomaron su antiguo estatus de recias y constantes trabajadoras agrícolas.

Aun así, las gallinas siguieron siendo un elemento fijo en la mayoría de los hogares; de ahí que los estadounidenses que se mudaban de zonas rurales a la ciudad se llevasen a sus ejemplares con ellos. Fueron muy pocas las ciudades que prohibieron de manera específica la presencia de gallinas, y sucedió muchas décadas más tarde. No era posible llevarse a la vaca de la familia a la ciudad, pues no había dónde meterla, pero cualquiera que dispusiese de un pedacito de hierba podía criar una o dos gallinas.

No fue posible disponer de huevos baratos en el supermercado hasta los años cincuenta del siglo XX, más o menos en la misma época en la que los estadounidenses quedaron

fascinados con la idea de una vida higiénica y con los barrios residenciales. ¿Puedes imaginar a los ambiciosos matrimonios jóvenes de los años cincuenta deseando tener unas pocas gallinas picoteando su jardín a dos niveles de estilo colonial o su patio de baldosas o correteando cerca de los columpios? Lo que se entendía como moderno, lo que se definía como moderno, era dejar atrás la granja, cortar de raíz cualquier asociación con ese tipo de vida. Muchos filósofos, incluido John Berger, sostienen que lo que consideramos modernidad empieza en el momento en que dejamos de necesitar a los animales —no los montamos ni los criamos ni los ordeñamos— y desaparecieron de nuestra vida cotidiana excepto como decoración.

Así pues, criar gallinas se despreciaba por ser algo anticuado. Poco después, los propios huevos pasaron a ser objeto de sospecha. En 1964, Konrad Bloch y Feodor Lynen recibieron el premio Nobel por su investigación sobre el colesterol, que conjuraba aterradoras imágenes de arterias endurecidas y lesiones vasculares. En los inicios de su investigación, lanzaron un ataque contra los huevos, con aquellas yemas cargadas de colesterol. Con la intención de contraatacar, la Junta Estadounidense del Huevo, puso en marcha la campaña *Incredible Edible Egg* (Huevos Increíblemente Comestibles) en 1976, pero el efecto acumulativo de las malas noticias provocó que la cría de gallinas a nivel particular en este país pareciese condenada para siempre.

*

Cuando decidí que quería tener gallinas, tuve algunos problemas para averiguar cómo hacerlo. Al vivir en el campo, solía ver montones de gallinas en las granjas. De vez en cuando, me detenía para preguntar a los propietarios si estaban dispuestos a venderme un par, pero nadie parecía interesado en librarse de ninguna, pues una gallina madura que es buena ponedora es demasiado valiosa como para prescindir de ella. En primavera, mi tienda local de alimentación erigió una torre de jaulitas con diminutos polluelos dentro, todavía torpes, puro algodón. Por ley se te exigía comprar

como mínimo un pack de seis pollitos, pero la perspectiva de tener que colocar lámparas de calor y también su elevada tasa de mortalidad me hicieron sentir incómoda. Más inquietante incluso era el hecho de que, a menos que seas un sexador de pollos profesional (un trabajo fundamental en la industria avícola), resulta imposible determinar el sexo de un polluelo, por lo que un pack de seis podía incluir seis gallos. Eso estaba muy bien si te gustaban las plumas llamativas, pero no si esperabas tener huevos.

Para que quede claro, al principio no estaba interesada en las gallinas por los huevos. Nunca había tenido huevos frescos, por lo que no le encontraba muchas pegas a los que compraba en ShopRite. Por otra parte, apenas había comido huevos durante años, pues tenía muy presente el tema del colesterol. Pero, como suele ocurrir, para cuando empecé a pensar en tener gallinas, los huevos habían quedado ya absueltos. Un estudio muy comentado del año 2001, llevado a cabo en la Universidad Estatal de Kansas, estableció que comer uno o dos huevos al día no estaba mal porque el cuerpo humano no absorbe una cantidad importante del colesterol de las yemas de huevo. (Las claras de huevo, como es obvio, son completamente inocentes.) Las dietas altas en proteínas, como la de Atkins, muy de moda en su momento, defendían las tortillas como si fuesen la comida perfecta. En 2007, la Junta Estadounidense del Huevo tenía tantas esperanzas en la recuperación del consumo de huevos que volvió a lanzar su campaña Incredibly Edible Egg. En esta ocasión, la campaña incluía toda una serie de profesionales favorables a los huevos, conocidos como Embajadores del Huevo.

Más o menos en esa misma época, la idea de la dieta de los ciento sesenta kilómetros —es decir, comer comida no solo orgánica sino que haya crecido o haya sido criada en un área de ciento sesenta kilómetros a la redonda de tu casa— había ido ganando adeptos. El término *locavore* (que come alimentos locales, *locávoro*) se incorporó al lenguaje cotidiano. ¿Qué puede ser más local que tu patio trasero? Está muy bien plantar tus propias lechugas y tomates para hacer una ensalada o un acompañamiento, pero criar gallinas está incluso mejor porque significa que puedes

preparar un plato principal con los ingredientes que tienes al otro lado de la puerta de casa. Para los más quisquillosos, los huevos tienen el atractivo añadido de ser una fuente de proteínas que no implica tener que matar a ningún ser. Si estuvieras intentando diseñar un producto que satisficiera las preocupaciones sociales del momento, es imposible encontrar una mejor elección que hacerse con una gallina.

La primera vez que pensé en tener gallinas no era consciente de que ya existía todo un movimiento social a favor de las aves de corral. No estaba iniciada en el mundo de las gallinas. Todavía no conocía los montones de grupos y páginas web que existen al respecto, como Chickens 101, Housechicken, Cotton-Pickin Chickens, Yardpoultry y My Pet Chicken; no era uno de los cuarenta mil miembros de los foros de BackYardChickens.com y no era una de las quince mil personas que se conectaban cada mes para ver los vídeos de la escritora Terry Golson en «HenCam», grabados en directo desde el gallinero del patio de su casa cerca de Boston; tampoco había comprado todavía el libro de Christine Heinrich *How to Raise Chickens*, de 2007, una guía muy directa para personas que puede que no hayan visto en su vida una gallina viva y que sigue vendiendo más y más ejemplares.

Me di cuenta de que cada vez que les comentaba a mis amigos que quería tener gallinas, exclamaban que también querían tenerlas. Era una respuesta válida solo para esa especie: cuando añadía que mi marido quería tener vacas de las Tierras Altas de Escocia, esas mismas personas se sorprendían y, de manera inevitable, decían: «Qué raro. ¿Y por qué?». Mis amigos consideraban que mi necesidad de tener gallinas era algo normal y comprensible, en lugar de manifestar que nos estábamos acercando al límite de la locura e íbamos a lanzarnos de forma temeraria, al estilo de la *sitcom* de finales de los sesenta *Green Acres*, a practicar la ganadería. Las gallinas parecían encajar a la perfección con la reivindicación postfeminista de otras artes propias de la vida en las granjas para las mujeres: hacer punto, preparar conservas y tejer edredones. Criar gallinas era una de esas aficiones que favorecían el «hazlo tú mismo» en una época en la que hacer las cosas por tu

cuenta volvía a estar de moda, como una especie de declaración de autosuficiencia, una celebración de los trabajos manuales, de la voluntad de alejarse de una vida alienante y desconectada.

Mi intención era comprar un gallinero, pero todo lo que encontraba respondía a un diseño que era mitad caseta de perro mitad cobertizo para las herramientas, y además eran enormes, concebidos para un mínimo de veinte gallinas. Yo había pensado en una modesta bandada de cuatro. Conocía mis limitaciones. Me imaginé con mi humilde grupito de gallinas, refugiadas en algo pequeño y coqueto que no pareciese una cabaña de esquí suiza en miniatura en una urbanización fallida. Una noche, mientras buscaba un gallinero por internet con frases del tipo «gallineros chulos» y «gallinero de diseño moderno», encontré el Eglu. Se trataba de una cúpula achaparrada de plástico de colores brillantes, compacta y mona, pensada justo para cuatro gallinas. Mejor todavía: podías pedirla con las gallinas incluidas; no seis polluelos de género indeterminado, como los que podía conseguir en mi tienda Agway, sino un mínimo de dos gallinas, hembras garantizadas, en el punto exacto de madurez (lo que la gente que suele tener gallinas denomina «punto de puesta»). Y me llegarían a la oficina de correos más próxima. Había encontrado mi gallinero... y mis gallinas.

Hace poco hablé con Johannes Paul, uno de los fundadores de Omlet, la empresa británica que fabrica los Eglu. Al principio, Paul no era fan de las gallinas. Tanto él como los otros tres fundadores de Omlet habían estudiado diseño industrial en el Royal College of Art, en Londres, y en 2004 tuvieron que enfrentarse a la paralizante perspectiva de sus proyectos de tesis. Se suponía que tenían que replantear el diseño de un objeto cotidiano y la madre de Paul, que tenía gallinas, les sugirió que diseñasen un cobertizo mejor para las aves. Los gallineros que estaban a la venta, al igual que los que la gente construía por su cuenta, solían estar hechos de madera, que resulta difícil de limpiar, de mantener seca y de sellar para aislarla.

—El plástico es fantástico, de verdad —me dijo Paul—. Utilizar el tipo de moldeo rotacional que usamos para el Eglu

implica un aislamiento inherente, no tiene juntas y puede hacerse con colores saturados.

Por primera vez, un cobertizo para gallinas podía dar la impresión de ser algo moderno. De hecho, cuando el Eglu salió al mercado, muchas personas creyeron que se trataba de una nueva creación de Apple.

A sus profesores les encantó, y sus amigos y familiares se entusiasmaron hasta tal punto que los estudiantes decidieron probar con el Eglu en el mundo real. Lo sacaron a la venta en internet por unos 600 dólares y lo lanzaron en toda Europa, sin ningún tipo de publicidad. Vendieron mil Eglus el primer año y las ventas han ido triplicándose año tras año. La mayoría compran el Eglu completo, con las gallinas incluidas. Según Paul, la mayoría de sus clientes son propietarios primerizos de gallinas. Al principio, en Omlet no eran partidarios de vender en Estados Unidos, porque los costes de envío eran muy elevados y también porque la empresa creía que iban una década por detrás de Europa respecto al interés por lo orgánico, la comida local... Es decir, todavía no éramos un país de criadores de gallinas. Pero tenían tantas peticiones que, en 2006, Omlet decidió desembarcar en Estados Unidos.

Desde entonces, TreeHugger.com, que monitoriza las tendencias ecológicas, ha pasado de describir la cría urbana de gallinas como un «raro hábito eco» a considerarlo todo un «movimiento a lo largo y ancho de Norteamérica». Han tenido lugar exitosos recursos judiciales contra las leyes anticría de gallinas en docenas de ciudades, incluyendo Cleveland, Missoula, Ann Arbor, Madison y South Portland, en Maine, y se han publicado guías para todo aquel que quiera enfrentarse a las ordenanzas en contra de las gallinas en su ciudad. En 2009, los Obama recibieron una petición para que se añadiese una bandada de gallinas a los jardines de la Casa Blanca. («A Sasha y a Malia les encantarían», escribió uno de los solicitantes. «Tad Lincoln tenía un pavo llamado *Jack* en la Casa Blanca. ¡Recuperemos esa feliz costumbre!») *Backyard Poultry*, una revista que empezó a publicarse hace unos pocos años, tiene hoy en día una distribución

de cientos de miles de ejemplares. El editor, Dave Belanger, declaró que ahora las tiendas están ansiosas por recibirla, mientras que, hace años, «no creo que nadie hubiese podido colocar una revista sobre gallinas en un kiosco». Muchas tiendas de mascotas ahora venden comida para gallinas junto a los expositores de Fancy Feast y los rollitos de cuero comestible para perros. Hace poco me topé con la prueba definitiva de esta tenencia de gallinas contemporánea: instrucciones, en el blog IKEAhackers, para construir gallineros a partir de muebles de IKEA.

En Estados Unidos, las gallinas opcionales que van con el Eglu las proporciona McMurray Hatchery, de Iowa, que es la mayor compañía especializada en la cría de especies avícolas raras del mundo. El catálogo de McMurray ofrece 110 especies. La empresa fue fundada en 1917 por Murray McMurray, un banquero de Iowa que vendía gallinas por afición. Durante la Depresión, su banco se hundió, pero su negocio de gallinas despegó —una correlación que resulta muy familiar en nuestra época actual—, y por eso el banquero McMurray se convirtió en el vendedor de gallinas McMurray. En 2009, McMurray Hatchery, que trata más con personas que desean tener un gallinero en su jardín que con empresas avícolas, vendió 1,7 millones de gallinas, desde pollitos con un solo día de vida, que cuestan más o menos 2 dólares, a gallinas en punto de puesta que ascienden a unos 12,95 dólares. Durante los dos últimos años, el criadero ha estado funcionando a pleno rendimiento y, aun así, ha vendido todas sus aves incluso antes de que estuviesen preparadas para el envío. El único otro año en la historia reciente en el que lo vendieron todo fue 1999. Bud Wood, el presidente de la empresa, afirma que si en 1999 se quedaron sin gallinas fue por el temor al cambio de milenio.

—Cuando las cosas vienen mal dadas —dijo—, la gente quiere gallinas.

*

Pedí un Eglu completo de color verde amarillento con cuatro gallinas rojas. Me lo enviaron con UPS. Pocos días después, las

gallinas llegaron a mi oficina de correos.

—Tiene usted aquí un paquete —me dijo la empleada de correos cuando la llamé por teléfono—, y cacarea.

Fui corriendo al pueblo y recogí el paquete. Pesaba más de lo que esperaba, aunque era más pequeño de lo que había imaginado y tan ruidoso como me advirtieron. En casa, abrí la caja y saqué a las gallinas para meterlas en la jaula de alambre que venía con el Eglu. Eran jóvenes, unas híbridas de Rhode Island llamadas Gingernut Rangers, con unos brillantes ojos marrones y unas abundantes plumas rojas con motas blancas. Sus crestas eran pequeñas y rosadas y sus rugosas patas eran de un intenso color amarillo. En cuestión de unas seis semanas, sus crestas se harían más rojas y sus patas adoptarían un tono más suave; señal de que estaban a punto de empezar a poner.

Siempre se ha creído que las gallinas son tontas. Incluso algunos entusiastas de las gallinas lo creen. Leí un comentario en internet de alguien que anunciaba con alegría que sus gallinas eran «muy entretenidas, ¡porque son más tontas que hechas de encargo!». Pero mis gallinas no parecían tontas. Exploraron su gallinero con esos movimientos de *stop-action motion* que les hacen parecer personajes de dibujos animados, pero con una enérgica lucidez y una llamativa curiosidad. Enseguida entendí que, con ellas, la expresión «orden jerárquico» no era solo una manera de hablar. Se ajustaban a un estricto sistema social: cada una de las gallinas se alimentaba por turnos en el comedero y soltaba picotazos correctivos a aquellas que no se comportaban como debían.

Cuando las gallinas ya estaban totalmente instaladas, al cabo de unas pocas semanas, empecé a dejarlas salir de su gallinero durante el día para que rondasen por allí. Si yo estaba fuera, se quedaban a mi lado, haciendo ruiditos y ronroneando mientras picaban el suelo en busca de bichitos y hierba. Disponemos de más de veinte hectáreas de terreno por el que podrían andar con libertad, pero obviamente mostraron el impulso contrario de todas las mascotas y decidieron que su lugar preferido para pasar la tarde era echarse una siesta cerca de la puerta principal o bien

subirse a las macetas del patio. En cualquier caso, me enamoré de ellas. Observarlas me resultaba relajante. No me gustan las labores del hogar pero, para mi sorpresa, disfrutaba de todas las tareas relacionadas con mis gallinas: me encantaba ponerles la comida y el agua y también limpiar con la manguera su Eglu. Me encantaba ir a la tienda y comprar balas de paja para sus nidos y sacos de veinte kilos de comida. Entre otras cosas, sentía que eso me daba legitimidad como lugareña; ya no era una urbanita ingenua y oportunista. Cuando una de mis gallinas puso un huevo por primera vez, me sentí tan orgullosa como si hubiese asistido al *bat mitzvah* de mi hija.

También hemos pasado momentos difíciles. Pocos meses después de que llegasen mis gallinas, los dos indolentes y viejos chuchos de mis vecinos entraron en nuestra propiedad, lograron abrir el Eglu y mataron a dos de mis aves. Esto me revolvió las tripas, pero no tardé en hacerme con cuatro ejemplares jóvenes que encontré gracias a un grupo de amantes de las gallinas de internet. Después perdí dos de ellas. Desaparecieron a plena luz del día, probablemente las interceptó un halcón o una lechuza o un coyote o un mapache o un zorro; a todos los habitantes del bosque les gustan las gallinas, porque las gallinas, que no vuelan bien ni corren mucho ni saben pelear, son como patos sentados. Tras esa catástrofe, construí una zona cercada en el patio con una red en la parte superior e instalé el Eglu dentro; me negué a que las gallinas rondasen por ahí a su aire. Hasta entonces, nunca había pensado en ellas como posibles presas. En las bucólicas escenas que había imaginado con gallinas correteando por mi césped, no aparecían depredadores relamiéndose.

*

En cierto momento, con tan solo dos gallinas en mi poder, me fijé en que una de ellas no se sostenía bien de pie. También dejó de poner huevos y perdió mucho peso. De haber sido una granjera de verdad, la habría sacrificado —es decir, la habría matado— y habría acabado con el problema. Pero como no soy una granjera de

verdad, la llevé varias veces al veterinario. No fue capaz de diagnosticar el problema, pero le inyectó esteroides y le recetó antibióticos. No mejoró. Le costaba tanto mantener el equilibrio que ni siquiera podía llegar a la comida a menos que la ayudase a alcanzar el comedero. Mi veterinario se disculpó por no ser capaz de resolver el problema y me explicó que sus conocimientos sobre pájaros eran limitados (a menos que se especialicen en pájaros, la facultad de veterinaria solo exige a sus alumnos que le dediquen un único semestre a la medicina aviar). Contacté con un experto en aves de Boston, pero tampoco supo decirme nada concreto sobre la enfermedad de mi gallina. Mi investigación me llevó a sospechar que se trataba de algo denominado enfermedad de Marek, una especie de cáncer infeccioso de las gallinas que afectaba al sistema nervioso de las aves y podía matar a toda una bandada si se extendía. La gallina enferma había sido la más amigable y la más tranquila de todas, a la que más le gustaba que la cogieran en brazos y la acariciasen. Hasta que enfermó, ponía huevos de color marrón con la puntualidad de un reloj. Se llamaba *Beauty*, pero en la etiqueta de su antibiótico podía leerse «Gallina Orlean», que incluso a pesar de mi tristeza me resultó gracioso.

Después de un mes de alimentarla con mis propias manos, haciéndole engullir los antibióticos y sin diagnóstico alguno más allá de mi corazonada sobre la enfermedad de Marek, acepté que Gallina Orlean estaba sufriendo y que no había nada más que pudiese hacer por ella. Yo no había dejado de comer pollo, por lo que no tenía ningún derecho moral a oponerme a la muerte de una gallina, pero no podía acabar con mi propia mascota, así que volví a llevarla al veterinario. Le inyectó una dosis fatal de pentobarbital y yo me fui a la sala de espera y me eché a llorar. En la sala había una mujer robusta que sostenía en sus brazos un carlino gordo de color marrón. La mujer se me acercó y me puso una mano en el hombro.

—Oh, querida, lo siento. ¿Era tu perro? —me dijo.

—No —sollocé, tapándome la cara con las manos—, era mi gallina.

*

Ahora tengo siete gallinas. Estaba convencida de que eran siete gallinas, hembras, pero, hace poco, una de ellas —la dulce, recatada y tímida *Laura*— demostró el auténtico reto que es sexar pollos cuando le salieron unas grandes carúnculas rojas y empezó a cantar al amanecer. Así que corrijo el recuento: tengo seis gallinas y un gallo inesperado. Mientras tanto, el movimiento a favor de las gallinas parece haber ido creciendo de manera exponencial. He detectado cierto exceso de maduración en sus límites. Me he fijado en algunas tendencias tardías como los pañales para gallinas, para quienes quieren tener gallinas como mascotas caseras, y también hay algunos gallineros que, sin duda, van más allá de la definida funcionalidad del Eglu e incorporan florituras que tienden a lo excesivo.

Algunos personajes destacados en el mundo de las gallinas se preguntan qué podría sustituirlas, si es que la pasión por ellas decae en algún momento. Dave Belanger, de *Backyard Poultry*, cree que podrían ser las cabras. El CEO de McMurray Hatchery, Bud Wood, cree que la próxima moda serán los patos. Pero yo creo que las gallinas seguirán ocupando el trono. Ya han sobrevivido a las burbujas de las gallinas y al miedo al colesterol y a los enormes cambios sociales que han acabado encerrándolas en los patios de las casas. Serán capaces de sobrevivir a los pañales y a los gallineros con pedrería y al repunte de los patos. Las gallinas, esa cosa con plumas, siempre alegres y útiles, perdurarán.

PERRO DE CONCURSO

Si yo fuera una perra, me enamoraría de *Biff Truesdale*. *Biff* es perfecto. Es amistoso, guapo, rico, famoso y está en una excelente condición física. Casi nunca babea. No le da miedo el compromiso. Quiere tener descendencia; de hecho, ya tiene hijos y desea tener muchos más. Trabaja duro y es un gran profesional, aunque también sabe cómo divertirse.

Lo que más le gusta a *Biff* es la comida y el sexo. Esto podría dar una imagen zafia de él, pero no es así; simplemente, es básico. La comida le gusta incluso más que el sexo. Le encanta engullir galletas, caramelos de menta y jabones de hotel, pero podría comer cualquier cosa. Richard Krieger, un amigo de *Biff* que, de vez en cuando, lo lleva en coche a las citas, dijo no hace mucho:

—Cuando vamos por la I-95, solemos detenernos en el McDonald's. Aunque esté durmiendo, se despierta en cuanto nos acercamos. Le compro varias hamburguesas sencillas con pan; nada de kétchup ni mostaza ni pepinillos. Le encantan las hamburguesas. No le compro patatas fritas, pero si me compro unas para mí, siempre le paso alguna a la parte de atrás.

Si estás comiendo algo cerca de *Biff* y él quiere probarlo —rosbif frío, una galletita salada Wheatables, chocolate, pasta, una aspirina o lo que sea—, te mirará desde el otro extremo de los pliegues del puente de su morro, hundirá los ojos, hará que le tiemblen los labios y dejará que una pequeña gota de baba

aparezca en la comisura de su boca hasta que te sientas tan mala persona que cederás y le dejarás probarlo. Esa costumbre le plantea un dilema a la gente que lo conoce, porque *Biff* tiene que controlar su peso. Por lo general, está tan delgado como Kate Moss, pero puede ganar kilo y medio en un instante. Las vacaciones pueden ser duras en ese sentido. Se toma unos días libres en Navidad para estar en casa, en Attleboro, Massachusetts, donde está rodeado de comida y no hay ninguna presión ni agenda que cumplir y es fácil pasarse el día comiendo.

El peso extra se le va al cuello. Por fortuna, a *Biff* le gusta hacer ejercicio. Corre durante quince o veinte minutos dos veces al día, ya sea en el exterior o en su Maestro Trotador. Cuando se siente pesado, corre durante más tiempo y evita los tentempiés hasta que recupera su peso ideal de treinta y cuatro kilos.

Biff es un bóxer. Es un perro de concurso. Actúa con el nombre *Champion Hi-Tech's Arbitrage*. Tener buen aspecto no es simple vanidad: para él es una cuestión laboral. La carrera de un perro de concurso es corta y los jueces son implacables. Cada animal es juzgado según un estándar preciso relacionado con la apariencia y el temperamento. Por otra parte, está el incalculable elemento que es el carisma mostrado en la pista. Cuando un perro de concurso está gordo o parece perezoso o taciturno, simplemente no gana. Si no gana, no goza de los beneficios adicionales de ser un ganador, como el hecho de aparecer como un modelo famoso en los paquetes de comida para perros Pedigree Mealtime con cordero y arroz, algo que *Biff* hará en breve, o escoger a las perras más guapas y cobrarles unos 600 dólares por sus favores sexuales, algo que *Biff* hace tres o cuatro veces al mes. Otro beneficio adicional de ser un ganador es que casi todos los fines de semana del año, mientras viaja a los concursos de todo el país, oye cómo la gente lo aplaude y grita su nombre y le dice lo buen chico que es, detalles que él parece disfrutar casi tanto como comer pastillas de jabón.

*

Muy pronto, *Biff* ya no tendrá que ser tan estricto con su dieta.

Después de participar en el concurso del club Westminster Kennel de esta semana, se retirará de esa clase de espectáculos y pasará a trabajar a tiempo completo como semental. Es un buen momento para jubilarse. El año pasado ganó más concursos que cualquier otro bóxer, y también más que ningún otro perro en la categoría de perros de raza conocida como «perros de trabajo», en la que también están incluidos los malamute de Alaska, los boyeros de Berna, los dóberman, los grandes daneses, los Terranova, los perros de aguas portugueses, los rottweilers, los San Bernardo, los huskies siberianos y los schnauzers normales. Los bóxeres recibieron ese nombre por su costumbre de sentarse sobre las patas traseras y golpear con las patas delanteras cuando se pelean. Originariamente, se criaban como perros de compañía: su trabajo consistía en lucir imponentes y, al mismo tiempo, ser unos perros agradables con los que pasar el tiempo. Excepto en casos como el de *Biff*, un animal de concurso, la mayoría de los bóxeres llevan una vida bastante relajada. El año pasado, en Westminster, *Biff* fue nombrado el mejor bóxer y el mejor perro de trabajo y fue un serio competidor en la categoría de mejor perro de concurso, el más alto honor al que cualquier perro podría aspirar. Es uno de los favoritos para volver a ganar este año en las competiciones de raza y grupo, y tiene bastantes posibilidades otra vez en la competición de mejor perro de concurso, aunque las circunstancias no acompañen precisamente, pues este año el juez es un conocido amante de los caniches.

Biff tiene cuatro años. Está en su mejor momento. Podría seguir compitiendo durante unos cuantos años más, pero con su jubilación les está dando paso a sus hijos, *Trent* y *Rex*, que acaban de empezar en el mundillo; además, lo dejará en lo más alto de su carrera. Pasará menos tiempo montado en aviones, que es la parte de todo este asunto que menos le gusta, y podrá disfrutar de más tiempo con sus dueños, William y Tina Truesdale, a los que podría convencer para que no fuesen tan estrictos con sus restricciones de tentempiés.

Biff tiene un pelaje corto y tupido de color rojizo, los pies y los tobillos blancos, y una mancha blanca en el pecho que, bien

mirada, su forma recuerda al estado de Maine. Sus músculos se aprecian con claridad bajo la piel, pero no resultan protuberantes. Tiene el rostro alzado y aplastado. Luce una máscara oscura, labios mullidos y una marca blanca con la forma del hueso de la suerte, y su gesto denota la seriedad y la ligera preocupación del alcalde de una ciudad pequeña. Alguien me dijo una vez que creía que *Biff* se parecía un poco a Bill Clinton. La suerte de *Biff* reside en su cara. A mucha gente le gustan los bóxeres de huesos grandes y cuerpo robusto —unos bóxeres que parecen más pesos pesados que corredores de maratón—, pero casi todo el mundo coincide en que *Biff* tiene una cabeza casi perfecta.

—*Biff* tiene la misma cabeza que su padre —me explicó un día el veterinario William Truesdale.

Estábamos en el salón de la casa de los Truesdale en Attleboro, con vistas a hectáreas de ondulados campos vallados. Viven en un rancho grande y soleado con una elegante cocina en tonos pastel y objetos con los bóxeres como tema común colgando de todas las paredes. Los Truesdale no tienen hijos, pero comparten en todo momento el espacio con al menos media docena de perros. Si has visto muchos anuncios de comida para perros, puede que William te resulte familiar: es el joven y guapo veterinario de cabello oscuro que declara su entusiasmo por Pedigree Mealtime mientras sus perros corren tras él.

—*Biff* tiene una elegante cabeza masculina —prosiguió William—. No es muy baboso. Es casi ideal. Obviamente, su punto fuerte es este.

Señaló la parte delantera de *Biff* y me explicó que la articulación hombro-húmero dibujaba un ángulo óptimo, enmarcando su soberbio pecho y sus patas traseras, o algo así. Mientras William hablaba, *Biff* se subió al sofá y se sentó encima de *Brian*, su compañero, que estaba escondido debajo de una almohada. *Brian* es un toy spaniel inglés del tamaño de una tetera y tiene el temple de un colibrí. Cuando era joven y participaba en concursos, *Brian* mordió en una ocasión a uno de los jueces; un error que Tina Truesdale afirma que se debió a que, en aquella época, el perro estaba pasando por una fase problemática y no

llevaba bien que lo tocasen. *Brian*, cuyo nombre de competición es *Champion Cragmor's Hi-Tech Man*, no tardará en volver al circuito, pero de momento hace de acompañante habitual de *Biff*. Cuando *Biff* se sentó encima de él, empezó a temblar. *Biff* lo tocó con su pata delantera. *Brian* le dedicó una adorable mirada.

—*Biff* tiene el cuerpo de su madre —dijo Tina—. Un cuerpo robusto.

—La verdad es que para ser hembra era un poco demasiado grande —añadió William—. Más bien rolliza. Yo la habría definido como regordeta.

—Al padre de *Biff*, sin embargo, le faltaba un poco de carne —siguió Tina—. Se llamaba *Tailo* y era fabuloso. Tenía una cabeza preciosa, pero creo que tal vez era demasiado esbelto. Un poco flaco.

—Un poco femenino incluso —comentó William con sentimiento—. De hecho, habría sido una perra fantástica.

*

La primera vez que vi a *Biff* me olisqueó los pantalones, se sentó sobre sus patas traseras y me miró a la cara. Después se fue trotando hacia la cocina, donde alguien estaba preparando unos macarrones. Estábamos en Westbury, Long Island, donde *Biff* vive con Kimberly Pastella, una entrenadora de perros profesional de veintinueve años, cuando el perro está trabajando. Ese año, Kim y *Biff* habían asistido a un concurso como mínimo todos los fines de semana. Si viajaban por carretera, lo hacían en la furgoneta de Kim. Si volaban, ella iba como pasajera y él en la bodega. Siempre compartían habitación de hotel.

Mientras Kim me hablaba de su programa de trabajo, podía oír a *Biff* husmeando por la cocina.

—¡*Biffers*! —le gritó Kim.

Biff regresó al salón con un impostado gesto de sorpresa en la cara. No dejaba de mover el rabo. Lo tenía recortado, era más o menos del tamaño y la forma de un puro a medio fumar. Kim me explicó que había una perra en el dormitorio de la planta de abajo

que habían enviado desde Pensilvania para que la fecundase el semental de otro de los clientes de Kim y *Biff* podía olerla y estaba un poco alterado.

—Venga —le dijo al perro—. *Biff*, vamos a trotar.

Entramos en el garaje, donde había una cinta para correr con el collar de *Biff* colgando de un brazo de metal. *Biff* saltó sobre la cinta y alargó el cuello para que Kim pudiera ponerle el collar. En cuanto ella apretó el botón de encendido, el perro empezó a trotar. Sus uñas iban trazando un leve tatuaje en la goma de la cinta.

A excepción de un hijo suyo llamado *Biffle*, que lo saca de sus casillas, *Biff* se lleva bien con todo el mundo. Según Matt Stander, uno de los fundadores de *Dog News, Biff* era «muy, muy simpático. Tiene un *je ne sais quoi* que lo hace muy especial. Da lo mejor de sí mismo en todo momento».

Una tarde, los Truesdale me hablaron del factor psicológico que convirtió a *Biff* en quien es.

—Los bóxeres son auténticos comunicadores —me dijo William—. Hubo que tenerlo muy en cuenta a la hora de criarlo. Parece duro, pero su ego es muy frágil. La reacción y el daño que le causa que le levantes la voz es increíble.

—Yo lo hice así —contestó Tina—. Que *Biff* sea como es ahora es obra mía. De pequeño era muy dominante, pero yo lo considero un prerrequisito para ser un gran artista. ¡Tenía un porte...! ¡Era como un hombre en miniatura!

Meneó los hombros hacia delante y hacia atrás y alzó el mentón. Tina es una mujer elegante y delicada de ojos muy separados y cuello de bailarina. Creció en una granja en Costa Rica, donde los perros eran considerados otra forma de ganado.

En 1987, William le compró un rottweiler como perro guardián, y un bóxer, porque a él siempre le había encantado esa raza, y ella decidió iniciarse en el mundo de los concursos. Ahora hace calcetines navideños con las iniciales de cada uno de los animales de la casa, y una vez por semana, más o menos, vuelve a ver la grabación de la victoria de *Biff* en el concurso de Westminster.

—Desde el principio, hice que *Biff* se sintiese el perro más

fantástico del mundo —dijo Tina.

—No se me parece mucho —comentó William—. Yo soy más como los golden retriever.

—Oh, *Biff* tiene mi carácter —dijo Tina—. Tengo mucha fuerza de voluntad. Soy descarada. Y *Biff* es vanidoso, egocéntrico y egoísta. Se cree muy importante y especial y no le gusta compartir.

*

Biff no tiene precio. Si les rogases a los Truesdale que diesen una cifra, es posible que dijeran que *Biff* vale unos 100.000 dólares, pero también comentarían que un entusiasta de los perros japonés le había ofrecido a Tina hacía poco un cheque en blanco por *Biff*. (Ella lo tiró a la basura de inmediato.) A pesar de ese cheque, costear la carrera de un perro de concurso les supone una pérdida de dinero a los dueños. Un buen entrenador cuesta entre 300 y 400 dólares al día, además de los gastos de desplazamiento para los concursos, y cualquier perro que quiera llegar a lo más alto tendrá que estar de viaje al menos cien días al año. Un fotógrafo de perros cobra cientos de euros por un solo retrato, y un retrato es algo que todo propietario serio encarga, y luego se inserta como anuncio a toda página en varias revistas de concursos. Promocionar a un perro de concurso es un procedimiento estándar si quieres que tu animal o tu presencia en el circuito de concursos sean conocidos. Por otra parte, están las cuotas de inscripción en los concursos, los productos para el cuidado del pelo, comida, veterinario y juguetes. Como semental cobra más de 600 dólares. Cuando se retire de los concursos, podrá dedicarse a fecundar varias veces al mes. Hacerlo criar habría sido una buena manera de ganar dinero en el pasado, de no haber sido porque cada vez que los Truesdale se entusiasmaban con un emparejamiento, cambiaban el dinero de los servicios de *Biff* por la posibilidad de poder escoger una cría. Como resultado, ahora tienen más descendientes de *Biff* que ganancias.

—Hacemos esto para la posteridad —dijo Tina—. Por el bien de todos los bóxeres. No podemos pensar en los costes.

Un domingo, no hace mucho, fui a ver trabajar a *Biff* en uno de los últimos concursos a los que iba a asistir antes de retirarse. El espectáculo estaba patrocinado por el Club Lehigh Valley Kennel y se celebraba en un pabellón grande y azotado por el viento del campus de la Universidad de Lehigh, en Bethlehem, Pensilvania. El aparcamiento estaba abarrotado de caravanas empapeladas con adhesivos de perros de tamaño natural. De camino al pabellón, me crucé a alguien que paseaba un perro afgano que llevaba puesta una caperuza, y otra persona que estaba limpiando a un galgo persa con una toalla de playa de los Picapiedra. *Biff* echaba la siesta en su jaula: una celda metálica muy elegante de un brillante color plateado. De la puerta colgaban etiquetas de equipaje de las aerolíneas Delta, United y American Airlines. Los perros pueden parecer angustiados dentro de sus jaulas, pero a *Biff* le gustaba pasar el rato en la suya. Cuando aún estaba creciendo, los Truesdale decidieron no volver a reprenderlo nunca por su delicado ego. Cuando se ponía revoltoso, Tina no le regañaba: se limitaba a invitarle a que se sentase en su jaula y pasase un rato dentro.

Ese día en concreto, *Biff* estaba en su jaula con un cuenco de agua y un Oinkeroll *gourmet*, un juguete masticable de piel de cerdo. La deliberación del jurado de los bóxeres ya había acabado. Habían participado treinta y tres perros en la competición y *Biff* había ganado el premio al mejor de su raza. Ahora tenía que esperar unas cuantas horas hasta que concluyese la competición del resto de las razas. Más tarde, los ganadores de las diferentes razas competirían para ganar el premio al mejor en grupo de trabajo. Después, más o menos a la hora de cenar, el ganador del grupo de trabajo y los ganadores de los otros grupos —perros de caza, terriers, toys, los que no son de caza y perros de pastoreo— competirían por el título de mejor perro de concurso. *Biff* estaba tumbado en su jaula con la cabeza apoyada en las patas delanteras, de modo que los labios le caían sobre los tobillos como la cortina de un café. Parecía aburrido. Cerca de allí, y en diferentes mesas, a varios fox terrier de pelo duro les lavaban la cara con champú y, más allá, un chihuahua en una jaula rosa mordisqueaba el pestillo

de la portezuela. Dos hombres con camisas blancas y pantalones oscuros pasaron cerca mientras se comían unos perritos calientes. Uno de ellos no dejaba de hacer gestos y se quejaba al otro:

—¡Creía que tenía buenos perros salchicha! ¡Creía que tenía perros salchicha geniales!

Biff lanzó un resoplido y cerró los ojos.

Mientras se echaba una siesta, rebusqué en su maleta. Había algo de comida para perros, toallas, una lima de uñas eléctrica, un recortador de bigotes, una chaquetilla de lana con un alegre estampado del sudoeste, un delantal, varios antibióticos, aceite para bebés, aceite de coco abrillantador, polvo de tiza para bóxer, un ejemplar de *Dog News*, un ejemplar de la revista *ShowSight* con un artículo titulado «Semen congelado: ¿beneficio o maldición?» y también un anuncio a doble página de *Biff*, con una fotografía a todo color del perro posando con Kim frente a un soldado de juguete de tamaño humano; una botella de espray limpiador para pelo, otro Oinkeroll, una bola de cuerda y algo llamado Booda Bone. El delantal era para Kim. El aceite para bebés era para que le brillasen las patas y el morro a *Biff* cuando subiese al cuadrilátero. El polvo de tiza para bóxer —distinto, por decir algo, del polvo de tiza para terrier blanco escocés— está pensado para engancharse en el pelo corto y recio del bóxer y así destacar sus marcas blancas.

Al contrario que otros perros, *Biff* no necesitaba llevar consigo un secador de pelo, tampoco rizadores, esmalte de uñas o cepillos para desenmarañar. Pero, al contrario que otros perros menos cotizados, él sí tenía que seguir un programa concreto. Estaba inscrito en un concurso en Chicago al día siguiente y tenía una cita en una clínica en Connecticut la semana próxima para hacer un depósito de semen, encargado por un criador en Australia. Además, tenía una cita esa misma semana con una perra llamada *Diana* que estaba a punto de entrar en celo. *Biff* tiene que programar sus encuentros como semental después de los concursos para que no interfieran en sus actuaciones. Tina Truesdale me contó que era algo habitual en el mundo de los atletas, pero todo aquel que conoce a *Biff* comenta enseguida su profesionalidad como semental. Richard Krieger, el encargado de llevar a *Biff* a su visita

a la clínica en Connecticut, me contó en una ocasión que a algunos sementales les gustaba remolonear y tomarse su tiempo, pero *Biff* era muy formal.

—Pim, pam, pum —dijo Krieger—. Dentro y fuera.

—No pierde el tiempo —me comentó Nancy Krieger, la esposa de Richard—. Pim, pam, pum, y trabajo hecho.

Unos minutos después, Kim apareció y le preguntó a *Biff* si necesitaba salir. Al poco llegó un entrenador amigo de Kim. Llevaba un traje de pata de gallo blanco y negro y blandía un peine enorme y un bote de laca para el pelo. Mientras hablaban, hojeé el catálogo del concurso y le leí a *Biff* los nombres de algunos de los perros por pura diversión; nombres como *Aleph Godol's Umbra Von Carousel* y *Champion Spanktown Little Lu Lu* y *Ranchlake's Energizer O'Motown* y *Champion Beaverbrook Buster V Broadhead*. *Biff* decidió que quería salir y Kim le abrió la jaula. Sacó el cuerpo, se desperezó y bostezó como un gato y, de repente, se irguió y me golpeó con las patas en el pecho. Por los altavoces sonó la llamada para todos los perros de raza toy: tenían que subir al cuadrilátero. El amigo de Kim sacudió el bote de laca en dirección a un pequeño caniche de color blanco que temblaba sobre una mesa pocos metros más allá y dijo:

—¡Oh, no! ¡He perdido el sentido del tiempo! Kim, ¡tengo que irme! ¡Tengo que echarle laca a mi miniatura!

*

Lo habitual es que los certámenes de perros comiencen con un paseo todos juntos rodeando la pista. Después, cada uno de los contendientes posa de manera individual para el juez, intentando parecer perfectos mientras este les examina la dentadura, los cuartos traseros y les acaricia el lomo o los muslos. El juez en Lehigh era un hombre fornido y bigotudo de mirada acuosa y expresión seria. Dirigió el grupo con amplios gestos de manos que parecían propios de un ganadero con sus reses. El rottweiler era muy guapo, también lo era el schnauzer gigante. Empecé a preocuparme. *Biff* parecía distraído, como si hubiese olvidado algo

en casa. Por fin le llegó el turno. Dio un brinco cuando lo llamaron y se colocó en el centro de la pista. El juez le pasó las manos por encima y después le hizo un gesto para que diese una vuelta. Algunos de los espectadores más cercanos empezaron a aplaudir. Centelleó un *flash*. *Biff* mantuvo la posición durante unos segundos, en busca del mejor ángulo, y después Kim y él cruzaron la pista. Las patas de *Biff* se movían con tal rapidez que resultaban borrosas con aquel brillo aceitoso, a pesar de que apenas había distancia que recorrer. Kim le dio una galletita cuando acabó su actuación y otra más cuando el juez lo señaló con el dedo, indicando que *Biff* había vuelto a ganar.

*

Es inevitable preguntarse si *Biff* también sentirá el bajón que a veces se ven obligados a afrontar, cuando se retiran, quienes están acostumbrados a competir. Al menos, como semental tendrá un montón de trabajo que atender en el futuro, aunque William Truesdale se quejó una vez de que le habían puesto el listón tan alto en lo que a parejas se refería que «no hay muchas perras entre las que elegir». En cualquier caso, Tina y él son optimistas y creen que *Biff* acabará encontrando las suficientes compañeras adecuadas como para convertirse en uno de los sementales bóxer más influyentes de todos los tiempos.

—Nos gustaría que nos recordasen como las estrellas de los bóxeres de los noventa —dijo Tina—. Por otra parte, estamos deseando tenerlo en casa.

—Vamos a empezar a llevar a concursos al hijo de *Biff*, *Rex* —contó William—. Vive en México y es un campeón bóxer mexicano. Ahora ya está listo para los concursos estadounidenses. Es muy prometedor. Tiene un trasero fantástico.

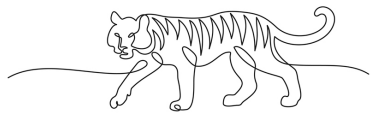
Justo en ese momento, *Biff*, que había estado tumbado en el sofá, dio un salto y echó a andar.

—¿Vas a algún sitio, cariño? —le preguntó Tina.

Quería salir, así que Tina le abrió la puerta trasera y *Biff* salió al jardín. Al cabo de unos minutos, se fijó en una pelota que había

en el césped. La pelota estaba resbaladiza y era demasiado grande como para metérsela en la boca, pero siguió intentando cogerla. Mientras, los Truesdale y yo nos quedamos sentamos, inmóviles durante un rato, centrados en nuestros sándwiches de pavo, y después nos pusimos cómodos en el sofá. Pasó media hora y *Biff* seguía jugando con su pelota de manera despreocupada. Es probable que se deba a que tiene una memoria muy breve, pero se comportaba como si fuese la cosa más divertida del mundo.

LA DAMA DE LOS TIGRES



El 27 de enero de 1999, un tigre recorrió las calles del municipio de Jackson, en Nueva Jersey. Según el Centro de Información de Tigres, los requisitos naturales de un tigre son «algún tipo de vegetación densa, presas unguladas de tamaño considerable y acceso a agua». Teniendo en cuenta esas condiciones, no puede decirse que Jackson sea mal hábitat para un tigre. Está a medio camino entre Manhattan y Filadelfia, en una de las esquinas del condado de Ocean, un bálsamo verde frente al manto plateado que tejen las torres de alta tensión y los tanques de petróleo al norte del estado; también frente a los pueblos de ladrillo y los molinos de viento del sur. En Jackson solo viven 43.000 personas, pero es una ciudad grande, de más de doscientos cincuenta kilómetros cuadrados, todos ellos llanos como un tablero salpicado de pozos y pequeños lagos. Una gran parte de Jackson está ocupada por zonas residenciales y supermercados Wawa, pero el resto siguen siendo pinares originales de Nueva Jersey, con juncias, pinos broncos, laurel de oveja y robles blancos, una densa vegetación que podrías encontrar en cualquier parte, lo que la convierte en una zona ideal para tigres. Los ungulados autóctonos no tienen mucho que ver con los que un tigre podría encontrar en los hábitats a los que está acostumbrado, como Siberia o Madhya Pradesh; en Jackson solo

pueden encontrarse los ponis domésticos, manadas de venados de cola blanca que practican la mendicidad y alguna que otra vaca lechera. A menos que incluyas el parque Six Flags Wild Safari, donde hay cebras, jirafas, antílopes y gacelas. Y mucha agua por todas partes.

En cualquier caso, el tigre de Jackson no iba a durar mucho en este mundo. Una mujer que estaba preparando bocadillos para el almuerzo lo vio desde la ventana de su cocina, se lo comentó a su marido y llamaron a la policía. El tigre se adentró en el bosque. A eso de las cinco de la tarde, un trabajador de una empresa de ingeniería, la Dawson Corporation, se quejó a sus superiores de que había un tigre rondando por el aparcamiento de la empresa. A las siete, había rodeado las casas más cercanas y despertado el interés general. Cuando entró después en los terrenos de la Dawson, el tigre había conseguido ya unos cuantos seguidores: la policía de Jackson, los agentes forestales del estado y un avión con visor de infrarrojos. Se abrió camino por diversos jardines y unos campos cubiertos de maleza cercanos a la Interestatal 195 y, luego, sin inmutarse de los dardos tranquilizantes que le había lanzado un veterinario, se encaminó hacia un instituto. Allí, uno de los testigos describió al animal como una «mancha naranja».

Al final, a eso de las nueve de la noche, las autoridades se dieron por vencidas respecto a la posibilidad de capturarlo vivo y el tigre fue abatido por un agente forestal. Un patólogo determinó que se trataba de un ejemplar macho y joven de tigre de Bengala, de dos metros y setenta centímetros de largo y un peso de ciento ochenta kilos. Nada en su anatomía ayudaba a saber de dónde había salido. Nadie había llamado a la policía para notificar la desaparición de un tigre. Todo el mundo en la ciudad sabía que había tigres en Jackson; es decir, todos sabían que había quince tigres en Six Flags Wild Safari. Pero no todo el mundo sabía que había otros tigres en Jackson. De hecho, había dos docenas de ellos, pertenecientes a una mujer llamada Joan Byron-Marasek. Gracias a Byron-Marasek, Jackson, en Nueva Jersey, tiene más tigres por kilómetro cuadrado que la mayoría de los lugares del mundo.

Joan Byron-Marasek es todo un misterio por voluntad propia, pero también sobradamente conocida. No suele salir nunca de las instalaciones donde vive con sus tigres, sus perros y su marido, Jan; excepto cuando tiene que acudir a los juzgados. En las cintas de vídeo que grabó el Departamento de Protección Medioambiental (DPM) de Nueva Jersey, se la ve menuda, con un pelo rubio muy poco natural, nariz chata, boca pequeña y una eterna expresión de sorpresa. Como cabría esperar, no tiene número de la Seguridad Social, lo que dificulta saber cuál es su edad. Podría decirse que es una mujer joven de aspecto envejecido o una mujer mayor con aire juvenil. Ha declarado que nació en 1955 y que se matriculó en la Universidad de Nueva York en 1968. Cuando se le indicó que eso significaba que tenía trece años cuando inició su andadura universitaria, admitió que no tenía muy buena memoria para las fechas. Trabajó durante un tiempo como actriz y se decía que había participado en la obra *Jumpers* de Tom Stoppard, que se había estrenado en Broadway, en la que aparecía colgando desnuda de una lámpara de araña. En un folleto que hizo para su reserva de tigres lleva unas botas plateadas, un largo látigo y sale alimentando a uno de sus tigres, *Jaipur*, con un biberón. Entre las cualificaciones que indicó en la solicitud del permiso para tener de animales salvajes, Byron-Marasek dijo que había sido ayudante de un adiestrador de tigres y trapecista en los circos Ringling Bros. y L. N. Fleckles; que había recibido formación del doctor Henderson, el famoso veterinario circense, y que había leído muchos libros sobre animales, entre ellos *The Manchurian Tiger*, *The World of the Tiger*, *Wild Beasts and Their Ways*, *My Wild Life*, *The Never Talk Back* y *Thank You, I Prefer Lions*.

*

Los Marasek se instalaron en Jackson en 1976. Compraron terrenos en una zona anodina y muy poco poblada de la ciudad, cerca de Holmeson's Corner, donde se cruzan Monmouth Road y Millstone Road. En aquella época tenían cinco tigres: *Bombay*, *Chinta*, *Iman*, *Jaipur* y *Maya*. Jackson debió de parecerles un buen lugar para

criar tigres. Aparte de una iglesia y unas pocas casas, no había nada cerca de la propiedad de los Marasek. Era el tipo de sitio donde nadie se mete en los asuntos de nadie. Uno de sus vecinos, un sacerdote ruso ortodoxo, llevaba una plantación de árboles de Navidad junto a su casa. Otro vivía en un ruinoso bungaló con un pequeño yate oxidado colocado en el jardín sobre bloques de cemento.

Durante mucho tiempo, en Nueva Jersey no existió ningún tipo de restricción en la posesión de animales salvajes. Pero en 1971, después de una alarmante sucesión de denuncias de mordeduras de monos y de destrozos provocados por tigres, el estado empezó a exigirles a los dueños de animales exóticos que se registrasen a nivel estatal y solicitasen permiso para ello. Según las nuevas normas, a los dueños de animales exóticos se les permitía disponer de ellos solo si podían demostrar que los utilizaban para fines educativos, actuaciones o investigación. Cuando se instaló en Jackson, Byron-Marasek solicitó el permiso allí y lo consiguió, así como una licencia de exhibición del Departamento de Agricultura de Estados Unidos, que se encarga de supervisar el bienestar animal a nivel nacional.

Tras instalarse allí con cinco tigres, Byron-Marasek adquirió seis más: *Bengal*, *Hassan*, *Madras*, *Marco*, *Royal* y *Kizmet*. Compró varios de ellos a un adiestrador de animales llamado Dave McMillan. El resto se los compró a los hermanos Ringling. La siguiente tanda de tigres —*Kirin*, *Kopan*, *Bali*, *Brunei*, *Brahma* y *Burma*— llegó de manera natural. Nacieron en el jardín después de que Byron-Marasek permitiese que sus tigres macho y hembra se juntaran. Con el paso del tiempo, nacieron más cachorros y la población de tigres de Holmeson's Corner fue creciendo poco a poco. Byron-Marasek bautizó su proyecto como la Tigers Only Preservation Society. Describía su misión como un esfuerzo por conservar todas las especies de tigre, devolver a estos animales a su hábitat natural, «resolver el conflicto humanos-tigres y llegar a un acuerdo».

—Yo como, duermo y respiro tigres —explicó Byron-Marasek a un periodista local cuando todavía hacía declaraciones a la

prensa—. Nunca me tomo vacaciones. Se trata de mi amor, mi pasión.

Un amigo de ella le contó a otro periodista:

—Joan camina entre sus tigres como si fuese Tarzán. Una vez me dijo: «Tengo arañazos a ambos lados de la caja torácica y cortes en los dos brazos, pero para ellos no es más que un juego». Eso es lo que yo entiendo por amor.

*

Ya se sabe cómo funcionan las cosas: empiezas con un tigre, después consigues otro y otro, luego nacen unos pocos y se mueren otros tantos y comienzas a perder la cuenta de cuántos tigres tienes. Cuando ocurrió el incidente del tigre suelto en la ciudad, la policía interrogó a quienes tenían tigres en Jackson para asegurarse de que todos los ejemplares estaban bajo control. Había dos entidades con tigres. Six Flags Wild Safari disponía de permisos para quince y sabían que esos quince estaban donde tenían que estar. Los Marasek, por otra parte, no estaban seguros de cuántos animales tenían. Un grupo de policías y agentes forestales pasó más de nueve horas rebuscando entre verjas rotas, jaulas y cobertizos en los terrenos de la casa para intentar contar a todos los animales. Byron-Marasek tenía permiso para veintitrés tigres, pero los agentes forestales solo pudieron encontrar diecisiete.

Parte de esa disparidad en los números tenía una explicación. A lo largo de los años, algunos de los tigres de Byron-Marasek habían muerto. Otros sucumbieron a la vejez. *Muji* había sufrido una reacción alérgica a una inyección y había fallecido. *Diamond* tuvo que ser sacrificado cuando *Marco* le arrancó una de las patas. *Marco* también había matado a *Hassan* en una pelea en la Nochebuena de 1997. Otros dos tigres murieron después de comerse a un ciervo atropellado que Byron-Marasek creía que se había contaminado con anticongelante. Pero, aun así, seguían sin encontrar a varios ejemplares.

Los agentes grabaron en vídeo la visita mientras hacían el recuento.

—Joan, tengo que aceptar la idea de que hay cinco gatos perdidos en la ciudad, no solo uno —declara uno de los agentes en el vídeo.

El abogado de Byron-Masarek, Valter Must, explica a los agentes que seguramente hubo algún lío con las cifras cuando ella rellenó los permisos más recientes.

Los agentes se mueven con impaciencia y toman notas.

—Por ejemplo, yo no siempre cuento a mis hijos, pero sé cuándo están todos en casa —añade Must.

—Usted no tiene veintitrés hijos —replica uno de los agentes.

—Exacto —dice Must.

—Supongo que usted se daría cuenta si desaparecen seis de sus hijos —añade el agente.

Must asiente despacio y concluye:

—Estoy de acuerdo.

En la cinta, Byron-Marasek, que parece nerviosa, insiste en que importa bien poco lo sospechosa que sea la diferencia entre lo que dicen los permisos y el recuento de tigres: el tigre perdido no era suyo. Y tampoco sabe de quién podría ser. También advierte en varias ocasiones a los agentes de que no metan los dedos en huecos o jaulas porque, bueno, son tigres.

Los agentes le piden a Byron-Marasek que les enseñe los papeles y los permisos. Ella les responde que le da apuro invitarlos a entrar en casa porque está hecha un desastre. Los cubículos de los tigres tienen un aspecto triste y desangelado, con el suelo sucio y las verjas de tela metálica y las lonas de plástico azul aleteando con el viento de enero, tan desoladoras como una construcción parada por impago. Durante la inspección, se escucha jaleo en una de las jaulas de los tigres. Byron-Marasek, que afirma ser una de las más importantes autoridades mundiales en lo que a tigres se refiere, grita:

—¡Ayudadme! ¡Ayuda! ¡Se van a... se van a matar!

Los agentes se dirigen hacia el lugar de la pelea de tigres, pero entonces Byron-Marasek les hace un gesto con la mano para que se detengan y suelta:

—¡Ustedes no! ¡Solo Larry! ¡Solo Larry!

Se refiere a Larry Herrighty, el jefe de la división que concede los permisos de animales salvajes, del que ella dirá en una entrevista, tiempo después:

—Los tigres lo odian.

*

El día del recuento de tigres fue la primera ocasión, en años, en la que unos agentes estatales examinaban la propiedad de los Marasek. En Nueva Jersey le prestan cierta atención al bienestar animal —por ejemplo, cerraron el zoológico Scotch Plains en 1997 por sus pésimas condiciones—, pero aseguran que no disponen de recursos suficientes para controlar de manera regular a todos aquellos que poseen permisos para animales salvajes. Y tampoco tienen capacidad para investigar todas las denuncias. Habían recibido unas cuantas relacionadas con los tigres de los Marasek. En 1983, alguien informó de que los Marasek hacían sonar a todo volumen grabaciones de tambores de la selva en el sistema de megafonía pública entre las 4 y las 6 de la madrugada, lo que provocaba que sus tigres rugiesen. En esa ocasión, la Oficina Estatal para el Control de Ruidos respondió: una noche midió el nivel de ruido fuera de sus instalaciones y luego advirtió a Byron-Marasek de que, a partir de entonces, iban a estar pendientes de que cumpliese las ordenanzas relativas al ruido, aunque al parecer nunca más apareció por allí nadie de esa oficina. Jamás se investigaron las múltiples quejas de los vecinos sobre los extraños olores que emanaban de la propiedad.

Ella renovaba los permisos cada año, a pesar del incremento en el número de animales y de que no había prueba alguna de que la propietaria de los tigres cumpliese los requisitos estatales. Cualquiera que tuviese el tipo de permiso que tenía Byron-Marasek estaba obligado a aportar información sobre el plan de trabajo de los animales para demostrar que eran utilizados con fines científicos o educativos. Tras el incidente con el tigre perdido, el estado descubrió que no había prueba alguna de que los tigres hubiesen actuado nunca o de que alguien hubiese acudido a Tigers

Only dentro de un programa educativo. El único tigre de Byron-Marasek que había tenido cierta notoriedad pública era *Jaipur*, que pesaba más de cuatrocientos cincuenta kilos, pues había entrado en el *Libro Guinness de los Récords* como el tigre siberiano más grande en cautividad. Tiempo después, en el juicio, Byron-Marasek describió a *Marco* como «un gran gato de concurso» —dijo esto para explicar por qué seguía consintiéndolo a pesar de haber matado a *Diamond* y a *Hassan*—, pero, por lo que se sabía, *Marco* nunca había sido exhibido.

A partir de ese momento, el estado empezó a prestarle especial atención a la Tigers Only Preservation Society y lo que descubrieron no les hizo ninguna gracia. En las actas del juicio, los investigadores del DPM observaron: «Las instalaciones para tigres de la solicitante consistían en un cúmulo de vallas, basura, caminos embarrados y jaulas de recambio [...] algunas de las cuales estaban cubiertas con madera contrachapada deteriorada, empalizadas y lonas, etc. [...] La cerca del perímetro (a lo largo de los límites de la propiedad), pensada para mantener a raya a los entrometidos, estaba rota en algunos puntos. Había agua estancada y barro en el recinto. Los tigres de la solicitante estaban cubiertos de barro». Los investigadores también señalaron que había restos de cadáveres de ciervos en la propiedad, madrigueras de ratas y un montón de perros grandes y rabiosos encerrados cerca de los tigres. De repente, que un tigre hubiese rondado suelto por la ciudad no parecía tener especial importancia. Los inspectores estaban ahora mucho más preocupados por el hecho de que Byron-Marasek tuviese al menos diecisiete tigres viviendo en unas condiciones penosas y de que los animales estuviesen allí no para un fin recreativo o educativo sino como mascotas ilegales. Byron-Marasek, por su parte, estaba furiosa a raíz de aquellas inspecciones estatales.

—La humillación que nos hemos visto obligados a sufrir es indescriptible —declaró tiempo después en una rueda de prensa fuera de su propiedad—. No solo pusieron seriamente en peligro la vida de nuestros tigres, también se propusieron que nos resultara imposible alimentarlos.

La única sospecha que el estado no logró confirmar fue si el tigre perdido había pertenecido a Joan Byron-Marasek. Las pruebas de ADN, así como la autopsia, no fueron concluyentes. Pero entonces ¿de quién era el tigre? A lo mejor era el animal guardián de un traficante de drogas, o una mascota a cuyo dueño se le había ido de las manos y la dejó en Jackson con la esperanza de que la Dama de los Tigres se hiciese cargo de ella. Los conspiranoicos de la ciudad estaban convencidos de que el tigre era de Six Flags y se había encubierto su huida porque el parque daba trabajo a una gran cantidad de vecinos y también era la principal atracción turística de la ciudad. Al final, el animal quedó relegado a los anales de las excentricidades de las afueras: un alma en pena, condenada a un triste final, cuya procedencia jamás se conocerá.

*

Comprar un tigre no es difícil. Cuando el tigre se paseó por Jackson, solo ocho estados prohibían la posesión de animales salvajes. Tres estados no tenían restricciones de ningún tipo y el resto disponía de regulaciones que oscilaban entre lo trivial y lo sencillo y apenas se preocupaban de que se cumpliesen. Las casas de subastas de especies exóticas y los mercados de animales abundan en el Medio Oeste y el sudeste de Estados Unidos, donde las leyes sobre animales salvajes son las más laxas. Los comerciantes también han empezado a recurrir a internet. No hace mucho, entré en una web llamada Hunts Exotics, donde podría haber encargado un mono araña bebé (6.500 dólares, envío incluido); una hembra adulta de perezoso (2.200 dólares); una hembra de puma del norte con los ojos azules, que se publicitaba como «domesticada»; un mono capuchino de cabeza negra, que necesitaba un dentista (1.500 dólares); una paca; un puercoespín, o dos cachorros de tigre «con genes blancos» (1.800 dólares cada uno). De ahí fui a otras webs de tigres —Mainely Felids y Wildcat Hideaway y N.O.A.H. Feline Conservation Center— y a páginas para futuros propietarios llamadas «I Want a Cougar!» («¡Quiero un puma!») y «Are You Sure You Want a Monkey?» («¿Seguro que

quieres un mono?»). Es tan fácil conseguir un tigre, de hecho, que los expertos en animales salvajes calculan que hay un mínimo de quince mil tigres en el país; siete veces más que el número de setters irlandeses o dálmatas registrados.

Una de las razones por las que los tigres son fáciles de conseguir es que crían en cautividad sin problema. En la actualidad, solo quedan seis mil tigres salvajes; y en los últimos sesenta años se han extinguido tres subespecies de tigre. En los zoológicos, sin embargo, los tigres abundan y además se reproducen sin parar. El resultado son miles de «tigres de sobra». Según los parámetros de los zoológicos, se trata de animales que ya no merece la pena cuidar, porque hay muchos o porque son viejos y los visitantes de los zoos prefieren los ejemplares jóvenes a los maduros. Durante los años setenta y ochenta, en muchos zoológicos empezaron a criarlos de manera indiscriminada porque descubrieron que los cachorros atraían a mucho público. Por otra parte, el negocio de mascotas exóticas fue al alza porque esos mismos zoológicos vendían sus ejemplares maduros no deseados a traficantes y ranchos, así como a zoológicos sin acreditar, cuando dejaban de ser adorables y no resultaban interesantes para los visitantes. En 1999, el periódico *Mercury News* de San José contó que muchos de los mejores zoológicos del país, incluidos el de San Diego y el Denver Zoological Gardens, solían vender los animales que les sobraban a través de traficantes. A algunos directores de zoo le incomodaban tanto esas prácticas que optaban por sacrificar ese excedente en lugar de tener que recurrir a traficantes para librarse de ellos. Según *Mercury News*, el director del zoo de Detroit sacrificó a dos tigres siberianos en buen estado de salud por no disponer de espacio para ellos, porque no quería arriesgarse a que acabasen como animales de compañía maltratados o en un rancho de caza. A veces, los traficantes compran esos ejemplares solo para matarlos. Un tigre adulto, vivo, cuesta solo entre 200 y 300 dólares. Una piel de tigre se vende por 2.000 dólares y ciertas partes del cuerpo, que suelen ser utilizadas como afrodisiacos, pueden dar cinco veces más dinero.

*

Entre 1990 y 2000, la población humana de Jackson creció, como mínimo, una tercera parte. Los campos de arándanos y las granjas de gallinas empezaron a dar paso a edificios de apartamentos y casas de estilo colonial. Seguramente era inevitable que apareciese algo que describiese el cambio de identidad del lugar, su paso de una localidad rural a algo muy diferente. Se había convertido en una ciudad dormitorio sin vinculación con ninguna gran urbe en concreto, con zonas muy pobladas en medio de un vacío a nivel esencial; un lugar repleto de nuevos habitantes y nuevas carreteras que no conducían a ningún sitio y aceras limpias de un cemento que todavía parecía fresco; el tipo de lugar que solo es posible gracias a las autopistas y el teletrabajo, y que es necesario por culpa del elevado coste de vivir en las grandes ciudades, y que es deseable, curiosamente, por la rápida desaparición de su carácter rural. Aquel tigre que rondó por la ciudad lo había dejado bien claro... de manera indirecta.

En 1997, se construyó una vivienda modelo en unos terrenos colindantes a la propiedad de los Marasek, hacia el este. En cuestión de dos años, se levantaron treinta casas más en esa zona. Hasta entonces, un denso bosque había ocupado esas tierras, llenas de zarzas. Se limpió todo antes de que se iniciase la construcción. A esa urbanización se la bautizó, sin ninguna ironía, como La Reserva. Los nuevos árboles que plantaron eran apenas unos palillos que se mantenían erguidos mediante aros de goma y cables de retención, y daba la impresión de que hubiesen desembalado las casas y las hubiesen colocado ahí, como si fueran adornos de jardín. Eran espaciosas y altas, y tenían unas entradas ostentosas y garajes para dos coches, y servicios como jacuzzis, muebles bar y luces empotradas. El precio medio rondaba los 300.000 dólares. Era el tipo de casa que indicaba ciertos logros personales: el ascenso a vicepresidente de la empresa, por ejemplo. Los compradores eran personas a las que les desconcertaba comprobar, mientras estaban fuera jugando con sus hijos o cortando el césped, cómo algunas mañanas se concentraban en los tejados de sus casas

montones de aves carroñeras que miraban con voracidad hacia el terreno de los Marasek.

—Si alguien me hubiese dicho que tenían tigres ahí, jamás habría comprado esta casa —me dijo Kevin Wingler, uno de los vecinos, no hace mucho.

La propiedad de los Marasek empieza donde termina la suya. Wingler colecciona coches y, mientras hablábamos en su garaje, no dejaba de trastear con un Corvette rojo que acababa de comprar. Se puso hecho una furia cuando supo que el Departamento de Sanidad les había estado trayendo a los Byron-Marasek ciervos atropellados durante años, proporcionándoles así alimento para sus tigres. Seguramente eran los huesos de esos ciervos lo que les interesaba a las aves carroñeras.

—Me encantan los animales —explicó Wingler, secándose las manos en los vaqueros—. Compramos pases todos los años para el safari de Six Flags y siempre que estoy por aquí acaricio a todas las vacas y los cerdos que me encuentro. Creo que los tigres son majestuosos y preciosos y todo eso. Pero esta casa nos costó un ojo de la cara y no está bien. ¡Podría haberla comprado en cualquier otra urbanización! Incluso había apalabrado otra, pero el constructor me convenció de que comprase esta.

Se chupó uno de los dedos, limpió una mancha que había en el salpicadero y se echó a reír.

—Es tan raro... —dijo—. Uno supone que una cosa como esta tendría que pasar en Arkansas o así.

Atravesé La Reserva en coche y salí a una carretera al otro lado de las tierras de los Marasek. Era una carretera vieja, una de las pocas que ya estaban aquí cuando ellos llegaron, y las casas son de hace cuarenta o cincuenta años y están algo maltrechas. La que estaba en la esquina pertenecía al dueño de una pequeña empresa de camiones. Me dijo que había ayudado a Joan Byron-Marasek a limpiar su terreno después de la inspección estatal.

—Sabía que ella estaba aquí cuando me mudé hace ahora quince años —explicó—. ¿Tigres cerca? No me importa. A veces los oyes rugir. Oír un rugido de vez en cuando no es un problema para mí. Aunque el hedor durante el verano era insoportable.

Me dijo que no creía que el tigre errante fuese uno de los suyos, porque los de ella están sucios y el tigre al que abatieron parecía limpio y en buen estado. Contó que Byron-Marasek había ido a verlo hacía unos años para que se sumase a la petición de que dejasen de construir casas. Él no firmó. Sin embargo, sus palabras transmitían ambigüedad.

—Los nuevos vecinos no son muy amistosos —dijo—. Están ahí metidos, en sus casas lujosas. Ella está aquí desde mucho antes.

Aun así, no quería involucrarse.

—Son los gatitos de Joan —explicó y se encendió un cigarrillo —. Son cosa suya. Yo ya tengo bastante con mi propia vida.

*

El tigre que había rondado por Jackson durante apenas ocho horas había sido un visitante inescrutable e inexplicable y, como ocurre siempre con esa clase de visitantes, lo había puesto todo patas arriba. Hubo una reunión en el ayuntamiento poco después de que lo matasen. Se presentaron unos cien vecinos. Algunos de ellos aparecieron con disfraces de tigre. Querían saber por qué habían matado al animal en lugar de capturarlo, y también cuál sería el destino de los tigres de Byron-Marasek. Sin motivo aparente, la reunión se convirtió en un intercambio de gritos entre los nuevos habitantes de Jackson, que insistían en que había que sacar de allí inmediatamente los tigres de Byron-Marasek, y la vieja guardia, que aseguraban que todo el que conociese la ciudad —por definición, los únicos que merecían vivir en ella de verdad— sabía que había tigres en Holmeson's Corner. Si los tigres molestaban tanto a los residentes de La Reserva, ¿por qué habían sido tan tontos como para instalarse allí?

Poco después de esa reunión, el estado se negó a renovar los permisos para animales salvajes de Byron-Marasek alegando un cuidado negligente, ausencia de unas instalaciones adecuadas para exhibición o educativas, un requisito esencial para poder poseer animales potencialmente peligrosos o salvajes, así como un incorrecto mantenimiento de los registros. El municipio esgrimió

entonces sus ordenanzas de animales domésticos, exigiendo que Byron-Marasek se librase también de sus treinta y tantos perros o bien solicitase la licencia formal para tener una perrera. Poco después, los propietarios de La Reserva se unieron para demandar juntos al constructor de la urbanización por fraude a los consumidores, afirmando que les había ocultado el asunto de los tigres, a pesar de estar obligado a informar a los posibles compradores de todas aquellas cosas que, como están cerca de la vivienda, puedan afectar a su valor de reventa, como una prisión o vertidos tóxicos. El grupo de vecinos también denunció a Byron-Marasek por causar molestias tanto con sus tigres como con sus perros.

Ahí es donde el circo se puso en marcha. No me refiero a un circo como en el que había trabajado Byron-Marasek y donde había creado la receta de «El secreto del circo de Joan», que era la mezcla con la que alimentaba a sus tigres, sino el circo legal, un asombroso espectáculo de tres pistas que se produjo en Jackson durante varios años. El estado le negó a Byron-Maresek la renovación de sus permisos, así que dejó de ser la dueña legal de sus tigres. Solicitó una revisión administrativa, pero se mantuvo la negativa a renovar los permisos. Apeló a una instancia superior. Se le ordenó que se librase de los animales mientras esperaba los resultados de su apelación en el caso de los permisos. También recurrió esa orden.

—Los tigres son animales extremadamente frágiles —dijo en una rueda de prensa—. Morirán si alguien se los lleva. Si se les permite llevarse a nuestros animales, esto será un holocausto de tigres.

Byron-Marasek ganó esa batalla, lo que le permitió quedarse con los tigres durante la apelación de los permisos, aunque tuvo que aceptar ciertas condiciones, entre ellas la de tomar medidas para evitar que los tigres criasen. En cualquier caso, durante los dos siguientes años, en los que los juzgados fueron posponiendo el caso, dos de sus tigres dieron a luz, algo que ella ocultó a las autoridades estatales durante semanas. Declaró que el estado estaba intentando destruir la obra de su vida. A través de la web

Tigers Only, les ofreció un modelo de carta a las personas que la apoyaban para que se las enviasen a los agentes del estado y a la DPM que decía:

> Estimado senador:
>
> Soy simpatizante de la Tigers Only Preservation Society y de la señora Joan Byron-Masarek en su lucha por conservar sus hermosos tigres en su refugio de Jackson, Nueva Jersey. [...] Todos deberíamos estar encantados con el hecho de que esos tigres vivan juntos en pacífica armonía, entre ellos y con el entorno, aquí, en Nueva Jersey. En todo caso, los tigres de la T.O.P.S. tendrían que ser venerados como un tesoro del estado y, como tal, nosotros, los ciudadanos de Nueva Jersey, deberíamos participar con orgullo y entusiasmo en este esfuerzo a nivel estatal para mantener a los tigres de la T.O.P.S. en Nueva Jersey.
>
> Si lo logramos [...] futuras generaciones de votantes le estarán eternamente agradecidas por su esfuerzo a la hora de permitir que estas magníficas criaturas vivan felices en este entorno para el disfrute de todos.

Mientras, el proceso legal se estancó porque Byron-Marasek cambió cinco veces de abogado. Su caso fue escalando la jerarquía judicial hasta llegar a la corte de apelaciones del estado. Allí, en diciembre de 2001, el veredicto original se mantuvo, y se cerró el caso. Se le negó a Byron-Marasek, de una vez por todas, el derecho a tener tigres en Nueva Jersey.

El caso Byron-Marasek recordó a algunas personas la emblemática demanda en 1995, en Oregón, contra Vickie Kittles, que vivía en un autobús escolar con 115 perros. Siempre que Kittles paraba en un sitio con su penosa colección de animales, los agentes de policía locales le entregaban un bidón de gasolina y le daban las indicaciones necesarias para marcharse de allí. Acabó en Oregón, donde fue arrestada. Tuvo que enfrentarse al fiscal del distrito, Joshua Marquis. Marquis se había hecho un nombre como defensor de los animales después de procesar al asesino de la langosta *Victor*, la mascota de once kilos del acuario Seaside de Oregón. A *Victor* lo habían sacado de su tanque. Cuando atraparon al ladrón, este lanzó a *Victor* al suelo y le rompió el caparazón. No pudieron encontrar a un veterinario especialista en langostas con la

suficiente rapidez como para ayudarlo y *Victor* murió tres días después debido a los daños sufridos. Marquis fue capaz de convencer a un jurado para que encarcelara al ladrón no solo por robo sino también por conducta delictiva. En el caso de Kittles, Marquis decidió procesarla por negligencia con los animales. Kittles replicó que tenía derecho a vivir con sus perros del modo que ella eligiese. Marquis alegó que los perros, que no hacían ejercicio ni los visitaba veterinario alguno y era obvio que se encontraban en malas condiciones, no habían elegido vivir en un autobús escolar. Vickie Kittles fue encarcelada y sus perros enviados a hogares de acogida por todo el país.

El caso Kittles fue el primer proceso judicial importante en el país contra una persona «acaparadora de animales»; es decir, una persona que acoge animales de manera patológica. Las locas de los tigres son más bien una rareza, pero hay locas de los gatos y locos de los pájaros a lo largo y ancho del país, y sus historias suelen acabar en forma de titular del tipo: «Sacaron 201 gatos de la casa» o «Mascotas rescatadas de la casa del terror» o «Vecinos de fan de los gatos cansados del fiasco felino». Un estudio publicado por el Consorcio de Investigación sobre el Acaparamiento de Animales indica que más de dos tercios de los acaparadores de animales son mujeres y, en su mayoría, eligen gatos, aunque se sabe de personas que acaparan perros, pájaros, animales de granja y, en un caso, castores. La cantidad media de animales entre los acaparadores es de treinta y nueve, pero muchos de ellos tienen más de cien. Estas personas, según el estudio, sufren toda una constelación de problemas, entre ellos «la capacidad de concentración y mantenerse al día con cualquier gestión».

Por otra parte, los acaparadores de animales parecen disponer de una energía inagotable y saben concentrarse cuando les toca pelear en los juicios para conservar a sus mascotas. Incluso después de perder su última apelación, Byron-Marasek se las ingenió para encontrar otro modo de frustrar los esfuerzos del estado para quitarle sus tigres. El Departamento de Protección Medioambiental encontró refugio para ellos en el Orfanato de Animales Salvajes de San Antonio, en Texas, y presentaron un plan para trasladar a los

tigres mediante el Tren Humano del orfanato. A principios de enero de 2002, el juez de la Corte Suprema Eugene Serpentelli celebró una audiencia sobre el asunto. La Dama de los Tigres llegó al juzgado con un traje de chaqueta y pantalón verde oscuro, zapatos de punta cuadrada y un pesado maletín negro. Parecía inquieta y preocupada y alejó a todo aquel que se le acercaba excepto a una presentadora de una emisora de radio local que había hablado de su causa en su programa y un joven delgado que se acurrucaba junto a ella durante los descansos. El joven parecía tan circunspecto como ella, se negó amablemente a aclarar si era un colaborador de la Tigers Only Preservation Society, un amigo que también era propietario de tigres o quizá alguien que tenía sus propios problemas con el DPM.

Durante la vista, Byron-Masarek rebuscó en su maletín y sacó unas hojas de papel, varias notas manuscritas y páginas descargadas de internet y se lo pasó todo a su último abogado, contratado el día anterior. Su defensa se basó en que el Orfanato de Animales Salvajes no era una alternativa adecuada para acoger a sus tigres. El material del que ella disponía documentaba infracciones por las cuales el orfanato había sido citado por el Departamento de Agricultura de Estados Unidos en varias ocasiones a lo largo de los años. Entre ellas, almacenar bolsas de comida para monos pasadas de fecha en un almacén sin aire acondicionado y haber dejado el cadáver de un tigre en un congelador de carne hasta que se le realizó la autopsia y se deshicieron de él. Ninguna de esas infracciones fue grave ni quedó sin resolver, pero despertaron las suficientes preguntas sobre la idoneidad del Orfanato de Animales Salvajes como para retrasar lo inevitable una vez más, y el juez Serpentelli aplazó el traslado para que Byron-Marasek tuviera más tiempo para presentar un plan alternativo.

—Mediante este periodo de tiempo, dejo claro que este juzgado no tiene ninguna intención de perjudicar ni a la señora Marasek ni a los tigres —anunció el juez—. Pero los animales tienen que ser trasladados. No tengo ninguna duda respecto a la cuestión de si deben ser trasladados, solo respecto a cómo hacerlo.

Antes de que el estado actúe, sin embargo, existe la posibilidad de que la Dama de los Tigres tome cartas en el asunto. El pasado otoño, en una entrevista con *Asbury Park Press*, declaró que estaba en proceso de «comprar tierras en algún lugar» —al parecer, no le pareció inteligente decir en qué estado—, dando a entender que ella, sus perros y sus tigres se irían para siempre de Nueva Jersey. Es habitual que la gente que mantiene disputas con las autoridades sobre posesión de animales se traslade de una jurisdicción a otra huyendo de las dificultades legales. Si acaban perdiendo a sus animales, suelen reaparecer en algún otro lugar con nuevos ejemplares. Según los investigadores, el nivel de reincidencia entre los acaparadores de animales es casi del 100 %. En un futuro no muy lejano, en algún otro rincón aún rural de Estados Unidos, es posible que los lugareños empiecen a preguntarse qué es ese extraño olor cuando sopla el viento en cierta dirección, si de verdad han oído un rugido en mitad de la noche y si serán ciertos los rumores sobre una mujer con un puñado de tigres en el pueblo.

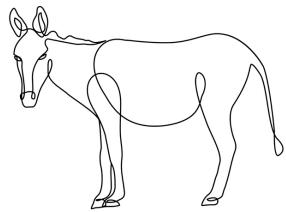
*

He visitado Jackson en innumerables ocasiones, he rodeado la propiedad de los Marasek y he recorrido de arriba abajo las aceras de la urbanización La Reserva, pero nunca he visto un solo tigre. Incluso conduje en una ocasión hasta la puerta principal de los Marasek y eché un vistazo dentro. Pude ver varios perros lanudos de color blanco peleando tras una verja metálica, y también pude ver lonas y material de construcción esparcidos alrededor de la casa, pero nada de tigres, nada de manchas naranjas peludas, nada. Quería ver alguno de esos animales, y asegurarme de que existían de verdad.

Una tarde, dejé el coche enfrente de la casa de los Winglers y pasé delante de su garaje, donde Kevin seguía trasteando con su Corvette. Después atravesé su jardín y llegué hasta donde acababa su trozo de césped, donde los árboles se espesaban y el suelo parecía elástico tras décadas de agujas de pino caídas. Seguí un

ligero rastro de olor agrio que supuse propio de tigres, aunque nunca antes había olido a ninguno. Me topé con una valla metálica. Me detuve y esperé. Pasó un minuto sin que ocurriese nada. Un minuto más y, entonces, pasó un tigre al otro lado de la valla, con su enorme cabeza gacha y su rabo moviéndose apenas, las rayas negras de su pelaje atravesadas por los rayos de luz de la última hora del día, desplazándose con pesados pero silenciosos pasos. Llegó hasta el extremo de la valla y se detuvo, se dio la vuelta, echó a andar en dirección contraria y desapareció.

CABALGANDO ALTO



Las cosas con las que cargan pueden ser tiritas, balas y cajas de cartón con comida preparada; también arena para preparar hormigón, misiles Stinger tierra-aire, mochilas, ametralladoras, armaduras, mantas, botas, cascos de Kevlar. En otra localización —es decir, en algún lugar más allá de los campos de batalla de Afganistán—, la carga atada a la montura de un mulo sería muy diferente. Consistiría en suministros de caza, tal vez, o tiendas de campaña u hornillos, ligados solo con una cuerda y enrollados, anudados y colocados encima de una mezcla de formas y volúmenes. Los mulos se muestran totalmente indiferentes al tipo de carga que llevan. Pueden llegar a acarrear hasta ciento cuarenta kilos durante siete horas al día, a lo largo de veinte días seguidos, sin quejarse, caminando bajo esa enorme y pesada carga como si lo que llevasen encima fuesen globos.

Por otra parte, un mulo conoce sus límites. Es algo característico de esta especie mantener un inviolable sentido de la autopreservación, que a veces se malinterpreta como testarudez. En realidad, es posible que sea una forma de genialidad. Un caballo podría comer hasta reventar y morir. Un mulo, sin embargo, comerá solo lo que pueda sobrellevar, incluso frente a un

comedero de avena lleno. Puedes hacer que un caballo galope hasta saltar por un acantilado y morir. Un mulo jamás hará algo así. En 1942, el Ejército de Estados Unidos andaba en busca de un método para llevar mulos a las zonas de combate. A alguien se le ocurrió que enseñar a los animales a lanzarse en paracaídas sería una buena manera de lograrlo. A modo de experimento, se equiparon doce mulos con paracaídas y los montaron en un avión de carga. Los primeros seis, pillados por sorpresa, fueron empujados por la puerta y cayeron y murieron de inmediato. Los seis siguientes sobrevivieron. Lo lograron porque entendieron lo que estaba ocurriendo y se negaron en redondo a acercarse a la puerta.

El compromiso de estos animales con su supervivencia resulta interesante en un contexto darwiniano, porque los mulos —el híbrido resultante de aparear a un burro con una yegua— tienen un número desigual de cromosomas y son estériles. Todo mulo, por lo tanto, es sui géneris. Puede no dejar ningún tipo de legado tras de sí. Puede no dejar una reserva genética que indique que pasó por este mundo. Es como si cada mulo supiese que la vida no tiene segundas oportunidades y entendiese que comportarse de manera arriesgada, como por ejemplo saltando de un avión a tres mil metros de altitud, entra en conflicto con esa premisa. Incluso la persistencia respecto a esta especie parece una genialidad. Dado que un burro y una yegua difícilmente tendrían relaciones por voluntad propia, tiene que animarlos a hacerlo alguien interesado en ello. En otras palabras, los mulos son, en esencia, un invento humano. Un invento que tuvo éxito. Los mulos son, con toda probabilidad, el más exitoso y perdurable de todos los híbridos creados por el ser humano; con el beefalo en segundo lugar, pero a mucha distancia.

Los mulos fueron reemplazados por máquinas con tanta facilidad, y están tan pasados de moda, que no resultaría sorprendente que se hubiesen extinguido. Sin embargo, siempre ha habido alguien que se ha esforzado para mantenerlos con vida. El reciente y renovado interés por las antiguas costumbres a la hora de gestionar una granja, por ejemplo, ha requerido de mulos. La

guerra en un lugar como Afganistán exige disponer de mulos, un animal de paso firme y con un instinto de supervivencia que lo lleva a poder recorrer caminos de montaña. Así que, una vez más, y contra todo pronóstico, los mulos han logrado encontrar de nuevo el favor de los humanos.

*

El Centro de Entrenamiento de Guerra de Montaña del Cuerpo de Marines, en Bridgeport, California, es el lugar en el que tanto militares estadounidenses como extranjeros aprenden a utilizar animales de carga en la guerra. El centro está ubicado en la falda de Sierra Nevada, un territorio que se considera similar al Hindu Kush de Afganistán. Las sombras que crea la sierra son tan profundas y frías que suele haber hielo en la carretera a finales del verano. Cuando estuve allí, había caído nieve en el campo de entrenamiento, por eso los mulos, los instructores y los alumnos se habían instalado en un depósito más cálido y llano a una hora al sur de allí, en Hawthorne, Nevada. Un grupo de marines de Camp Pendleton, en California, que se estaban preparando para ir a Afganistán ese mismo otoño, había empezado el curso de dos semanas para la gestión de animales de carga. En primer lugar, habían visto presentaciones en PowerPoint sobre la anatomía de los mulos, su carácter y su mantenimiento. El día que llegué yo, estaban practicando el medio amarre y el amarre de caja para asegurar las cargas en las monturas de los animales. Trabajaban lo que a Tony Parkhurst, el especialista que dirige el programa, le gusta denominar «relación humano-mulo».

Unos cuantos marines, que sostenían grandes rollos de soga, se encontraban cerca de un gran mulo de color alazán llamado *Edgar*, que tenía un morro largo y suave y unos ojos dulces, y era famoso por sus coces.

—Soldado, ¿has trabajado alguna vez con un mulo? —le preguntó Parkhurst a uno de los jóvenes.

—Negativo, señor. Me crie en un barrio de las afueras, señor.

—¿Y tú, soldado? —le dijo Parkhurst al siguiente marine—.

¿Alguna vez has trabajado con un mulo? ¿Con un burro? ¿Una llama? ¿Una cabra?

—Negativo, señor. Soy surfista.

Resultó que ninguno de aquellos marines había tenido un mulo cerca jamás. Tampoco ninguno de ellos, a excepción de uno, había tenido la más mínima relación con un caballo. Es algo típico entre las tropas que hacen el curso de animales de carga. Tiempo atrás, un joven sin experiencia con mulos habría sido la excepción en lugar de la norma. En 1930, había más de 5 millones de mulos en Estados Unidos, y desempeñaron un papel activo en el ejército hasta diciembre de 1956, cuando los dos últimos mulos del ejército, *583R* y *9YLL*, también conocidos como *Trotter* y *Hambone*, fueron desmovilizados.

Entre los primeros mulos de Estados Unidos se encontraba la recua que pertenecía a George Washington. Habían sido engendrados por un burro andaluz llamado *Royal Gift* que había recibido del rey de España. Washington creía que un buen mulo era esencial para la agricultura. Según su experiencia, los mulos eran preferibles a los burros, muy irascibles, y también a los caballos, excesivamente frágiles. Washington sentía tal devoción por los mulos que se dispuso a criar «una raza [de mulos] de extraordinaria bondad». Siempre utilizaba una yegua y un burro para sus mulos. (Si se hace al revés —un caballo con una burra— la cría se denomina burdégano. Algunas personas creen que los burdéganos heredan lo peor de sus padres, por eso son mucho menos populares que los mulos.)

El entusiasmo de Washington por los mulos fue contagioso y los granjeros no tardaron en criar mulos a millares en Estados Unidos. Durante los siguientes 150 años, llevaron a cabo todo tipo de trabajos en las granjas. Tiraban de arados y de carruajes, levantaban cargas, incluso eran montados. Un mulo era una inversión fiable, encantado de trabajar una década o dos a cambio, como escribió en una ocasión William Faulkner, «del privilegio de soltarte una coz en alguna ocasión».

Antes de que el ejército fuese mecanizado, las tropas montaban en caballo y utilizaban mulos para transportar

suministros y equipos. Los mulos costaban casi más que los caballos porque comían menos, se lesionaban con menos frecuencia y cargaban más peso. En 1855, el ejército llevó a cabo un breve y desafortunado experimento en un puesto en Texas: utilizó camellos para los trabajos que solían desempeñar los mulos. Los camellos demostraron tener una fuerza superior pero, respecto a lo demás, eran un desastre. Tenían mal carácter, solían regurgitar malolientes pedazos de comida y soltaban horribles gruñidos y rugidos que espantaban a los caballos. En *Shavetails and Bell Sharps*, una completa obra con la historia de los mulos militares, Emmett Essin escribió que los mulos eran valorados por su estabilidad y eficiencia. Solo en contadas ocasiones requerían atención especial. Por ejemplo, a veces los mulos de pelaje claro eran teñidos de marrón oscuro para que el enemigo no los viera con facilidad. Y, de tanto en tanto, los que eran muy ruidosos tenían que ser operados para que dejasen de rebuznar. Los mulos son lo que los militares denominan un «multiplicador de fuerzas», es decir, doblan o triplican lo que las tropas podrían hacer sin ellos. Miles de mulos sirvieron como multiplicadores de fuerzas en la guerra de Secesión y también en las dos guerras mundiales, así como en conflictos en Filipinas, Birmania y Grecia.

Los años cincuenta marcaron el punto más bajo para los mulos. Obviamente, la causa fue la mecanización. Los camiones, los *jeeps* y los helicópteros reemplazaron a los mulos en el ámbito militar, y los tractores los reemplazaron en las granjas. Los caballos, que también quedaron obsoletos con las máquinas, fueron capaces de evolucionar de la utilidad al pasatiempo. Para 1950, el número de caballos en Estados Unidos había descendido casi un 75 % desde el primer tercio del siglo. Pero tanto montar a caballo como las carreras encontraron su público y la población equina empezó a crecer de nuevo. Los mulos —que no son rápidos ni glamurosos— eran otro cantar. En 1950, solo quedaban 2 millones de mulos en Estados Unidos.

Ed Ceaser, un antiguo sargento mayor del ejército, robusto y de cara redonda, que había trabajado en diversas zonas de Asia para del servicio diplomático estadounidense, llegó al condado de

Sumner, en Tennessee, a principios de los años ochenta. En esa época, el negocio de los mulos estaba estancado. Un dato a su favor, pues su empresa, American Export Group, necesitaba comprar un montón de mulos para satisfacer un encargo del Ejército de Estados Unidos. Ceaser contactó con Hub Reese Jr., miembro de una de las mayores familias dedicadas al comercio de mulos de Tennessee. (El abuelo de Hub, Rufus sénior, puso en pie el negocio a finales de los años veinte en Nashville.) Tras una breve negociación, Ceaser acordó comprarle 1.200 mulos a Reese. Los animales serían enviados desde Tennessee hasta la base del ejército en Fort Campbell, Kentucky. Luego los llevarían en avión a Islamabad, en Pakistán, y luego en camión hasta Peshawar. Desde allí, los acercarían a la frontera con Afganistán y los entregarían a las fuerzas muyahidines, que combatían contra los invasores soviéticos. Los muyahidines utilizarían los mulos para transportar suministros y equipos. Y lo que era más importante, los mulos cargarían con los voluminosos misiles antiaéreos que tan efectivos fueron contra las Fuerzas Aéreas Soviéticas en Hindu Kush a lo largo de las estrechas y escarpadas cadenas montañosas.

Todas las personas vinculadas al mundo de los mulos en Tennessee parecen tener una historia relacionada con el envío de esos animales a Afganistán. Reese no disponía de 1.200 mulos, así que tuvo que conseguirlos, de ahí que todos los ganaderos de la zona le vendieran a Reese parte de sus mulos o le ayudaran a convencer a algún conocido para que se librase de alguno. Fue una negociación complicada, porque incluso a pesar de los estándares de un mercado de mulos deprimido, la cantidad que Ceaser ofrecía era mísera. Dejando de lado la falta de beneficios, muchas de las personas con mulos del condado de Sumner disfrutaron de la atención que atrajo la gran transacción de Reese. Se decía que era un hombre vinculado a los mulos a la antigua usanza, el tipo de personaje que podía convencerte de comprar un mulo aunque tú no hubieras tenido la más mínima intención de hacerlo. Era querido y no tardó en ser llorado: poco después de cumplir con el contrato y proporcionar 1.200 mulos a American Export Group, Reese desarrolló un cáncer de pulmón, pero no dejó de fumar ni

siquiera durante la quimioterapia y acabó muriendo. Mucha gente de la zona también trabó amistad con el jovial Ceaser, que también ha fallecido ya. A pesar de lo cercano que se mostraba Ceaser, nadie llegó a saber nunca a ciencia cierta a qué se dedicaba su empresa American Export Group, pero todo el mundo parecía dar por hecho que era una especie de tapadera para la CIA.

La única especificación relativa a los mulos en el contrato de Ceaser era que los animales debían estar sanos y tener una altura de, como mínimo, metro y medio en la cruz. Eso era mucho mulo para el poco dinero que ofrecían, así que Reese procuró medirlos con una vara de acero inoxidable que, por casualidad, se clavaba varios centímetros en el suelo.

—Ed nos dijo que los mulos debían medir metro y medio de altura —me contó no hace mucho George Coles, un veterinario de Tennessee que examinó a los mulos y voló con ellos en el primer envío—. Pero no nos dijo cómo teníamos que medirlos, ¿o sí?

El primer envío fueron 114 mulos y un caballo pinto, que iba a ser un regalo para el general pakistaní que recibiría el avión en Islamabad. Los animales salieron de Tennessee en octubre de 1987. Tal como recuerda Coles, primero fueron en camiones hasta Fort Campbell, donde los montaron en un Boeing 747 que había sido vaciado y rellenado con serrín para darles cabida. Cuando Cole llegó a la base, descubrió que los nueve mozos de establo que debían cuidar de los animales durante el vuelo se habían emborrachado la noche anterior con ron y Coca Cola y estaban durmiendo la mona sobre el serrín. Cuando los vio por primera vez, estaban tan inertes que los creyó muertos. Los mulos, por otra parte, estaban de todo menos inertes y no dejaban de cocear.

—Déjeme que le aclare que no eran mulos entrenados —señaló Coles—. No, no lo eran en absoluto.

Me dijo que el carácter intratable de los mulos no le sorprendió. Sabía que algunas personas habían aprovechado el acuerdo de Reese para vender sus ejemplares más incontrolables. Al final, los mozos se despertaron, los mulos se cargaron y el avión despegó. Pararon en Bélgica para repostar. Cuando los agentes de aduanas subieron al avión y vieron los mulos, el serrín y a aquellos

hombres desaliñados, dieron por finalizada la inspección y se despidieron.

Se estaba viviendo un momento delicado en Pakistán respecto a Afganistán. El presidente de Pakistán, Zia-ul-Haq, estaba recibiendo presiones por parte de la oposición y la prensa para que no interviniese en el conflicto afgano. A los pakistaníes no les hacía ninguna gracia la llegada de esos animales porque estaban destinados a Afganistán. Permitieron que el vuelo aterrizase en Islamabad, pero, según Coles, insistieron en que el avión fuese un aparato de vuelo comercial en lugar de militar y en que aterrizase por la noche y se marchase nada más amanecer para evitar llamar la atención. Fue un verdadero jaleo sacar los animales del avión en Islamabad y meterlos en camiones. A los paquistaníes les hacía menos gracia aún la cuestión del transporte por tierra de los mulos. Ofrecieron el menor tiempo posible de estancia en tierra y se negaron a permitir que los mozos limpiasen el avión en Islamabad, insistiendo en que los excrementos de los mulos volasen de vuelta a Estados Unidos.

Coles, que ejerce veterinario en el condado de Sumner desde 1975, es un hombre arrugado y bondadoso, con una buena mata de pelo cano y cierto aire de personaje de cuento. Cuando me pasé por su consulta para hacerle una visita, acababa de operar a un gatito y estaba planificando una salida en mulo por las colinas de Tennessee con unos amigos, prestando especial atención a cuál de los jinetes iba a llevar aguardiente casero. Me contó cómo fue bajar del avión en Islamabad y recorrer las horribles carreteras hasta Peshawar, ida y vuelta, y después regresar a Tennessee para ayudar a Reese a preparar el siguiente envío. Me dijo que siempre se había preguntado qué fue de los mulos.

—Nunca se sabe. Aunque eran demasiado valiosos como para comérselos —respondió encogiéndose de hombros.

Hubo nueve envíos más desde Tennessee a Islamabad. El último ocurrió en 1990.

El plan de los mulos siguió, al menos en parte, un proceso lógico. Los muyahidines necesitaban animales de carga para transportar suministros y artillería por las montañas y los

soviéticos consideraban prioritario destruir las caravanas de los muyahidines. Los mulos de Tennessee eran dos veces más grandes y fuertes que los pequeños burros grises que podían encontrarse en Afganistán. Lo que no se tuvo en cuenta fue la indisciplina de los mulos —que no eran precisamente lo mejorcito de Tennessee— o el hecho de que no estaban acostumbrados a la altitud ni a la alimentación ni al agua de Afganistán, ni tampoco a las enfermedades equinas locales. Cuando Walid Majroh, uno de los comandantes muyahidines, fue a recoger los mulos, se quedó consternado.

—Me sorprendió su tamaño —me dijo no hace mucho—. Eran animales muy grandes y fuertes. Pero disponer de mulos no es suficiente. Tienes que entrenarlos, por lo que hace falta un adiestrador. Y tienen que adaptarse al entorno. ¿Esos mulos? Ni siquiera podíamos ensillarlos. No podíamos hacerlos caminar. Pero tampoco conseguíamos que se estuviesen quietos.

Después de un tiempo, varios de aquellos animales se calmaron e hicieron un buen servicio, pero Majroh da por hecho que la mayoría murieron en cuestión de meses por las enfermedades locales. Respecto al resto, no lo tenía claro.

—Los mandamos de vuelta a Peshawar —dijo Majroh—, y a partir de ahí, ¿quién sabe?

Incluso a día de hoy sigue pensando en el envío de mulos como uno de esos grandes misterios de la vida.

—A veces me pregunto si fue una especie de plan Reagan para Tennessee —comentó.

*

Después de todo, la invasión soviética de Afganistán fue algo bueno para el sector de los mulos en Tennessee, pues restó suficientes mulos como para elevar el valor de los que quedaron. Después llegaron más buenas noticias. La población amish de Estados Unidos estaba aumentando, creció más de un 80 % entre 1992 y 2008. Muchos amish son granjeros. El sencillo estilo de vida no automatizado al que les obliga su religión no incluye

recursos como un tractor John Deere Serie 5000 con un motor PowerTech de cuatro cilindros, sino que se inclina más bien por los mulos. El primo de Hub Reese Jr., Dickie Reese, es el propietario de Reese Brothers Mule Company junto a su hermano Rufus. Las subastas que celebraban solían estar hasta los topes de congestionados granjeros mascando tabaco y vestidos con monos Carhartt. Poco a poco esa multitud fue menguando hasta dejar tan solo unos pocos lugareños nostálgicos. Sin embargo, tiempo después las subastas empezaron a atraer grupos de amish de las comunidades de Pensilvania, Misuri y Virginia Occidental, solemnes y aplicados con sus sombreros negros, en busca de recuas de seis u ocho mulos. A mediados de los noventa, los granjeros amish adquirían casi el 80 % de los mulos de trabajo en las subastas de la Reese Brothers. Su preferencia por los animales corpulentos y de huesos grandes dejó huella: los criadores empezaron a buscar los burros más grandes y a emparejarlos con yeguas belgas y percheronas para satisfacer el gusto amish por los mulos robustos.

Fui a una de las subastas de la Reese Brothers en 2009 y me senté en la cabina del subastador con Dickie Reese y J. B. Driver, el subastador. Estos eventos tienen lugar tres veces al año, en un viejo y decrépito almacén de Dickson, Tennessee, a unos pocos kilómetros de la interestatal, detrás de una parada para camiones TravelCenters of America que no deja de crecer. Me quedé un rato en el aparcamiento antes de entrar y me fijé en dos mujeres jóvenes que calmaban a sus mulos entre hileras de camiones de caballos y vendedores de monturas, almohadillas para sillas de montar y camisetas con los mulos como tema principal. Los mulos de aquellas jóvenes eran de un color cobrizo, limpios y ataviados con sillas Western claveteadas. Recorrieron el aparcamiento con un ritmo tranquilo, sin prisa.

La cirugía de reemplazo de rodilla parece haberle dado un nuevo impulso al negocio de los mulos. Reese calcula que más de la mitad de los mulos que vende en la actualidad se utilizan para montar. La mayoría los compran jinetes de mediana edad para montar por placer, mujeres en su mayoría, algunas de ellas con una

o ambas rodillas operadas, porque descubrieron que montar un mulo era mucho mejor para sus rodillas que montar un caballo, pues su trote es más suave. Por otra parte, es mucho más sencillo cuidar de un mulo que de un caballo, y eso le facilita la vida a un jinete maduro. Un mulo bien preparado para montar cuesta unos 2.500 dólares, que pueden amortizarse sin problema a lo largo de sus veinticinco años, más o menos, de vida útil. Mejor invertir en ellos que en caballos, pues solo tienen quince años buenos y es probable que cueste mucho más iniciarse con ellos. Además, los que suelen tratar con mulos desde hace mucho tiempo aseguran que son mejores que los caballos porque son más inteligentes. Esta opinión seguramente nació como folclore, pero un estudio de 2008 de la Universidad de Sussex sobre la capacidad cognitiva de los mulos concluyó que entienden mejor las cosas que los caballos o los burros y que son más eficaces siguiendo instrucciones. Así pues, lo de montar mulos es un entretenimiento que ha ido creciendo sin parar en los últimos tiempos. En el pasado, los mulos no habrían podido siquiera soñar con competir en una exhibición de caballos, pero hoy en día no es raro que los mulos se exhiban junto a los caballos, incluso en el refinado ámbito de la doma clásica.

Se ofrecieron unos cuatrocientos mulos en la subasta de noviembre a la que acudí. Se trataba de una sustanciosa oferta que incluía unas pocas docenas de potros, todavía ingenuos y con pelusa; una veintena de caballos de tiro experimentados, de brillantes nalgas y abultada musculatura; así como varias docenas de mulos para montar, con las orejas danzando mientras trotaban por la pista del almacén. Un tipo quería vender un mulo que había comprado por internet y que había descubierto que no servía para lo que tenía pensado.

—Si lo que quieres es un mulo de jardín, un mulo bueno y honesto, este es tu mulo —declaró como parte de su discurso de venta—. Este es demasiado pequeño para mí.

Añadió que ya tenía noventa y dos mulos: «Juego y trabajo el campo con ellos». Admitió que, a decir verdad, tenía mulos suficientes, pero que no podía resistirse a uno guapo, que era el motivo por el que había comprado ese en internet.

—Os diré lo que pasa cuando empiezas a coleccionar mulos —comentó con una sonrisa mientras acariciaba el colgante labio inferior de aquel pequeño animal—. Es como una maldita enfermedad.

Dickie Reese me dijo que en los últimos tiempos el precio medio de los mulos en las subastas había caído. La crisis había acabado con parte de los ingresos discrecionales que se invertían en el mantenimiento de los mulos y algunas personas estaban en la subasta para librarse de animales cuyo cuidado ya no podían permitirse; aunque, como dijo Reese una vez más, tener un par de mulos seguía siendo mucho más barato que tener una barca de pesca. Algunos de los dueños de mulos se quejaban del cierre de los mataderos equinos en Estados Unidos porque había hecho descender el precio de los mulos. El último matadero equino en el país, que estaba en DeKalb, Illinois, dejó de funcionar en 2007. Cuando los mataderos todavía estaban en marcha, un mulo de tamaño medio, de unos cuatrocientos kilos, se pagaba al menos a treinta y nueve centavos el kilo de carne. Esta carne se exportaba a Europa y Japón, donde había alta demanda. Los que se oponían a los mataderos de caballos y mulos dicen que el cierre de ese mercado fomentará una cría más responsable, pues los animales no deseados no tienen valor en el mercado, lo cual es posible que desanime también a los ladrones de caballos, que siempre podían contar con vender los caballos robados a los mataderos. Los que se quejan ahora del cierre dicen que ahora que no hay un precio mínimo, habrá más animales abandonados o descuidados si los propietarios no pueden hacerse cargo de ellos. En lugar de enviarlos al matadero, se limitarán a dejarlos libres, por su cuenta, algo que nunca da buen resultado. Reese me dijo que, si la gente trae sus mulos a las subastas y no consiguen venderlos, a veces se van y dejan a los animales allí: no pueden costear el gasto de llevarlos de vuelta a casa y mucho menos de seguir alimentándolos. Reese siempre teme recorrer los establos cuando acaba la subasta, porque sabe que seguramente se topará con uno o dos mulos abandonados. Intenta que la gente se lleve a los animales, pero no siempre lo logra.

Cuando dio comienzo la subasta, me di una vuelta por los establos, entre el suave sonido de los resoplidos y la masticación y algún que otro golpe de casco ocasional contra el suelo de madera. Después me dirigí a la pista principal. Un par de musculosos mulos negros, que parecían inquietos, habían sido adquiridos por un padre y un hijo amish sentados en la primera fila de las gradas, y cuando golpearon el mazo la cantidad se había fijado en 2.650 dólares. Junto a la pista había un mulo de color castaño con una melena rubia erizada y la mirada adormilada pero atenta propia del vigilante de un banco. En las gradas, el público se agitaba. Nadie pujó. Rufus Reese, de complexión corpulenta y cara rubicunda, le quitó el micrófono al subastador.

—¡Echadle un vistazo, muchachos! —gritó—. Es una mula preciosa. Su nombre es *Muley*.

El público se calmó.

—Es una mula domada —siguió Reese—. Si no te gusta tu suegra, no la hagas montar esta mula, porque se enamorará de ella y querrá irse a vivir con vosotros.

Risas. Alguien alzó la mano, luego se alzó otra; el precio llegó a los 625 dólares y se quedó ahí. El subastador golpeó con el mazo y gritó:

—¡Vendida!

*

El curso de animales de carga en el Centro de Entrenamiento de Guerra de Montaña del Cuerpo de Marines empezó a impartirse en 1983, casi como un experimento. Habían pasado tres décadas desde que *Trotter* y *Hambone*, los últimos mulos del ejército, se habían jubilado, y cuatro décadas desde que se había escrito el manual de campo para animales de carga, pero muchas personas seguían creyendo que los mulos desempañaban un papel en el ejército. Por muy descabellados que hubiesen llegado a ser los envíos desde Tennessee a Afganistán, era innegable que los animales de carga resultaban fundamentales en cierto tipo de terrenos. El curso le enseñaba a los soldados cómo cargar, manejar

y cuidar de los animales, y también cómo conseguir comprar o alquilar buenos mulos o burros a los criadores locales, que era preferible a tener que traerlos desde casa. El curso se impartía en el centro junto a otros programas especializados, como el de medicina en la naturaleza y la formación para francotiradores de montaña. En principio, iba a durar solo cinco años, pero se hizo tan popular que fue mucho más allá de su supuesta caducidad y el Departamento de Defensa lo incluyó hace poco como una oferta formal a través del Comando de Entrenamiento y Educación. Los animales de carga forman parte de los ejercicios teóricos desde el año 2001, cuando Estados Unidos dio comienzo a la operación Libertad Duradera. Los animales estuvieron presentes desde el principio. Los soldados de las Fuerzas Especiales montados a caballo ayudaron a tomar la ciudad de Mazar-i-Sharif a finales de 2001. Otras tropas estadounidenses se adentraron en las montañas llevando tras de sí caravanas de mulos.

Tony Parkhurst, que ha estado dirigiendo el curso de animales de carga de manera intermitente desde 1988, amplió los establos hasta el tamaño que tienen hoy en día para dar cabida a veintinueve mulos, cinco burros y once caballos. Mantiene los tres tipos de equinos cerca para que los soldados se familiaricen con las diferencias en su anatomía y disposición y estén preparados para utilizar cualquier animal que puedan encontrar en cualquier destino. Los mulos —imperturbables, alerta, leales— son la herramienta preferida de Parkhurst en clase. El curso de formación se imparte nueve veces al año y puede acoger a cuarenta y ocho estudiantes en una sesión. Está completamente lleno de marines, soldados del ejército y de la OTAN a lo largo del año. En 2004, se imprimió un manual de campo actualizado, el *FM 3-05.213, Special Forces Use of Pack Animals*, tras un lapso de cuarenta años. El ejército estadounidense estaba de vuelta en el negocio de los mulos.

La tarde en la que visité el centro de entrenamiento, los soldados de Camp Pendleton estaban aprendiendo a equilibrar sus cargas, utilizando pilas de briks de leche, cajas de cartón y carcasas vacías de cohetes antitanques AT4, que miden un metro y pesan

siete kilos cuando están cargados y tienen una forma rara para encajarla en cajas cuadradas. Al día siguiente, tenían planeado ascender la montaña con los mulos, establecer un campamento, levantarse a media noche, practicar la carga de los mulos a oscuras y después recuperar a Recon Randy, un muñeco de goma de ochenta kilos que haría las veces de cadáver. Durante la clase, los mulos —*Edgar el Coceador*, *Arlo*, *Kate*, *Bill* y *Karen*— soportaron los tirones y los golpes con resignada paciencia. Parkhurst le compra los mulos a Warren Johnson, un sastre de Montana, que los tranquiliza y doma antes de venderlos.

—Algunos mulos siguen bufando más que otros —me dijo Parkhurst—, pero los que consigo de Johnson suelen ser de trato fácil.

Parkhurst me contó que su parte favorita del trabajo consistía en ver cómo los soldados se acostumbraban a los animales.

—Pasan del «Ay, Dios, me va a pisar» a abrazarlos y apreciarlos y querer llevarse uno a casa. —Tras unos segundos, añadió—: En cualquier caso, cuando te están disparando, cualquier cosa a la que puedas apegarte emocionalmente tiene valor.

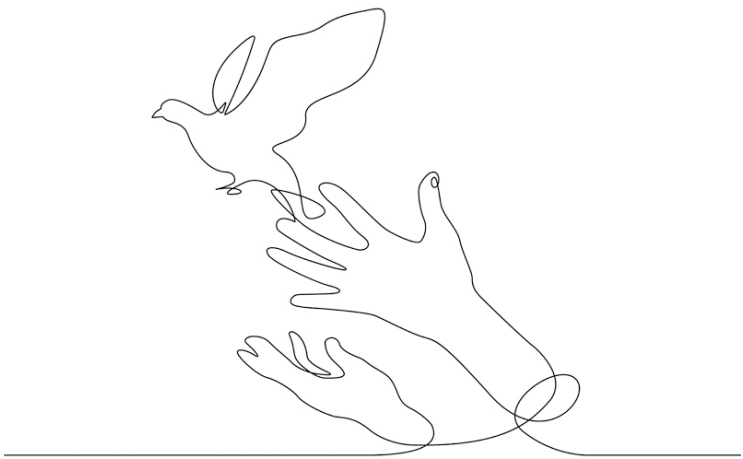
Cuando regresé a casa, hablé por teléfono con varios militares destinados en Afganistán que utilizaban animales de carga con asiduidad. Usan burros sobre todo, porque aunque hay mulos en Afganistán, los burros siguen siendo más comunes. Una de las personas con las que hablé era un capitán que colaboraba con un equipo de reconstrucción provincial en el valle de Panjshir. Me dijo que el hecho de que su unidad tuviese autorización para alquilar animales de carga cuando estaban allí era «esencial para cumplir con la misión».

—La categoría en la hoja de solicitud es *Animales para Misiones* —dijo, se detuvo un momento y rectificó—. No, el término exacto es *Animales Vivos como Medios de Formación y Transporte de Materiales y Personas*.

Al capitán le había impresionado mucho la incansable capacidad de los animales para mantener el control; cómo seguían adelante, cargando con todo lo que hubiese que cargar, subiendo por las irregulares crestas, dándose la vuelta después y bajando de

regreso, para que volviesen a cargarlos y enviarlos arriba otra vez.

PEQUEÑAS ALAS



Un brillante y ventoso sábado, no hace mucho tiempo, Sedona Murphy donó sus palomas mensajeras. Esa misma mañana, los pájaros habían estado volando por el vecindario, dando vueltas sobre los temblorosos y viejos árboles y los puntiagudos tejados del sur de Boston antes de regresar a su hogar, un cobertizo gris en el jardín trasero de la casa de Sedona. Después de eso, los pájaros se metieron obedientemente en la caseta de madera. Eran pájaros de carreras, acostumbrados a ser transportados en jaulas, así que ese alojamiento suyo no era nada nuevo, aunque no tenían ni la más remota idea de que ese había sido su último vuelo en libertad.

Sedona iba a donar sus palomas porque la familia se mudaba y los pájaros no estaban preparados para los traslados. Poco importaba lo bonito que fuese el jardín de la nueva casa de los Murphy en Southborough, un barrio en las afueras al oeste de

Boston, las palomas siempre considerarían su hogar aquella estrecha caseta de madera en el jardín de la casa de East Fifth Street que ahora los Murphy dejaban atrás. Si Sedona se llevase consigo los pájaros a Southborough y lograsen salir en alguna ocasión de su jaula, volarían a toda velocidad hacia East Fifth Street, convencidos de regresar a casa. De vez en cuando, las palomas que son trasladadas —es decir, palomas cuyos dueños se mudan de casa— pueden ser entrenadas para sentirse en su hogar en un ámbito diferente, pero es muy difícil lograrlo. Los pájaros criados por humanos en jaulas no tienen aptitudes para vivir en libertad, por eso tampoco es posible soltarlos para que vivan por cuenta propia. Las palomas caseras que sufren un traslado tienen que vivir metidas en jaulas el resto de sus vidas; se convierten en lo que los aficionados a las palomas denominan «prisioneras». En el mejor de los casos, las prisioneras se quedan en un aviario grande donde tienen espacio suficiente para vuelos cortos, aunque no pueden salir de él. En el peor, nunca más vuelven a volar.

Sedona se metió en el coche con su madre, Maggie, y su hermano gemelo, Patrick. Colocó a las palomas en su jaula de madera en el asiento trasero, donde no paraban de murmurar como si fuesen viejecitos en la entrada del bingo. Maggie salió de la calle y se adentró en la carretera. Dejamos atrás varias salidas hasta que, en cuestión de minutos, llegamos a la sede de South Shore Pigeon Flyers, uno de los muchos clubes de colombófilos de Massachusetts, donde íbamos a dejar a los pájaros.

Sedona no abrió la boca durante el trayecto. Tiene trece años, es una chica delgada y de piernas largas, con una radiante melena dorada de princesa, aunque de modales serios y precisos. Su postura es elegante. Su dicción, de vez en cuando, es justo la que le corresponde a una persona de su edad —horas antes había anunciado, con asombro, que el parque nacional de los Grand Tetons significa «tetas grandes»—, pero por lo general se expresaba de un modo sorprendentemente sofisticado. Es lo que algunas personas suelen definir como un «alma vieja». En una de las ocasiones en las que la visité, había una amiga suya en casa y le estaba enseñando una de sus palomas. El pájaro se retorcía y

picoteaba en su mano. La amiga de Sedona lanzó un chillido y dijo que aquel animal le parecía repelente. Sedona le dedicó una mirada de impaciencia, echó al pájaro sobre su espalda y le habló con firmeza:

—¡Eh! ¡Eres un pájaro muy dominante!

El club South Shore Pigeon Flyers está ubicado en un maltrecho granero detrás de la casa del presidente del club, Damian Levangie. Cuando llegamos, Levangie estaba en una pequeña terraza de la planta de arriba del granero, mirando hacia el cielo. Maggie lo saludó.

—No puedo bajar —le respondió Levangie—. Estoy esperando a los pájaros.

Esa misma mañana habían soltado miles de palomas en el área de Boston, cerca de las montañas Berkshire, para una carrera de trescientos veinte kilómetros y la bandada de Levangie, al parecer, estaba a punto de llegar a casa. Iba a tener que atraerlas hasta la línea de meta electrónica para que las bandas de sus patas activasen el temporizador del marcador oficial.

—Traemos los pájaros de Sedona —le dijo Maggie.

—Dejadlos ahí —respondió distraído Levangie.

En cuanto entrevió un ala en el cielo, empezó a dar vueltas y a sacudir una lata llena de semillas para llamar la atención de sus pájaros, para que no se entretuviesen demasiado por el aire antes de posarse y lograr el mejor tiempo posible. Maggie y Sedona esperaron un rato, pero Levangie no se movía. Al final, Sedona dejó la jaula de madera junto al granero y todos montamos en el coche. Para cuando estuvimos de vuelta en casa de los Murphy, un amigo de la familia, Jim Reynolds, ya estaba desmontando la caseta de palomas de Sedona, convirtiéndola de nuevo en el cobertizo de jardín que había sido originalmente. Sedona se mantuvo a cierta distancia, observando.

—Parece vacío —dijo. Su tono de voz era débil y triste—. Un sitio sin palomas.

Maggie fue testigo de la transformación a su lado. Sacaron las barras, las bañeritas para pájaros, el saco de veinte kilos de comida para palomas; también desmontaron la puerta de plástico

transparente que los pájaros atravesaban después de haber estado volando, cuando estaban listos para volver a casa.

*

Este es el lado maravilloso y también problemático de las palomas de carreras: tienen un sentido fijado, profundo y prácticamente indiscutible de lo que es el hogar. Los estadounidenses cambian de casa, de media, cada cinco años. Las palomas no suelen hacerlo nunca. Como resultado, la cría de palomas mensajeras entraña una curiosa permanencia, la elección de un espacio fijo. Es como si enganchases tu colección de sellos en las paredes de tu dormitorio y, llegado el momento de mudarte, no pudieses despegarlos. Algunos criadores de palomas de carreras, con el tema de las mudanzas y el problema que supone, deciden no cambiar de casa. El nuevo hogar de los Murphy no disponía de aviario, así que Maggie entendió que la mejor solución era convencer a Sedona para que donase las palomas a la gente de su club, que sí disponía de uno.

Empecé a interesarme por las palomas de carreras poco antes de conocer a Sedona, y pasé un buen rato con Matt Moceri, que vuela sus pájaros en el club Gloucester Racing, al norte de Boston. Matt tiene cincuenta y seis años, es delgado y tiene el cabello oscuro, un carácter alegre y una voz que se asemeja a las sirenas antiniebla. Cría pájaros desde 1982 y siempre ha mantenido una bandada de al menos sesenta aves. Matt lleva viviendo en la misma casa de Gloucester casi toda su vida. Le habría encantado alejarse del frío y de los inviernos húmedos y haberse ido a un lugar más agradable, como Tampa, en Florida. Empezó a sentir este deseo con más fuerza hace cinco años, cuando descubrió que tenía cáncer.

—Mi esposa quiere una casa en Florida antes de que estire la pata —me dijo hace poco—. Pero no puedo hacerlo por los pájaros. Pertenecen a esta casa.

*

En el Derby de Kentucky, si llevases juntos a todos los caballos hasta un lugar remoto, los soltases y galopasen de vuelta a sus respectivos establos, donde se habría establecido una línea de meta para que sus tiempos fuesen comparados y ordenados por un secretario de carrera (que registraría la diferencia en las distancias que llevasen hasta los diferentes graneros), tendrías el equivalente a una carrera de palomas. Justo lo contrario de un deporte con espectadores agrupados. Los pájaros de una carrera están juntos solo cuando los sueltan. Los deja libres el conductor del camión que transporta a todas las competidoras —en las grandes carreras llegan a ser miles— hasta el punto de partida de la carrera. No es frecuente que alguno de los dueños de los pájaros lo acompañe, porque las aves vuelan a unos cien kilómetros por hora y, si van con ellas hasta el inicio de la carrera, no estarían en casa para recibirlas. Los dueños de las palomas tampoco se reúnen al finalizar la carrera: todos quieren ver a sus propias bandadas regresar a sus casetas.

—Te quedas en el jardín solo, esperando —me comentó no hace mucho un corredor de palomas—. Te pones algo de música o un partido de béisbol, te tomas una copa y miras al cielo.

Las palomas mensajeras encuentran el camino guiándose por el instinto, pero necesitan practicar. Los corredores de palomas se levantan temprano, porque las sesiones de entrenamiento —conocidas como «lanzamientos»— suelen llevarse a cabo al amanecer, antes de que haga demasiado calor para volar. La mayoría llevan a sus palomas un poco más lejos cada día, durante varios días a la semana, para aumentar su resistencia y para fortalecer su vínculo con el hogar. El Sindicato Estadounidense de Palomas de Carreras supervisa dos temporadas de carreras al año. Hay una en primavera, para pájaros de más de un año, y otra en otoño, para los jóvenes. Las carreras se celebran a nivel regional todas las semanas. Las distancias varían entre ciento cincuenta y mil kilómetros. Algunas carreras tienen premios en metálico para los ganadores. En algunos casos, los premios pueden llegar a ser de varios miles de euros. Una serie de carreras en Sudáfrica tiene un

bote de un millón de dólares. Pero, en general, se compite en esas carreras por pura emoción y no se consigue nada excepto la gloria.

Hay montones de razas de palomas. Todas ellas son variaciones de las palomas callejeras que pueden encontrarse en las aceras de cualquier ciudad. Las palomas de lujo —entre las que se encuentran la Pouter pigmea, la Oriental Frill y la inglesa de cara corta— se crían para concursos o para espectáculos. Las palomas mensajeras se crían exclusivamente para competir en carreras. Sabemos de su habilidad para encontrar el camino a casa —y el hecho de que elijan hacerlo— desde el Imperio romano. Los egipcios y los turcos entrenaban palomas para enviar mensajes. Las diferentes dinastías chinas utilizaban palomas para enviar correos. Se rumoreaba que el conde Rothschild se valió de las noticias de la derrota de Napoleón en Waterloo, que le llegaron con una paloma mensajera, para manipular las inversiones. En el siglo XIX, Paul Julius Reuter fundó un servicio de noticias mediante una red de palomas. Las cotizaciones del mercado de valores de Londres se enviaban con regularidad a Amberes mediante pájaros. Las palomas fueron utilizadas por los ejércitos de Alemania, Francia, Holanda, Inglaterra, Bélgica y Estados Unidos para enviar microfilmes y mensajes. Algunos pájaros militares han realizado labores de vigilancia. «Si algún día te despiertas por la mañana y ves un pequeño pájaro raro en el alféizar de tu ventana apuntándote con una cámara en miniatura, puedes estar seguro de que se trata de un fotógrafo con plumas de Estados Unidos», escribió Marion Cothren en su libro *Pigeon Heroes*, de 1944. «Para no ser menos que Alemania, Rusia y Japón, nuestro Servicio de Palomas entrenó [...] a esos pájaros para que pudiesen portar cámaras de aluminio de cinco centímetros enganchadas al pecho [...] Estos inteligentes pájaros-cámara eran usados para fotografiar tropas o almacenes de munición.» Durante la Segunda Guerra Mundial, una paloma recibió una condecoración al valor del Ejército de Estados Unidos. En medio de una tormenta, el pájaro, conocido como *U. S. 1169*, llevó un mensaje de socorro desde el barco de un guardacostas que se estaba hundiendo y alertó a los equipos de rescate. Entre 1943 y 1949, se concedió la medalla

Dickin —una condecoración británica a la valentía animal— a treinta y dos palomas, casi el doble de las que se entregaron a perros heroicos.

*

Las carreras de palomas, como deporte de competición, se iniciaron en Bélgica a principios del siglo XIX, cuando se criaba a los pájaros mensajeros para que fuesen rápidos y muy resistentes. En la década de 1880, se celebraban con regularidad carreras de entre cien y mil kilómetros en Europa y Estados Unidos. Se han producido algunos cambios en este deporte desde entonces. Hace diez años se introdujeron las líneas de meta electrónicas. Antes de eso, los competidores tenían que coger a sus pájaros cuando entraban en sus casetas, quitarles la banda que llevaban en la pata y registrarla con un cronómetro manual. Ahora los pájaros se limitan a entrar en sus casetas y un ojo electrónico registra su llegada. También existen programas diseñados por propietarios de equipos de palomas («Pigeon Loft Organizer [...] una forma rápida y sencilla de gestionar todos los datos de tu paloma [...] registros, pedigrí, resultados de carreras»). Las prácticas de cría modernas estimulan que las plumas crezcan más fuertes. Algunas de las marcas de comida para palomas disponibles incluyen partículas magnéticas, pues aseguran que ayudan en la navegación aviar. También existen nuevas técnicas desarrolladas para incrementar la velocidad. Una de ellas es un sistema llamado «viudez», en el que se separa a una pareja para incrementar el anhelo de estar juntos y, por ende, para que la prisa por volver a casa sea mayor. Pero, en esencia, el deporte ha permanecido inalterable durante más de cien años. Se trata, simplemente, de una competición para saber qué pájaros tardan menos tiempo en regresar a su caseta.

Nadie sabe a ciencia cierta cómo logran hacer esto los pájaros. Los científicos estudian a las palomas mensajeras desde hace décadas para intentar descubrirlo. Los expertos en aves de Cornell llevan realizando experimentos sobre la habilidad para volver a casa de las palomas mensajeras desde 1967. Una teoría

popular, conocida como la navegación inercial, da a entender que los pájaros registran la experiencia física del viaje desde su caseta a la línea de salida y después vuelven a trazarla, pero eso no explicaría por completo su capacidad. Sucede lo mismo con otras teorías. Durante mucho tiempo se creyó que las palomas se servían de la vista para navegar, hasta que los investigadores cegaron a las palomas con lentes de contacto opacas y aun así fueron capaces de encontrar el camino de vuelta a casa. Otra teoría es la que dice que utilizan el sol a modo de brújula, pero queda desautorizada por el hecho de que las palomas pueden encontrar el camino en los días nublados. Los científicos se han preguntado si su capacidad para navegar se basa en el olfato, el sonido, los ultrasonidos, la telepatía o la sensibilidad magnética. Son muchos los que hoy en día creen que las palomas utilizan una combinación de todas esas cosas para orientarse. La explicación que suelen dar los entusiastas de estas aves es que les gusta el lugar en el que viven, por eso utilizan todos sus instintos —algunos de los cuales van mucho más allá de nuestra capacidad de medición— para encontrar el modo de regresar. Sedona cree que el magnetismo es en parte responsable, pero suele preferir la versión más emocional, el irresistible atractivo del hogar.

—Creo que es porque les encantan sus casetas —me dijo—. Regresan al lugar que sienten que es su hogar.

Las palomas se pierden de vez en cuando. Por diversas razones. Pueden verse apartadas del camino por una corriente de aire y ser incapaces de corregir el rumbo. Por otra parte, se sospecha que las transmisiones de los teléfonos móviles interfieren en su sentido de la orientación. En 1998, mil doscientos pájaros compitieron en una carrera desde Virginia a Pensilvania que se descontroló por completo: más de la mitad desaparecieron. Nadie sabe por qué se extraviaron, pero son muchos los que creen en una posible interferencia de la señal de los teléfonos móviles. A modo de regalo especial en la fiesta de San Pedro en Massachusetts, varios años más tarde, alguien soltó un centenar de palomas blancas. Dieron por hecho que regresarían a casa de inmediato, pero semanas después de que acabase la fiesta, los pájaros seguían

rondando por la zona, perdidos y desorientados. Una de las palomas preferidas de Sedona, *Soleil*, se perdió tras un lanzamiento de preparación. Todavía no ha regresado. Sedona cree haberla visto en varias ocasiones desde entonces, sobrevolando las calles del centro de Boston. Sus pájaros están tan vinculados a ella que se acercan cuando los llama como si fuesen perritos, pero *Soleil* parece haber encontrado una nueva casa.

En la mayoría de las ocasiones, sin embargo, se puede contar con las palomas mensajeras. El otoño anterior, acompañé a Matt Moceri en un lanzamiento de preparación. Estaba trabajando con varias docenas de sus propios pájaros y otros que pertenecían a amigos que también participaban en carreras de palomas. El lanzamiento tuvo lugar en un aparcamiento de Greenfield, Massachusetts, a unos ciento cincuenta kilómetros de su casa. Salimos de Gloucester todavía de noche y llegamos a Greenfield pocos minutos después del amanecer, lo bastante pronto como para que los pájaros pudiesen realizar la mayor parte de su vuelo antes de que hiciese calor. Había una granja de emúes junto al aparcamiento y, cuando llegamos, pudimos apreciar cómo nos miraban con suspicacia a través de las cercas de alambre.

Había unas mil palomas en la parte trasera de la camioneta de Matt, con sus jaulas muy bien apiladas. En cuanto Matt las abrió, las palomas salieron a borbotones como un chorro de agua gris, volaron hacia el cielo y desaparecieron en mitad de la mañana. No podía creer que fueran a encontrar el camino a casa, o que deseasen hacerlo siquiera ahora que estaban libres en el ancho mundo. Incluso aunque eligiesen regresar, supuse que tendríamos que esperar durante horas en Gloucester antes de otearlas en la lejanía. Pero para cuando llegamos a la casa de Matt y entramos en su jardín, sus pájaros ya estaban alineados en el tejado de la caseta. Habían volado ciento cincuenta kilómetros a toda velocidad, pero estaban muy tranquilas, haciendo gorgoritos y arrullando, acurrucándose y arqueándose, como si estuviesen llevando a cabo el acto final de un truco de magia.

*

Se puede comprar una paloma de carreras por 100 dólares, o se pueden llegar a pagar 30.000 dólares o más por aves de los grupos de campeonas de carreras. En términos generales, sin embargo, el gasto que implican las palomas de carreras es razonable. La comida de los pájaros cuesta unos veinticinco centavos los cuatrocientos gramos. El equipo básico vale unos pocos cientos de dólares. Ser socio de un club y pagar las tasas de las carreras sale por unos 250 dólares al año. La mayor inversión es el cronómetro electrónico, que puede ascender a unos 1.000 dólares; así como las facturas del veterinario, si los pájaros enferman.

Sedona adquirió sus primeras palomas hace un par de años. Fueron un regalo de un amigo de Maggie llamado Bill Hussey, que ha bautizado con el nombre de *Hussey-N-Da Lofts* a su equipo de carreras de cien pájaros. A Sedona siempre le han encantado los animales. A esas alturas, los Murphy ya tenían un pastor australiano, un gato y un lagarto. Sedona los adoraba, pero lo que realmente le fascinaba eran los pájaros. Cuando era pequeña, se tumbaba en el césped del parque que hay cerca de su casa y estudiaba las palomas durante horas.

Para ayudar a Sedona a entrenar a sus palomas, Maggie tenía que levantarse a las cinco de la madrugada, esperar a que llegase la canguro que cuidaba de Sedona y su hermano, después llevar a los pájaros en coche a una hora de distancia, soltarlos, regresar a casa y dirigirse a la comisaría de policía para iniciar su jornada laboral: es inspectora de policía. Maggie está divorciada del padre de sus hijos. Sedona no habla mucho de él, pero una tarde me dijo:

—Mi padre tuvo un loro, pero hubo que regalarlo. Creo que le producían alergia, y además no le gustaban las mujeres.

Hace ya unos años, los vecinos de los Murphy, Jim y Mary Reynolds, se ofrecieron a pasear al perro de los Murphy durante el día. Los Reynolds no tienen hijos. Pasear al perro hizo que entablasen una relación más estrecha con Sedona y Patrick, por eso, con el paso del tiempo, los Reynolds se convirtieron en una especie de abuelos para ellos, cuidándolos cuando Maggie está en el trabajo y ayudándolos con proyectos relacionados con la casa. El

vínculo es fuerte. Cuando Maggie les contó a los Reynolds que se mudaban a Southborough, ellos decidieron que, a pesar de haber vivido en el sur de Boston durante décadas, tal vez era el momento de mudarse también, y así estar cerca de los Murphy.

Bill Hussey le entregó a Sedona dos crías de paloma: la libre *Soleil* y la más domesticada *Stella Luna*. Cuando Sedona se unió al club South Shore Pigeon Flyers, algunos miembros le regalaron algunas aves más. Se emparejaron entre sí y no tardaron en convertirse en una bandada de dieciocho. Al principio, las palomas vivían en una vieja jaula para conejos dentro de la casa, lo que provocaba que el perro, el gato y el lagarto se sintiesen incómodos. Pero después de un tiempo resultaba imposible atravesar la cocina sin ir pisoteando comida de palomas, por lo que Maggie compró una caseta de jardín para usarla con las palomas. Jim Reynolds la colocó en el extremo más alejado del largo y estrecho jardín. De niño, algunos de los amigos de Jim tenían palomas mensajeras, así que sabía cómo cuidar de ellas y pudo ayudar a Sedona a preparar la caseta. A Patrick le gustaban los pájaros y pasaba algo de tiempo con ellos, aunque es más de gatos y perros; fue Sedona la que se enamoró de las palomas. Creía que eran bonitas.

—Sé que la gente piensa que son simples, incluso hogareñas —me dijo—, pero yo creo que son como pequeñas obras de arte.

Y le encantaba ver cómo competían. Sus palomas participaban en las carreras de ciento cincuenta y de trescientos kilómetros. Perdió algunas de ellas por culpa de los halcones, que las cazaban durante las carreras, y a otras pocas más debido a un virus que se propagó por los pájaros del club.

Sabía que competía contra adultos que tenían grandes bandadas y palomas con pedigrí de campeones de carreras, pero Sedona estaba orgullosa de sus aves. Un día, cuando yo estaba de visita, me presentó a las palomas como si fuera un concurso de belleza, alzándolas y dándoles la vuelta para que pudiese apreciar sus rasgos desde todos los ángulos. Mientras tanto, iba haciendo comentarios sobre sus cualidades con la meticulosidad de un subastador intentando colocar potros de un año en Keeneland.

—La textura de esta es realmente excelente [...] La coloración

de esta se conoce como blanco moteado, es un pájaro precioso [...] Esta de aquí tiene un pecho orgulloso [...] Esta, *Patches*, está demasiado gorda. Vamos a tener que ponerla a dieta [...] Esta, *Lightning*, tiene una genética estupenda.

*

Para cuando conocí a Sedona, Maggie ya había decidido que iban a mudarse. Una hilera de cajas iba desde la puerta principal hasta la trasera y había folletos de inmobiliarias apilados sobre la mesa de la cocina. No había sido una decisión fácil. La casa había pertenecido a la familia de Maggie desde principios del siglo XX. Pero el vecindario había cambiado, según me explicó Maggie. Todos sus conocidos se habían ido y los nuevos vecinos eran especialmente quisquillosos, de esos que regañaban a sus hijos por hacer el tonto cerca de sus jardines o por jugar al pillapilla en la calle. Había presentado una oferta por una bonita casa vieja en el barrio de Southborough, en las afueras, con casi media hectárea de terreno. Tendrían un montón de espacio, sobre todo comparado con lo que ofrecía el sur de Boston, donde las casas se apilan unas sobre otras.

A Sedona le gusta jugar al béisbol y al fútbol y también es una hábil bailarina, pero las carreras de palomas le gustan más que cualquier otra cosa. Tener que donar sus palomas fue un duro golpe. Entrenarlas, trabajar con ellas y cuidarlas había sido más emocionante para ella que un buen bateo de línea o que ejecutar un *jeté*. Sabía que, en breve, dejaría de ver a sus palomas flotando sobre el tejado y regresando a la caseta y las consentía mientras especulaba distraídamente sobre qué pájaros habrían dejado su huella en las carreras. A decir verdad, su éxito en las competiciones había sido modesto. El que mejor resultado había obtenido era *S. J.*, que había llegado en cuadragésimo novena posición en una carrera con trescientos pájaros. Pero, en ese momento, las posibilidades parecían ilimitadas.

Una calurosa tarde de finales del verano, nos sentamos cerca de la caseta de las palomas y estuvimos hablando sobre la

mudanza. Ella reconocía que la nueva casa era más amplia y más bonita. De repente, cambió de tema y dijo que quería bañar a los pájaros para que viese qué buena relación tenían con ella. La caseta era diminuta —apenas cabíamos dentro las dos, nos apretábamos para pasar por la puerta— pero estaba limpia y resultaba agradable. Estaba llena de cosas, no se oía ruido alguno de las palomas, más allá de una cadenciosa vibración, como cuando tocas una guitarra eléctrica desenchufada. Sedona cogió una paloma moteada de color canela y la atrajo hacia sí.

—¿Sabes una cosa? —dijo—. Tus pájaros pueden hacerte millonaria.

Desde el punto de vista de Sedona, existía la posibilidad de recuperar sus pájaros algún día; la posibilidad de que ella y su madre construyesen un gran aviario en la nueva casa y, aunque las aves serían prisioneras para siempre porque no podrían volar fuera, viviesen felices en él. No hace mucho, me dijo que tal vez empezase a interesarse por las palomas de exhibición ahora que iban a mudarse. Cree que las palomas de exhibición son muy bonitas, y había visto una montada en el lomo de un perro en un circo y le había impresionado mucho. Es más, son gordas y plácidas, y vuelan en círculos cuando les da por volar, en lugar de apresurarse siempre hacia casa.

*

Entre los devotos de las palomas están Mike Tyson, Walt Disney, Picasso (que llamó a una de sus hijas Paloma), Marlon Brando (como Terry Malloy en *On the Waterfront*), Roy Rogers y el rey Jorge V. Las carreras de palomas son algo internacional. Se dice que, en Bélgica, su popularidad está a la par con el ciclismo o el fútbol. En Inglaterra, el interés va en aumento (no hace mucho, una excepcional paloma de carreras se vendió por unos 200.000 dólares). En cualquier lugar de Europa hay cintas de vídeo de carreras de palomas, donde puede verse a estrellas como Marcel Sangers, «el chico maravilla de Holanda», y que se comercializan con emocionantes eslóganes como: «Compitiendo en el criadero de

Zutphen contra algunos gigantes del deporte, Marcel ha logrado lo que muchos solo son capaces de soñar». Como deporte, tiene tirón en Oriente Medio y en Taiwán se están volviendo locos con él. Los premios económicos en Taiwán por ganar una carrera alcanzan los 3 millones de dólares y es habitual apostar. No es extraño que algo así conlleve una cuota de delitos, entre los que se encuentran tender redes gigantes a lo largo de una ruta de la carrera y secuestrar a los pájaros que quedan atrapados para pedir un rescate, o montar a los pájaros en aviones para hacerlos llegar más rápido a la meta. Compartir el cariño por las palomas parece llenar a la gente de una emoción universal.

—Sea cual sea la lengua que hables o el país en el que estés —me dijo el presidente del Sindicato Estadounidense de Palomas de Carreras, Frank Greenhall—, si te sientas junto a un aficionado a las palomas hablaréis el mismo lenguaje: el de las palomas.

El Sindicato Estadounidense de Palomas de Carreras está formado por diez mil miembros y supervisa ochocientos clubes por todo el país. Varios centenares más de clubes están afiliados a la Federación Internacional de Amantes de las Palomas Mensajeras Estadounidenses. Aun así, las cosas ya no son lo que eran. Por ejemplo, hoy en día hay la mitad de miembros que hace veinte años en los clubes de la zona de Boston. ¿Dónde se han ido todos esos voladores de palomas? Algunos se quejan de que están cansados del constante cuidado que implica un deporte que incluye seres vivos, comparado con un pasatiempo como el golf. Además, en los últimos tiempos resulta más complicado tener una caseta para palomas; la preocupación sobre las enfermedades y sobre si este deporte viola los derechos de los animales ha provocado que algunas ciudades hayan empezado a poner regulaciones para las casetas. Chicago ha prohibido por completo tener palomas en casa. La reaparición de halcones, sobre todo en áreas urbanas, ha hecho que algunas personas lo dejen por la frustración que provoca comprobar cómo esos depredadores se comen a las palomas mejor entrenadas de los equipos. Hace poco, sin embargo, inmigrantes de China y Vietnam han empezado a participar en las carreras de palomas en Estados Unidos, lo que supone un impulso, y los fans

de las palomas ven otras señales esperanzadoras. El verano pasado fui a Fall River, en Massachusetts, para asistir a la subasta anual y al pícnic de un club de carreras que hay en esa localidad. Frank Greenhall le hablaba a la multitud:

—La gente dice que este deporte se está muriendo, pero este deporte está más fuerte que nunca.

Su voz apenas se escuchaba por el ruido. Un montón de niños no dejaban de gritarse unos a otros en el castillo hinchable de Bob Esponja, y un grupo de hombres discutían a voz en grito sobre las virtudes de los pájaros que estaban subastando. Además, la gente que hacía cola en la barbacoa no paraba de hablar.

—Por ejemplo —prosiguió Greenhall—, estamos a punto de lograr que los Boy Scouts reconozcan las carreras de palomas como insignia al mérito. Y hay nueve sistemas escolares que utilizan palomas para enseñar matemáticas y ciencia.

Echó un vistazo a su alrededor, asintió con satisfacción y añadió:

—¡Incluso en algunas cárceles han empezado a celebrar carreras de palomas!

Como voladora de palomas, Sedona es atípica. Los aficionados a este deporte son en su mayoría hombres, más bien de mediana edad o mayores. Los clubes de palomas son muy selectivos. El eslogan del Concurso de Palomas Mensajeras del Gran Boston —la entidad que rige el grueso de clubes de palomas de la zona de Boston— es «Camaradería a través de la competición». En las noches previas a las carreras, los miembros se reúnen en las sedes de los clubes a esperar el camión que pasa a recoger sus palomas, y también a jugar a las cartas, ver deporte en la televisión, tomar unas copas y contar chistes verdes. Maggie prefiere llevar a Sedona y a sus pájaros a la sede del club South Shore Pigeon Flyers un poco más temprano para ahorrarle unas cuantas obscenidades. Charlan durante un rato, dejan los pájaros y se vuelven a casa.

Solo hay un puñado de mujeres aficionadas a las palomas, pero lo que realmente destaca en Sedona es su edad. Es muy conocida en el mundo de las carreras de palomas de Boston porque hay muy pocos niños que practiquen este deporte. Le pregunté en

una ocasión si esa distinción le parecía guay. Se lo pensó durante un rato.

—Los otros miembros del club no son muy divertidos —me dijo midiendo las palabras—. Pero son, mmm..., interesantes.

A los amantes de las palomas que conocí les desesperaba no haber conseguido despertar ese mismo interés en su prole. Decían que sus hijos creían que las palomas conllevaban demasiado trabajo; se quejaban de que los críos solo se interesaban por los ordenadores, o por las chicas. Algunas de las personas que conocí se habían acercado por primera vez al mundo de las carreras siendo niños, después lo abandonaron y, siendo ya mayores, retomaron la afición. Pensé que eso debería tranquilizarlos respecto a sus hijos, pues seguramente encontrarían la manera de volver a esa práctica. Pero muchos de esos hombres sentían cierta desazón porque presentían que, a pesar de las buenas noticias sobre los Boy Scouts y las clases de matemáticas y las cárceles, las carreras de palomas estaban en declive. Ese desasosiego parecía ser también una expresión de su ambigüedad respecto a un pasatiempo muy restringido. La mañana del lanzamiento de prueba de Greenfield, esperé a Matt en el aparcamiento de un Wal-Mart, junto a otros cinco participantes en carreras de palomas. Eran las seis menos cuarto de la mañana. Le pregunté a uno de aquellos hombres cómo se sentía y me dijo:

—La verdad es que estoy cansado. Quiero decir, de verdad... He venido hasta aquí y me pregunto: «¿Me he levantado a las cinco de la mañana por unos pájaros?».

Matt es el secretario de carreras del Greater Boston Concourse y, sin embargo, me confesó que cree que está empezando a verse fuera del mundo de las carreras de palomas. Aun así, parece eufórico cada vez que ve cómo alza el vuelo uno de sus pájaros y después, milagrosamente, reaparece en casa, a pesar de que ha liberado a sus pájaros y los ha visto regresar a casa cientos y cientos de veces. Esa mañana, en el aparcamiento, parecía estar deseando llevar los pájaros a Greenfield y soltarlos.

—Eh, ¡soltemos a los pájaros y pongámonos en marcha! —me gritó—. ¡Ya vamos cuatro minutos tarde!

*

El día que estuvimos en Greenfield, algunos de los pájaros de Matt estaban compitiendo en una carrera. La salida estaba en Ilion, Nueva York, a más de trescientos veinte kilómetros de Boston; a 361,45 kilómetros de la caseta de Matt, para ser exactos, para poder calcular el tiempo y la velocidad. Tras soltar los pájaros en Greenfield, Matt quería regresar a casa a toda velocidad para poder ver cómo regresaban los pájaros que habían participado en la carrera de Ilion. Se sentía optimista, a pesar de que no estaba viviendo la mejor temporada de su carrera.

—Desde que estuve enfermo, no he hecho las cosas muy bien, así que todo el mundo me aprecia —dijo golpeando el volante—. Cuando mis pájaros lo hacían muy bien podía notar esa profunda envidia. Siempre hay muchas peleas entre los amantes de las palomas.

Sonó su teléfono móvil. Contestó.

—Se soltó a los pájaros a las ocho menos cuarto —dijo por el móvil—. De acuerdo, buena suerte.

En cuestión de un minuto, el teléfono volvió a sonar. Respondió con el mismo mensaje. Durante el resto del camino a Gloucester, el teléfono no dejó de sonar cada pocos minutos: llamadas de otros participantes que querían saber cómo iban las cosas después de la salida.

Matt estaba de un humor filosófico. Antes del cáncer, se dedicaba a la construcción y a remodelar viviendas. Ahora emplea todo su tiempo en cuidar de sus pájaros, dar vueltas por la casa y especular sobre el futuro. Su esposa, Joan, suele ser la que conduce el coche en los lanzamientos de prueba, porque él se cansa con facilidad. Cuando Matt pasó por quimioterapia, se encontró demasiado mal durante un año como para limpiar la caseta y darle de comer a los pájaros, así que Joan se encargó de ello, y acabó desarrollando una enfermedad pulmonar que suele provocar la caspa de los pájaros. Sus vacaciones se ven limitadas a periodos en los que encuentran a alguien que pueda cuidar de los pájaros, y no

sucede con frecuencia.

—Y cuando vamos de vacaciones siempre les dedico tiempo a las palomas —dijo Matt—. Dejo a Joan en la piscina y voy en busca de algún aficionado a las palomas. No tengo más remedio.

El día era cálido y no soplaba viento. Cuando regresamos a Gloucester, nos sentamos en el jardín de Matt, escuchando las chicharras y las hojas de un enorme arce junto a su casa que crujían y suspiraban. Le comenté lo bonito que me parecía aquel árbol.

—Bueno, lo es —respondió Matt entrecerrando los ojos—. Pero me bloquea la panorámica de los pájaros cuando vuelan hacia aquí.

Tiene un teléfono inalámbrico a su lado que suena cada pocos minutos.

—Hola, Louie... No, todavía no ha llegado ninguna... De acuerdo, buena suerte.

Comprueba la hora en su reloj, otea el cielo, vuelve a comprobar la hora. El teléfono vuelve a sonar.

—No, John, ninguna todavía.

Suena de nuevo. Apaga el timbre y dice que no quiere saber qué pájaros han llegado ya a sus casas, porque eso significa que han vencido a los suyos. Su propio equipo está llegando más tarde de lo habitual.

—Estoy enfadado —dijo—. No quiero hablar con nadie.

Le pregunté a Matt si conocía a Sedona. Recordaba haber hablado con ella durante unos minutos, en una subasta de palomas. Me pregunté si se había planteado quedarse con algunos de sus pájaros, pues ella tenía que encontrarles un nuevo hogar antes del traslado. Se echó a reír.

—Ni hablar —contestó negando con la cabeza—. Tengo demasiados.

Me comentó que Joan y él iban a irse pronto de vacaciones a Tampa porque su hijo había aceptado hacerse cargo de las palomas. Cada vez más amantes de las palomas se jubilan en Tampa. Frank Greenhall me dijo que a una de las zonas residenciales cercanas a Tampa la apodaban Pequeña Bélgica por

todos los amantes de palomas que se habían mudado allí.

Era posible que cuando estuviesen en Tampa, según me dijo Matt, Joan y él le echasen un vistazo a alguna casa. En días como ese, cuando su equipo no cumplía con las expectativas, cosa que le rompía el corazón, la idea de mudarse le parecía más aceptable, tal vez incluso atrayente.

—Adoro a mis pájaros —dijo—, pero nunca he dejado de preguntarme por qué hago esto.

De repente, afianzó los pies en el suelo y señaló más allá del arce.

—¡Uno de mis pájaros! —gritó.

Pude ver una silueta oscura sobrevolando la copa de un árbol, trazando círculos descendentes. Poco después, la silueta se transformó en un pájaro que acabó posándose en lo alto de la caseta. El ave era sedosa y gris, con unas llamativas patas rosas y unos ojos redondos y brillantes. Había recorrido trescientos veinte kilómetros siguiendo su instinto o su memoria o dejándose llevar por un impulso magnético, aunque quizá había remontado todos esos kilómetros porque le gustaba vivir allí. El pájaro parecía tranquilo, sereno, como si se hubiese pasado toda la mañana dormitando y rascándose en casa.

—Vamos, vamos —la llamó Matt, hasta que el pájaro descendió de lo alto de la caseta y, finalmente, traspasó la línea de meta electrónica, registrando su regreso en el cronómetro a las 13:15:42.

Matt suspiró profundamente y cogió el teléfono, marcó un número y gritó:

—¡Eh, Louie! ¡Tengo un pájaro!

ACCIÓN ANIMAL

Según los principios de American Humane, una entidad dedicada a garantizar el bienestar y la seguridad de los animales, ningún animal que actúe en una película debería trabajar como una mula. Por ejemplo, si aparece un simio en el set de rodaje de una película durante más de tres días consecutivos, la producción tiene que proporcionarle una zona de juegos o un parque privado donde pueda hacer ejercicio y relajarse. Cuando un oso trabaja en una película, cualquier cosa que produzca un olor que pueda incomodarle —perfume barato, licores fuertes, donuts con mermelada— tiene que retirarse del set. Solo los gatos que se llevan bien con los perros deberían aparecer en películas de gatos y perros. A ningún pez se le puede exigir que haga más de tres tomas diarias. Asimismo, no se puede aplastar a un miembro no humano del reparto bajo ninguna circunstancia. Esta regla se aplica a todos los actores no humanos, incluidas las cucarachas. Karen Rosa, directora de la Unidad de Películas y Televisión de American Humane, estuvo comentando conmigo estas directrices un día, el verano pasado.

—Si apareces en un plató con veinticinco mil cucarachas, será mejor que salgas de él con las veinticinco mil —me dijo.

Le pregunté si se mostraría tan comprensiva con las cucarachas caseras. Negó con la cabeza.

—Una cucaracha en mi cocina es una cosa —dijo—. Una cucaracha que aparece en una película está actuando. Al igual que cualquier otro actor, merece volver a su casa al final del día.

La sede de la Unidad de Películas y Televisión está en Sherman Oaks, a unos veinte minutos de Hollywood, en un achaparrado edificio de hormigón situado bajo la sombra que crea un paso elevado de la autopista y una arboleda de nudosos banianos. El lugar resultaba tan acogedor por fuera como un taller mecánico, pero por dentro era luminoso y animado, decorado con pósteres de películas y un bonito retrato de la mula *Francis*, el famoso actor animal. Una perrita de pelaje hirsuto y cara infantil llamada *Lulu* correteaba por la oficina, y el personal entraba y salía entre visitas a salas de sonido y platós, creando un alegre bullicio.

Son treinta los representantes, tanto a tiempo completo como a media jornada, de la Unidad de Películas y Televisión y se dedican a controlar de manera oficial a los animales en las producciones del Sindicato de Actores (SAG). Vigilar a los animales actores supone un esfuerzo monumental. En los últimos doce meses, más de 1.400 guiones del SAG incluyeron algún tipo de acción animal, desde hormigas en una escena de pícnic en televisión hasta películas en las que aparecían cientos de caballos. Durante la semana que pasé con el personal de la Unidad de Películas y Televisión, vi tigres en algunas escenas de *El último samurái*; búhos, gatos, ratas y perros trabajando en *Harry Potter y el prisionero de Azkaban*; un caballo en miniatura haciendo una aparición estelar en *Aquellos maravillosos 70*; caballos de tamaño normal trabajando en *La vuelta al mundo en 80 días*; varias escenas con un sapo para *Una cenicienta moderna*; algunos ciervos en *Thumbsucker*; gatos y perros ensayando para la secuela de *La verdad sobre perros y gatos*; y arañas haciendo una audición para *Constantine*. La Unidad de Películas y Televisión realiza un seguimiento de todos ellos. Incluso los animales falsos o muertos

son responsabilidad de la unidad. Si los animales que aparecen en una película están congelados o disecados o se muestran como un producto alimenticio —por ejemplo, una pierna de ternera—, la unidad exige pruebas de que llegaron al plató en ese estado.

La mayoría de los que trabajan para la Unidad de Películas y Televisión son antiguos veterinarios, cuidadores del zoo o domadores de caballos. Algunos se graduaron en el Programa de Entrenamiento y Gestión de Animales Exóticos del Moorpark College, en Moorpark, California, que se publicita como el «Zoológico de Enseñanza de Estados Unidos». Aunque los representantes de la Unidad de Películas y Televisión se pasan el día leyendo guiones y visitando localizaciones, entienden que forman más parte del negocio de los animales que del cinematográfico, más o menos como los barberos de la Marina entienden que forman más parte del negocio de las peluquerías que del negocio naval. Lo cierto es que se encuentran en un punto intermedio. Formar parte del mundo animal de Hollywood es una ocupación algo bizarra que te familiariza con chismorreos como que Cameron Díaz trabaja muy bien con monos o que *Wilma*, la caimán, tras una larga carrera en películas de presupuesto medio, ahora está disecada y forma parte de la decoración de la entrada de la empresa Brockett's Film Fauna, en Thousand Oaks. Una mañana, le pregunté a una de las representantes, especializada en supervisar películas en las que aparecen caballos, si le gustaba tener un trabajo que le permitía conocer a muchas estrellas de cine. Pensó la respuesta durante unos segundos y dijo:

—La verdad es que es estupendo, porque me siento muy unida a algunas de ellas. Está *Rusty*, que es uno de mis favoritos, y también *Johnny*, y uno que me gusta muchísimo llamado *Pumpkin*.

*

En Hollywood, los animales no solían pasarlo bien. Solo los pocos que se convertían en estrellas recibían un tratamiento especial. *Rin Tin Tin*, por ejemplo, disponía de su propio chófer y asistente, y el león *Jackie*, que aparecía en películas mudas con Mae West, Mack

Sennett y Gloria Swanson, seguía una dieta de ternera de primera calidad y helado de vainilla. Pero los animales secundarios, los de fondo, se consideraban elementos baratos, desechables, y no seres vivos. Los caballos recibían el peor de los tratos. Los hacían caer al suelo, recibían golpes, corrían por zanjas abiertas y los dejaban hechos polvo. Para hacer caer a los caballos en el momento justo, les ataban cables alrededor de las patas o los pasaban a través de agujeros perforados en las pezuñas, de ese modo el jinete no tenía más que tirar de los cables y hacer que el caballo cayese. En 1924, murieron seis caballos durante la filmación de *Ben-Hur*. En 1935, a ciento veinticinco caballos se les ataron las patas con cable en *La carga de la Brigada Ligera* y veinticinco de ellos murieron o tuvieron que ser sacrificados.

En 1939, para la película de Henry Fonda *Jesse James*, montaron a un caballo con los ojos vendados sobre una rampa engrasada sobre un acantilado que daba al lago Ozark y después lo empujaron por ella para obtener el plano de un vaquero montado a caballo cayendo al lago. Al caballo se le partió la columna y tuvo que ser sacrificado. Solo se utilizaron los primeros fotogramas de aquel plano en la película, pero la secuencia al completo del animal sumergiéndose en el agua —encorvado, indefenso, con las patas rígidas— parece sacada de una pesadilla. American Humane, que se fundó a finales del siglo XIX como una organización para el bienestar de niños y animales, revisó la filmación y envió un informe criticando a la industria cinematográfica por el modo en que trataba a los animales. A modo de respuesta, la Asociación de Productores y Distribuidores de Películas de Estados Unidos (que más tarde cambiarían su nombre por Asociación Cinematográfica de Estados Unidos) añadió una sección a su código de producción, conocido como el código Hays, que prohibía el uso de rampas inclinadas y cables para caballos. American Humane abrió una oficina en Hollywood para vigilar el cumplimiento de esos nuevos estándares. Además de supervisar el cuidado de los animales en los sets de rodaje, también se ocupó de promocionar a los actores animales. En 1951, crearon el premio a la actuación animal estelar del año (PATSY, por su nombre en inglés). La mula *Francis* fue la

primera en ganar un PATSY. En 1973, American Humane creo el Salón de la Fama de los Animales Actores. *Lassie* fue la primera en ingresar.

En perspectiva, las disposiciones para el cuidado de animales en los sets de rodaje resultaban algo extrañas en los códigos de producción, que fueron creados para controlar el contenido moral de las películas e imponer restricciones sobre desnudez, duración de los besos y el uso de palabras subidas de tono como «mierda» o «mujeriego» en pantalla. Pero, de algún modo, el tratamiento de los animales quedó incluido. En los años cincuenta, toda una serie de resoluciones judiciales pusieron en duda el carácter constitucional del código Hays según lo que dicta la Primera Enmienda. La desaparición del código Hays tuvo la consecuencia no deseada de poner fin a la supervisión de los animales por parte de American Humane en los sets de rodaje. Unas pocas producciones siguieron permitiendo la presencia de los representantes de American Humane en los rodajes, pero la mayoría no lo hicieron. Seguía habiendo cientos de películas y programas de televisión en los que aparecían animales —de hecho, fue el periodo de eclosión de los wésterns— y, según Rosa, los estándares de seguridad para los animales estaban incluso por debajo de lo que habían estado antes de la implantación del código Hays. En *Duelo de gigantes*, *La puerta del cielo* y *Apocalypse Now*, por ejemplo, hubo incidentes en los que se mató a animales mientras grababan. *La puerta del cielo* muestra una pelea de gallos de verdad y se decapitaron gallinas para utilizar su sangre.

A finales de los años setenta, los actores y los miembros de los equipos empezaron a exigir que volviesen a implantarse unos estándares para los animales en los sets de rodaje. Roy Rogers escribió un artículo de opinión en el *Los Angeles Examiner* a favor de ese tipo de control en la industria cinematográfica: «Hollywood, antes cruel con sus animales actores, ha aprendido el gran valor que tiene el azucarillo y la caricia en el morro [...] *Trigger*, mi caballo palomino [...] el caballo mejor entrenado para películas en la actualidad, no ha sufrido ningún tipo de crueldad. Ha sido tratado con cariño, buen juicio y paciencia [...] Después de

completar una escena con *Trigger*, siempre charlaba con él. Y creo que él era consciente de que le hablaba. El caballo de Gene Autry, *Champion*, el caballo de Tex Ritter, *Flash*, y el caballo de Bill Elliott, *Thunder*, seguramente también sean conscientes de lo que les dicen Gene, Tex y Bill. Esos caballos no han conocido la crueldad». La campaña logró resultados. En 1980, el convenio del Sindicato de Actores/Productores fue modificado para incluir reglas que estableciesen el adecuado tratamiento de los animales y se autorizó de nuevo la presencia del personal de American Humane para supervisar el trato a los actores animales en las películas, la televisión, los anuncios y los vídeos musicales, y para incluir, o mantener, el registro de marca en los títulos de crédito: «Ningún animal resultó herido en la realización de esta película».

*

Muchas personas creen que American Humane supervisa el contenido de las películas en lugar de limitarse a vigilar cómo se realizan.

—Recibimos montones de llamadas y correos con quejas sobre lo que aparece en las películas —me dijo Karen Rosa—. La gente no entiende que no les indicamos a los productores cómo tendría que ser la película. Nos limitamos a observar cómo la hacen.

Cuando en *La milla verde* apareció un ratón que era pisoteado hasta morir, la Unidad de Películas y Televisión recibió montones de quejas, aunque en su web explicaban que en dicha escena habían pisoteado a un ratón generado por ordenador. A veces, sin embargo, incluso el personal de la Unidad de Películas y Televisión es engañado. Rosa y su equipo supervisaron la producción de *O Brother, Where Art Thou?*, pero cuando vieron la versión final de la película se quedaron horrorizados al comprobar que aparecía una vaca atropellada por un camión. Llamaron a los productores para quejarse y ellos les respondieron encantados, porque la escena había sido generada por ordenador y cuando vieron que habían engañado a la Unidad de Películas y Televisión supieron que habían hecho un buen trabajo. La película consiguió la calificación

«Aceptable» por parte de American Humane. La reseña en la web de American Humane hizo un gran esfuerzo por explicar la escena: «Aparece una vaca que cae al suelo tras ser golpeada por un vehículo. Lograron rodar esa escena enganchando un cable al vehículo para que no llegase a tener contacto con los animales. De hecho, el vehículo nunca estuvo a menos de siete metros y medio de las vacas. Al tirar del cable, el vehículo se detenía de golpe, creando el efecto de que había impactado contra un objeto. La vaca fue generada por ordenador en posproducción».

La autoridad de American Humane se extiende únicamente a las producciones del SAG. Las películas independientes o extranjeras están fuera de su jurisdicción. A pesar de que seguir sus líneas de actuación puede ser muy caro, la mayoría de los productores quieren la etiqueta «Ningún animal resultó herido» en los títulos de crédito y una reseña positiva en la web de American Humane, que visitan casi medio millón de personas al mes. Antes del estreno de la película de Pedro Almodóvar *Hable con ella* en España, Sony le pidió a American Humane que la reseñase, a pesar de que el estudio sabía que no conseguiría la etiqueta «Ningún animal resultó herido» en los títulos de crédito porque la película incluía escenas reales de una corrida de toros. Era una circunstancia extraordinaria. Las escenas de corridas de toros son «documentales»; es decir, fueron grabadas en la ceremonia de graduación de una escuela de toreo en España, que no guardaba una relación directa con la filmación; no se trataba de una corrida de toros preparada para la película. Por otra parte, en España, las corridas de toros no se consideran maltrato animal. Aun así, no cabe duda de que hubo animales que resultaron heridos durante la grabación de esa escena. Los toros que aparecen en ella son reales y acaban muriendo.

—Le otorgamos la etiqueta «Cuestionable» —dijo Rosa—. No podíamos hacer mucho más.

*

La Unidad de Películas y Televisión dispone de un presupuesto

anual de 1,5 millones de dólares, que antaño se conseguían a través de ayudas y donaciones. Desde 1991, todos sus fondos provienen del Sindicato de Actores, con directores y productores entre sus miembros. Eso significa que los representantes de American Humane reciben un sueldo de las mismas personas a las que controlan, y les obligan, en ocasiones, a gastar un dinero que probablemente no querían gastar. Tal como indican las pautas de American Humane, el cuidado adecuado de los gusanos en un set de rodaje puede llegar a costar miles de dólares al día, cuando utilizarlos en una toma y deshacerse de ellos no supondría gasto alguno. Algunos representantes me contaron algunos incidentes en los que los productores habían refunfuñado por el dinero que le costaban estos protectores. Rosa hace un gesto de desprecio con la mano.

—La industria debería apoyarnos —dice—. Tienen muchísimo dinero y nosotros no. No deberíamos competir por unas subvenciones que tendrían que destinarse a programas de castración y refugios.

El presupuesto es muy ajustado y la cantidad de producciones que la Unidad de Películas y Televisión supervisa crece todos los años, sobre todo desde la expansión de la televisión por cable, el *streaming* y las películas independientes.

En el pasado, cuando una película que se rodaba en el extranjero tenía que ser supervisada, la American Humane subcontrataba a alguna asociación local. En uno de esos casos, una película familiar titulada *Running Free* filmada en 1999 en Sudáfrica fue supervisada por la Liga Contra la Crueldad Animal de Johannesburgo. La asociación garantizó el adecuado tratamiento de los animales, pero también informó de que cuatro caballos habían muerto durante el rodaje y de que se habían usado collares eléctricos para controlar a otros. American Humane le otorgó la calificación de «Supuestamente aceptable», que está por debajo de «Aceptable». En parte debido a lo que ocurrió con *Running Free*, hoy en día la Unidad de Películas y Televisión solo utiliza representantes que hayan formado ellos. Los envía a cualquier lugar del mundo para estar en las localizaciones y tiene empleados

en Australia e Inglaterra. Rosa espera que también acaben teniéndolos en África y en otras partes de Europa.

—Tenemos que seguir avanzando —me dijo—. Este trabajo es muy importante. Creamos unos estándares. Y tenemos que actualizar nuestra información. En este momento, estoy investigando sobre nuevos proyectos científicos que intentan determinar si los peces sienten dolor en los labios. Siempre hemos dado por supuesto que no, por eso hemos permitido que se utilicen anzuelos sin púas en las escenas de pesca. Si resulta que sí sienten dolor, muchos de los integrantes de la industria se molestarán cuando les digamos que ya no van a poder utilizar anzuelos con peces de verdad.

*

Supervisar el rodaje de una película como *Soccer Dog: European Cup* es una tarea bastante sencilla para un representante de la Unidad de Películas y Televisión. En esa película no había que ordeñar a ninguna serpiente (algo que no permiten las directrices de American Humane); ni colocar jaulas de gallinas unas encima de las otras, obligando así a las aves a defecar sobre las de abajo (no permitido); ni enganchar a seis caballos y colocarlos delante de cañonazos; nada de arácnidos viendo alteradas de manera permanente sus características físicas; y nada de simios obligados a actuar cerca de un objeto animatrónico o de una persona vestida de payaso a la que los simios no se hayan acostumbrado previamente (todo prohibido). Al contrario que películas como *Un horizonte muy lejano*, en la que aparecían mil caballos en una sola toma que exigió tres semanas de preparación, o *El hombre que susurraba a los caballos*, que incluía unas escenas tan difíciles con caballos que el representante de la Unidad de Películas y Televisión se pasó un año hablando con el productor antes siquiera de que empezase el rodaje, *Soccer Dog: European Cup*, la secuela de *Soccer Dog,* es una sencilla película familiar que los representantes definen como de «acción moderada», y que no incluye nada más complicado que el perro protagonista rebotando una pelota con el

morro. Las precauciones necesarias para los perros son mucho más económicas y menos complicadas que aquellas que requieren, por decir algo, moscas o gusanos, que tienen que ser contados después de cada toma.

La persona asignada para supervisar esta película era Netta Bank, graduada en el programa de Moorpark, que trabajaba en American Humane desde hacía doce años. Bank es baja y delgada y lleva el pelo oscuro cortado al estilo *pixie*. Vive en Simi Valley con un loro y cinco perros, y cuatro de ellos son actores fuera de servicio (uno de ellos interpretó un papel en *Mejor... imposible*). Pero, en realidad, a Bank le van más los monos. En Moorpark se especializó en ovejas, loros, babuinos y macacos de cola de cerdo. Concursó en *To Tell the Truth* imitando a su héroe, el especialista en orangutanes Biruté Galdikas.

—Si hay que trabajar con un chimpancé, yo soy la primera en la que piensan —suele decir Banks.

Ha trabajado en montones de películas, algunas con chimpancés y otras sin ellos, y lleva consigo una lista alfabética con las películas, entre las que se incluyen *Ejecutivo agresivo, Lo que la verdad esconde*, *Wild Bill* y *Wolf*.

Era el cuarto día de rodaje de *Soccer Dog*. Nos encontrábamos en el patio de una escuela primaria de Rancho Palos Verdes, un barrio de las afueras de Los Ángeles, que en lo que respectaba a la película era un pequeño pueblo de Escocia. Cuando llegamos al set de rodaje, Bank sacó su silla plegable de directora, su sombrilla y cosas para picar y se instaló en una zona de césped cerca del camión del entrenador de los animales. Entonces empezó a rellenar el papeleo de American Humane, que exige una descripción, escena por escena, de lo que hacen los animales, de cómo han conseguido que lo hagan y de las medidas de seguridad en el lugar. Otro de los representantes, Ed Lish, se acercó al set para echarle un vistazo al rodaje. Iba camino de casa después de haber estado supervisando a *Johnny*, uno de los caballos protagonistas de la serie *Deadwood*. Lish es uno de los agentes de American Humane y también uno de los representantes de la Unidad de Películas y Televisión, así que va vestido con un uniforme caqui y lleva un

distintivo. Creció en un rancho en Idaho y le gusta trabajar con caballos.

—Odio tener que ocuparme de chimpancés —me dijo Lish—. Gritan como condenados. Los perros también están bien, aunque el peor trabajo que he tenido que hacer fue esa película de trineos titulada *Voluntad de hierro*. ¿Alguna vez has estado con perros de trineo? Joder, son los perros más peleones que he visto nunca.

Las estrellas de *Soccer Dog*, sin embargo, eran un par de pacifistas. El protagonista lo interpretaba un chucho con inquietos ojos verdes llamado *Chip*. Un nervioso cairn terrier llamado Ernie interpretaba al chico malo. Roger Schumacher, dueño y entrenador de ese perro, había trabajado con American Humane en varias películas, entre ellas: *El Grinch*, *Annie*, *Hulk*, *Benji: Un amigo especial*, *S.W.A.T.* y *Kill Bill*. Schumacher lleva toda su vida formando parte del mundo animal de Hollywood. Su padre se dedicaba a entrenarlos y Roger empezó a trabajar de manera profesional con perros en 1972. Al igual que sucede con la mayoría de las personas que consiguen animales para películas y programas de televisión, Schumacher es el dueño de todas las criaturas que utiliza. Tiene una perrera con veinticinco perros. La mayoría de ellos, incluido *Chip*, los rescató de refugios para animales. Schumacher trabajó en la película original *Soccer Dog* y convenció al productor para que seleccionase a *Chip* para la secuela.

Por lo general, los productores contratan primero al entrenador y después al animal, que es el equivalente a contratar a un agente y un profesor de actuación primero y después contratar al actor, pero en el negocio de la actuación animal sí tiene sentido. Respecto a los *castings*, los productores a veces le permiten al entrenador escoger al animal. En otras ocasiones, sin embargo, los productores reciben una petición tan precisa e improbable que suena a chiste. Un entrenador me comentó hace poco que un productor le había pedido que encontrase un perro salchicha de pelo largo que supiese trotar sobre una cinta de correr.

—Fue tan frustrante... —me dijo el entrenador—. ¡Tenía un Jack Russell terrier que sabía hacerlo! Pero el productor estaba obsesionado con la idea de un perro salchicha de pelo largo. ¿Qué

podía hacer yo?

Si el entrenador no dispone del tipo de animal que el productor quiere, a veces intercambian animales con otros entrenadores. A principios de esa misma semana, estuve hablando con alguien del negocio de animales de Hollywood que había estado trabajando en una película en la que necesitaban palomas. Él estaba especializado en primates, así que tomó prestadas las palomas de un colega especializado en pájaros. Me comentó que todo había ido como la seda, porque unas pocas semanas antes el tipo de los pájaros había necesitado algunos de sus babuinos.

Cuando llegamos al set de rodaje de *Soccer Dog*, *Chip* estaba preparándose para una escena que exigía que caminase por una rampa y abriese la puerta de un aseo portátil. Se suponía que después tenía que echar un vistazo dentro de la cabina para asegurarse de que no había chicos malos dentro, entrar y dejar que la puerta se cerrase a su espalda. Bank examinó la cabina y la rampa y concluyó que eran seguros para *Chip*. Tomó unas cuantas notas y después se sentó en su silla. Schumacher recorrió el set con *Chip* y después le dijo al director que estaban listos.

En la primera toma, *Chip* ascendió por la rampa demasiado deprisa; una tendencia que Schumacher me contó que era una de las grandes limitaciones de *Chip* como actor. La segunda no salió bien, porque la puerta se abrió debido al viento en lugar de cerrarse a su espalda. Después el director se dio cuenta de que la cámara pillaba a *Chip* desde un ángulo poco favorecedor.

—Vamos a tener que rehacerlo todo —dijo el cámara señalando hacia el trasero de *Chip*—. Intentemos que el plano no sea de su culo, por favor.

En la tercera toma, *Chip* abrió la puerta con un golpe, se detuvo como si realmente estuviese planteándose si entrar o no y después se coló dentro. La puerta se cerró tras él.

—Perfecto —gritó el director—. Buen trabajo, *Chip*.

Cuando estaba a punto de iniciarse la siguiente toma, Schumacher se acercó a Bank para comentarle algo. Llevaba consigo un gordo labrador rubio que estaba entrenando para la próxima película de James Brooks, *Spanglish*. Al contrario que *Chip*,

que había realizado papeles secundarios en *El Grinch* y *Annie*, o *Ernie*, que había tenido una larga intervención en *George Lopez*, el labrador retriever no era un actor profesional. Se lo habían alquilado a un dueño particular, un tipo de acuerdo que los entrenadores de animales no suelen ven con buenos ojos, pero era el único perro que Schumacher había podido encontrar con la expresión dulce y un poco bobalicona que Brooks andaba buscando.

—Asegúrate de apuntar que pego a mis perros, Netta —dijo Schumacher.

—Sabes que lo haré —respondió Bank—. Estoy redactando un parte sobre ti, Roger.

El gordo labrador eructó.

—Vamos —le dijo Schumacher al perro.

Explicó que tenía que enseñarle al perro a caminar hacia atrás, por eso había planeado empezar a trabajar en ello mientras el personal trasladaba el equipo para la siguiente toma. *Ernie* estaba descansando en su jaula dentro de la furgoneta de Schumacher y *Chip* jugaba con su hija. Por lo general, *Chip* es un perro de color blanco con manchas tostadas, pero para la película era rubio por completo. Es una criatura pequeña y peluda con cara de osito de peluche, patas largas y unas orejas con las puntas dobladas, como pequeños aviones de papel.

De repente, una de los extras echó a correr y rodeó al perro con los brazos.

Bank dio un respingo.

—No toques al perro —dijo en voz alta.

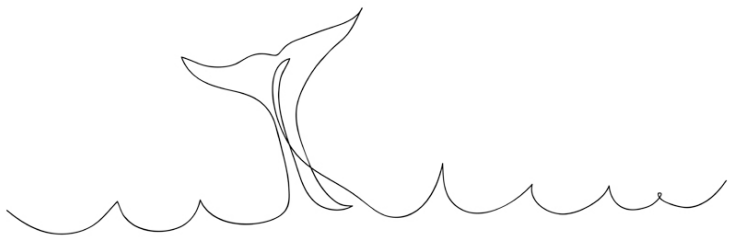
—Pero soy masajista profesional —respondió la mujer—. Solo quería darle un masaje.

—No toques al perro —repitió Bank—. Está trabajando.

—Creo que sabe que soy masajista —dijo la mujer con aire alicaído.

—Es posible —dijo Bank—. Pero está trabajando.

¿DÓNDE ESTÁ *WILLY*?



Era un mal momento para estar en Islandia, aunque casi siempre es mal momento para estar en Islandia, donde el viento nunca corre o sopla sino que se limita a echar abajo tu casa. Estábamos a principios de agosto y había tormentas, como suele pasar, pero el sol del verano brillaba un poco, los géiseres lanzaban chorros azules de humeante agua hirviendo y los glaciares gruñían mientras empujaban toneladas de sedimentos unos pocos centímetros más cerca del mar. En el agua, los frailecillos retozaban, los cangrejos ermitaños retozaban y los jóvenes, inflados de cecina de salmón y cerveza tibia, vomitaban educadamente en los cubos para el mareo del ferri que cruzaba la bahía de Klettsvik.

Los jóvenes iban camino del festival de música y maratón alcohólico que se celebra cada año en las islas Westman, una hilera

de islotes volcánicos al sur de la costa de Islandia. Durante el viaje, hablaban en islandés sobre cosas islandesas, como por ejemplo si se habían acordado o no de llevar abrebotellas y pañuelos para la cabeza, pero enseguida empezaron a adquirir una tonalidad verdosa y dejaron de hablar cuando el barco empezó a sacudirse arriba y abajo al atravesar las enormes y frías olas. Tras unas dos horas, el oleaje se calmó, el barco aminoró la marcha y se deslizó hacia el puerto de Heimaey, rodeado por acantilados de lava vieja con tantos agujeros como un queso suizo. Montones de traineras y barcos de vela se sacudían en sus amarres, golpeando los muelles y haciendo ese típico sonido que, inevitablemente, hace que te sientas solo.

Dejamos atrás una hilera de boyas blancas en la entrada de una pequeña bahía, que delimitaban una sección concreta del agua. Unos cuantos jóvenes, agotados y con la boca pastosa, se pusieron de pie y miraron por los ojos de buey.

—¡Eh! ¡*Keiko*! —exclamó una chica señalando hacia las boyas.

—¿Eh? —masculló otra mirando hacia donde había señalado la primera—. ¿*Keiko*?

—¡*Willy*! ¡De *Liberad a Willy*!

—¡Ah, *Keiko*! —dijeron los demás, acercándose a las ventanillas, tirando de las mangas de sus compañeros y mirando boquiabiertos hacia la ensenada, hacia el agua cristalina, hacia el vacío y los acechantes acantilados—. ¡*Keiko*! ¡Oh, sí! ¡Oh, vaya!

*

La ballena no estaba allí, obviamente. Había abandonado Islandia a principios de julio, después de hacer un viaje acuático junto a sus supervisores humanos para que viera otras ballenas —sus iguales, si no sus parientes— que se habían detenido cerca de las islas Westman para la comilona de mediados de verano. *Keiko* había visto ballenas salvajes con anterioridad —de hecho, él mismo había sido una de ellas—, pero había vuelto a frecuentarlas hacía solo un par de años, tras pasar dos décadas en cautividad. Al principio había observado a las ballenas que estaban de visita

desde una tímida distancia y aunque luego se atrevía a acercarse un poco más, siempre regresaba junto a la barca que la había conducido hasta mar abierto. Volvía a su redil privado en el puerto, aquella sección del mar marcada por las boyas que los jóvenes habían señalado. Un equipo internacional le masajeaba la aleta, le rascaba la lengua y daba ruedas de prensa detallando sus experiencias en mar abierto.

En julio, sin embargo, *Keiko* se acercó a las ballenas mucho más que de costumbre. En lugar de regresar junto a la barca, de repente, siguió a las ballenas salvajes cuando pusieron rumbo al banco Lousy, más allá de las islas Feroe, camino de... Bueno, a decir verdad, ¿quién lo sabe? Las ballenas siguen su propio criterio. Lo cierto es que van y vienen y es imposible saber a ciencia cierta a dónde van; a menos que, por casualidad, las hayas sacado del agua, les hayas hecho un agujero en la aleta dorsal y les hayas colocado un rastreador de radio. Solo alguien que estuviese mal de la cabeza creería que hacerle un agujero en la aleta dorsal a una ballena es tarea fácil. Las ballenas que pasan por Islandia todos los veranos, a las que decidió unirse *Keiko*, no tienen perforación alguna. Por eso nadie sabía hacia dónde se dirigían a finales de julio.

Pero *Keiko* —su nombre significa «afortunado» en japonés— es la ballena más observada del mundo. Tiene instalado un rastreador por satélite y un transmisor UHF. Tres ONG la siguen, junto a millones de espectadores, que esperan ver cómo la famosa y dotada ballena, que durante la mayor parte de su vida vivió en una enorme pecera, se mueve libre en alta mar. Cada día que *Keiko* disfruta en libertad, se rastrea por satélite su localización, se retransmite por internet y después se señala en una carta marítima en las oficinas de la Fundación Liberad a Willy/Keiko en las islas Westman, un arco formado por toda una serie de equis a lo largo del océano.

Lo que se sabe de *Keiko* es lo siguiente: es una *Orcinus orca*, conocida popularmente como orca o ballena asesina. Con un peso de cuatro mil quinientos kilos, la orca es el miembro de mayor tamaño de la familia de los delfines: boca grande, dientes grandes,

apetito grande. Al igual que los seres humanos, las orcas pueden matar y comer casi cualquier cosa que les apetezca. Lo que suelen elegir son arenques, salmones o bacalao, pero algunas orcas prefieren los leones marinos, morsas e incluso otras ballenas. Se las conoce por ser capaces de despellejar a una ballena Minke adulta, arrancarle la aleta dorsal y comerse solo su lengua, un comportamiento que ha sido interpretado como una extravagancia epicúrea, o tal vez una recreación de un sacrificio virginal azteca. Al parecer, las orcas no sienten ninguna predilección por los seres humanos. Solo tres personas han muerto por el ataque de ballenas asesinas en cautividad y dos de esas muertes tuvieron que ver con la misma ballena: *Tillikum*, del SeaWorld, que mantuvo a sus víctimas bajo el agua para ahogarlas pero no las devoró después. Pueden encontrarse orcas en cualquier océano del planeta. Han gozado de una relativa invulnerabilidad debido a su nulo valor para la extracción de aceite (son veinte veces menos sebosas que los cachalotes) y su carne es mucho menos tierna y sabrosa que la de las ballenas Minke. Son de una gran inteligencia y muy receptivas, educables. También son bonitas, vestidas blanco y negro y con un parche gris a modo de silla de montar; son más atractivas, por ejemplo, que las gigantescas ballenas blancas, con su transcendente horror, su rotunda palidez y su extraña y desagradable escala. En eso radica la enorme vulnerabilidad de las ballenas asesinas, por decirlo de algún modo: su idoneidad para ser mostradas y adiestradas para actuar realizando estúpidos trucos que resultan fantásticos por la reputación que las orcas tienen como asesinas despiadadas.

*

En 1964, el acuario de Vancouver le encargó a un artista que hiciera una escultura de una orca de tamaño natural para sus instalaciones. Para que fuera realista, el acuario le encargó a una compañía pesquera que matase una orca para que le sirviese de modelo. La compañía pesquera arponeó una orca, pero el animal sobrevivió al asalto, por lo que el acuario decidió solucionar dentro

de lo posible aquella metedura de pata mostrando a la ballena viva en lugar de hacer una escultura.

El personal del acuario de Vancouver llamó a la ballena *Moby Doll*. Era la primera orca en cautividad de la historia. Murió tras pasar tan solo ochenta y siete días en el acuario, pero fueron suficientes para que los observadores comprobasen hasta qué punto era inteligente. Desde las desventuras de *Moby Doll*, se han capturado más de 130 orcas para ser expuestas en todo el mundo. Muchas de ellas fueron apresadas en los alrededores de Islandia, hasta 1989, cuando el país prohibió la caza de ballenas. Hoy en día resulta muy complicado conseguir una orca para exponerla. Hay unas 50 orcas en acuarios y parques temáticos en todo el planeta y su escasez ha provocado que lleguen a valer un millón de dólares o más.

*

Los inicios de *Keiko* fueron humildes. Nació cerca de Islandia, entre 1977 y 1978. Fue capturado en 1979, siendo todavía joven. Durante sus primeros años en cautividad vivió en un triste acuario a las afueras de Reikiavik, que obtenía la mayor parte de sus ingresos capturando y vendiendo orcas a otros acuarios. En 1982, el acuario de Reikiavik vendió a *Keiko* a Marineland, un parque en las cataratas del Niágara, en Ontario. No fue un buen destino para *Keiko*: las otras ballenas de Marineland, mayores que él, amedrentaban a *Keiko* sin compasión. Después de pasar tres años intentando ayudarlo a convivir con las otras ballenas, Marineland dejó de insistir y vendió a *Keiko* a Reino Ventura, un parque de atracciones en la Ciudad de México.

Las instalaciones para *Keiko* en Reino Aventura eran demasiado pequeñas, muy poco profundas y el agua estaba demasiado caliente para una orca. Por otra parte, no había otras ballenas en el acuario que le hiciesen compañía. Se revolcaba. Su estado físico se deterioró: tenía la tonicidad muscular de un fideo húmedo y apenas podía aguantar la respiración durante tres minutos. Se le desgastaron los dientes de roer el cemento que

rodeaba su tanque. Pasaba la mayor parte del tiempo nadando en círculos en un inevitable nihilismo y se veía acosado por una profunda letargia en la que algunos creyeron ver el presagio de una muerte prematura. Se le torció la aleta dorsal, un síntoma de su insondable tristeza. A pesar de todos esos defectos, los visitantes del parque lo adoraban. A cambio, a él parecían gustarle los niños y las cámaras y se comportaba como si le encantase que le prestasen atención.

*

A excepción de la película de desastres de 1977, *Orca*, de Dino De Laurentiis, Hollywood no ha mostrado un gran interés por las películas de cetáceos. Para llenar ese vacío, un guionista llamado Keith Walker escribió un guion sobre un huérfano taciturno que vive con unas monjas y traba amistad con una ballena de un parque de atracciones. En el guion original de Walker, el niño no abre la boca hasta el final de la película, cuando libera a la ballena en el océano y grita: «¡Eres libre, *Willy*!». Walker le envió la historia al productor Richard Donner, ecologista y amante de los animales; le gustó lo que proponía el guion y le sugirió a su esposa, la productora Lauren Shuler Donner, que, junto a su socia, Jennie Lew Tugend, lo sacaran adelante. Tugend y Shuler Donner creían que la historia era demasiado ñoña. Revisaron el guion, convirtieron al niño en un delincuente juvenil, a la ballena en un animal descontento y petulante, y al director del parque de atracciones en un ratero tacaño, pero mantuvieron el clímax en el momento de la liberación de la ballena: «¡Eres libre, *Willy*!».

En cuanto Warner Bros. aceptó encargarse del proyecto, Tugend y Shuler Donner empezaron a buscar ballenas asesinas por el mundo para intentar encontrar una que interpretase a *Willy*. Veintiuna de las veintitrés orcas que hay en Estados Unidos pertenecen a SeaWorld. A los directivos de la empresa les horrorizó el mensaje que transmitía el guion con la emancipación de la ballena y les comunicaron a las productoras que ninguna de sus orcas podría aparecer en la película. Shuler Donner y Tugend

buscaron fuera de las fronteras del Estados Unidos. En México, en Reino Aventura, encontraron a *Keiko*, que sin duda estaría disponible para la película. También se dieron cuenta de que las ruinosas instalaciones de Reino Aventura eran perfectas para aparecer como las ruinosas instalaciones ficticias de la película. A los propietarios del parque no pareció preocuparles que su ballena y sus instalaciones apareciesen en una película a favor de la vida salvaje y contraria a la cautividad.

Liberad a Willy tuvo un presupuesto de 20 millones de dólares. El reparto estaba formado por actores mayoritariamente desconocidos. El protagonista era un niño llamado Jason James Richter, de doce años; un poco más joven que el propio *Keiko*. Nadie pudo imaginar el éxito que llegaría a tener la película ni el mensaje que extraería de ella el público. Shuler Donner tuvo el presentimiento de que algo grande se había puesto en marcha cuando un integrante del público, tras una proyección de prueba, le tendió un billete de diez dólares y le dijo:

—Tenga, utilice este dinero para salvar a las ballenas.

Liberad a Willy consiguió una audiencia enorme desde el principio. Entre los niños fue un exitazo, insistían en ver la película una y otra vez (respondiendo así a la pregunta que planteaba el eslogan de la película: «¿Hasta dónde llegarías por un amigo?»). Fue un bombazo que recaudó 154 millones de dólares. Un mensaje al final de la película dirigido a los interesados en salvar a las ballenas indicaba que podían llamar al Earth Island Institute, una entidad ecologista, al número 1-800-4-WHALES. El aluvión de llamadas pilló por sorpresa a todos los involucrados: los directivos de Warner Bros., las productoras y los integrantes del Earth Island Institute. No solo les sorprendió la cantidad de llamadas telefónicas. Lo que no habían sido capaces de anticipar fue la cantidad de gente que llamó para preguntar en concreto qué había ocurrido con la ballena que interpretaba a *Willy* en la película.

—No teníamos ni idea de que el interés de los espectadores incluiría a *Keiko* como individuo —dijo David Phillips, del Earth Island Institute—. Hasta ese momento, era solo parte del atrezo. Obviamente, todos los que habían trabajado en la película se

habían enamorado de él. Los miembros del reparto estaban enamorados de él. Todo el mundo que se acercaba a él se contagiaba del virus *Keiko*.

A pesar de su fama por la película, *Keiko* seguía languideciendo en su cutre piscinita de Reino Aventura en México. Los propietarios del parque no querían desprenderse de él, pero reconocían que no estaba bien de salud, que quizá se estuviese muriendo. Parecía más indolente que antes y se había infectado de un virus real: un papiloma que le provocaba algo parecido a una irritación de acné alrededor de las axilas. Los dueños del parque ya habían intentado antes encontrarle una nueva casa a *Keiko*. Se lo habían ofrecido al SeaWorld, y en SeaWorld no querían una ballena con verrugas. Pero después de la fama que había adquirido con la película, todo el mundo lo quería. Michael Jackson envió a sus representantes a México con el objetivo de comprar a *Keiko* para su rancho. Grupos de conservacionistas querían llevarlo a distintos acuarios. Los científicos querían trasladarlo a Cape Cod para estudiarlo.

Con el apoyo de las productoras de la película, David Phillips creó la Fundación Liberad a Willy/Keiko con la misión de rehabilitar y, finalmente, liberar a *Keiko* en el océano. Los propietarios de Reino Aventura eligieron la fundación por delante de otros pretendientes. Aceptaron entregar gratis a *Keiko* a la Fundación Liberad a Willy/Keiko, pero la fundación tuvo que pagar el traslado. Transportar una ballena conlleva un gasto considerable. Más de un millón de personas habían contribuido ya a la causa, pero las donaciones habían sido modestas, conseguidas a base de eventos de venta de pasteles con el eslogan «Liberad a Willy» y de niños que rompían sus huchas de cerdito. Pero entonces UPS accedió a pagar el transporte por aire de *Keiko* para sacarlo de México. Aun así, había que cubrir el coste del envío del contenedor, así como otras posibles contingencias del viaje, que ascendían a 200.000 dólares como mínimo.

Shuler Donner les llevó a los directivos de Warner Bros. varios sacos repletos de cartas. Las cartas exigían saber si *Willy* había sido liberado y, en caso negativo, qué iba a hacer Warner Bros. al

respecto. Lo que hizo, con el tiempo, fue donar casi un millón de dólares a la Fundación Liberad a Willy/Keiko. La Humane Society de Estados Unidos donó otro millón. Luego, el magnate de las telecomunicaciones Craig McCaw también donó un millón, a través de la Fundación Craig y Susan McCaw.

—A Craig no le van mucho los animales —me contó poco después el portavoz de McCaw, Bob Ratliffe—. Es ecologista y está interesado en la salud de los océanos y... bueno, por decirlo en pocas palabras, Craig donó el dinero. Y al poco donó otro millón más para construir el tanque de *Keiko* en Oregón. Nunca tuvo la intención de involucrarse tanto como lo hizo, pero se sentía unido de algún modo a *Keiko*. Llegó a nadar con él. Se colocó en el lomo de la ballena y... bueno, digamos que se involucró mucho.

*

Los niños mexicanos lloraron amargamente cuando cargaron a *Keiko* en el camión de UPS para llevárselo en enero de 1996. ¿Y quién no habría llorado? Reino Aventura permitía que los niños celebrasen sus fiestas de cumpleaños junto al tanque de *Keiko*, pero ahora se marchaba para siempre, a miles de kilómetros al norte, al acuario Oregon Coast. Un documental sobre ese nuevo capítulo en la vida de *Keiko* mostraba a sus cuidadores en Reino Aventura, que daban la impresión de estar casi histéricos ante su partida, y afirmaban que no solo era una ballena o un trabajo, sino que se trataba de su mejor amigo. El camión lo llevó hasta un avión Hércules C-130 a un ritmo solemne, escoltado por la policía como si se tratase del papamóvil. Más de cien mil personas ocuparon las calles al amanecer para decirle adiós. En Newport, Oregón, la tristona y gris ciudad costera donde se ubicaba el nuevo hogar de *Keiko*, también le esperaba una multitud y más lágrimas: ¡*Willy* era ya casi libre! En Newport se encontraba el precioso tanque a estrenar de 7,3 millones de dólares que la Fundación Liberad a Willy/Keiko había construido para él, así como un equipo de seis cuidadores que lo prepararían para el ancho mundo. La keikomanía había invadido Oregón. Los informativos locales

siguieron su llegada al minuto y las cadenas de televisión prepararon cámaras para *Keiko*. Los periódicos de Oregón le dedicaron secciones especiales a la ballena, con instrucciones para doblar una hoja y convertirla en un sombrero con forma de ballena.

—Cuando llegó *Keiko* fue como si se hubiese adelantado Año Nuevo —me dijo hace poco Ken Lytwyn, el especialista en mamíferos del acuario Oregon Coast, cuyas palabras tenían un tono nostálgico—. Yo había trabajado con delfines y leones marinos, e incluso con alguna que otra ballena asesina, pero *Keiko* era... diferente. Tenía algo especial.

Se mire por donde se mire, *Keiko* encajó bien en Newport. Se le aclaró la piel. Ganó noventa kilos. Probó pescado fresco por primera vez desde la infancia. Tenía juguetes con los que pasar el rato y una pantalla de televisión en la que veía dibujos animados. Sus cuidadores descubrieron que su carácter respondía más al de un perro labrador retriever que al de una orca. Era alegre, cariñoso, tenía ganas de agradar; el tipo de ballena asesina que, si estabas en el tanque y pasaba por encima de ti para ver qué estabas haciendo, tenía mucho cuidado de no aplastarte. La asistencia al acuario, hasta entonces muy escasa, ascendió hasta su punto álgido y todos aquellos visitantes, comprando aperitivos y recuerdos y alquilando habitaciones de hotel y repostando gasolina, afectaron positivamente a todos los negocios de los alrededores.

*

¿No habría sido genial que *Keiko* se quedase en Newport para siempre? Por aquel entonces tenía veintiún años, era un macho virgen de mediana edad que vivía todo lo bien que podía ofrecerle la cautividad. Pero el plan había sido siempre liberar a *Willy*, a pesar de que la cautiva ballena asesina nunca había sido liberada con anterioridad. Reintroducir a un animal que ha vivido en cautividad en el medio salvaje es siempre un proceso largo y *Keiko* no era precisamente el candidato ideal para ser liberado. Llevaba

tantos años confinado y se había acostumbrado tanto al contacto humano, y era hasta tal punto más un diplomático que un asesino, que resultaba difícil imaginar cómo volver al comportamiento natural de una orca, como hacerles agujeros a las morsas con los dientes y golpear a bancos de salmones hasta convertirlos en una pasta con su terrible y alucinante cola.

*

¿Cuándo estaría *Keiko* preparado para dar su siguiente paso hacia la libertad? Los criterios al respecto se habían fijado y se habían establecido puntos de referencia para determinar su idoneidad para la libertad. ¿Comía peces vivos? ¿Podía recorrer nadando grandes distancias? ¿Podía mantener la respiración bajo el agua durante mucho tiempo? Incluso, a pesar de esos criterios para guiar la conversación, las personas bienintencionadas podían disentir. De hecho, podían incluso litigar, como sucedió con el acuario Oregon Coast en 1997. El acuario, totalmente encariñado con su rechoncho madurito, demandó a la Fundación Liberad a Willy/Keiko para evitar que se llevasen a *Keiko* a Islandia, donde la fundación había planeado soltarlo en el océano o, mejor dicho, en un redil en mar abierto en el puerto de Heimaey. La postura del acuario era que *Keiko* no estaba preparado para marcharse. La postura de la fundación era que (a) *Keiko* sí estaba preparado y (b) pertenecía a la fundación, no al acuario. La relación entre ambas instituciones se puso fea y, más adelante, llegó a ser horrible. A principios de octubre de 1997, los miembros de la junta del acuario exigieron una evaluación independiente de la salud de *Keiko*. Pocos días después, la Junta de Análisis Médico Veterinario de Oregón anunció que investigaría el cuidado que había recibido *Keiko* y la legalidad de sus acuerdos de custodia. En el campamento Liberad a Willy se habló de trasladar a *Keiko* a un lugar en la bahía Depoe, en Oregón, a modo de acuerdo. Al final, se formó un grupo de expertos de primer nivel para analizar el bienestar de *Keiko* y si podía ser liberado con éxito en mar abierto. Para consternación del acuario Oregon Coast, el equipo anunció que, según su criterio,

Keiko estaba preparado para marcharse. El flujo de un millón de visitantes al año que tenía el acuario no tardaría en cortarse.

Incluso tras las declaraciones del equipo de expertos, había escépticos que creían que los esfuerzos por liberar a *Keiko* no tenían sentido. Resultó que algunos de esos escépticos trabajaban para SeaWorld, que había recibido presiones para que liberase a sus propias orcas a rebufo de la película *Liberad a Willy*. El contingente de SeaWorld advirtió que la pobre ballena se congelaría si la exiliaban en la oscura, fría y triste Islandia; a pesar de que *Keiko* había nacido en Islandia y de que las ballenas asesinas abundan en las frías aguas que rodean Islandia. Es posible que la gente de SeaWorld pretendiese, en realidad, cubrirse las espaldas ante el hecho de tener que liberar sus propias orcas. Pero incluso los expertos en ballenas —los que estaban a favor de la liberación, es decir, los que realmente deseaban que *Keiko* fuese liberado— tenían sus dudas. *Keiko*, daban a entender, era ya un caso perdido. Era demasiado tarde para enseñarle lo que necesita saber una ballena salvaje. Había demostrado en repetidas ocasiones una alarmante preferencia por el pescado congelado en lugar del fresco, lo que hacía pensar que sus gustos se habían corrompido por completo después de dos décadas en una pecera. Circulaba una teoría de la conspiración entre las filas más radicalmente anticautiverio que decía que SeaWorld podía estar detrás de los esfuerzos por liberar a *Keiko*. La teoría sostenía que SeaWorld apoyaba el movimiento a favor de la liberación de *Keiko* porque sabían que fracasaría. De ese modo, el hecho de liberar animales cautivos acabaría pareciendo poco inteligente e incluso desagradable, lo cual inmunizaría a los parques de atracciones y zoológicos de todo el mundo contra el creciente sentimiento a favor de la liberación de los animales.

El escepticismo no fue el único impedimento para trasladar a *Keiko* a su hogar ancestral. Hay que tener en cuenta esto: los pescadores islandeses consideran las ballenas animales molestos y glotones; aspiradoras en forma de peces grandes y gordos que consumen pescado que podría comercializarse a toneladas. El gobierno islandés le pidió a la Comisión Ballenera Internacional

que le permitiese regular de nuevo la caza de ballenas, y el país acaba de recibir el primer envío de carne de ballena noruego en catorce años. Ahora imaginemos que tú eres David Phillips, del Earth Island Institute. Representas a un multimillonario de la telecomunicación, a la Humane Society y a la Ocean Futures Society, un grupo ecologista fundado por Jean-Michel Cousteau, y tienes que hablar con varios ministros islandeses para que te permitan construir un reducto de un millón de dólares en el puerto y también organizar una flota de barcos, helicópteros, aviones y un equipo de científicos, veterinarios y cuidadores de animales para alimentar y, finalmente, ubicar allí a *Keiko*, también conocido como *Willy*, una deliciosa y comestible ballena. El insulto que supondría tener una ballena, sobre todo una ballena tan mimada, en un reducto seguro en aguas islandesas ni siquiera quedaría compensado por una cómoda entrada de dinero, habida cuenta de que a *Keiko* no podría verlo nadie en Islandia. No habría viajes de compañías islandesas para visitar a *Keiko*, nada de ingresos en los hoteles, ni cuotas de admisión, nada de fotos. *Keiko* viviría en un reducto enorme en el puerto al que solo podría accederse en barca, y los únicos visitantes permitidos serían sus cuidadores, hasta que, poco a poco, renegase del contacto con seres humanos y estuviese preparado para vivir entre sus iguales.

—La oposición del Ministerio de Pesca fue brutal —me contó Phillips—. El programa para *Keiko* se oponía frontalmente a todo lo que ellos representaban. En Islandia hay muy poca conciencia a favor de la conservación de las ballenas y mucha hostilidad hacia cualquier iniciativa proveniente de Estados Unidos. Así que nos decidimos a buscar otras localizaciones, en Irlanda y también en Inglaterra. Pero Islandia eran las aguas donde había crecido *Keiko* y, sin duda, era el lugar más adecuado para él. Después de una larga serie de problemas, al final aprobaron el proyecto.

*

Por fin, *Keiko* pudo trasladarse desde Oregón a Islandia. Hubo que pagar otro vuelo (370.000 dólares por llevarlo hasta Islandia),

hubo que construir otro reducto (1 millón de dólares), reclutar a un equipo y pagarle. El coste anual del proyecto en Islandia se calculó en unos 3 millones de dólares. Si *Keiko* no llegaba a aprender a vivir por su cuenta, la fundación tendría que cuidar de él, supuestamente, durante otros treinta años (su esperanza de vida natural), lo que supondría un gasto de unos 90 millones de dólares.

—Con el paso del tiempo, el proyecto se fue transformando —me explicó Bob Ratliffe, de la Fundación Craig y Susan McCaw—. Había aviones, helicópteros, grandes barcos y grandes gastos.

Pero, según me dijo Ratliffe, los McCaw se comprometieron con la ballena y querían ayudar a conseguir algo que la gente creía que no podía llegar a hacerse.

Keiko voló en un C-17 de las fuerzas aéreas. Se compraron litros de ungüento para las rozaduras de pañal con la intención de aplicárselo a la ballena durante el largo vuelo. Se contrató a la empresa Familian Industrial Plastics para construir el nuevo reducto. El personal, quince miembros, estaba colocado en fila. Para septiembre de 1998, todo estaba preparado. Las despedidas fueron lacrimógenas. La keikomanía había seguido su curso, sin cesar, desde el día en que había llegado a Newport; además, habían estrenado otras dos películas sobre *Liberad a Willy 2* y *Liberad a Willy: El rescate*. Aunque utilizaron imágenes de ballenas salvajes creadas por ordenador y modelos animatrónicos en lugar del *Willy* auténtico, la devoción por las ballenas fue en aumento.

—Me acerqué a su tanque, le dije adiós y le deseé buena suerte —recuerda Ken Lytwyn, especialista en mamíferos del acuario Oregon Coast—. Me encantaría poder ver cómo lo liberan, pero, debido a quién es *Keiko*, al tipo de individuo que es, no creo que lo haga. Me puse muy triste cuando dijeron que se iba, pero no era cosa mía.

*

¡Ah, las islas Westman! ¡Tan salvajes, tan agrestes, salidas hace tan poco de la dermis terrestre! De hecho, es posible que la masa de tierra más joven del planeta sea ese montón de rocas llamado

Surtsey, la isla Westman que está más al sur y que apareció por encima del nivel del mar solo trece años antes de que *Keiko* fuese concebido. En 1973, un volcán entró en erupción justo en mitad de Heimaey, aumentando la masa terrestre de la isla en un 20 %. Para ganarse la vida, la gente de las islas Westman pescan y pescan y pescan, y unos pocos se dedican a la diminuta pero constante industria del turismo. Los eslóganes en las Westman van de lo inexplicable: «Islas Westman, la Capri del norte», a algo más explicable: «Diez millones de frailecillos no pueden estar equivocados». Allá donde mires en las Westman, ves docenas de esos rechonchos y estrafalarios frailecillos blanquinegros: anidados en salientes de lava, tambaleándose en riscos, zambulléndose en el agua como si fuesen piedras. Todos los meses de agosto, las crías de frailecillo salen del nido para hacer su primer viaje por el océano, pero en lugar de eso realizan aterrizajes forzosos en el pueblo, atraídos por las luces de la civilización humana. Esa visita mágica, o potencial catástrofe aviar, se conoce allí como *pysjunaetur* —la Noche de los Frailecillos— y los niños y los visitantes lo esperan todos los veranos, armados con cajas de cartón para rescatar a algunos de los pájaros. Por la mañana, las crías de frailecillo rescatadas se dejan en la orilla del mar. Cuando crecen, se disfruta de los frailecillos en las barbacoas de Westman, ahumados o en finas lonchas, como si fuese *carpaccio*.

La ballena no fue mal recibida cuando llegó a Islandia, en septiembre de 1998, a pesar de que no había modo de verla, a menos que te inclinases por encima del saliente que rodeaba el puerto para mirar por el telescopio que había instalado la fundación; y a pesar de que pocas personas de las islas consiguieron trabajo en el proyecto; y a pesar de que el *merchandising* de *Keiko* —los vasos de chupito, los delantales y las cubreteteras decoradas con su famosa cara en blanco y negro— no volaba precisamente de los estantes de las tiendas de recuerdos. *Keiko* se encontró allí con algo que se había vuelto habitual en su vida: varios centenares de periodistas acreditados. Y, por supuesto, había también decenas de escolares entusiasmados, muchos de los cuales habían visto ya *Free Willy* cuando una compañía de perritos

calientes de Islandia decidió regalar la cinta VHS de la película si comprabas un paquete de seis salchichas. Todo el mundo estaba encantado con *Keiko* y lo admiraban por su amable enormidad, por ser el buen chico que tolera ser empaquetado y enviado de un lado para otro, por haber sufrido las extrañas y cambiantes circunstancias de su vida con una calma similar a la de un mártir. Si alguien pensaba que todo aquel dinero invertido en su rehabilitación era una loca extravagancia, no culpaba de ello a la ballena. Para empezar, no era cosa suya lo de haber sido capturada y haber acabado en una especie de bañera repugnante en México. No era culpa suya que se hubiese convertido en un símbolo de cuatro mil quinientos kilos de las promesas cumplidas (o no) y de los sueños logrados (o no) y de la integridad mantenida (o no) y del respeto a la naturaleza (o no). Tampoco era culpa suya que no supiese cómo hacer las cosas típicas de las ballenas, como crear una red de burbujas para atrapar a los arenques, ni que lo hubiesen arrancado del seno de su familia a una edad tan temprana y que ahora le diesen un poco de miedo las ballenas salvajes y que, por su parte, estas lo viesen un poco como a un bicho raro.

Trasladar el proyecto *Keiko* a Islandia no fue fácil. Las tormentas eran interminables; unas brutales tormentas blancas y apocalípticas, con vientos que aullaban y olas tan altas y firmes que parecían recubiertas de fijador. Una de esas grandes tormentas golpeó Heimaey justo dos semanas después de la llegada de *Keiko*. La red que formaba su redil, que se mantenía en su lugar gracias a lo que el equipo denominaba «la cadena gigante» —cada uno de los eslabones pesaba doscientos veinte kilos—, se rompió y hubo que reconstruirla y fijarla de nuevo. La nueva ubicación de *Keiko* tenía una pinta estupenda, pero el mantenimiento debía hacerse desde una barca, pues la tierra que formaba la bahía a su alrededor eran enormes crestas de lava petrificada. En la lava crecía una capa de hierba y todos los veranos los granjeros locales llevaban allí sus ovejas para que pastasen durante la temporada. El equipo acordó contener a *Keiko* cuando las ovejas iban de un lado para otro, pues no podían garantizar que la ballena asesina no quisiese probar a qué sabía la carne de cordero.

A lo largo de los tres siguientes años, los cuidadores de *Keiko* cambiaron una y otra vez, porque Islandia es un lugar solitario y frío, incluso cuando estás locamente enamorado de una ballena. Pero entonces la bolsa se desinfló. Por lo general, eso no tendría que suponer ningún tipo de preocupación para una ballena, pero la empresa de Craig McCaw, Nextel, vio cómo sus acciones caían desde los más de ochenta dólares a unos diez. McCaw no se arruinó, pero sí se preocupó. Es más, centró su atención en otros proyectos: algunas actividades de conservación terrestre, algunas iniciativas para la paz mundial con Nelson Mandela. A finales de 2001, creció el rumor de que los casi 3 millones de dólares que la Fundación Craig y Susan McCaw destinaban todos los años a *Keiko* no iban a tardar en desaparecer.

*

No dejaba de ser irónico, en cierto sentido —todo en la vida de *Keiko* podía ser calificado de irónico—, que los fondos empezasen a escasear justo en el momento en que el proyecto empezaba a cumplir con lo que tenían planeado. En el verano de 2000, *Keiko* empezó a «salir» de manera supervisada fuera de su redil y a adentrarse en el océano. El equipo lo llevaba a aguas abiertas, deteniéndose siempre que *Keiko* deseaba echar un vistazo a su alrededor. Al principio, cuando *Keiko* veía ballenas salvajes, optaba por espiarlas detenidamente, pero siempre regresaba junto a la barca del equipo y les seguía a casa. Al año siguiente, cuando vio a las ballenas salvajes, se entretuvo con ellas un poco más de tiempo, y en más de una ocasión se quedó con ellas cuando la barca del equipo se alejó.

Al mismo tiempo, sin embargo, el presupuesto para el proyecto pasó de los más de 3 millones de dólares a unos 600.000. El helicóptero y el piloto que McCaw había proporcionado desaparecieron. Las monas oficinas de la Fundación Liberad a Willy/Keiko en Heimaey se trasladaron a una antigua tienda de comestibles en primera línea de mar (que disponía, eso sí, de un enorme congelador para los arenques de *Keiko*).

A pesar de los progresos de *Keiko* saliendo a aguas abiertas, todavía no había pruebas irrefutables que indicasen que quería abandonar el redil de la bahía de manera permanente. Durante el invierno, cuando las ballenas salvajes desaparecían, se quedaba en su redil todo el rato y se mostraba como el mismo amable compañero de siempre, dispuesto apoyar su enorme, húmeda y correosa cabeza sobre tu regazo. Aunque estaba haciéndose una idea de lo que suponía vivir en libertad, todavía se mostraba infantil, y más delicado de lo que cabría esperar de una ballena asesina. En una ocasión, los cuidadores le enseñaron a *Keiko* a ir en busca de alguna cosa, lo que fuese, al fondo de la bahía. Esperaban que trajese de vuelta algo como un pedrusco, pero en lugar de eso se presentó ante ellos con una diminuta pluma de frailecillo. Cuando se le cayó la pluma sin querer, volvió a sumergirse y sacó esa misma pluma. En otra ocasión, llevando a cabo el mismo ejercicio de búsqueda, sacó un pequeño cangrejo ermitaño que se colaba arriba y abajo alegremente entre su larga hilera de dientes, ajeno por supuesto al hecho de que se encontraba en el interior de la boca de una ballena asesina. Cuando las gaviotas le robaban la comida, *Keiko* debería haberse enfadado, pero por lo general se limitaba a cogerlas, sacudirlas un poco y escupirlas.

*

Pero, en realidad, ¿hasta qué punto era infantil? Había mucha gente que se preguntaba si *Keiko* estaba siendo retenido.

—Me preocupan los cuidadores —dijo David Phillips—. ¿Quién depende más de quién?

No era solo el hecho de que *Keiko* les diese trabajo, que desaparecería en caso de alcanzar la libertad; también estaba el enganche emocional. Una de sus cuidadoras llevaba fotos de *Keiko* en la cartera en lugar de fotos de sus hijos.

Pero si *Keiko* no se marchaba —es decir, si no se unía a una manada de ballenas y aprendía a cazar, evitando así llevar la cómoda vida de una estrella de Hollywood retirada— tendría que ser mantenida con dinero sacado de alguna otra parte. Quienquiera

que contribuyese al proyecto Keiko a partir de ese momento tendría que hacerlo sabiendo que probablemente estaba apoyando no el magnífico salto a la libertad de un mamífero colosal, sino un programa de cuidado diario para una ballena de cierta edad.

*

Entonces, el 7 de julio de 2002, *Keiko* se marchó como una exhalación. Esa mañana, sus cuidadores lo habían llevado a las aguas cercanas a Surtsey, donde había varias manadas de ballenas asesinas dando buena cuenta de una ración de arenques. *Keiko* se acercó a las ballenas y, en esta ocasión, no regresó, incluso cuando la barca se alejó. Pasaron los días y seguía deambulando con las ballenas. El equipo se adentró en el océano para saber si estaba bien y comprobaron que estaba a gusto, así que se alejaron sin que él se diese cuenta. Pasaron más días. El verano se encontraba en su momento álgido. El sol colgaba de lo alto del cielo hasta casi medianoche; el hielo se agrietaba y se fundía; las ovejas, ahora pesadas debido a la lana y parecidas a bolas de nieve con cuatro patas, cortaban la hierba que crecía entre las rocas de los acantilados que rodeaban el vacío redil de la bahía. A finales de julio, una gran tormenta se cernió sobre Heimaey. Durante días, fue tan severa que no hubo manera de enviar a nadie para que comprobase el estado de *Keiko*. El satélite seguía transmitiendo coordenadas desde su emisor de radio, pero no había manera de saber si seguía con las ballenas salvajes, avanzando en su relación, o dando vueltas por ahí, solo y perdido.

Para cuando yo llegué a Heimaey, hacía casi un mes que *Keiko* se había ido. Acudí a la oficina la misma mañana en que llegué, durante la ventana de tres horas que el satélite aporta datos de su transmisor. La oficina de la fundación es una larga sala frente al puerto. Está decorada con una miscelánea de objetos de escritorio usados, revistas de navegación, equipos para el mal tiempo y una enorme fotografía de una rebanada de pan que uno de los miembros del equipo había horneado en el cráter del volcán de Heimaey. Un puñado de personas iban de un lado para otro:

Fernando Ugarte, un científico mexicano con un doctorado en ballenas asesinas en Noruega; John Valentine, un experto en adiestramiento de ballenas estadounidense, llegado desde su casa en Tailandia; Colin Baird, el canadiense que dirigía ahora la oficina de Heimaey; Michael Parks, coordinador de operaciones marinas, que vive en Alaska a pesar de haber nacido en Oklahoma; un científico danés especializado en ballenas; un marinero irlandés; y tres islandeses miembros del equipo, uno de ellos increíblemente musculoso, antiguo Míster Islandia. Charles Vinick, vicepresidente ejecutivo de Ocean Futures, había volado desde la oficina de París para supervisar los esfuerzos para saber dónde se encontraba *Keiko*. Naomi Rose, una científica especializada en mamíferos marinos que trabajaba para la Humane Society, también acababa de llegar en lo que se suponía que iba a ser un viaje para comprobar el estado físico de *Keiko*.

—Al parecer, ha pasado todo el tiempo con las ballenas salvajes —dijo Vinick—. Para mí es, bueno, increíble.

Michael Parks marcó la información que había llegado por satélite en una carta de navegación.

—Hoy está al sur —indicó—. Dios mío, está ahí.

Señaló un punto al sudeste de Surtsey, varios centímetros fuera de la carta.

—Ahora es él el que toma las decisiones. Está al mando —comentó Vinick—. Puede que se haya ido para siempre.

Los demás se acercaron para echarle un vistazo a la carta. Daba la impresión de que *Keiko* estaba desplazándose cien o ciento diez kilómetros al día y se encontraba demasiado lejos como para llegar a él con la lancha rápida del equipo. Decidieron que tres personas montarían en un barco de vela en dirección a *Keiko*. Eso los alejaría también del alcance de la radio, por lo que no podrían recibir las actualizaciones de las coordenadas por satélite. Pero uno de los miembros del equipo conocía una empresa en Reikiavik que alquilaba teléfonos por satélite que podrían funcionar a semejantes distancias y acordó que le enviasen uno por avión desde Reikiavik a Heimaey; o bien por ferri si había niebla, lo que ocurría con frecuencia y obligaba a cerrar el aeropuerto de la isla. Otro grupo

estaría en contacto telefónico con el barco de vela. Vinick también quería alquilar un avión privado para sobrevolar la zona, pero no iban a disponer de ninguno durante un par de días. En cuanto la tripulación del barco de vela viese a *Keiko* —si es que llegaban a verlo—, lo dejarían tranquilo si les daba la impresión de que estaba comiendo y en compañía de otras ballenas, o lo traerían de vuelta al redil si les parecía que estaba afligido o solo o hambriento. Para cuando lo prepararon todo, parecían un poco exhaustos, como si en realidad hubiesen estado preparando una invasión militar.

Salimos en una de las barcas para comprobar el redil. En el muelle en el que se encontraba el cobertizo con el equipo había un frailecillo muerto, probablemente debido a la tormenta. Dentro del cobertizo, alguien había colgado una lista con los nuevos comportamientos que había que enseñarle a *Keiko*, que incluían «Golpe de pectorales y nadar», «Crear burbujas bajo el agua» y «Tragar a Jim de un bocado». Habían programado que un equipo de buceadores empezase a extraer las algas de la red para prepararse para el invierno, aunque ahora parecía una tarea inútil, dado que era posible que *Keiko* no regresase jamás.

Pero, aun con todo, era un buen día. La Humane Society acababa de anunciar que se haría cargo de la gestión y el patrocinio del proyecto y la exmujer de Craig McCaw, Wendy, declaró que contribuiría con 400.000 dólares al cuidado de *Keiko*. Esa tarde, la niebla se disipó un poco, pudieron llegar vuelos a Heimaey y, por lo tanto, llegó el teléfono por satélite alquilado. Y mientras cargábamos el equipo en la lancha rápida, una pálida mujer de la isla, que llevaba un abrigo de hombre y botas de agua rojas, gritó desde el muelle:

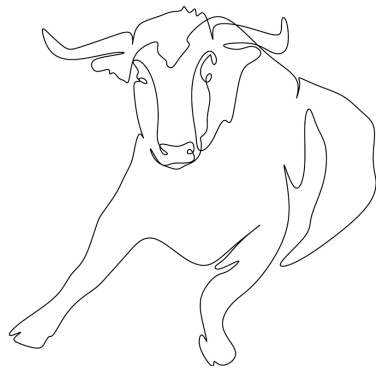
—¿Cómo está mi *Keiko*? ¿Sigue ahí nuestra estrella?

*

He de confesar que me sentí un poco decepcionada. ¿Quién no querría haber visto a la gran ballena blanquinegra? ¿A quién no le habría gustado rascar su lengua, haber mirado aquellos ojos del tamaño de ciruelas, haber dado una vuelta por la bahía en lo alto

de su lomo? Las únicas ballenas que vi en Islandia fueron dos jorobadas que se sumergieron a un metro escaso de la lancha, haciendo una floritura con la cola como si fueran abanicos. Por lo que parecía, *Keiko* estaba ya muy lejos. Había nadado hasta Noruega, donde mendigó comida entre las familias que estaban allí de pícnic, y después se adentró en el fiordo Skaalvik. ¡Vaya elección! Noruega es el único país del mundo que permite la caza comercial de ballenas. Los noruegos no se ponen sentimentales con el tema de las ballenas y, de hecho, mientras *Keiko* estuvo allí, un miembro del Instituto de Investigaciones Marinas de Bergen sugirió que había que poner fin a la locura que se había desatado con *Keiko* y que tal vez habría que matarlo. Pero los niños del fiordo Skaalvik que nadaron sobre su lomo y lo alimentaron con pescado, según los informes, lo encontraron encantador, como le había sucedido a todos los que habían tratado con *Keiko*. Jugó con ellos durante una noche y un día, la ballena más afortunada del mundo, y después el gran sudario del mar lo cubrió como llevaba haciendo desde hacía cinco mil años.

CARBONARO Y *PRIMAVERA*



Hay algo que nunca cambiará: *Carbonaro* siempre tiene que estar a la derecha. Dentro de cinco años, de diez e incluso de veinte, si todo va bien, *Carbonaro* seguirá estando a la derecha y *Primavera* a la izquierda, enyugados juntos, tirando de un raquítico arado que atraviesa los arcillosos campos de las colinas a las afueras de Cienfuegos, en Cuba. Los bueyes son así. Son absolutamente inflexibles con sus costumbres, intransigentes una vez han aprendido a hacer algo de un modo concreto. Incluso cuando les quitan los arneses y les dejan ir a beber agua o a pastar a la sombra, los dos animales deben colocarse en paralelo como de costumbre. De lo contrario, se escaparán o, como mínimo, se quedarán clavados al suelo y se negarán a seguir avanzando hasta que se restablezca el orden; es decir, cada buey en el lugar que le corresponde.

Carbonaro y *Primavera* no siempre fueron pareja. Hace veinte años, a *Primavera* lo emparejaron y formaron junto a un buey llamado *Cimarrón*. Trabajaron uno al lado del otro durante dos décadas. Pero *Cimarrón* era un glotón. Un día se puso a comer y no

paró hasta enfermar; murió feliz de un cólico incurable. Supuso una enorme pérdida. Un buey cuesta miles de pesos, hay que mimarlo hasta que tiene dos años y después necesita un año de entrenamiento como mínimo antes de poder empezar a trabajar. Es muy duro perder a uno de los miembros de la pareja, pues hay que encontrar un nuevo compañero que encaje con el temperamento y la fuerza del otro animal. Y, por encima de cualquier otra cosa, tienes que encontrar a un buey que pueda trabajar en el lado que ha quedado vacante. *Primavera* solo podía trabajar a la izquierda. Solo era posible emparejarlo con un compañero que estuviese acostumbrado a trabajar a la derecha. Fue toda una suerte encontrar a *Carbonaro*, que trabajaba a la derecha y encajaba bastante bien en términos de tamaño, aunque, hasta el día de hoy, sigue teniéndole un poco de miedo a *Primavera* y va un poquito rezagado.

*

Durante mucho tiempo, los bueyes habían formado parte del paisaje de Cuba. Son criaturas grandes con cuerpos pesados, sus cuellos se elevan en un amasijo de músculos, sus gigantescas cabezas se estrechan hasta caber en bozales del tamaño de una taza de té. Son animales familiares con unas patas extrañamente finas y una pisada ligera, y sus rabos, delgados como látigos, se mueven siguiendo un ritmo en *staccato*. El resto de su ser permanece inmóvil, imperturbable, quieto. Todo el mundo en Cuba trabajaba la tierra con un par de bueyes.

Pero entonces llegó la barata gasolina soviética, y después los fertilizantes químicos y, más tarde, lo más importante, los tractores. De hecho, durante los años sesenta y setenta la Unión Soviética envió a Cuba más tractores de los que podían utilizar los granjeros cubanos. En algunas ocasiones, cuando el Ministerio de Agricultura anunciaba a las cooperativas agrícolas la llegada de más tractores, era un acontecimiento tan poco llamativo que nadie se preocupaba de acudir al puerto para recoger una de esas máquinas. Durante esa época, la de la abundancia de tractores,

apenas nadie quería trabajar con bueyes. Con un pesado tractor, un granjero podía arar la tierra cinco o seis veces más rápido que con un equipo de bueyes. Los tractores parecían mucho más modernos y también mucho más sencillos que el lío que suponía un equipo de animales de carne y hueso. La apuesta por los tractores fue tan absoluta que casi nadie volvió a dedicarse a criar o entrenar bueyes. Con semejante profusión de tractores, nadie imaginaba que los bueyes volverían a ser algo más que un pintoresco anacronismo.

*

Incluso durante la época de la abundancia de tractores, Humberto Quesada prefería usar a *Primavera* y a *Cimarrón*, y después, claro está, a *Carbonaro*. Humberto es un hombre independiente. Su abuelo llegó a Cuba siendo esclavo para trabajar en una plantación de caña de azúcar de treinta mil ricas hectáreas que pertenecían a una familia de Massachusetts. El padre de Humberto también fue esclavo en esa misma plantación y, de niño, Humberto trabajó con él en los campos. De ese modo, pudo aprender lo que supuso que tendría que hacer cuando creciese, es decir, ser un esclavo en la plantación. Aunque los Quesada eran esclavos, eran unos inconformistas. La hermana de Humberto, Ramona, una diminuta mujer con el cabello rizado y una risa seca, se casó con el hijo de los dueños blancos de la granja que estaba un poco más allá de la plantación. En su momento fue todo un escándalo, pero estuvieron felizmente casados durante cincuenta y cinco años y se convirtieron en el cálido núcleo de las dos familias unidas.

Humberto también eligió su propio camino. Tras la revolución de Castro, se emancipó de su destino como esclavo y se convirtió en camionero. Siguió echando una mano en la granja. Todo era diferente, pues tras la revolución podía cosechar su propia tierra. El terreno del que disponía era un trozo de la antigua plantación. La propiedad de la tierra fue la clave de su libertad.

—La tierra es la base de todo —me dijo—. Si tienes tierra, siempre tendrás algo.

Lo animaron para que se uniese a una cooperativa, pero al igual que muchos otros granjeros cubanos, escogió trabajar solo.

—Siempre hay algún holgazán en los grupos, por eso no me gusta formar parte de ninguno —me explicó.

Se aferró a su propiedad y resistió todas las intentonas del gobierno de quitarle algún pequeño pedazo de tierra. Hace poco, el gobierno quiso construir un centro de salud en su tierra. Pero el oficial que estaba al mando del proceso de apropiación se dio cuenta de que los estupendos boniatos de los que solía disfrutar crecían en la granja de Humberto, así que cambió de opinión y le dijo a Humberto que tenía que disponer de más tierra, no de menos.

*

Una o dos veces a lo largo de los años, Humberto alquilaba un tractor para trabajar sus campos, pero no quedaba demasiado satisfecho.

—El tractor presiona con mucha fuerza —me explicó—. La tierra acaba aplastada, como un sándwich cubano.

Mientras los demás utilizaban tractores, productos químicos y solo plantaban azúcar, Humberto hacía las cosas de otro modo. Fertilizaba de manera natural, como le había enseñado su padre. Cultivaba tomates, maíz, lechugas y judías, así como sus magníficos boniatos, en lugar de dedicarse solo al azúcar. Y araba con bueyes, valorando su naturaleza incondicional y la forma en que apenas alteraban la tierra bajo sus pezuñas.

Cuando el dinero soviético se acabó, los batallones de tractores de toda Cuba traquetearon hasta detenerse por completo. La escasez de gasolina los inutilizó. De repente, los bueyes —los anacrónicos y pintorescos bueyes— volvieron a valer su precio en oro. Y fue un afortunado granjero que nunca los había abandonado, que todavía tenía un equipo de trabajo, el que pudo seguir arando y plantando la tierra incluso en los peores momentos tras el colapso soviético. Más afortunado fue todavía al diversificar sus cosechas plantando maíz y tomates en lugar de verse seducido

por ese dinero que parecía que jamás se acabaría proveniente de la caña de azúcar, cuyo precio se hundió de golpe.

En ese momento, un hombre como Humberto dejó de parecer una reliquia del pasado. Ahora, a sus ochenta años, algo más débil, más arrugado, Humberto representa todo lo que los nuevos granjeros cubanos necesitan: el trabajo a pequeña escala, eficiente, diversificado, orgánico y, lo que es más importante, invulnerable a las subidas y bajadas de la economía cubana basada en la gasolina, que antaño dependía por completo de la buena voluntad soviética y ahora de la precaria generosidad venezolana. La mayoría del petróleo que Cuba importa en la actualidad proviene de Venezuela y, debido a la buena relación entre Fidel Castro y Hugo Chávez, presidente de Venezuela, su precio ha resultado muy favorable. Pero Chávez estuvo a punto de ser derrocado en abril de 2002 y, cuando recuperó su posición, suspendió los envíos de petróleo a Cuba. En la isla caribeña, el precio de la gasolina llegó a ascender hasta un 20 %. Fue un buen momento para disponer de un buey.

*

Una mañana, Humberto fue a saludar a su hermana, que vive con su extensa familia en otra zona de la vieja plantación. Era un día luminoso, soplaba una ligera brisa. Fuera de la pequeña casa de Ramona, un par de gallinas picoteaban el suelo y una camada de lechones correteaban junto a una bala de heno. La casa es vieja, no tiene adornos, pero está ordenada. Transmite una esencia atemporal, como si nada allí, o en los alrededores, hubiese cambiado en los últimos veinte o treinta o cincuenta años.

Por supuesto, nada ha cambiado demasiado en el campo. Los hechos elementales, las preocupaciones relacionadas con el sol o el agua y con saber si las semillas habrán germinado o si los huevos se habrán abierto, no cambian nunca. En Cuba impera un persistente sentido de la inmediatez, una sensación de que el país está al borde un algún tipo de novedad o cambio, la sensación de que el futuro se está desplegando ante sus ojos. Aun así, el campo sigue un ritmo constante, permanente. En la actualidad, Humberto

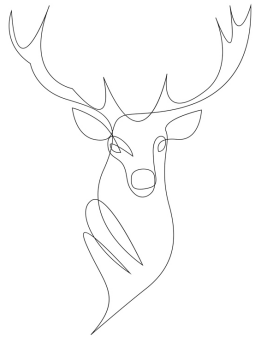
se siente un hombre rico. Dice que todos sus conocidos están como locos buscando bueyes y que hay que hacer trueques o solicitárselos al gobierno para conseguirlos, y que a todo aquel que es capaz de entrenar a un equipo de animales —una habilidad que se consideró obsoleta cuando se impusieron los tractores— se le ofrece un extra por sus capacidades. Sonríe mientras lo explica, haciendo gestos burlones para retratar la desesperación de los hombres que remueven cielo y tierra para encontrar un equipo de bueyes bien entrenado.

*

Algún día, no cabe duda, los tractores volverán a funcionar y las colinas más allá de Cienfuegos, y los campos de las afueras de La Habana, y las praderas de Camagüey y Trinidad y Santiago de Cuba serán trabajadas por máquinas más rápidas que los equipos de bueyes más veloces. Entonces, de nuevo, los bueyes dejarán de ser oro puro. Se convertirán en reliquias, en curiosidades. Pero ahora es su momento, tal como es el momento de Humberto, una época en la que ser lento y astuto y resistente merece la pena.

Después de charlar un rato, Humberto se puso de pie y recorrió el camino que llevaba hasta la casa de su vecino. A los pocos minutos reapareció, llevando consigo a los dos bueyes, que caminaban en paralelo. Se detuvo en el jardín junto a la casa y con él se detuvieron los animales, a su lado, y colocó la mano sobre el cuello de *Primavera*. El buey arrastró un poco las patas y miró de reojo la casa, las gallinas, una cortina movida por la brisa en la entrada de la casa de Ramona. Humberto llevaba el sombrero de paja echado hacia atrás, y vertía una sombra como de encaje sobre su rostro. Se inclinó sobre el cálido y grisáceo costado del animal y sonrió.

REALISTA



En cuanto empezó el Campeonato Mundial de Taxidermia de 2003, las cabezas fueron entrando por la puerta. Había zorros, alces y pavos salvajes liofilizados; ánades reales, búfalos, ardillas y lobos; comadrejas, patos moñudos, linces y grajillas; peces grandes, pequeños y jabalíes *razorback*. Los ciervos llegaban en manadas, en cargamentos y en palés: montones y montones de ciervos de cola blanca y corzos; medios ciervos, ciervos enteros y ciervos con deformidades, estornudando, frunciendo el ceño, con el hocico encogido y bostezando; comiendo manzanas y mordisqueando hojas. Había millones de ojos, cajas y cuencos para ellos, algunos tan pequeños como una lenteja y algunos tan grandes como un huevo. Había maniquíes de animales, inexpresivos e inquietantes, sin orejas ni ojos y completamente calvos; antílopes de un gris fantasmal y espectrales martas salvajes, y patos silbadores de vientre negro provenientes de otro mundo. Había toda una sala de exposición llena de herramientas, todo el material necesario para devolverle la vida a algo muerto: narices postizas para osos pardos, dientes falsos para castores, crema para aletas de peces, arcilla de

modelado, clavos de tapicería.

El campeonato se celebraba el mes de abril en el hotel Crowne Plaza de Springfield, en Illinois, el típico lugar confortable que parece más adecuado para conferencias de comerciales regionales y cenas de ensayo que para tener lobos disecados apilados en los pasillos y gente atravesando el vestíbulo al grito de «¡Atención! ¡Llega un búfalo!». Un millar de taxidermistas se congregaron en Springfield para que juzgasen sus mejores creaciones y acudir a seminarios del tipo «Montaje de aves acuáticas voladoras», «Ciervos cola blanca: ¡con un maestro!» y «Cómo utilizar una máquina despellejadora». En el vestíbulo del Crowne Plaza, frente al mostrador de recepción, habían montado una zona de preparación. Los taxidermistas estaban inclinados sobre sus animales, sujetando linternas para comprobar las zonas problemáticas como los lagrimales y los orificios nasales, y empuñando cepillos de dientes para arreglar el pelaje suelto. La gente iba de un lado para otro, saludando a taxidermistas que no habían visto desde el anterior campeonato mundial, que también se había celebrado en Springfield hacía dos años, y hablaban de trabajo:

—Frota acetona en la cola de la ardilla, la esponjará de inmediato.

—Creo que hacer una buena lengua es bastante difícil.

—Los dedos, en una pieza de concurso, son muy importantes. Creo que la masilla Bondo funciona muy bien, y también el Super Glue.

—Conocí a un tipo que tenía una vaca y le dije: «Si alguna vez te nace algún ternero muerto, me gustaría quedármelo». Creo que podría hacer un montaje muy bonito.

*

El mero hecho de que exista un campeonato del mundo de taxidermia es algo asombroso, no solo para la gente que no sabe cómo usar Dan-D-Noser y Soft Touch Duck Degreaser, sino también para los propios taxidermistas. Durante mucho tiempo, los

taxidermistas se movieron fuera del alcance del radar. La taxidermia, la representación tridimensional de animales para exponerlos de manera permanente, se inició en el siglo XVIII. Se convirtió en una práctica popular durante la época victoriana, marcada por el afán de obtener muestras de viajes exóticos y, sobre todo, de cualquier representación domesticada de lo salvaje, ya fuese una selva tropical en miniatura y acristalada sobre la mesita del té o un antílope colocado junto a la puerta de entrada de la casa. Los taxidermistas originales eran tapiceros que curtían las pieles de los trofeos de caza y después los rellenaban con trapos y algodón, devolviéndoles su tamaño y forma originales. Esos primeros animales disecados eran rígidos y sencillos y sus rostros eran bastante inexpresivos.

La práctica se extendió de Europa a Estados Unidos, donde también se popularizó. Para 1882 ya existía una Sociedad de Taxidermistas Estadounidenses, que celebraba reuniones anuales y publicaba eruditos reportajes, centrados en particular en la preparación de los animales para mostrarlos en museos. Cuando la taxidermia se entendía como algo que ayudaba a preservar la vida salvaje y posibilitar su estudio, se consideraba un negocio digno, pero la mayoría de la gente seguía sintiéndose un poco desconcertada. ¿Y cómo no hacerlo? Era un negocio que consistía en tratar con cosas muertas, además de la cuestionable tarea de lograr que cosas que estaban muertas parecieran vivas. Más allá de su valor científico, a menudo se la veía como un arte oscuro, subsidiaria de la brujería y del vudú. A principios del siglo XX, taxidermistas como Carl E. Akeley, William Temple Hornaday y Leon Pray habían refinado las técnicas y empezaron a hacer hincapié en la vertiente artística. Pero cuanto más mejoraban las técnicas de la taxidermia, más desconcertaba. En lugar de la cabeza de alce llena de bultos, tan tosca que parecía falsa, aparecieron un montón de linces trabajados con tal precisión y tan perfectamente preservados que hacían que te estremecieras.

Durante las siguientes décadas, la taxidermia se movió en los márgenes. Había unos pocos practicantes aquí y allá, a menudo autodidactas y, por lo general, conocidos solo por el boca a boca.

Pero a finales de los años sesenta dio comienzo una especie de transformación. El negocio empezó a parecer más limpio y menos espeluznante; o, tal vez, en esa época morbosa y complicada la cultura popular empezó a apreciar el complicado y morboso negocio de disecar animales para mostrarlos. Se puso de moda una reinterpretación irónica del recargado y burgués estilo victoriano y su retorcida yuxtaposición de lo natural y lo artificial; ¿qué *hippy* que se preciase no tenía un búho disecado o una cabeza de alce cubierta con un chal de seda? De nuevo, la taxidermia encontró un lugar entre los gustos del público. Las empresas de suministros crearon nuevos disolventes y mejores compuestos para el tratamiento de la piel, diseñaron maniquíes más ligeros sobre los que podían estirarse las pieles y sacaron resinas y arcillas más modernas. Antes de eso, un taxidermista solo podía aspirar a aprender el negocio ejerciendo de aprendiz o mediante uno de los escasos cursos por correspondencia disponibles. Pero en esa época empezaron a abrir escuelas de taxidermia. En 1971, se creó la Asociación Nacional de Taxidermistas (la antigua asociación había desaparecido hacía mucho tiempo). En 1974, una revista especializada llamada *Taxidermy Review* empezó a patrocinar competiciones a nivel nacional. Por primera vez, la mayoría de los taxidermistas tenían la oportunidad de encontrarse y compartir consejos sobre cómo enganchar la lengua a la mandíbula o medir adecuadamente el cuerpo de una ardilla.

*

Las competiciones fueron la oportunidad de los taxidermistas para comparar sus habilidades y comprobar quién, dentro del negocio, podía esculpir el mejor tabique de alce o captar a la perfección el gesto de un coyote acechando. Las habilidades taxidérmicas dependen de la destreza a la hora de despellejar un animal y de colocar después esa piel sobre un maniquí y coserla como corresponde. Los mejores taxidermistas por lo general crean sus propios maniquíes. Si no, compran una espuma de poliuretano ya confeccionada y trabajan la piel para que encaje. Las partes del

cuerpo que no se pueden preservar (orejas, ojos, narices, labios, lenguas) se compran o se hacen a mano. Lo bien que quede una composición —es decir, lo viva que parezca— depende de la asiduidad con la que el taxidermista haya estudiado los materiales de referencia (fotografías, dibujos y animales vivos) para llegar a conocer a esa criatura, literalmente, por dentro y por fuera.

Para ser un buen taxidermista tienes que saber coser, esculpir, pintar y peinar y, en buena medida, estar un poco obsesionado con la zoología. Tienes que ser un amante de los animales: te tiene que gustar mirarlos, fotografiarlos, cazarlos, medirlos, moldearlos con yeso blanco cuando mueren para poder disponer de una referencia cuando, por decir algo, haya que añadir las orejas o los labios y quieras estar completamente seguro del ángulo correcto. Algunos taxidermistas crían ellos mismos a los animales que suelen disecar. De ese modo, pueden salir al jardín cuando están intentando recordar con precisión el aspecto de un ciervo cuando se lame el morro. Este detalle ha adquirido una especial importancia porque la taxidermia moderna pone el énfasis en los animales con expresiones interesantes, en lugar de aquellas creaciones de aspecto aturdido propias del pasado. Los taxidermistas no parecen hacer distinciones en su afecto por los animales que están vivos y los que no lo están.

—Adoro los ciervos —me dijo uno de los campeones de la división de ciervos de cola blanca—. Son mis bebés.

Se calcula que, en la actualidad, el negocio de la taxidermia mueve unos 570 millones de dólares en Estados Unidos cada año. Está formado por pequeñas empresas de todo el país que disecan animales para museos, decoradores y, sobre todo, para los 13 millones de estadounidenses que se dedican a la caza deportiva y, en ciertas ocasiones, quieren conservar y mostrar algunos de los ejemplares que cazan y están dispuestos a pagar desde 200 dólares por un faisán disecado hasta varios miles por un oso pardo. Se celebran competiciones de taxidermia estatales y regionales a lo largo de todo el año. El campeonato mundial es anual. Hay dos revistas sobre taxidermia; un ranking de escuelas de taxidermia y la web Taxidermy.net, que recibe tres mil visitas diarias y donde se

puede intercambiar información y productos con la misma alegría que lo harían en una web sobre costura:

«¡¡Necesito varios pares de pezuñas de cabra congeladas!! ¡Gracias! —Tim»

«¡Hola, Tim! Tengo hasta 300 pares de pezuñas de cabra y unos mil pares de pezuñas de oveja al mes. Pásame un email por frozencritter.com... o llámame y podemos hablar de lo que necesites.»

«Tengo un pequeño mapache muy bonito congelado entero. Olvidé que lo tenía en el congelador. Sin haber tomado medidas exactas, calculo que es de unos treinta centímetros; es un pequeñajo muy mono. Daría para una composición genial.»

«¿Puedo enjuagar una piel de jabalí y después congelarla? —Bob»

«Bob, si la salas, ¡no hay problema!»

«Por favor, ¿podría alguien decirme cómo conservar bien las patas y los espolones de un pavo? ¡¡Gracias!! —Brian»

«Brian, yo inyecto Preserv-It en las patas... ¡Disfrútalo!»

*

Lo que se comentaba en la zona de preparación del campeonato era que la pieza que había que batir eran las nutrias felices de Chris Krueger, que nadaban en un perpetuo círculo alrededor de una rana leopardo. Días antes, una publicación en Taxidermy.net decía: «¡¡¡LA FIGURA DE CHRIS KRUEGER LO PETA A TODOS LOS NIVELES!!!». Petarlo, en este momento de la taxidermia, implica que no solo será una composición realista sino que también tendrá un toque artístico. Antes solía bastar con montajes que los taxidermistas comparaban, con cierto desdén, a «clavar un pez en una estaca». En la actualidad, los competidores serios se preocupan por cosas como la fluidez, el espacio negativo y la originalidad.

Otro de los contendientes más serios de ese año era el panda gigante de Ken Walker; tenía a su favor su talento artístico y su

precisión, así como el elemento sorpresa. Parecía un panda cien por cien auténtico, pero no era posible ir por ahí y dispararle a un panda, como es lógico, así que todo el mundo se moría de ganas de saber cómo lo había hecho Walker. El día que se abrieron las puertas del certamen, Walker estaba en la zona de preparación pegando bambú debajo de las garras traseras del panda y una multitud lo rodeó. Walker es uno de los miembros del equipo de taxidermistas del Smithsonian. Es un chico hablador y un poco despeinado que siempre tiene las manos ocupadas. Un día, lo vi con un trozo de arcilla mientras esperaba a que diese comienzo uno de los seminarios. En cuestión de treinta segundos, casi como quien no quiere la cosa, la había modelado hasta crear algo parecido a un visón.

—El panda fue bastante sencillo —le dijo a la multitud que lo rodeaba—. Cogí dos osos negros y blanqueé uno de ellos. Creo que utilicé decolorante Clairol Basic. Después cosí las dos pieles juntas siguiendo el patrón de un panda.

Sacó un cepillo de dientes Oral-B y lo utilizó para esponjar el pelo de la cara del panda.

—Hace dos años, en el campeonato del mundo, un tipo apareció con un pato del Labrador extinto. Me quedé alucinado. Pensé: ¿cómo ha conseguido un pato extinto? Y se me ocurrió esta idea —añadió. Dijo que estaba convencido de que su panda conseguiría puntos por la creatividad—. Puedes sacar noventa y ocho con una ardilla hecha perfectamente, pero sigue siendo una ardilla. Así que me dije, voy a ir con un panda.

—¿Qué hiciste con las garras de los pies, Ken? —preguntó alguien.

—Dejé las de un oso negro —respondió señalando las patas del animal—. Quedaban muy bien.

Una de las personas que pasaban por allí se detuvo para admirar el panda. Llevaba un kit de preparación que incluía pegamento Elmer, pintura marrón y negra, un pequeño equipo de herramientas y una botella de espuma Suave.

—Una vez maté una osa rubia —le dijo a Walker—. Un ejemplar de noventa kilos. Todo lo rubia que podía ser. Uf, me

quedó preciosa.

—Seguro que sí —respondió Walker. Dio un paso atrás para examinar el panda—. Me gusta hacer recreaciones con animales en peligro de extinción o extintos porque esa la única manera de que alguien tenga alguno. Hace dos años hice un tigre dientes de sable. Conseguí una vieja leona en un zoo y la blanqueé.

Walker había inscrito el panda en la división ReCreación (Mamíferos), uno de los montones de divisiones y subdivisiones y subsubcategorías de la competición. Iban desde lo especifiquísimo («División de ciervos cola blanca de pelo largo con la boca abierta») a lo arrolladoramente colosal («Los mejores del mundo») y se repartían premios por valor de 25.000 dólares. (Hay incluso una subsubsubespecialidad conocida como «talla de pescado» en la que no se utilizan partes naturales de peces; se trata de resina y madera esculpidas con forma de pez y después pintadas.) Casi todos los competidores eran profesionales y alardeaban de sus premios siempre que les era posible. Por ejemplo, en lugar de limitarse a pedir una «Cabeza de jabalí de referencia para configuración de ojos» en un catálogo de taxidermia, podía pedir una cabeza #NRB-ERH de Noonkester esculpida por Bones Johnson que, según la información del catálogo, había ganado el campeonato de la Asociación Nacional de Taxidermistas de 2000 en la categoría «Cabezas».

*

Los taxidermistas se toman muy en serio la competición. Durante el tiempo que pasé en Springfield, oí conversaciones en las que se analizaban temas específicos como cuánto se arruga exactamente el morro de un jabalí cuando gruñe o qué molares usa el ciervo para mascar bellotas y cuáles para mascar hojas. Esa clase de temas son importantes porque el objetivo último de un taxidermista es lograr que el animal dé la impresión de no haber muerto, de estar haciendo algo habitual, como arrancar bayas de los arbustos o echarse una siesta. Una mañana, mientras daba una vuelta con los jueces, oí debates que resultaban casi talmúdicos por su

especificidad sobre si los párpados de un bisonte disecado estaban sobrecargados, si las fosas nasales de una gacela eran demasiado anchas y si la colocación de los bigotes de una nutria parecía demasiado forzada.

—Te vuelves obsesivo —me explicó una tarde uno de los taxidermistas en la sala de exposiciones. En ese momento, estaba pasándole un plumero a su composición, un lince que colgaba de una roca con carámbanos de hielo, justo antes de que empezasen las valoraciones de su categoría—. Cuando trabajas en una pieza te olvidas de comer, de beber, incluso de dormir. Te despiertas en mitad de la noche y vas a comprar a una tienda para poder seguir trabajando. Te atrapa por completo. Quieres que sea perfecto. Estás intentando que algo vuelva a la vida.

Le dije que su lince era muy bonito y que incluso los carámbanos parecían completamente reales.

—Los he hecho yo mismo —me dijo con algo parecido al orgullo—. Utilicé mangos de desatascadores de baño, acrílicos y de color claro. El Señor me dio la idea mientras estaba en una ferretería. Cogí los mangos y los metí en el horno a doscientos grados. —Palmeó los carámbanos de hielo falso y añadió—: Mi esposa estaba un poco preocupada, pero los coloqué sobre una bandeja de hornear antiadherente.

*

¿Y quién quiere ser taxidermista?

—Yo fui carnicero durante quince años —me dijo uno de Kentucky—. Durante todo ese tiempo, nadie me dijo nunca: «Chico, qué filete tan bonito me has cortado». Ahora me dicen que hago un trabajo estupendo todo el rato.

Steve Faechner, presidente y director de la Academia de Taxidermia Realista, que se encuentra en Havre, Montana, empezó a disecar animales en 1989, después de trabajar durante años en el ferrocarril.

—Tuve una lesión y andaba buscando algo que hacer —explicó—. Estaba con un amigo que se dedicaba a la taxidermia y

me dije: «Tengo que hacer algo útil con mi vida». Y fue esto.

Larry Blomquist, propietario del Campeonato Mundial de Taxidermia y de *Breakthrough*, la revista especializada que patrocina la competición, fue profesor en una escuela durante tres años antes de dedicarse a este negocio. Hay mujeres taxidermistas (una de ellas imparte un popular seminario sobre «Zonas problemáticas en la taxidermia de mamíferos») y también taxidermistas jóvenes, que tienen sus propias divisiones de competición para niños de catorce años para abajo.

La noche que empezó la competición fui a cenar con tres taxidermistas. Habían llegado en coche a Springfield desde sus casas en Kentucky, Michigan y Maryland. Los tres estaban casados y afirmaban que sus esposas se quejaban cuando encontraban demasiados restos de antílope en el congelador de la familia. Trabajaban a tiempo completo disecando animales. La mayoría de sus encargos eran ciervos, para cazadores locales, pero de vez en cuando les encargaban algún trabajo de safari, de alguien que había estado cazando en África. Cuando dije que no tenía ni idea de que alguien pudiese ganarse la vida como taxidermista, se echaron a reír y el de Kentucky comentó que él vivía en un pueblo y que había otros dos taxidermistas en su misma calle.

—¿Cuál es el gran tema de este año? —le preguntó el hombre de Michigan a los otros dos.

—No lo sé. Probablemente algo nuevo relacionado con ojos —respondió el de Maryland—. Ahí es donde suelen apreciarse los grandes avances. ¿Os acordáis del último campeonato, aquellos ojos rusos?

Se refería a unos ojos de cristal para animales con una especie de pintura reflectante incorporada, por lo que si los enfocabas con una luz la reflejaban, como pasa con los ojos de los animales vivos. Los hombres debatieron sobre aquellos ojos rusos durante un rato, después hablaron de los nuevos ojos de pez que habían presentado hacía poco, que tienen transferencias fotográficas de ojos de pez reales impresos en lentes de plástico. Estábamos en un restaurante de temática deportiva y había un montón de pantallas de televisión por todos lados, emitiendo mil y una competiciones deportivas,

pero los hombres no se fijaban en las pantallas y no dejaron ni un momento de hablar de sus cosas. Todos habíamos pedido costillas a la brasa. Cuando acabamos de cenar, los tres hombres juguetearon con los huesos antes de que la camarera se llevara nuestros platos.

—Mirad esto —dijo el de Kentucky alzando una costilla—. Podríamos llevárnoslas a casa y utilizarlas para construir un esqueleto.

*

En los seminarios la atmósfera era sobria, como la de un coloquio sobre leyes e impuestos.

—Bigotes —dijo uno de los instructores al grupo con una mirada severa—. Los saco. Los etiqueto. Hay que tener muy en cuenta que hay bigotes del lado izquierdo y bigotes del lado derecho. Si queréis conseguir premios importantes, vais a tener que pensar en los bigotes.

Todo el mundo tomaba notas.

—Amigos, recordad, la piel es la clave. Lo mejor que podéis hacer es mantener la piel en el congelador. Congelad la cabeza, haced un molde de yeso. Eso será de ayuda si vuestra cabeza está perfecta —se oía en la sala de al lado.

Durante los descansos, el grupo bromeaba sobre una camiseta que habían visto en una de las competiciones regionales. En ella podía leerse «PETA» con letras grandes, pero cuando te acercabas podías ver que PETA no se deletreaba como «People for the Ethical Treatment of Animals» («Personas a favor del trato ético de los animales»), la pesadilla de todos los cazadores y, por extensión, de los taxidermistas. Se deletreaba como «People Eating Tasty Animals» («Personas que comen animales sabrosos»). Todo el mundo se reía con ganas, después regresaron a la solemnidad de «Montaje de aves acuáticas voladoras».

—Tenéis que seguir las instrucciones que os dicte el pájaro. Estudiadlo, haced los deberes. Haced trabajo de campo y podréis conseguir una composición genial.

Fuera, el día era frío y había neblina. Los vendedores de astas que estaban en el aparcamiento parecían helados y tristes. Los modestos encantos de Springfield, con su centro comercial, el Museo del Teléfono Oliver P. Parks y la tumba de Abraham Lincoln, no podían competir con las cosas extrañas y maravillosas que podían verse dentro del hotel. La mera experiencia de esperar el ascensor —y saber que las puertas se retirarían para mostrar, quizá, a un hombre con un alce, un cerdo salvaje o un puma— resultaba mucho más interesante de lo que suele ser esperar un ascensor en el hotel Crowne Plaza. La feria de muestras era una especie de loca ceremonia del té con partes de cuerpos y suministros para taxidermia, herramientas para extraer la carne de la piel, para limpiar la sangre del pelaje; una carnalidad surrealista, pero todo ello mezclado con la seriedad y el arte de la venta propio de las ferias comerciales, sin el menor asomo de ironía ni la intención de asumir que tener cubos de narices de oso en venta pudiera no ser lo más normal del mundo.

—¡Échale un vistazo a nuestro hermoso pelaje sintético! ¡Somos el club del pelo para leones! Si resulta que has cazado un león calvo o fuera de temporada, ¡nosotros podemos darte una preciosa cabellera de repuesto!

—¿Demasiadas ardillas? ¿Te están volviendo loco? ¡Nosotros te las preparamos!

—Divide y conquistarás las formas animales. ¡Un increíble avance en los maniquíes de pequeños mamíferos, pendiente de patente!

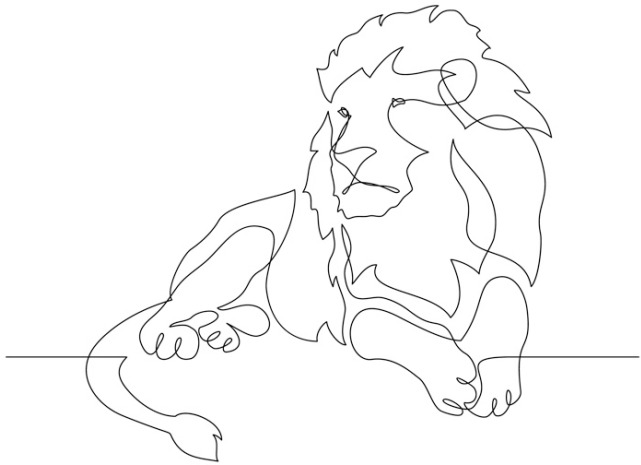
*

El gran ganador del certamen resultó ser algo muy pequeño, un montaje con dos pequeños gorriones construyendo un nido. Lo había presentado un fornido alemán llamado Uwe Bauch. Bauch creció en la antigua Alemania Oriental y soñaba desde hacía mucho tiempo con competir en un certamen de taxidermia en Estados Unidos. Su pieza era precisa y adorable, casi inquietante, pues cuanto más la observabas, más sensación tenías de que los

pájaros iban a dejar de construir el nido, desplegarían las alas y echarían a volar.

Una mañana temprano, antes de irme de Springfield, me di una última vuelta por la sala de competición. Estaba en silencio y resultaba extraño, con cientos de composiciones preparadas sobre largas mesas por toda la sala. Las cabezas de ciervo estaban todas juntas, cada una de ellas en una pose o ángulo ligeramente diferente, como si se tratase de una especie de foro romano animal pillado a medias. Algunas de las composiciones eran un poco grotescas: había un ciervo con un buzón empalado en una de sus astas, otro estaba engalanado con alambre de espino y otro tenía una flecha clavada en el pecho. Uno de los montajes, un coyote cuyo torso estaba abierto por completo y revelaba una escena en miniatura de la destrucción del World Trade Center, en la que se apreciaban pequeños bomberos y montones de escombros, resultaba abrumadoramente extraño. Por otra parte, en la sala imperaba una tranquilidad bíblica: el león estaba tumbado por fin junto a un cordero corso, la familia de grajillas estaba enredada en la interminable y poco prolífica persecución de un gran escarabajo verde y el cachorro de tigre de Bengala nacido muerto había revivido como por arte de magia, su cara con un eterno gruñido, y parecía vivo a pesar de no haberlo estado nunca.

EL ENCANTADOR DE LEONES



Una mañana, hace poco tiempo, Kevin Richardson abrazó a un león y después le echó un vistazo a su teléfono móvil. El león, un macho de ciento ochenta kilos con garras del tamaño de platos, se recostó sobre el hombro de Richardson durante el abrazo y miró con magnificencia hacia un lado. Había una leona echada a unos metros de allí. Bostezó, estiró su largo cuerpo y luego soltó un manotazo tranquilo contra el muslo de Richardson. Sin apartar la vista del teléfono, él la ignoró. Mientras, el león abandonó su estado contemplativo y empezó a darle mordisquitos en la cabeza a Richardson.

Si hubieses estado presente durante esa escena, que tuvo lugar en una llanura cubierta de hierba en la esquina noreste de Sudáfrica, este habría sido el momento adecuado para que te

asegurases de la firmeza de la valla de seguridad que se interponía entre los leones y tú. Aun así, es posible que hubieses dado un paso atrás cuando uno de los leones se apartase de Richardson y, durante un aterrador instante, te mirase a los ojos. Después de eso, y teniendo en cuenta que Richardson estaba al otro lado de la valla, habrías empezado a entender por qué tantas personas apostaban sobre en qué momento acabaría siendo devorado vivo.

La primera vez que a Kevin Richardson lo llamaron el «encantador de leones» fue en 2007, en un periódico británico, y el nombre cuajó. Seguramente no hay nadie en el mundo capaz de mantener una relación tan íntima e inusual con los felinos salvajes. Un vídeo de Richardson jugueteando con sus leones ha sido visto en YouTube más de 25 millones de veces y ha recibido más de 11.000 comentarios. El abanico de reacciones al vídeo va desde las muestras de respeto hasta la envidia, pasando por la perplejidad. «Si muere, morirá en su propio paraíso, haciendo lo que ama», escribió un hombre. «Este tipo se relaja con los leones como si fuesen conejos», observó otro. Miles de comentarios son anhelantes versiones de «Quiero poder hacer lo que él hace».

La primera vez que vi uno de los vídeos de Richardson me quedé alucinada. Todas las células de nuestro ser nos dicen que no nos acurruquemos con animales tan peligrosos como los leones. Cuando alguien desafía ese impulso instintivo, llama nuestra atención como si se tratase de un equilibrista sin red: la anticipación del desastre entraña un atractivo irresistible. ¿Cómo era capaz Richardson de gestionar esa ilógica intimidad y por qué lo hacía? ¿Es un temerario con un umbral para el miedo más alto que el de la mayoría y que, hasta el momento, ha tenido suerte? Eso podría explicar la situación si él se limitase a entrar y salir a toda prisa de un recinto con leones por una apuesta, una versión diferente del acto de aguantar la palma de la mano sobre la llama de una vela. Pero está claro que los leones de Richardson no tienen planeado comérselo y que sus encuentros con ellos no se basan en tretas para mantenerse a un paso de distancia de sus garras. Se acurrucan con él, duermen con él, se apoyan en su cuerpo, tan perezosos y obedientes como si fuesen gatos domésticos. Sus leones

no están domesticados. Él es la única persona a la que toleran pacíficamente y, con toda probabilidad, atacarían a cualquier otra persona que se les acercase (de hecho, en 2018 uno de ellos mató a un visitante). Los leones parecen haber aceptado a Richardson según unos términos especiales, como si él fuera miembro de su manada, un miembro extraño, con forma humana y sin pelaje.

*

El modo en que interactuamos con los animales es algo que ha interesado a filósofos, poetas y naturalistas desde hace siglos. Con sus vidas paralelas, aunque inescrutables, los animales nos ofrecen relaciones que existen en el territorio del silencio y el misterio; algo muy distinto a lo que compartimos con otros miembros de nuestra propia especie. Todos podemos mantener una buena relación con los animales domesticados, pero alguien que es capaz de relacionarse con los animales salvajes nos parece excepcional, tal vez un poco chiflado. Hace unos años, leí un libro del escritor J. Allen Boone. En él, Boone explicaba su vínculo con diferentes criaturas, entre las que se encontraban una mofeta y un pastor alemán llamado *Strongheart*, que había tenido una breve carrera en Hollywood. De lo que más se enorgullecía Boone, sin embargo, era de la amistad que había entablado con una mosca que él había bautizado como *Freddie*. Cuando Boone quería pasar el rato con *Freddie*, solo tenía que «enviarle un mensaje mental» y *Freddie* aparecía. Según Boone, *Freddie* y él se hacían compañía mientras él se dedicaba a las labores de casa y a menudo escuchaban la radio juntos. Al igual que con los leones de Richardson, *Freddie* no estaba domesticada. Nadie se le podía acercar tanto. Cuando un conocido de Bonne insistía en visitar a *Freddie* para experimentar también esa conexión especial, Boone le informaba de que la mosca ponía mala cara y se negaba a ser tocada.

Entablar amistad con una mosca, o con un león, plantea la pregunta de qué significa ese vínculo entre especies. ¿Hay algo más allá de lo sorprendente que resulta que se haya creado? ¿Es una simple rareza, un resultado que no tiene mayor importancia

cuando deja de ser novedoso? ¿Viola algo fundamental, por decirlo así, en el orden natural de las cosas en el que los animales salvajes nos devoran o nos pican o, como mínimo, nos evitan, en lugar de arrimarse a nosotros? ¿O se trata de una alianza tan rara y excepcional que resulta valiosa porque nos recuerda la facilidad con la que olvidamos la relación de continuidad que mantenemos con todas las criaturas vivientes?

*

Por la naturalidad con la que se relaciona con la vida salvaje, podríamos pensar que Kevin Richardson se crio entre arbustos. Pero es producto de un barrio de las afueras de Johannesburgo, con sus aceras, sus farolas y sin un solo centímetro cuadrado de selva. La primera vez que vio un león fue durante una salida al zoo de la ciudad en primero de primaria. (Dice que recuerda lo mucho que le impresionó el león, pero que también pensó que era muy extraño que un animal tan magnífico estuviera en un terreno tan pequeño.) En cualquier caso, encontró su manera de relacionarse con los animales. Era el típico niño que guarda ranas en los bolsillos y crías de pájaros en cajas de zapatos. Le encantaban los libros como *Memories of a Game Ranger*, en el que Harry Wolhuter hablaba de los cuarenta y cuatro años que pasó como guarda en el parque nacional Kruger.

Richardson era un joven rebelde, pendenciero. Ahora tiene cuarenta años, está casado y es padre de dos hijos, pero conserva una energía y un aire pícaro que hace fácil imaginárselo como un adolescente temerario, conduciendo coches y bebiendo cerveza. Durante su tormentosa adolescencia, los animales quedaron relegados a los márgenes de su vida. Regresaron a su día a día de un modo inesperado. En el instituto, salía con una chica cuyos padres lo llevaban a los viajes que hacía la familia a parques nacionales y reservas naturales. Esos viajes volvieron a prender la mecha de su pasión por los animales salvajes. Decidió que quería ser veterinario. Cuando no lo aceptaron en la facultad de veterinaria, estudió un grado de fisiología y anatomía.

Tras su paso por la universidad, trabajó como preparador físico. Se hizo amigo de uno de sus clientes, un magnate de la venta al por menor llamado Rodney Fuhr. Al igual que Richardson, Fuhr adoraba a los animales. En 1998, Fuhr compró una marchita atracción turística cerca de Johannesburgo llamada Lion Park e invitó a Richardson a visitarla. Richardson dice que sabía muy poco de leones en aquella época. Su primer viaje al parque supuso una revelación.

—Conocí a dos cachorros de león de siete meses y fue una experiencia muy profunda para mí. Durante los siguientes ocho meses, visité a los cachorros todos los días.

*

Fui a ver a Richardson a la reserva natural Dinokeng, en Sudáfrica, que en la actualidad es la sede de un santuario para animales salvajes que lleva su nombre. Mientras estuve allí, abandoné cualquier esperanza de dormir de un tirón. Los leones de la reserva se despertaban temprano y rugían como si no hubiese mañana cuando aún faltaba mucho para que saliese el sol. Richardson también se levantaba pronto. Tiene el cabello oscuro y los ojos brillantes, y el aspecto atractivo y desaliñado de un actor de anuncios de *aftershave*. Su vigor resulta impresionante. Cuando no está de aquí para allá con los leones, le gusta montar en moto y pilotar aviones pequeños. Admite sentir una insaciable necesidad de adrenalina, así como una tendencia a hacer cosas extremas. También muestra una enorme ternura y le encanta arrullar y decir zalamerías a los leones. En mi primera mañana en la reserva, Richardson no tardó en presentarme a dos de sus leonas favoritas, *Meg* y *Ami*, a quienes conocía desde que eran cachorras en el Lion Park.

—Pero qué guapísima que eres —murmuró a *Ami*.

Era como ver a un niño pequeño susurrándole a un gatito.

En 1966, cuando Lion Park abrió sus puertas, fue toda una revolución. Al contrario que los típicos zoológicos del momento, con recintos pequeños y simplones para los animales, Lion Park

permitía a los visitantes recorrer en coche las tierras en las que los animales salvajes campaban a sus anchas. El parque acogía a animales de las llanuras africanas, entre ellos jirafas, rinocerontes, elefantes, hipopótamos, ñus y toda una serie de felinos. Esas especies habían vivido allí en el pasado. Pero Lion Park se encontraba junto a la muy poblada área de Johannesburgo, donde la mayor parte de la tierra está destinada a viviendas e industria, por lo que no tenían la oportunidad de seguir siendo salvajes. Todo lo que no estaba construido había sido dividido para formar ranchos ganaderos. Las viviendas, las fábricas, las vallas y los granjeros expulsaron a los animales de la región. Los leones, en particular, se habían marchado hacía mucho tiempo.

Hubo un tiempo en el que los leones disfrutaron, más que cualquier otro mamífero terrestre, de un territorio casi infinito, pero hoy en día viven solo en la zona subsahariana de África; excepto una pequeña población que vive en la India. En los últimos cincuenta años, el número de leones salvajes en África ha descendido en unos dos tercios, de 100.000 o más en los años sesenta (algunos calculan que debían de ser unos 400.000) a quizá unos 32.000 hoy en día. A excepción de una especie de tigre, los leones son los felinos más grandes de la tierra. Cazan presas grandes, así que un ecosistema de leones próspero exige un territorio vasto y abierto donde puedan existir esa clase de presas. Los leones son superdepredadores: es decir, están en lo más alto de la cadena trófica y no tienen depredadores. Lo que quiere decir que su desaparición en Sudáfrica, al menos en parte, se debe a que los granjeros los matan cuando se aventuran en las tierras de los ranchos. Y lo que es más importante, han visto peligrar su existencia porque han ido desapareciendo los espacios abiertos y no hay presas para ellos. En la mayor parte de África, hay muchos más leones en cautividad que en libertad.

Las tierras que abarcaba el Lion Park, al igual que las tierras que lo rodeaban, eran estériles. En ellas ya no vivía ningún animal grande. Había que abastecer de leones al parque, así que Fuhr le compró una manada a un circo de leones que cerró y que, con toda probabilidad, no había visto nunca un hábitat natural en sus vidas.

El paseo por Lion Park se hizo popular de inmediato. Pero no tanto como unas instalaciones conocidas como Cub World, donde a los visitantes se les permitía salir de sus vehículos y entrar en un recinto donde podían coger en brazos a los cachorros de león. Nadie podía resistirse a algo así. Al contrario que otros muchos animales que pueden matarnos fácilmente —los caimanes, por ejemplo, o las serpientes venenosas—, los cachorros de león son adorables, con esas caritas suaves, esas narices chatas y esas orejas redondeadas. En cierta medida, la emoción que supone tenerlos en brazos radica en la desconexión entre la fiereza de su edad adulta y su docilidad como cachorros.

Cuando llegan a los seis meses de vida, sin embargo, los cachorros de león ya son demasiado grandes y fuertes como para tomarlos en brazos. En Lion Park, estos adolescentes se graduaban para participar en el «paseo del león», en el que, por un pago adicional, los visitantes podían caminar junto a los leones jóvenes al aire libre. Pero cuando estos alcanzan los dos años de edad ya son demasiado peligrosos para cualquier tipo de interacción. De vez en cuando, algunos de los cachorros crecidos podrían unirse a la manada «salvaje» del parque. Pero el auténtico problema es de carácter matemático. Para mantener abastecido el muy popular Cub World necesitas un montón de cachorros. Entonces crecen, y en un abrir y cerrar de ojos hay más leones adultos de los que el parque puede albergar.

Richardson pasaba todo el tiempo que podía en Cub World. Descubrió que tenía buena mano con los animales. Su conexión parecía diferente, más profunda que la que el resto del personal mantenía con los animales. Los leones parecían responder a su confianza. Richardson inventó su propia versión del lenguaje de los leones y rugía y aullaba con ellos. Los leones son los felinos más sociables. Viven en comunidades, colaboran para cazar y son extremadamente receptivos al roce y la atención. Richardson jugaba con los cachorros como si él mismo fuese otro león, acariciándolos, peleando y acurrucándose con ellos. Con cierta frecuencia le mordían, arañaban y golpeaban, pero acabó sintiendo que los animales lo aceptaban como un igual. Ese vínculo fue muy

importante para él.

—Relaciono el hecho de sentirme muy solo con el de ser tan feliz con los animales —afirma.

Se sentía muy unido a *Tau* y a *Napoleón*, y a *Meg* y *Ami*. Pasaba tanto tiempo en el parque que Fuhr acabó dándole trabajo. Le hacía mucha ilusión poder pasar todo el día con sus leones.

*

Al principio, Richardson no le dedicó mucho tiempo a pensar qué era de los leones que se hacían demasiado mayores para seguir en Cub World o en el paseo con los leones y no llegaban a formar parte de la manada de leones adultos del parque. Cuenta que recuerda que alguien le comentó, vagamente, que los leones de sobra eran enviados a una granja cercana. Admite que dejó que su ingenuidad y una negación obstinada impidieran que investigase un poco más sobre ese asunto. Una cosa es cierta. Ninguno de los animales de Cub World —ni ningún cachorro de las granjas de cría similares y que habían ido surgiendo por toda Sudáfrica, tras el éxito de Lion Park— llegó a ser introducido con éxito en un hábitat salvaje. Como los habían cuidado desde su nacimiento y no habían aprendido a cazar, esos leones no eran capaces de vivir de manera independiente. Es más, incluso si hubiesen sido capaces de adaptarse a la vida en libertad, no había lugar en el que soltarlos. Los leones salvajes de Sudáfrica viven en parques nacionales, donde son monitorizados y cuidados para asegurar que tienen suficientes presas a las que cazar. Cada uno de los parques nacionales tiene ya todos los leones que puede gestionar adecuadamente. No hay espacio para ninguno más, no hay sitio para más leones adultos. Esa situación pone de manifiesto una realidad problemática: cuidar de los leones en África no consiste en incrementar la población de leones, sino en aceptar que quizá hay demasiados leones para unos hábitats cada vez más reducidos. Los leones no escasean. Lo que sí escasea es el espacio salvaje en el que tendrían que vivir.

*

Parte del excedente de leones proveniente de centros de cachorros como Lion Park acaba en zoológicos o circos. Otros son enviados a Asia, donde los matan y utilizan sus huesos para medicina tradicional. Algunos son vendidos a uno de los cerca de 180 criaderos de leones registrados en Sudáfrica, donde los utilizan para producir más cachorros. El cuidado de cachorros es un negocio rentable, así que hay una necesidad constante de nuevos cachorros, pues solo tienen utilidad durante unos cuantos meses. Los críticos con esta situación señalan que en los criaderos de cachorros apartan a los recién nacidos de sus madres poco después de nacer para poder embarazar de nuevo a las hembras, en lugar de dejar que ellas mismas se ocupen del cuidado de las crías durante un largo tiempo. La mayoría de los casi seis mil leones en cautividad en Sudáfrica viven en granjas de cría, pasando una y otra vez por el ciclo del embarazo.

El resto de los leones adultos sobrantes provenientes de lugares como Lion Park acaban convirtiéndose en trofeos para la caza comercial. Los servicios de caza comercial están pensados para garantizarles un trofeo a los cazadores. Los leones se encuentran en un área vallada, sin posibilidad de escape, y a veces están incluso sedados para que los cazadores puedan dispararles con facilidad. La tarifa por dispararle a un león macho en una de esas «cacerías» está por encima de los 40.000 dólares. Dispararle a una hembra son unos 8.000 dólares. La caza de trofeos es un gran negocio en Sudáfrica. Mueve cerca de 100 millones de dólares al año. Se matan unos mil leones cada año en esas cacerías. La mayoría de los cazadores vienen de Estados Unidos.

En un correo electrónico, Fuhr me reconoció que los cachorros que criaban en Lion Park para las instalaciones donde era posible tocarlos habían terminado como trofeos en cacerías preparadas cuando superaban la edad para ser acariciados o pasear junto a ellos. Añadió que sentía que hubiera ocurrido aquello. Me dijo que hacía poco había establecido nuevas políticas que «garantizan que se hará todo lo posible [y] que los leones no

acabarán en operaciones de cacería». No me explicó dónde sí pueden acabar.

*

Un día, hace unos cuantos años, Richardson llegó al Lion Park para trabajar y fue a echarles un vistazo a *Meg* y a *Ami*. No estaban. Fue en busca del gerente del parque, que le dijo que *Meg* y *Ami* habían sido vendidas a una granja de cría. Richardson se puso furioso. Logró convencer a Fuhr para que las recuperase. Cuando cerraron el acuerdo, Richardson decidió ir él mismo en busca de las leonas. Era la primera vez que veía una granja de cría de leones. Quedó impactado cuando vio a cientos de leonas hacinadas en estrechos corrales como si fueran ganado. Fue su despertar, su punto de inflexión. Por fin entendió que la exhibición de cachorros era la raíz el problema. Proporcionaba un incentivo económico para criar leones en cautividad y producir una gran cantidad de cachorros semidomesticados que no tenían futuro en ninguna parte. Él formaba parte del sistema que condenaba a una incalculable cantidad de animales. No quería seguir participando en algo así, pero quería mantenerse cerca de los leones.

*

A esas alturas, Richardson había empezado a atraer la atención internacional gracias a un especial de televisión que lo mostraba jugando con uno de sus leones. Esa atención lo puso en una situación insostenible. Era conocido por celebrar la magnificencia de los leones. Pero hacer gala de su insólito trato con ellos podía conllevar una glorificación de las posibilidades de la domesticación de los leones. Por otra parte, trabajaba en unas instalaciones que contribuían a su mercantilización mediante el programa de exhibición de cachorros. Se sentía el responsable directo de los treinta y dos leones, las quince hienas y los cuatro leopardos negros de los que se encargaba en Lion Park. Comenzó a imaginar un posible escenario en el que convencía a Fuhr para que le

permitiese quedárselos.

—Empecé a pensar: «¿Cómo podría proteger a estos animales?» —me dijo.

No tenía una respuesta.

En esa misma época, Fuhr empezó a trabajar en una película titulada *El león blanco*. La trama se centraba en un león marginado que tenía que enfrentarse a las duras condiciones de las llanuras africanas. Richardson era coproductor de la película junto a Fuhr y se encargaba de los animales actores. De repente, se le ocurrió algo: le sugirió a Fuhr que estaba dispuesto a cambiar sus beneficios en la producción por la propiedad a medias de sus animales salvajes. Para sorpresa y deleite de Richardson, Fuhr aceptó la propuesta. Richardson movió cielo y tierra para encontrarles un hogar adecuado a los animales. Dio con una granja cercana en la que podían vivir. En cuanto finalizó el rodaje de la película, trasladó sus animales desde Lion Park hasta la granja. Durante un tiempo siguió trabajando en Lion Park, a pesar de que cada día se sentía un poco más incómodo con su asociación con ese lugar. Al final, su relación con Fuhr se enrareció y dejó aquel trabajo.

*

Richardson entendió su ruptura con Fuhr y su salida de Lion Park como la oportunidad perfecta para reinventarse. Se había hecho famoso por su habilidad para domesticar leones, pero decidió que quería trabajar para mantenerlos salvajes. En cualquier caso, deseaba seguir mostrando la relación especial que mantenía con sus animales: los achuchones, los abrazos y los juegos que compartían. El mensaje resultaba algo confuso, porque daba a entender que, en última instancia, la relación con los animales salvajes podía ser de íntima familiaridad en lugar de tener que mantener la distancia. Richardson afirma que es consciente de las contradicciones que implica lo que lleva a cabo. Se defiende diciendo que sus leones son algo excepcional, producto de las excepcionales circunstancias en las que crecieron, acariciados y

mimados por todos los visitantes de Lion Park. Dice que no quiere que se los considere un modelo para las futuras interacciones entre humanos y leones.

—Si no hubiese utilizado mi relación con los leones para mejorar la situación de todos los miembros de su especie, simplemente habría sido algo autocomplaciente —dice Richardson —. Pero el hecho de ser «famoso», mi capacidad para interactuar con los leones, ha conseguido que tenga un mayor impacto en su conservación.

Cree que ayudar a que la gente sea capaz de apreciar a los animales —incluso a través de la fantasía de poder abrazarlos— los motivará, en última instancia, a oponerse a que sean cazados y revertirá a favor de su protección.

*

Hace unos años, Richardson conoció a Gerald Howell. Howell y su familia poseían una granja que colindaba con la reserva natural de Dinokeng, la mayor reserva de vida salvaje de la zona de Johannesburgo. Tiempo atrás, en un gesto absolutamente inusual, los Howell y algunos otros granjeros cercanos echaron abajo las vallas que separaban sus propiedades de las tierras del parque. De ese modo, cualquier animal salvaje de la zona podía entrar en su propiedad: de hecho, le añadía una enorme cantidad de hectáreas a las 18.000 de la reserva. Hoy en día, en lugar de cultivar sus tierras, los Howell dirigen un campamento de safari para los visitantes de Dinokeng.

Después de conocerlo y entablar una relación con él, los Howell le ofrecieron a Richardson una parte de su granja para ubicar a los animales de manera permanente. Richardson estaba eufórico. Construyó refugios y cercados en la granja de los Howell. Después trasladó sus leones y hienas a lo que esperaba que fuese su hogar definitivo.

*

Estaba previsto que lloviese durante el fin de semana que iba a visitar a Richardson. Las nubes se arremolinaron cada mañana, algodonosas y grises. Aun así, el tiempo nos respetó lo suficiente como para sacar a pasear a uno de los leones. Los animales de Richardson viven en un recinto espacioso y sencillo. No pueden rondar por donde les plazca con libertad, porque no se llevarían bien con la población de leones salvajes de Dinokeng. Richardson se esfuerza por compensar sus limitaciones sacándolos del parque con frecuencia, dejándolos merodear bajo su supervisión. Se trata de una extraña mezcla de libertad y cautiverio.

—En cierto sentido, soy un carcelero con pretensiones —dice —. Pero intento ofrecerles la mejor calidad de vida posible.

Tras un aviso en forma de rugido de león, Richardson y yo salimos del campamento del safari y cruzamos las arrugadas llanuras de hierba amarilla de Dinokeng, con acacias y efervescentes montículos negros de termitas. Había montones de arbustos de sauce arrancados por elefantes hambrientos y apilados junto al camino. En la distancia, una jirafa pasó flotando, con la cabeza a la altura de las copas de los árboles.

Ese día, según me dijo Richardson, les tocaba a *Gabby* y a *Bobcat* dar un paseo. Nos dirigimos al recinto de los leones. En cuanto los animales vieron acercarse la camioneta de Richardson se arremolinaron junto a la valla, moviéndose y jadeando, como lo hace un perro cuando ve acercarse a alguien con su correa. Los leones parecían irradiar calor; el aire latía con el fuerte olor de su sudor. Richardson abrió la puerta y entró en el recinto.

—Hola, mi niño —dijo revolviéndole la melena a *Bobcat*.

Bobcat parpadeó despacio, desplazándose lo justo para permitirle a Richardson sentarse a su lado. *Gabby*, que es nerviosa y traviesa, se lanzó hacia Richardson colocándole las patas delanteras sobre los hombros.

—Uf —soltó él esforzándose por mantener el equilibrio—. Vale, sí, hola, hola, mi niña.

Forcejeó con *Gabby* durante un rato y después la bajó al suelo. Acto seguido comprobó una aplicación en su móvil que mostraba dónde se habían congregado esa mañana los ocho leones salvajes

de Dinokeng. Todos los leones salvajes de Dinokeng disponen de un collar con un emisor de radio que transmite su localización. En la aplicación, los leones aparecen como pequeños puntos rojos en un mapa. Se trata de una información esencial para Richardson. Los leones, a pesar de su naturaleza sociable, son muy territoriales y las luchas entre manadas rivales es una de las principales causas de muerte entre los leones salvajes.

—Te aseguro que no queremos encontrarnos con los leones salvajes cuando salimos a dar una vuelta —dijo Richardson—. Si lo hacemos se acabaría el espectáculo. Sería un baño de sangre.

Después de decidir cuál iba a ser la ruta a seguir, Richardson cargó a *Gabby* y a *Bobcat* en la parte trasera de la furgoneta. Nos adentramos en el parque, la furgoneta daba saltos y repiqueteaba con las rodadas del camino. Unas gallinas de Guinea, con sus cabezas meneándose, se pavoneaban trazando círculos frente a nosotros, y una familia de facóqueros correteaba corcoveando y chillando.

Nos detuvimos en un claro. Richardson se bajó de la furgoneta y abrió la parte trasera. Los leones saltaron sin hacer un solo ruido y echaron a andar. Una manada de antílopes que pastaba entre los matorrales los olió y se volvió hacia ellos, haciendo que sus nalgas blancas centellearan. Se quedaron inmóviles, mirando fijamente, con la cara redonda y vigilantes. De tanto en tanto, los leones de Richardson cazan alguna presa durante sus paseos, pero generalmente pasan el rato acechando hasta acabar perdiendo el interés y vuelven junto a Richardson. La presa que más suele interesarles son los neumáticos de la furgoneta, pues al parecer son estupendos si lo que deseas es mascar algo blando. Richardson suele tener que alejarlos de los neumáticos.

Vi cómo trotaban los animales. Le pregunté a Richardson por qué no se marchaban en cuanto los soltaba en el parque.

—Seguramente porque saben dónde conseguir comida y se han acostumbrado a ello —me dijo Richardson. Después se le dibujó una sonrisa y añadió—: También me gusta pensar que es porque me quieren.

Vimos a *Gabby* ir hacia la manada de antílopes. Avanzó despacio pero acabó echando a correr. La manada se dispersó. En cuanto los antílopes estuvieron fuera de su alcance, la leona dio la vuelta y regresó hacia donde se encontraba Richardson. Se lanzó sobre él, ciento cuarenta kilos de puro músculo a toda velocidad. A pesar de que lo había visto abrazar leones en multitud de ocasiones y había visto todos los vídeos de sus enérgicos encuentros y le había oído explicar cómo confiaba en los leones y cómo ellos confiaban en él, se me aceleró el pulso y, durante unas décimas de segundo, me impactó la falta de lógica del hecho de que un hombre y una leona se fundieran en un cálido abrazo.

—Esta es mi chica, esta es mi chica... —repetía Richardson mientras acunaba a *Gabby* durante un rato.

Después la dejó en el suelo e intentó que se fijase en *Bobcat*, que estaba rascándose el lomo contra una acacia cercana.

—Vamos, *Gabby* —dijo empujándola—. ¡Venga, chica, venga!

Gabby caminó hacia *Bobcat*. Después los dos leones trotaron por el sendero, alejándose de nosotros, espantando a su paso a unos pequeños pájaros, que echaron a volar desde los arbustos. Se desplazaban con rapidez, con confianza. Durante unos segundos, dio la impresión de que iban a su aire, dominando el paisaje. Era una fantasía preciosa. Esos animales habían crecido en un parque de atracciones, acariciados por turistas. Y aunque abandonasen a Richardson y echasen a correr, no tardarían en toparse con la valla del perímetro del parque y su viaje habría llegado a su fin. Esos límites no solo están presentes aquí, en Dinokeng. Todas las zonas salvajes de Sudáfrica, y de la mayor parte del continente africano, están valladas, y todos los animales que las ocupan, hasta cierto punto, están controlados; sus paseos están restringidos, los monitorizan constantemente. La mano humana llega incluso hasta el más alejado de los arbustos. Los seres humanos han acabado interviniendo en casi todos los aspectos del mundo natural, emborronando el significado de lo que es o no salvaje de verdad.

*

Empezó a caer la lluvia de aquel cielo oscurecido. Soplaba un ligero viento que arrastraba hierbas y hojas. Richardson comprobó la hora. Había que volver a casa. Llamó a los leones ululando. Lo oyeron y, casi de inmediato, dieron la vuelta. Los dos le dieron un golpe a los neumáticos de la furgoneta al pasar y después, de manera espontánea, subieron a la parte trasera para volver a casa. Una vez allí, Richardson me pasó un regalo para *Gabby*. Me dijo cómo tenía que ofrecérselo. Mantuve la mano plana contra los barrotes de la parte de atrás, con el corazón golpeándome contra las costillas. Ella se apretó contra los barrotes y se llevó el pedazo de carne con la lengua. Después de tragárselo, me miró con sus dorados ojos, me evaluó y, despacio, se dio la vuelta.

*

A Richardson le gustaría quedarse obsoleto. Él imagina un mundo en el que no nos entrometemos en absoluto en la vida de los animales salvajes ni creamos inadaptados que ni son salvajes ni domesticados, fuera de lugar en cualquier contexto. En ese mundo, los leones dispondrían de espacio suficiente para ser libres, y lugares como su santuario ya no serían necesarios. Dice que si la exhibición de cachorros y las cacerías preparadas dejasen de existir, él renunciaría a todos sus leones. Lo dice, al parecer, para demostrar su compromiso con la abolición de prácticas como la exhibición de cachorros y las cacerías preparadas. Pero es más una hipótesis que una posibilidad, porque no da la impresión de que esos negocios vayan a cesar en breve. En realidad, poco importa lo que suceda, sus leones dependerán de él el resto de sus vidas. Lo conocen desde que tenían unos pocos meses. La mayoría de ellos están ahora en la mitad de sus vidas, o incluso son mayores; están entre los cinco y los diecisiete años. Unos pocos, incluido *Napoleón*, el primer león que le robó el corazón en Cub World, han muerto.

Me dijo que no tenía intención de adquirir leones jóvenes, así que en algún momento todos sus animales desaparecerán. A veces, sin embargo, los planes cambian. Así funciona el mundo. Hace unos pocos meses, una organización de rescate de leones se puso

en contacto con Richardson, pues habían incautado dos cachorros de león malnutridos de un parque temático en España. La organización esperaba que Richardson les proporcionase un hogar a los cachorros. Al principio dijo que no, manteniéndose firme en su intención de no adquirir más leones. Pero al final cedió. Sabía que los cachorros nunca conseguirían estar completamente sanos y les habría resultado muy difícil encontrar otro lugar al que llevarlos. Como quien no quiere la cosa, de repente tenía dos nuevos cachorros de león.

Está contento con la mejoría de los cachorros desde que llegaron. Cuando nos detuvimos un día junto a la guardería de leones, me quedó claro lo mucho que le gustaba estar cerca de ellos. Verlo junto a los leones produce una extraña y maravillosa ilusión: cuesta creer lo que estás viendo y ni siquiera queda claro qué es, pero emociona el mero hecho de verlos y la posibilidad que eso implica, que podamos convivir en paz con la naturaleza salvaje.

Los cachorros, *George* y *Yame*, se revolcaron por el suelo, arañando los zapatos de Richardson y mordisqueándole los cordones. Él forcejeó con ellos y les rascó ahí donde tenían cosquillas.

—Después de estos, se acabó —me dijo meneando la cabeza —. Dentro de veinte años, los otros leones habrán muerto y *George* y *Yame* serán viejos. ¡Y yo tendré sesenta! —Entonces se echó a reír—. ¡No quiero que me salten leones encima con sesenta!

Se inclinó hacia delante y le rascó el vientre a *George*. Suspiró.

—Creo que he recorrido un largo camino. No necesito abrazar a todos los leones que veo.

LA PANDEMIA DE LOS CONEJOS

La mayoría de los conejos cuentan, entre sus habilidades, con la capacidad de fingir que están sanos incluso estando bastante enfermos. Es algo así como lo contrario de hacerse el muerto, pero con un objetivo similar: que los depredadores dejen de interesarse por ellos, pues un conejo enfermo se considera una presa fácil. Como resultado de esa estrategia, a veces los conejos mueren de repente —o parece algo repentino— cuando, en realidad, llevaban enfermos desde hacía tiempo.

El pasado mes de febrero, un conejo que había sido tratado durante la noche en la consulta veterinaria más ajetreada de Nueva York, el Centro de Medicina Aviar y Exótica, murió. El hecho de que ese conejo pareciera animado pero muriese sin previo aviso se atribuyó a la costumbre de estos animales de fingir que están sanos. Esa misma noche, murió otro conejo que había ido a la clínica. La coincidencia con esa otra muerte llamó la atención, sobre todo porque el primer conejo era mayor, pero el segundo era joven. El tercero que murió en la clínica esa misma noche era de edad intermedia. A pesar de que sabían que esta coneja tenía una masa abdominal que comprometía su bienestar, no había razón alguna para pensar que estuviera a punto de fallecer. Dos muertes podrían haber sido una casualidad. Tres resultaban inquietantes.

El personal de la clínica quiso sacar del edificio inmediatamente a los quince o veinte conejos que seguían en su interior, pero muchos de los propietarios no estaban presentes y no podían ir a buscarlos con tan poca antelación. Entre esos propietarios se encontraba Alix Wilson, la directora médica de la clínica. Wilson estaba de vacaciones y sus conejos, *Capitán Larry* y *Dolly*, se quedaban en la clínica cuando ella no estaba. Mientras tanto, como precaución, se tiró toda la comida para conejos y la ropa de cama, por si había algo en esos elementos que hubiese envenenado a los tres conejos. En cuestión de semanas, murieron ocho conejos más que habían estado en la clínica en febrero. *Capitán Larry* salió adelante. Pero *Dolly*, una coneja Lop de tamaño medio que Wilson acababa de adoptar para que le hiciese compañía a *Larry*, murió.

*

Uno de los lagovirus de la familia de los *Caliciviridae* provoca una enfermedad muy contagiosa llamada enfermedad hemorrágica del conejo. La EHC es tremendamente difícil de diagnosticar. Un conejo infectado puede experimentar un ligero letargo o fiebre elevada y dificultades para respirar, pero también puede ser asintomático. Más allá de los síntomas, sin embargo, el índice de mortalidad de la EHC puede llegar a ser de un sombrío cien por cien. No hay tratamiento para ella. La capacidad del virus para sobrevivir y expandirse es asombrosa. Puede permanecer en la ropa seca, sin ningún anfitrión, durante más de cien días. Puede resistir la congelación y la descongelación. Puede aguantar en el cuerpo de un ejemplar muerto durante meses, así como en las pieles de conejo, en la lana hecha con pelo de conejos de Angora y, curiosamente, en los animales que se infectan pero sobreviven. El virus puede viajar en las patas de los pájaros, en las de las moscas y en el pelaje de los coyotes. Y se ha expandido de una manera tan inmisericorde y devastadora que algunos dueños de esas mascotas han empezado a referirse a él como el «ébola de los conejos».

Según el Departamento de Agricultura de Estados Unidos, la

EHC es una «enfermedad animal extranjera»: una enfermedad «importante y transmisible que afecta a ganado o aves, que se creía ausente del territorio estadounidense y que tiene el potencial para producir un impacto sanitario y económico significativo». Todas las enfermedades animales extranjeras deben «notificarse». Eso quiere decir que cualquier incidencia de esa enfermedad debe ser comunicada a alguna agencia estatal encargada de la salud de los animales. En la mayoría de los lugares, se trata del veterinario del estado, quien, como si fuera un gobernador, supervisa las políticas locales. (Muchos de los temas relacionados con los animales se deciden a nivel estatal.) La enfermedad también tiene que ser notificada al Departamento de Agricultura de Estados Unidos y a la Organización Mundial de Sanidad Animal (OIE), cuya sede principal se encuentra en París y rastrea los virus a escala global.

Alix Wilson, la veterinaria, estaba familiarizada con la EHC y se preguntó si podría haber sido la causa de las muertes en su clínica.

—Pero entonces pensé: «No, imposible» —me contó hace poco —. En Nueva York no existe la enfermedad hemorrágica de los conejos.

Su equipo envió tejidos de uno de los animales muertos al laboratorio de la Universidad de Cornell, que acto seguido lo envió al laboratorio federal de enfermedades extranjeras, en Plum Island, en Nueva York. Cuando lo diagnosticaron como una variante del virus, llamada EHCV2, Wilson se quedó de piedra. La clínica cesó de inmediato la admisión de conejos y comenzó una desinfección profunda, que incluyó reemplazar las placas del techo y tirar miles de dólares en equipos que no podían esterilizarse. Todd Johnson, coordinador de emergencias del Departamento de Agricultura para Nueva York y Nueva Jersey, ayudó a supervisar la desinfección, y un epidemiólogo veterinario y un becario del departamento contactaron con 155 propietarios de conejos que habían pasado por la clínica, durante los meses anteriores, con el fin de identificar al conejo cero. Lo más desconcertante del asunto fue que, como se vio después, los conejos ya habían estado muriendo de EHCV2 en el estado de Washington y no tardaron en empezar a morir en otros

estados, entre ellos Arizona, Texas, Nuevo México y Nevada.

*

El virus de la EHC se identificó por primera vez en 1984, en la provincia de Jiangsu, en China. Al principio mataba a conejos de Angora criados para comercializar su lana. Después pasó a los que eran mascotas y a los de las granjas criados para carne, todos ellos de la misma especie, *Oryctolagus cuniculus*, o lo que se conoce como conejos europeos o domésticos. Durante el brote inicial en China, en los años ochenta, murieron 140 millones de conejos por el virus. La enfermedad no tardó en afectar a poblaciones de conejos de toda Asia, y después llegó a Europa, Gran Bretaña, Australia y Oriente Medio.

En Estados Unidos apenas hubo un puñado de casos de la variante original de la EHC y fueron contenidos con rapidez. Aun así, la mayoría de los productos del conejo —carne, pelo, pieles y conejos vivos— importados a Estados Unidos provenían de países en los que la enfermedad se había extendido. El Departamento de Agricultura decidió clasificarla como una enfermedad animal extranjera, pero en un informe del departamento de 2002 advertían de que la EHC «se ha convertido en una preocupación creciente para la industria de los conejos desde los brotes de 2000 y 2001».

*

En el universo de las relaciones entre los seres humanos y los animales, los conejos ocupan un espacio singular. Son las únicas criaturas que solemos tener como mascotas dentro de casa y que también, con la misma frecuencia, nos comemos o con las que nos vestimos. Encajar tanto en la categoría de animales de compañía como en la de ganado significa que los conejos no pertenecen por completo a ninguna de ellas. Hay toda una serie de leyes animales —sobre todo relativas a delitos y a crueldad— dedicadas a los perros y los gatos, pero no a los conejos. Las leyes que protegen al

ganado, como la Ley de Métodos Humanitarios para el Sacrificio de Animales, tampoco se aplican a los conejos, ni siquiera a aquellos que se crían como alimento, porque el Departamento de Agricultura de Estados Unidos no los reconoce de manera oficial como ganado. Seguramente no exista ningún otro animal al que se le entienda de manera tan diversa, se le valore de un modo tan diferente, por parte de sus diferentes partidarios. Que te gusten los conejos no significa que tengas el mismo concepto de esos animales que otra persona que también considera que le gustan los conejos. Cualquiera de los veinte mil miembros de la Asociación Americana de Criadores de Conejos (AACC) parecen igualmente dispuestos a criar un conejo Jersey Wooly que podría dormir en su cama, y está preparado para participar en concursos de conejos, o a meter a cientos de ellos en jaulas con la intención de que acaben convirtiéndose en estofado.

Hace unos años, una abogada llamada Natalie Reeves, que ejercía de voluntaria en un refugio para conejos y había dado charlas en la Asociación de Abogados de la Ciudad de Nueva York, estaba teniendo problemas para desenmarañar el pelaje de su conejo de pelo largo, *Mopsy McGillicuddy*. Encontró en internet un grupo de propietarios de conejos de pelo largo. Envió un mensaje con los problemas que tenía con el pelo de *Mopsy* con la esperanza de recibir consejos sobre acondicionadores o cepillos. En la web descubrió que una de las respuestas más habituales a problemas parecidos al suyo era matar al conejo y empezar de nuevo con otro.

*

Los conejos están entre nosotros, por todas partes. Viven en todos los continentes excepto en la Antártida, en una amplia gama de hábitats. Han sido domesticados durante centenares, si no miles, de años. Incluso ha habido famosas modas de conejos. Durante la era victoriana, los conejos más buscados, los más caros, eran una raza doméstica, la liebre belga, que había sido creada, sin ironía ninguna, para parecer un conejo salvaje. Las liebres belgas tenían

un elegante pelaje de color castaño oscuro, unas orejas cómicamente grandes y el cuerpo alargado. De hecho, eran la viva imagen de Peter Rabbit, que apareció por primera vez en *The Tale of Peter Rabbit*, de Beatrix Potter, en 1902, en el momento álgido de la obsesión por las liebres belgas.

Un envío de seis mil liebres belgas que llegó a Estados Unidos desde Europa en 1900 llamó la atención de magnates como los Rockefeller, los Du Pont o J. P. Morgan, que las consideraron una inversión. (De hecho, eran una buena inversión: un macho de liebre belga llegó a venderse por 5.000 dólares, el equivalente a más de 150.000 dólares de hoy en día.) Según Livestock Conservancy, casi todas las grandes ciudades de Estados Unidos tenían un club de liebres belgas. Solo en Los Ángeles había sesenta mil ejemplares.

Como los conejos son conejos, el número de liebres belgas creció exponencialmente y el mercado de estas, inflado por su aparente escasez, acabó explotando. La gente pasó a otras especies y las liebres belgas sobrantes comenzaron a desaparecer. En los años cuarenta, algunos empezaron a preocuparse incluso ante la posibilidad de que se hubiesen extinguido.

Los conejos tienen una historia especial con los virus. El primero que se usó de manera deliberada para erradicar a la población animal salvaje fue el virus mixoma, que causa mixomatosis, una enfermedad mortal para los conejos domésticos. Se utilizó en Australia en 1950, donde cerca de una docena de conejos domésticos soltados en un coto de caza en 1859 habían superado cualquier modelo matemático y se habían convertido en varios cientos de millones. La expansión de los conejos en Australia es la más rápida conocida de cualquier mamífero sobre la tierra. Estos animales provocaron un desastre ecológico porque se lo fueron comiendo todo mientras atravesaban el país. Dispararlos solo causaba una disminución temporal en sus filas. El virus mixoma fue introducido con la esperanza de controlar la población. No tardó en eliminar a unos 500 millones de conejos. (En algunas zonas de Australia, seguramente como resultado de dicho episodio, sigue siendo ilegal tener un conejo como mascota.)

Dos años después de soltar el mixoma en Australia, un doctor en Francia, molesto porque sus conejos le robaban las verduras del jardín, cogió a dos de ellos en el acto y les inyectó mixoma. Los conejos se cobijaron y vivieron lo suficiente como para transmitir el virus a otros conejos. La enfermedad, al final, se extendió por toda Europa y Gran Bretaña, matando a la mayoría de los conejos que encontró en su camino. Se creó una vacuna contra la mixomatosis y, después de acabar con la mayoría de los conejos de Europa, lograron controlar, más o menos, la enfermedad.

*

La mixomatosis se abrió camino en Estados Unidos, pero por alguna razón no llegó a arraigar demasiado en el país. Si hubiese llegado a establecerse habría sido desastroso, porque en esa época, a mediados del siglo pasado, los conejos eran una fuente significativa de alimento. Son muchos los que asocian el conejo a la dieta europea, pero en Estados Unidos hubo una época en la que fue esencial. Había varias grandes granjas de conejos en Estados Unidos y su carne podía encontrarse en los supermercados. El mayor procesador era (y sigue siendo) Pel-Freez. La empresa la fundó en 1911 un hombre al que le habían regalado una coneja embarazada y, según la historia de Pel-Freez, transformó «el dilema en una oportunidad». La carne de conejo, que puede cocinarse como si fuese pollo, tiene muchas proteínas, por lo visto, y muy poca grasa. En aquella época, el conejo era también mucho más barato que la carne de ternera. Y criarlos es sencillo; todo el mundo puede hacerlo en su jardín. Una coneja puede dar a luz cada treinta días. Un conejo joven alcanza lo que se conoce como la «edad de freír» en tan solo sesenta días. Incluso durante su apogeo como producto de consumo, sin embargo, nunca se trató a los conejos como al resto del ganado. El Departamento de Agricultura no lo clasificó como tal y nunca se han llevado a cabo inspecciones o cualificaciones de la carne de conejo.

Tras la Segunda Guerra Mundial, la demanda de esta carne empezó a disminuir. El número de animales criados en casa casi se

había duplicado a lo largo del tiempo, así que la ternera, que antes había sido un lujo, ahora era accesible. La industria ganadera, que mueve unos 70.000 millones de dólares al año, empezó a publicitar la carne de ternera como el plato principal patriótico del hogar estadounidense. En esos mismos años, el pollo también se hizo más asequible a nivel general. En poco tiempo, el pollo se convirtió en la carne blanca preferida y el conejo acabó siendo un plato para preparar de vez en cuando.

Eric Stewart, director ejecutivo de la Asociación Americana de Criadores de Conejos, culpa un poco del declive de la carne de conejo a Bugs Bunny. Creado en 1940, Bugs, un conejo descarado, del tamaño de un ser humano y de color gris y blanco, tenía un papel destacado en los dibujos animados de la Warner Bros. *Merrie Melodies* y *Looney Tunes*. En 1960, empezó a emitirse *The Bugs Bunny Show*, protagonizado por Bugs; permaneció en antena los siguientes cuarenta años. Stewart cree que es posible que las generaciones que crecieron viendo a Bugs Bunny no tengan estómago para comer conejo.

Además del impacto de Bugs, se popularizaron de repente los conejos como animales de compañía. El momento álgido tuvo lugar en 1981, con la publicación de un libro titulado *Your French Lop: The King of the Fancy, the Clown of Rabbits, the Ideal Pet* [Tu conejo French Lop: el rey de los caprichos, el payaso de los conejos, la mascota ideal]. La autora, una propietaria de conejos llamada Sandy Crook, venía a decir que los conejos podían ser la mascota doméstica perfecta, como los gatos y los perros. Podían estar dentro de casa, y no relegados a un cobertizo en el jardín, porque se podían adiestrar para que hiciesen sus necesidades en una caja de arena. Muchas personas creen que *Your French Lop* es el texto fundacional del movimiento a favor de los conejos domésticos. Cuando el movimiento se estaba estableciendo, apareció otro manifiesto con un gran éxito de ventas, *House Rabbit Handbook: How to Live with an Urban Rabbit* [Manual del conejo doméstico: cómo vivir con un conejo de ciudad], de Marinell Harriman, publicado cuatro años más tarde. El número de conejos tratados como mascotas domésticas ha seguido creciendo desde entonces.

*

No sabemos con precisión cuántos conejos hay en Estados Unidos, pero sí sabemos que, como mascotas, son los terceros más populares justo detrás de los perros y los gatos. Entre las pequeñas mascotas, son los más populares por delante de hámsteres, conejillos de indias y ratones. El Departamento de Agricultura calcula que hay más de 6,7 millones de conejos como animales de compañía, pero el número total de conejos domésticos depende de si solo se cuentan las mascotas o se incluyen los conejos criados para matarlos. Mucho más complicado es categorizar los conejos criados dentro de un proyecto de 4-H, por ejemplo, pues una vez acabado, pueden pasar de mascotas a alimento.

Las actividades relacionadas con los conejos también varían. Cada año se celebran unos cinco mil espectáculos con conejos aprobados por la AACC. El espectáculo más grande atrae a más de veinticinco mil conejos. Hay desfiles de moda para conejos, que son especialmente populares en Japón. Uno de ellos, celebrado en Yokohama, ha sacado conejos vestidos de Sherlock Holmes, Amelia Earhart y Santa Claus. En Nueva York, los dueños de las mascotas se reúnen de manera regular en Central Park. A lo largo y ancho del país, los propietarios organizan citas rápidas de conejos, una buena oportunidad para que los animales se conozcan y comprueben si se gustan, un proceso necesario si un dueño está pensando en tener un segundo, tercero o cuarto conejo. El típico dueño estadounidense de conejos suele tener más de un animal, así que las citas rápidas son importantes porque los conejos, a pesar de su prodigiosa capacidad para multiplicarse, no siempre encuentran pareja.

*

Durante los cinco años transcurridos desde la aparición en China de la forma original de la enfermedad hemorrágica de los conejos, se ha desarrollado una vacuna para proteger a los animales de la

EHC. Toda una serie de empresas han producido vacunas contra ese virus, incluidas Filavie, en Francia; HIPRA, en España; y Merck, que tiene su sede principal en Nueva Jersey pero que hace la vacuna únicamente para el mercado europeo. La vacuna nunca ha estado disponible en Estados Unidos. Después de todo, solo ha habido unos pocos casos de EHCV1 en el país y parecen haberse originado en algún otro sitio. Por ejemplo, se cree que uno de los casos, en Pensilvania, llegó con una Oktoberfest en la que se sirvió carne de conejo importada. Si la carne estaba infectada, el virus podría haberse propagado a las verduras preparadas en la misma cocina; los restos de esas verduras sirvieron para alimentar a conejos que más tarde desarrollaron EHCV1.

La mayoría de los países afectados por la EHCV1 ofrecieron la vacuna y, en cuestión de unos pocos años, los contagios en Europa parecían haber descendido vertiginosamente. Pero, en 2010, los conejos de Francia empezaron a morir por lo que resultó ser una mutación del virus. La vacuna para el virus original no funcionaba contra esta nueva cepa, la llamada EHCV2. Poco después, la EHCV2 campaba a sus anchas por Europa y Australia. En Inglaterra, los contagios fueron tan rápidos que se les pidió a los padres que no les permitiesen a sus hijos enterrar a sus conejos muertos en el jardín; esa costumbre, «si bien resulta reconfortante para los niños, podría ayudar a la expansión del virus». El índice de mortalidad de la nueva variante parecía ser un poco menor que la de la original. En un principio, esto parecía una buena noticia. Pero, de hecho, la EHCV2 era incluso más eficiente a la hora de transmitirse, pues sobrevivían muchos más conejos infectados y, como cabía la posibilidad de que fuesen asintomáticos, no se les aislaba y podían contagiar la enfermedad. No tardaron en desarrollarse las vacunas contra la EHCV2. (En algunos casos, se fabricaron combinándolas con la vacuna que previene la EHCV1.) En 2016 ya estaban disponibles en toda Europa, y vacunar a los conejos para ambas variantes se convirtió en algo habitual.

Por lo que parece, la nueva variante del virus, igual que la original, se ha mantenido a distancia de Estados Unidos, excepto por algunos casos puntuales. Pero, en julio de 2019, un conejo

neerlandés enano en la isla Orcas, cerca de Seattle, empezó a sangrar por la nariz y acabó muriendo. El veterinario que lo examinó, y que estaba al corriente de la EHC, sabía que el sangrado nasal era un síntoma, así que llamó al Departamento de Agricultura del estado de Washington para informar de la muerte del conejo. Susan Kerr, una especialista en educación y divulgación del departamento, se alarmó cuando descubrió el informe del veterinario, porque sabía que había un brote de EHCV2 en la Columbia Británica. Enviaron el cuerpo del conejo a un laboratorio para que le hicieran una autopsia y así determinar qué lo había matado.

Mientras esperaban los resultados, los compañeros de Kerr empezaron a recibir llamadas de toda una serie de personas de la isla San Juan, que está a unos veinte kilómetros al sudoeste de la isla Orcas. Eran para notificar que los conejos de la isla parecían haber desaparecido. La isla de San Juan es famosa por sus conejos. En los años treinta, un criador profesional de la isla dejó el negocio y soltó a tres mil cuando cerró. Estos se multiplicaron y acabaron convirtiéndose en una atracción turística. La caza de conejos en la isla es algo tan célebre que, en los años sesenta, la revista *Sports Illustrated* publicó un reportaje al respecto titulado: «Hippity Hop and Away We Go». Se calculaba que, en 1971, la isla San Juan, que tiene una extensión de ciento cuarenta y dos kilómetros cuadrados, era el hogar de casi un millón de conejos domésticos asilvestrados.

El departamento de Kerr también empezó a recibir llamadas de otros lugares cercanos a la isla informando sobre muertes de conejos. Obviamente, algo se había puesto en marcha. El laboratorio no tardó en confirmar que el conejo de la isla Orcas había muerto por la EHCV2. Kerr supo poco después que la mayor parte de los 145 conejos de unas instalaciones en la península Olímpica, al otro lado de Puget Sound desde las islas, habían muerto en un periodo de tres semanas. Sus síntomas recordaban a la EHCV2. El virus estaba moviéndose. Como medida de precaución, tanto los conejos como los productos para conejos quedaron excluidos del servicio de ferri de Puget Sound.

Un colega de Kerr hizo una publicación sobre el brote en una

newsletter sobre animales y salud y recibió un aluvión de consultas de los propietarios de conejos que sabían que existía una vacuna, preguntándole si era posible ponérsela a sus mascotas. Pero la vacuna para la EHCV2, al igual que la vacuna para el virus original, solo estaba disponible en el extranjero. Ninguna empresa disponía de la licencia para distribuirla en Estados Unidos. El Departamento de Agricultura se oponía a importarla, excepto para una serie de circunstancias especiales y limitadas. Una de las razones que daba el Departamento de Agricultura era que los intentos de producir la vacuna en líneas celulares en un laboratorio, según las normas del Departamento de Agricultura, habían sido un fracaso. Merck produce una vacuna en células, pero se trata de una vacuna viva y genéticamente modificada, y no está permitida en Estados Unidos. Las otras empresas que fabrican la vacuna para la EHC en la actualidad la crean infectando conejos vivos con EHC. Cuando dichos conejos mueren, las vacunas se realizan a partir de sus hígados. Según un portavoz de Filavie, pueden extraerse varios miles de dosis de vacuna de un solo conejo.

El Departamento de Agricultura de Estados Unidos también aseguraba que vacunar a algunos conejos dificultaría distinguir entre los enfermos y aquellos con anticuerpos producidos por la vacuna, así que se podrían mezclar y seguir transmitiendo el virus de manera inadvertida. Sean cuales sean las bases de esos argumentos, a la comunidad de propietarios de conejos la obstinación del departamento le resultó exasperante. Algunas personas dijeron que reflejaba la mala actitud del departamento respecto a los conejos, a los que consideraba bienes de usar y tirar, fácilmente reemplazables. Otras creían que al Departamento de Agricultura no le apetecía tramitar el papeleo necesario para traer la vacuna del extranjero, o quizá no querían reconocer que el virus estaba ya presente en Estados Unidos.

Al final, el Departamento de Agricultura aceptó estudiar las peticiones para una importación de urgencia de una limitada cantidad de vacunas, pero solo si lo exigían antes a través de sus veterinarios estatales. Dejar la cuestión de las vacunas en manos de

los estados, sin embargo, implicaba que podían tomarse cincuenta decisiones diferentes al respecto; un batiburrillo de líneas de actuación para una enfermedad que no iba a tardar en traspasar fronteras. Toda una serie de veterinarios declararon que estaban interesados en solicitar la importación de la vacuna, pero después de descubrir los quebraderos de cabeza que ello implicaba la mayoría lo dejaron correr. Alicia McLaughlin, una de las directoras médicas del Centro Médico para Pájaros y Animales Exóticos de Bothel, en el estado de Washington, fue la primera veterinaria del país en obtener la vacuna. (Se la encargó a Filavie.) Ella también estaba al corriente del brote de EHCV2 en la Columbia Británica, así que empezó a investigar cómo conseguir la vacuna mucho antes de que el Departamento de Agricultura tomase su decisión. A esas alturas, McLaughlin tenía una lista de varios cientos de clientes que se la habían pedido.

—Sabía que el virus acabaría llegando aquí —me dijo hace poco—. Una vez llegado a la Columbia Británica, era solo cuestión de tiempo.

Para conseguir la vacuna, primero le pidió permiso al veterinario estatal de Washington; tardó un mes en pasar del departamento de agricultura del estado al nacional; tuvo que superar barreras lingüísticas y horarias; y después tuvo que contratar a un agente de aduanas, de su propio bolsillo, para poder pasar las vacunas por la frontera. Finalmente, más de cuatro meses después de su solicitud, recibió quinientas dosis de Filavac VHD K C+V, que protegía contra la EHCV1 y la EHCV2. Para cuando McLaughlin pudo administrar la vacuna a sus clientes, en abril de 2020, la preocupación por la COVID-19 provocó que solo pudiese ofrecer sus servicios en la calle y tuvo que luchar para encontrar los equipos de protección personal que necesitaba, pues interactuaba con pacientes y también trataba con sus animales.

*

El Centro para Aves y Medicina Exótica, en Manhattan, tuvo que ser esterilizado a conciencia después del brote de EHCV2. Para

estar absolutamente segura de que no estaba contaminado, Alix Wilson, la veterinaria, se llevó a dos conejos a vivir a la clínica. Le servirían de centinelas. Debido al alto nivel de contagio del virus, los conejos, con toda probabilidad, contraerían la EHCV2 si seguía presente en las instalaciones.

—Nadie quiere conducir a ningún animal a la muerte —me dijo—. Pero es un método seguro en el ámbito de la medicina veterinaria para demostrar que la limpieza ha funcionado.

Para su alivio, los conejos sobrevivieron. Wilson solicitó entonces la importación de la vacuna y recibió una carta de rechazo por parte del Departamento de Agricultura de Estados Unidos diciendo que «sin prueba alguna de una propagación de la infección» el riesgo era demasiado bajo para justificar su petición, sobre todo si se tenía en cuenta, como afirmaba el departamento, que los conejos domésticos no mantenían contacto entre sí.

Había habido unos cuantos días de diferencia entre las primeras muertes de conejos en la clínica y el anuncio del diagnóstico. Algunos de los patrocinadores de la clínica estaban furiosos. Según Wilson, sin embargo, no podrían haberlo hecho más rápido, pues tenían que esperar los resultados de la autopsia. El mero hecho de mencionar la EHC despierta el pánico entre los propietarios de conejos. Miles de ellos se han unido a un grupo de Facebook para intercambiar datos, desahogarse y compartir preocupaciones. El miedo se intercala con la información útil. Uno de los temores es si es seguro decirle a tu veterinario que crees que tu conejo podría tener la EHC, pues está obligado a informar al veterinario del estado. El miedo —que, según el veterinario estatal de Nuevo México, Ralph Zimmerman, está totalmente justificado— consiste en que, si tienes un conejo que ha contraído el virus y tienes más conejos, se te exigirá que «te libres de ellos»; es decir, tendrás que sacrificarlos. También corre un rumor persistente que afirma que es la vacuna la que causa la enfermedad, que la EHC forma parte de una trama global para acabar con el mundo de los conejos. Hace poco, un miembro del grupo de Facebook propuso que los dueños de conejos demandasen a Australia, combinando el uso del mixoma en el pasado y el brote de EHC.

—No —respondió otro de los miembros—, no podemos demandar a Australia.

*

Justo cuando la clínica de Nueva York volvió a abrir sus puertas tras la esterilización, alguien descubrió treinta conejos muertos cerca de Fort Bliss, en Texas. También encontraron un infrecuente número de ellos muertos en Arizona, Nuevo México y Colorado. Además de los conejos mascota y una reducida industria de carne de conejo, el sudoeste cuenta con amplias poblaciones de liebres norteamericanas de cola blanca y conejos de cola de algodón. Aunque parecen conejos domésticos, son especies totalmente diferentes; no pueden reproducirse entre ellos y tampoco son susceptibles a las mismas enfermedades. Los conejos salvajes parecen ser inmunes a la EHCV1. Pero la EHCV2 ha dado un salto entre especies y, en marzo de 2020, tanto las liebres norteamericanas de cola blanca como los conejos de cola de algodón del sudoeste del país empezaron a morir en masa.

—Me han informado de que son miles —dijo Zimmerman—. Estoy convencido de que lo siguiente serán decenas de miles.

Zimmerman ha conseguido dinero de los presupuestos del estado de Nuevo México para importar quinientas dosis de la vacuna, que distribuirá entre los veterinarios del estado. Da por supuesto que esas dosis irán a parar a «caros animales de cría».

Pero nadie puede ayudar a los conejos salvajes. Algunas vacunas, como la de la rabia, pueden ser distribuidas entre animales salvajes colocándoselas en la comida, pero la vacuna para el virus de la EHC tiene que ser suministrada mediante inyección y repetirse todos los años. El problema no consiste solo en saber cuántos conejos salvajes pueden morir; lo que les ocurra reverbera en otros animales, entre ellos los zorros, los linces, los lobos y los halcones, pues los conejos son su principal aporte de proteínas.

—Cuando esos depredadores se queden sin conejos —dijo Zimmerman—, los gatos y los caniches se convertirán en sus comidas preferidas.

Y si no hay suficientes gatos y caniches en los alrededores, se morirán de hambre.

Durante los últimos tres meses, la EHCV2 se ha manifestado en siete estados occidentales. Ahora que ha pasado a los conejos salvajes, la mayoría de los veterinarios con los que he hablado creen que el virus ha llegado para quedarse y que el Departamento de Agricultura debería cambiar su designación de enfermedad animal extranjera por la de enfermedad endémica. Ha habido algunos golpes de suerte. Por ejemplo, los grandes espectáculos de conejos preparados para la primavera, que habrían reunido a decenas de miles de animales —la fórmula perfecta para el contagio—, se han cancelado debido a la COVID-19. En cualquier caso, la EHCV2 sigue avanzando sin freno.

La Asamblea Nacional de Agentes Estatales para la Salud Animal, que representa a todos los veterinarios de los diferentes estados, ha creado hace poco un grupo de trabajo para evaluar la vacuna y dar recomendaciones al público. El grupo todavía no ha presentado su informe, pero recibí un correo electrónico de Annette Jones, la veterinaria estatal de California, que es la vicepresidenta de la asamblea, que decía: «Sí, tendríamos que poder disponer [de la vacuna] [...] esperamos que algún fabricante dé un paso al frente y le pida la licencia al Departamento de Agricultura». Ningún fabricante estadounidense la ha solicitado todavía, pero uno de ellos como mínimo ha contactado con la Asociación Americana de Criadores de Conejos para mostrar interés.

—Es difícil que esas empresas se interesen por la medicina para conejos —me comentó un veterinario—. Dedican todo el dinero a perros y gatos.

El hecho de que la gente tienda a tener varios conejos hace que vender la vacuna sea complejo a nivel económico. Los dueños de mascotas con uno o dos conejos tal vez podrían vacunar a sus animales cada año, les costaría unos treinta dólares, pero muchos propietarios de conejos tienen diez o veinte o cien, por lo que el coste resulta prohibitivo.

El coste y la disponibilidad no son los únicos retos.

—Me preocupa que exista controversia porque tuvo que morir un conejo para conseguir la vacuna —me dijo Alicia McLaughlin con un suspiro—. Esta vacuna es la única opción que tenemos en este momento, y es muy frustrante.

La House Rabbit Society, una organización para el rescate y adiestramiento de estos animales, indicó en su página web que morían conejos en el proceso de fabricación de la vacuna. En resumen, urgía a los miembros a tener en cuenta si «las vacunas para la EHCV2 son adecuadas para ti y tu familia». Natalie Reeves estaba ansiosa por vacunar a su conejo, *Radar*, lo antes posible. Nunca ha escatimado cuando se trata de sus conejos; gastó miles de dólares en la atención veterinaria de *Mopsy McGillicuddy*, su coneja de pelo enmarañado, para el tratamiento de un linfoma.

—Esta noche he descubierto una información muy inquietante —me escribió en un correo electrónico después de leer la carta de la House Rabbit Society sobre la fabricación de las vacunas—. No sé si podré vacunar a mi conejo sin tener cargo de conciencia, sabiendo que estoy contribuyendo a la muerte de otros.

Mientras la EHCV2 está a punto de ser declarada endémica en Estados Unidos, la vacuna, que es lo único que podría detenerla, está ahora atrapada en contradicciones de conejos. Cuando hablé por primera vez con Reeves, me dijo que los conejos eran los más discriminados de entre todos los animales domésticos. Son ridiculizados por su furor sexual, se los considera desechables, son agrupados junto a bichos raros como las chinchillas y los perritos de las praderas, siempre están sujetos a la distinción entre mascotas y comida... Lamentó que la vacuna fuese otro ejemplo más de la singularidad del espacio que ocupan los conejos en el mundo. ¿Los dueños de perros usarían una medicina producida a partir de la muerte de otro perro? Una vez más, los conejos se encuentran entre la espada y la pared. Como dijo Ralph Zimmerman, «los conejos son todo un dilema».

LA BESTIA PERFECTA

Una mañana, no hace mucho tiempo, dentro de un establo de camellos reformado, al otro lado de la ciudad desde la Casa Blanca, y dejando atrás una nevera donde había enganchado un formulario que enumeraba raciones de bambú y algo llamado «Alimento de comehojas, Gorila», cuatro humanos adultos estaban sentados con la mirada fija en una serie de pantallas de vídeo en las que no estaba pasando absolutamente nada. Todos los presentes parecían encantados. Las imágenes mostraban a dos criaturas en un cubículo en una sala contigua. Una de ellas tenía el aspecto de una enorme y peluda pelota de fútbol; su forma, sus proporciones y sus marcas en blanco y negro recordaban al clásico balón MacGregor talla 5. La otra era una hembra de tamaño considerable y mediana edad de *Ailuropoda melanoleuca*, una panda gigante, y se llamaba *Mei Xiang*. *Mei* y el cachorro, que había nacido a finales de verano y se llamaba *Bao Bao*, estaban dormidos. Salvo por el ligero palpitar de su pelaje, el subir y bajar de sus respiraciones, estaban absolutamente inmóviles. No llegaba ningún sonido del cubículo, solo el susurro del aire al pasar sobre el micrófono. Los observadores estaban embelesados mientras los pandas seguían durmiendo profundamente. Pasaron los minutos. En la pantalla se movió una pata y, acto seguido, los animales retomaron su

descanso. Aquel hipnótico atractivo hacía que todos los presentes estuviesen casi tan inmóviles y silenciosos como los pandas, con la mirada clavada en las pantallas.

—Qué gran mañana —murmuró al final uno de los observadores—. Todo va perfecto.

*

Fueran cuales fuesen los giros y vueltas que dio la evolución para llegar a crear a los pandas gigantes, funcionaron endiabladamente bien porque, como resultado, surgió un animal irresistible. Incluso letárgicos, los pandas transmiten carisma. Esa mañana, cuando me senté en la sala de control del Panda House en el Zoológico Nacional, *Mei* y el cachorro no ofrecieron mucho más que aquel ligero toquecito con la pata y, minutos después, un pequeño ajuste de la posición en la que dormían, y aun así tuvieron que sacarme a rastras de allí cuando llegó el momento de marcharme. El número de personas que se habían ofrecido voluntarias para controlar las cámaras y llevar un registro de cada minuto de vida del bebé panda —una ocupación que cualquiera podría definir como «tediosa»— superaba con creces las que se necesitaban. Es fácil enumerar los elementos que contribuyen al atractivo de los pandas. Esa cabeza, por ejemplo, enorme y de aspecto infantil, y esos grandes ojos (pensados para parecer incluso más grandes gracias a las manchas negras que tienen alrededor), las orejas redondas, el cuerpo rechoncho y el pelaje llamativo. A eso hay que sumarle que los pandas rara vez matan nada. Y después está su postura habitual: sentados con la espalda tiesa, con una caña de bambú en la mano y una expresión zen, o balanceándose con los pies torcidos, moviendo su cola corta y plana. Son la bestia perfecta. Como le gusta decir a Brandie Smith, una de las encargadas de los mamíferos del Zoológico Nacional, los pandas son el *umami* de los animales: son simplemente deliciosos. Da la impresión de que los seres humanos tenemos el equivalente de los receptores del gusto por los pandas, y nos quedamos embelesados en cuanto vemos uno, aunque esté dormido, hecho una bola, sin hacer nada más que

limitarse a ser un panda.

Si los pandas fueran simples, tal vez no serían tan maravillosos. Pero en lugar de eso son peculiares, quisquillosos. Son únicos, un modelo de animal de edición limitada que ha guardado para sí muchos de sus secretos, a pesar de haber sido estudiados a fondo por los zoólogos durante años. Incluso cuestiones básicas sobre qué son en realidad —si son más osos o más mapaches o algo muy diferente— siguen vigentes. Un estudio de 1985 realizado por Stephen O'Brien para el Instituto Nacional del Cáncer utilizó el análisis molecular para clasificar de manera definitiva a los pandas como miembros de la familia de los osos. Pero son unos osos raros. Al contrario que otros, por ejemplo, estos no son cazadores. (Ver a un panda comiéndose a otro animal es algo tan infrecuente que sería noticia; cuando en China se avistó un panda hurgando en el cadáver de una criatura, algo parecido a una cabra, provocó titulares en la prensa durante días.) Al contrario que otros, los pandas no hibernan. No hacen los ruidos típicos de los osos. Smith me mostró un vídeo de *Bao Bao* mientras la examinaban los veterinarios del zoo y el sonido que hacía era exactamente igual al de una adolescente quejándose: «¡Ouuuu! ¡Ouuuu!». Cuando sea adulta, *Bao Bao* balará como una oveja merina.

Mientras tanto, a *Bao Bao* le crecerá uno de los pocos pulgares oponibles del reino animal. Lo utilizará para arrancar las hojas de su adorado bambú. Cuando madure, se pondrá en celo una vez al año y le durará entre uno y tres días, durante los cuales mostrará el único destello de interés por otros pandas que expresará en su vida. El hecho es que esos pandas que nosotros adoramos tanto no se adoran entre sí. (Apenas toleran la compañía de otros miembros de su especie.) Tras una breve cópula, la osa panda tendrá una subida hormonal que parecerá indicar que está embarazada, pero esa subida la siente estando embarazada y no estándolo, lo que hace que resulte casi imposible apreciar la diferencia entre un auténtico embarazo y un «pseudoembarazo» hasta el día en que nace un cachorro (o no), unos cuatro meses más tarde. De ahí que siempre impere una ansiosa sensación de expectativa cuando una

panda en cautividad llega al final de lo que podría ser un embarazo de verdad. En cierto sentido, pasa como con las familias reales, pero hay una diferencia esencial. Cuando la duquesa de Cambridge está embarazada no hay duda alguna de que lo está; una osa panda, por otra parte, te mantiene con la duda. En pocas palabras, los osos panda son el clásico misterio envuelto en un enigma dentro del paquete más entrañable del mundo.

*

En la actualidad, los pandas cautivos se crean, no nacen de manera espontánea. El cachorro de *Mei*, por ejemplo, es el feliz resultado de la inseminación artificial. A pesar de que *Mei Xiang* y el panda macho del zoo, *Tian Tian*, tienen relaciones de vez en cuando, no se les da muy bien, así que los veterinarios del zoo inseminan a *Mei* por si acaso cada vez que está en celo. En una pequeña y abarrotada sala al otro lado de las instalaciones del zoo, el fisiólogo reproductivo que llevó a cabo la última inseminación, Pierre Comizzoli, me mostró varios pequeños tanques de metal que contenían esperma congelado de muchas especies del zoo, incluyendo muestras de *Tian Tian*, el padre de *Bao Bao*. Otra de las muchas rarezas de los pandas: producen un esperma muy resistente. Al contrario que el de los toros, por ejemplo, el semen de panda funciona bien cuando se criogeniza a –200 ºC. Resulta curioso que ese resistente esperma dé como resultado una de las crías más pequeñas del mundo animal a nivel de proporciones: una osa panda de 113 kilos da a luz a un cachorro que es más o menos del tamaño de una barra de mantequilla, frágil e indefenso como una muñeca de porcelana.

*

¿Son los pandas algún tipo de error de la evolución? Su escasez lleva a pensarlo a veces, y también su tendencia a la excentricidad: la dieta quisquillosa, el fugaz día fértil, los cachorros diminutos. Aunque no es del todo así. La dieta es monótona, pero está basada

en una de las más abundantes formas de vegetación del planeta. Con todo, el bambú es una elección curiosa, y los científicos han descubierto que en realidad no era la primera opción de comida de los pandas: sus antepasados eran carnívoros, primos lejanos de las hienas, de los tigres dientes de sable y de los tejones. El aparato digestivo de los pandas está diseñado para la carne: no disponen del alargado y redundante sistema digestivo de los comedores de hierba como las vacas. Por ese motivo comen mucho bambú, pero no lo digieren muy bien. Entonces ¿por qué no comen carne? Por lo visto, durante su proceso evolutivo, los pandas perdieron el receptor del sabor para los alimentos muy proteínicos. Es decir, la carne ha dejado de resultarles atractiva. Los científicos no están seguros del motivo. Sea cual sea la razón, el resultado es un enorme apetito por esas verdes hojas y, por fortuna, las zonas en las que viven los pandas están llenas de bosques de bambú que los mantienen nutridos, aunque un adulto tenga que comer bambú casi sin descanso para mantener el peso de su cuerpo.

La breve ventana de celo de las pandas es un incordio para el personal del zoo que pretende que se queden embarazadas, pero en libertad no tienen problemas para reproducirse. Se trata de una especie que existe en los márgenes, pero eran unos márgenes cómodos; es decir, hasta que el desarrollo empezó a reducir su hábitat. Los estudios más recientes sobre la población salvaje de pandas en China, al parecer, ofrecen buenas noticias. El número de animales en las grandes reservas parece estar aumentando. Eso da a entender que los pandas no son una especie inadaptada que decrece por culpa de un mal diseño genético, sino que, en lugar de eso, se trata de un animal especial tan bien adaptado a su entorno que cualquier cambio pone en peligro a la especie.

*

Los pandas que podemos ver en cautividad nos fascinan hasta tal punto que enseguida nos olvidamos de los que no vemos, los ejemplares salvajes que tienen que salir adelante por su cuenta a base de bambú, ocultándose casi por completo en los nevados

recovecos de las montañas de China. En el Instituto Smithsonian para la Conservación Biológica de Front Royal, en Virginia, me encontré con un montón de investigadores que pasaban el tiempo preocupados por esos pandas. Según David Wildt, director del equipo de supervivencia de especies, se trata de una labor a menudo desagradecida y muy poco glamurosa. La mayoría de las veces, tras recorrer terrenos escarpados con mal tiempo, los investigadores acaban viendo muchas heces de panda pero ningún oso. Se puede aprender mucho de ello, pero no puede compararse con el placer de encontrarse con unos animales casi mágicos, sobre todo cuando están en su propio territorio. La extraña ecuación del proceso evolutivo ha creado un animal inusual como el oso panda, del mismo modo que ha inducido en los seres humanos un poderoso deseo de verlos sea como sea.

*

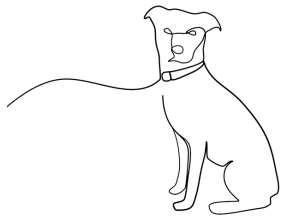
A veces, por supuesto, los científicos que hacen trabajo de campo tienen suerte. Uno de los investigadores que conocí en Front Royal era un hombre llamado Dajun Wang, un investigador de la Universidad de Pekín. Dajun trabaja con el Smithsonian y colabora con el equipo de supervivencia de especies. Pasa la mayor parte del tiempo rastreando osos panda en las reservas occidentales de China. Me explicó que el carácter elusivo de los pandas en libertad se debe a las dificultades para desplazarse por su hábitat y también a su tendencia a la soledad, más que al miedo a los seres humanos. De hecho, los seres humanos no parecen importarles demasiado.

Mientras Dajun me contaba esto, empezó a sonreír y me habló de una hembra de panda que había rastreado y que se mostró especialmente cómoda en su presencia. Estaba tan relajada que, una mañana de primavera, cuando pasaba al lado de Dajun con su cachorro, se detuvo a su lado y le indicó que lo cuidase mientras ella iba en busca de comida. Otro científico grabó en vídeo ese episodio de Dajun cuidando de la cría de panda. Cuando lo ves, pues ahora está colgado en YouTube, resulta sorprendente no solo ver a un cachorro de panda retozando con Dajun, sino también la

expresión de felicidad en la cara de Dajun mientras le rasca el vientre al cachorro, aparta la manga de la chaqueta de sus inquisitivas garras y después lo levanta en el aire y baila unos segundos con él.

—Fue el mejor momento de mi vida —comenta Dajun en la página de YouTube.

PERRO PERDIDO



El 6 de agosto de 2003, Stephen Morris aparcó su coche en el Centro de Historia de Atlanta con la intención de pasar la siguiente media hora ilustrándose, junto a su sobrino, sobre las características de la guerra de Secesión. Era solo el inicio de lo que iba a convertirse en un día horrible. Al principio, sin embargo, todo parecía ir bien. Morris es un tipo musculoso de cincuenta años con una buena mata de pelo color castaño y el aire pensativo de un académico no practicante. Estaba en mitad de la redacción de su tesis doctoral, una biografía de William Young, un compositor del siglo XVII en la corte del archiduque de Innsbruck. El sobrino adolescente de Morris había venido a visitarlo desde la Columbia Británica y él se había tomado un descanso de la tesis para enseñarle al chico lo más destacado de la ciudad de Atlanta. La esposa de Morris, Beth Bell, una epidemióloga de hombros rectos y agudo sarcasmo cuya especialidad es la hepatitis, no había ido con ellos porque estaba trabajando en el Centro de Control y Prevención de Enfermedades. Es investigadora principal del CCPE; ese día en concreto, estaba totalmente inmersa en el estudio de un brote de salmonela entre los asistentes a unos conciertos de

improvisación de bandas.

Morris encontró sitio para aparcar en el Centro de Historia con cierta facilidad. El aparcamiento de tres plantas a cielo abierto es pequeño, pero había un montón de plazas disponibles. Un cartel que había encima de la entrada decía, ominoso: «Ayúdenos a mantener su vehículo seguro mientras está aquí. Por favor, llévese todos los elementos de valor». Pero, más allá de esa advertencia, el Centro de Historia se encuentra en una zona próspera y arbolada de Atlanta llamada Buckhead, donde ni las personas ni los vehículos suelen correr ningún peligro. En cualquier caso, el coche de Morris y Bell, una abollada pero práctica camioneta Volvo de 1999, no era de los que suelen llamar la atención. Lo único destacable respecto al coche era lo que contenía: el perro de Morris y Bell, *Coby*, un border collie negro con una cadera artificial al que le faltaba un diente, y una *viola da gamba* bastante bonita de la que Morris estaba a cargo en calidad de director del programa de alquiler de la Sociedad de la Viola da Gamba de Estados Unidos.

El 6 de agosto fue un día caluroso y hacía bochorno. Respecto a *Coby*, Morris dejó las ventanas subidas, las puertas cerradas y el motor en marcha con el aire acondicionado encendido. Se llevó una llave de recambio consigo. Es algo habitual entre los dueños de animales en climas sureños si vas a dejar al perro en el coche y no quieres encontrarlo asado a la vuelta. Un coche vacío con las llaves puestas, en un aparcamiento relativamente vacío, podría representar, para cierto tipo de persona, una tentación irresistible. Pero si alguien vio a ese tipo de persona cerca, no debió de llamar la atención.

Morris y su sobrino deambularon por los frescos pasillos blancos del museo, hicieron una rápida valoración de la guerra civil y después se dispusieron a marcharse. Volvieron al aparcamiento y no pudieron encontrar el coche. Al principio, pensaron que se les había olvidado dónde estaba. Buscaron por todo el aparcamiento y regresaron al punto donde estaban totalmente seguros de haberlo dejado. No había duda alguna de que el Volvo, la *viola da gamba* y el perro habían desaparecido. La única marca que quedaba en el lugar era un poco de polvo azulado

de cristal roto.

En el área de Atlanta roban unos ochenta coches todos los días. Se trata de una cifra estable pero no excepcional, que sitúa el nivel de coches desaparecidos de la ciudad justo por detrás del de Houston y un poco por encima del de Seattle. Además del vehículo, en la mayoría de estos robos lo que sacan quienes los perpetran no es más que lo que suele haber dentro: tal vez un par de cintas de casete, restos de comida rápida o un puñado de ambientadores agotados. El coche de Stephen Morris y Beth Bell, sin embargo, incluía un botín poco habitual: un perro y una *viola da gamba*. Es posible que el ladrón no se fijase en ello. Seguramente estaba demasiado entusiasmado por haber encontrado un coche con las llaves puestas como para hacer inventario.

Morris y Bell estaban disgustados por haber perdido la *viola da gamba* (era una buena reproducción de un instrumento del siglo XV que valía miles de dólares). No les hacía ninguna gracia haber perdido su coche. Pero esas preocupaciones triviales quedaban en nada frente a lo que les hacía sentir el hecho de haber perdido a su perro. En el informe que Morris le presentó a la policía cuando llegaron al Centro de Historia, ni siquiera mencionó la *viola da gamba*, pero sí el secuestro de *Coby* en varias ocasiones.

*

En términos generales, la gente adora a sus perros. Morris y Bell están especialmente entregados a *Coby* porque habían cuidado de él en sus diferentes desventuras. Lo vieron por primera vez en un concurso de pastoreo junto al que pasaron mientras iban en bicicleta por el campo, en Georgia. Se fijaron en él de inmediato y le preguntaron a la criadora si el perro estaba disponible; les dijo que ya se lo había prometido a otra persona. Bell volvió a hablar con ella días después, por si acaso los otros propietarios habían cambiado de opinión. Pero fue la criadora la que cambió de opinión: decidió que quería quedarse con el cachorro. Morris y Bell insistieron y, después de un día entero de súplicas, la criadora aceptó venderles a *Coby* a ellos.

Cuando creció, *Coby* desarrolló una displasia en las caderas en toda regla y necesitó una operación para reemplazar una de ellas; les costó 4.000 dólares. Cuando tenía dos años y medio, se le saltó un diente jugando a pillar. Tiempo después, mordió mal un palo y se le atascó en la garganta, a unos pocos milímetros de la tráquea. Al veterinario de *Coby*, que lo salvó del percance con el palo, le gusta describirlo como un perro con nueve vidas. En su vida actual, al menos, *Coby* es un perro de pelaje tupido, orejas puntiagudas y hombros tensos, con una mirada intensa y una actitud de ávido buscador. Su dedicación a la hora de recuperar los objetos de goma que le lanzan es tan inagotable que resulta agotadora. Ha trazado un sendero profundo y polvoriento en el jardín de Bell y Morris entre el lugar en el que a ellos les gusta detenerse cuando le lanzan su juguete Kong y donde a él le gusta esperar a que se lo lancen. Gracias a *Coby*, Morris tiene un poderoso brazo de lanzador y una firme manera de decir: «Ya basta, *Coby*», cuando se queda sin energía para seguir lanzando.

*

Así que este era el problema del perro en el coche robado. Un perro puede andar solo unos ocho kilómetros por hora, pero un perro montado en un coche puede viajar a cien o ciento veinte kilómetros por hora. En un escenario en el que, por decir algo, *Coby* hubiese saltado del coche y echado a andar alejándose del Centro de Historia, podría haberse trazado un perímetro según este posible ritmo. Si se había quedado en el coche, sin embargo, no había manera de saber dónde podía estar. En cuestión de un par de horas podría haber cruzado la frontera con Alabama o Carolina del Sur o Tennessee.

La ciencia epidemiológica fue de cierta ayuda en la desaparición de *Coby*. Esa tarde, unos cuantos compañeros de Bell en el CCPE los acompañaron a ella y a Morris y se pusieron a buscar en el área de unas trece hectáreas que rodeaba al Centro de Historia.

—Nos encontrábamos en la fase de generación de hipótesis de

la investigación —me dijo Bell—. Primero desarrollamos la hipótesis de que *Coby* podía estar todavía en el Centro de Historia.

Bell suponía que el tipo que se había llevado el coche no quería un perro, que su interés se centraba únicamente en el coche y, en consecuencia, era muy probable que al darse cuenta de la presencia de *Coby* lo hubiese dejado salir. Su segundo postulado era que cuando el ladrón rompió la ventanilla para entrar en el coche *Coby* había escapado. Ambas premisas apuntaban a que *Coby* tenía que estar aún en los alrededores del Centro de Historia.

Eso los llevó hasta la granja Tullie Smith, una hacienda de antes de la guerra en los terrenos del Centro de Historia. En la hacienda pueden verse doncellas vestidas con muselinas batiendo mantequilla y fabricando velas, y también hay un pequeño rebaño de ovejas. A los border collie les encantan las ovejas. ¡Razonamiento directo! El equipo de epidemiólogos se dirigió hacia allí. Pero *Coby* no estaba. Regresaron al día siguiente.

—No vimos a *Coby* por ninguna parte, pero paramos a todo el que pasaba a nuestro lado —me dijo uno de los buscadores—. Conseguimos algunas respuestas de lo más interesantes. A una mujer mayor le preguntamos si había visto al perro y dijo que no. Pero añadió que ella había perdido a su familia y que si la habíamos visto nosotros.

El equipo de búsqueda siguió adelante con sus pesquisas. Colgaron algunos carteles hechos a toda prisa en las farolas. Rebuscaron en cubos de basura y contenedores, lugares a los que podía acudir un perro hambriento. Hicieron parar a los coches que pasaban por la cercana West Paces Ferry Road. Atravesaron el Mary Howard Gilbert Memorial Quarry Garden del Centro de Historia, su teatro victoriano y el sendero de Swan Woods. Siguieron buscando hasta las once de la noche del miércoles, así como la mayor parte del jueves, pero no encontraron al perro; no había rastro de él.

*

Los perros se pierden en todo tipo de circunstancias. Salen por la

puerta con las continuas visitas de los niños en Halloween, se cuelan por debajo de verjas, echan a correr detrás de ardillas y palomas. Algunos perros son reincidentes. Hace poco oí la historia de *Huey* y *Dewey*, dos pastores de Shetland de Massachusetts, hermanos, que no quisieron que los examinase un veterinario y salieron corriendo. Cuarenta y tres días después, un voluntario de la búsqueda de los perros encontró a *Huey*, pero *Dewey* desapareció para siempre. Año y medio después de su primera escapada, *Huey* volvió a marcharse, en esta ocasión durante una visita a una perrera. La encontraron ochenta y nueve días más tarde, a escasos metros de donde había escapado.

A veces, un perro que se da por perdido para siempre reaparece inesperadamente. Un dóberman de San Francisco, capaz de levantarse sobre su propia cabeza, desapareció. Pasaron tres años. Su dueña lo encontró cuando, por casualidad, oyó a un camarero en un restaurante diciendo que su compañero de piso tenía un nuevo perro, un dóberman, con la habilidad de alzarse sobre su propia cabeza. Se trataba de *Dobe*, su perro perdido.

Según el recuento de la Asociación de Fabricantes de Productos para Mascotas de 2003, en Estados Unidos hay 65 millones de perros. Unos 10 millones de ellos se extravían cada año. La mitad vuelve. Otros acaban en nuevos hogares con otros nombres, o son atropellados, o sufren otras desgracias. Muchos, sin embargo, desaparecen sin dejar rastro.

Los artilugios para la identificación de perros son una gigantesca sección de la gigantesca industria de las mascotas, que mueve más de 34.300 millones de dólares al año. Además de las plaquitas que se cuelgan en el collar en forma de corazón, estrella o boca de incendios, disponibles en aluminio, oro, acero o con pedrería, existe un floreciente negocio de microchips, del tamaño de un grano de arroz, que se implantan bajo la piel entre los omóplatos de los animales. Los microchips empezaron a utilizarse a principios de los años ochenta. Avid Identification Systems, de Norco, en California, es una de las mayores empresas de microchips del mundo y tiene más de 11 millones de mascotas en su base de datos internacional. HomeAgain, otro importante

suministrador de microchips, ha colocado sus aparatos en unos tres millones de animales. GPS Tracks, una empresa ubicada en Jericho, Nueva York, presentó el primer sistema de localización por satélite para perros del mundo, un transmisor del tamaño de un puño llamado GlobalPetFinder, que se engancha en el collar del perro y transmite su localización exacta cada treinta segundos a un teléfono móvil o un ordenador. Antes incluso de que se anunciase oficialmente, la empresa tenía ya una lista de espera de más de tres mil clientes.

—Una noche, llovía a cántaros, el perro se había escapado, los niños no dejaban de llorar, histéricos, y pensé: esto tiene que parar —contó hace poco Jennifer Durst, fundadora y CEO de GPS Tracks —. Si tenemos LoJack para los coches, ¿por qué no un LoDog para los perros?

*

Coby, por desgracia, no tenía ni un microchip implantado ni uno de los primeros prototipos de GlobalPetFinder. Ni siquiera llevaba una de esas plaquitas de la rabia, que es otra de las formas de identificar a un animal perdido. *Coby* suele llevarla enganchada en un collar de nailon con su nombre y el número de teléfono, pero Bell y Morris se lo quitaban todas las noches para que pudiese dormir ligero. Volvían a ponérselo todas las mañanas. Pero, ese día en concreto, Morris no le había puesto a *Coby* el collar porque esperaba que la visita al Centro de Historia fuese breve y dio por hecho que el perro estaría seguro dentro del coche. Eso significaba que en ese momento estaba en paradero desconocido y era anónimo, y todo lo que podía identificarlo o ayudarlo a volver a casa se encontraba en una cesta junto a la puerta trasera de su casa en un barrio de las afueras de Atlanta.

Tras la infructuosa búsqueda del miércoles por la noche, Bell decidió que era el momento de dar el salto a una investigación de brote; es decir, aplicar las mismas técnicas que ella utiliza cuando tiene que analizar algo como, por ejemplo, una ola de alguna enfermedad entre los consumidores de metanfetamina en

Wyoming. Ella y Morris enviaron faxes a todos los refugios para animales de la zona de Atlanta, a los grupos de rescate locales y a todas las consultas veterinarias cercanas. Inscribieron a *Coby* en muchas de las casi infinitas páginas web de animales perdidos, incluyendo PetFinder, Pets 911, Pets Missing in Action, FindFido, Petzniam, K9Finder, Dog Tracer y Lassie Come Home. Hicieron cientos de carteles. El jueves los colocaron en zonas receptivas y con gran cantidad de animales como aparcamientos y tiendas de mascotas. También los colgaron por toda Peachtree Road, que atraviesa en diagonal todo el noreste de Atlanta y donde se encuentran los bares y restaurantes más frecuentados de la ciudad. Bell lo justificó porque se trataba de uno de los escasos lugares en la ciudad en los que la gente se desplazaba a pie; en otras palabras, a una velocidad lo bastante lenta como para leer bien los carteles sobre un perro perdido.

Recibieron respuestas de inmediato. Una mujer a una hora de distancia en coche, en el condado de Gwinnett, al norte, llamó para decir que había encontrado un perro que le recordaba un poco a la descripción de *Coby*. Bell y Morris fueron allí para echarle un vistazo al perro, pero resultó ser un border collie que alguien había perdido. Una mujer llamó desde Alabama, pero, por su descripción, el perro que había encontrado era un pequeño caniche blanco. El teléfono siguió sonando. Algunas de las llamadas hablaban de avistamientos de perros, otras ofrecían consejo, algunas eran de otros dueños que también habían perdido a sus perros y querían decirles que lo sentían. A Bell y Morris les llegaron montones de correos electrónicos:

> Hola, me llamo Amy [...] Lamento mucho lo de vuestra tragedia. Tal vez los ladrones lo dejaron en Buckhead, pero ¿quién sabe? ¿¿¿Por qué el perro se quedó dentro del coche en un día de verano CALUROSO???
>
> Siento que hayáis perdido a vuestro perro, es muy triste.

*

El jueves y el viernes, Bell y Morris visitaron refugios para animales por toda Atlanta para asegurarse de que *Coby* no se

encontraba entre los terriers y los beagles descarriados de la perrera municipal o entre los pitbulls y los sabuesos que languidecían en los refugios de las afueras. Bell se dio cuenta de que también era hora, por desgracia, de hablar con el encargado municipal de la desagradable tarea de catalogar a los animales atropellados durante el día.

—Cuando estás buscando algo, nunca sabes qué vas a encontrar —me dijo no hace mucho—. Pero, debido a mi trabajo, sé que tienes que hacer la pregunta.

Otra cuestión era si pedir o no ayuda en algún sitio. La cantidad de personas que ha perdido animales es grande y constituye un mercado significativo y a menudo generoso al que hay que atender. Uno de los más conocidos detectives de mascotas perdidas del país, Sherlock Bones, se metió en el negocio con una filosofía de precio por libra de peso. Harto de su trabajo en el mundo de los seguros, Bones, cuyo nombre real es John Keane, decidió abrir su propia empresa. No estaba seguro de qué clase de negocio montar hasta que vio el anuncio de un chihuahua perdido. Keane asegura que fue una epifanía.

—Había una recompensa de mil dólares por el Chihuahua —me contó—. Pensé: «Eso son quinientos dólares la libra».

Keane inició su andadura como Sherlock Bones en 1976. Trabaja en las afueras de Washougal, en el estado de Washington, y lleva unos quinientos casos de perros perdidos al año. Solía trabajar sobre el terreno, pero ahora se centra en la asesoría y en la creación de materiales —sobre todo carteles y anuncios— para particulares.

—Llevar a cabo búsquedas hoy en día resulta muy estresante —me explicó. Hablamos por teléfono mientras él daba un paseo matinal con su perro, un pastor de Brie, y fumaba mientras hablaba—. Tratas con personas en crisis. Es un asunto serio, porque después de ocho horas es difícil que alguien pueda encontrar a su mascota por su cuenta, a menos que tenga mucha suerte. Necesitan ayuda de alguien que disponga de la información adecuada. No acudes a un rabino para aprender a jugar al béisbol.

Keane me explicó que está especializado en perros y gatos.

—No trabajo con animales raros —me dijo—. Aunque en una ocasión hice un cartel para una llama perdida. Se llamaba *Fernando Llama*.

Bell y Morris decidieron llamar a Sherlock Bones si no encontraban a *Coby* antes del lunes. Mientras tanto, se mantuvieron en contacto con una buscadora de perros voluntaria llamada Debbie Hall, que pertenece a una amplia comunidad de personas de todo el país que buscan mascotas perdidas de manera gratuita. Hall les ayudó a rediseñar sus folletos para que causasen un impacto mayor. Les sugirió que añadiesen una descripción de su coche junto a la del perro. Les hizo llegar una larga serie de recomendaciones —ocho extensos documentos— sobre la búsqueda de mascotas perdidas.

Hall y su marido viven en el sudeste de Massachusetts. Tienen dos perros: una mezcla de yorkshire terrier y chihuahua y una mezcla de yorkshire terrier y caniche. También tienen tres periquitos, dos fueron un regalo y el tercero seguramente uno que alguien perdió, porque un día apareció por sorpresa en su jardín. Una de las habitaciones de la casa de Hall está ocupada por todo lo relacionado con las pesquisas sobre mascotas: ropa de camuflaje, unas cuantas trampas Havahart y media docena de cuadernos con las notas de Hall, que suele pasar la noche fuera de casa cuando está investigando.

—Los días son larguísimos —me explicó—, pero me encanta lo que hago. Este es uno de los aspectos de mi vida en los que soy lo bastante buena como para considerarlo mi trabajo.

Una actividad que no ha estado exenta de desafíos. En una ocasión, una persona la apuntó con una pistola mientras buscaba a un pastor alemán en Virginia y, en otra, quedó atrapada en su propia trampa Havahart de dos metros. Pero lo peor de todo ha sido pasarse infinidad de días llorando a perros que encontró ya muertos.

—Todavía duele —me dijo abriendo una página de uno de los cuadernos sobre su primer caso, *Tia*, una border collie desaparecida que encontraron ahogada—. Pero siempre soy optimista y creo que encontraremos al perro.

*

El sábado por la noche, tres días después de la desaparición de *Coby*, Bell y Morris se tomaron un descanso. Un joven que pasaba por Peachtree se fijó en uno de sus carteles y llamó para comentar que había estado jugando a rugby hacía unos días en un parque en el centro de la ciudad y había visto a un perro que se parecía a *Coby*. Le dijo a Bell que un hombre había estado rondando por el parque con el perro, diciendo que alguien lo había abandonado.

Lo primero que hicieron el domingo por la mañana Bell y Morris fue dirigirse al parque, un pedazo de tierra más bien descuidado en una desafortunada zona de la ciudad conocida como Old Fourth Ward. En las congregaciones próximas, la Tabernacle Baptist Church y la Mount Sinai Baptist Church, acababan de finalizar los servicios y los asistentes salían del edificio, así que Bell y Morris fueron a preguntar a unos cuantos de ellos si habían visto al perro, pero nadie les dio una respuesta afirmativa. Se alejaron de la iglesia por Boulevard, la ancha calle en el límite occidental de Old Fourth Ward. Pasaron junto a hombres que jugaban a los dados en aparcamientos de supermercados y merodeando frente a carteles que decían: «Propiedad Privada. Prohibido Sentarse en el Muro». Les entregaron folletos y preguntaron por *Coby*.

—Mi hermano tiene a ese perro —le dijo a Bell uno de aquellos hombres—. Si me das dos dólares, voy a por él.

Otro dijo que había estado jugando con el perro, pero que no podía recordar dónde o cuándo.

Bell y Morris repartieron más folletos. Un joven que pasaba por la acera cogió uno de los folletos, se alejó y después se dio la vuelta y regresó para hablar con ellos. Se presentó como Chris Walker y les dijo a Bell y a Morris que no tenía ni idea del perro, pero que sí sabía algo del coche. Dijo que lo había visto cerca del parque los últimos días y que conocía al tipo que lo conducía porque habían estado detenidos juntos meses atrás.

—El tal Chris era un verdadero científico —me comentó Bell con admiración—. No sabía el nombre del tipo en cuestión, pero

recordaba que solo había otras tres personas detenidas con él. Uno era egipcio, otro era viejo y el tercero era el que había robado el coche. Por lo tanto, lo único que teníamos que hacer era conseguir la ficha de detención, descartar al egipcio y al viejo y tendríamos el nombre de quien había robado el coche.

Walker instó a Bell y a Morris a que llamasen a la policía de inmediato. Parecía ansioso por corroborar su historia. Llamaron a la policía. Walker esperó con ellos casi una hora hasta que llegó un coche patrulla. A Walker le molestó que no llevasen ordenador en el coche patrulla para poder comprobar la ficha de detención. Estaba tan ansioso por verificar lo que había dicho que acompañó a Bell y a Morris a la comisaría más cercana para ver si el agente comprobaba los registros. El agente no iba a complacerlos, pero creía que Walker estaba diciendo la verdad. Les propuso a Morris y a Bell que contactasen con Midtown Blue, una organización de agentes de policía que realizaban trabajos de seguridad cuando estaban fuera de servicio, porque pensó que podrían ayudarlos.

Morris y Bell le dieron algo de dinero a Walker por sus indicaciones, pero él parecía más interesado en asegurarse de que seguían el hilo de su historia.

—Chris sufre la maldición de la familia —me contó el tío de Walker, Lee Harris, cuando lo visité el verano pasado—. La gente de esta familia se parte la espalda para ayudar a cualquiera que esté sufriendo.

Más tarde, ese mismo domingo, tras dejar a Bell y a Morris, Walker se metió en un lío con un agente de policía. El lunes, cuando llamó a Bell para saber si había encontrado el coche, le dijo que estaba llamando desde la cárcel.

*

Por asombrosa que pareciese la historia de Walker, Bell y Morris creían que había visto el coche de verdad. Apoyándose en lo que les había dicho el jugador de rugby que les había llamado desde Peachtree, empezaron a sospechar que quien había robado el coche había soltado al perro en el parque. Bell y Morris se dirigieron a la

suave pendiente que había cerca del campo de juego y hablaron con varios indigentes que dormían bajo un pequeño grupo de robles, pues suponían que estaban al corriente de todo lo que pasaba en el parque. Todos con los que hablaron recordaban haber visto a *Coby*.

Algunas de esas personas seguían viviendo en el parque el verano siguiente, cuando fui a Atlanta para conocer la historia de *Coby*. Visité el parque un día abrasador. Se oían ruidos por aquí y por allí, flotando en aquel aire húmedo: alguien lanzaba sin mucha energía una pelota de tenis contra la pared y llegaban los gritos apagados y los vítores de un partido de fútbol que se celebraba en un extremo del parque. Había un hombre sentado en un banco bajo la escasa sombra que creaba un pabellón de cemento, rasgando una guitarra que mantenía sus piezas unidas gracias a la cinta de embalar. Me dijo que se llamaba Ben Macon. Me contó que llevaba diez años viviendo en el parque. Me explicó que había pasado varios días con *Coby*. Describió al perro con gran precisión, su llamativa mirada y su actitud predadora cuando jugaba a atrapar cosas.

—Ese perro era increíble —dijo Macon—. Podías jugar con él. Quería ser tu amigo. Era un perro muy sociable, se notaba.

Macon rasgó un poco la guitarra y se inclinó hacia delante.

—Si tuviese una casa, me gustaría tener un perro como ese. Pero la gente con perro son gente con buenos trabajos —señaló, se detuvo durante un momento y después añadió—: Un perro como ese te hace sentir bien. Lo echo de menos.

*

El domingo, Bell y Morris pasaron horas buscando en el parque y recorriendo Boulevard arriba y abajo. Al final, dejaron de entregar folletos y de colgar carteles durante un rato y se fueron a casa para ducharse y comer. Al poco de llegar a casa, recibieron una llamada. La mujer al otro lado de la línea les dijo que el sábado ella y su pareja habían recogido a un border collie macho de color negro sin collar mientras perseguía una pelota de tenis en

Boulevard. Habían intentado encontrar a su dueño a través de los grupos de rescate, pero no tuvieron éxito. En ese momento, iban en el coche al veterinario con el perro porque habían decidido quedárselo. Pero en uno de los semáforos, de camino, habían visto uno de los carteles de Bell y Morris. El cartel, con toda probabilidad, lo habían colgado hacía poco menos de una hora antes de que ella lo viese.

La mujer que llamaba, Danielle Ross, les propuso a Bell y a Morris encontrarse en el veterinario. Cuando colgó el teléfono, Ross decidió decirle al perro que llevaba en el coche el nombre que aparecía en el cartel, para ver si respondía. En un primer momento lo pronunció mal, como «*Coubai*». El perro, que parecía bastante sano pero totalmente agotado, ni siquiera alzó la cabeza. Entonces intentó pronunciarlo de otra manera —«*Co-bi*»— y el perro se incorporó, alerta. Cuando Ross llegó a la clínica Pets Are People Too, supo que *Coby* iba a volver a casa.

Cuando Bell y Morris entraron en el aparcamiento de la clínica veterinaria, pudieron ver al perro a través de la ventana frontal. Supieron al instante que se trataba de *Coby*. A pesar de lo cansado que estaba, echó a correr a su encuentro.

*

Una vez en casa, mimaron a *Coby* y no dejaron de repasar los detalles de la coincidencia que lo había traído de vuelta. Sonó el teléfono. Un agente de policía se identificó y dijo que tenía noticias para ellos. Había habido un accidente de automóvil; el conductor había desaparecido; el coche, incautado por la policía, era suyo. Al día siguiente, Bell y Morris acudieron a la comisaría para reclamar el coche. Primero les dijeron que se habían equivocado, que no se había incautado ningún automóvil que coincidiera con los números de identificación del suyo. Pero, después, el agente comprobó de nuevo los registros y concluyó que la policía, en efecto, tenía el coche. Aunque no había gran cosa que devolver porque el coche había quedado siniestro total.

Habiendo recuperado a *Coby* y el coche, Bell y Morris

sintieron que estaban en racha. Lo único que necesitaban ahora era recuperar la *viola da gamba*. Decidieron buscar casas de empeño en la guía telefónica. Había cerca de trescientas en la zona de Atlanta, así que se concentraron en las que quedaban más cerca del parque en el que *Coby* había estado todo ese tiempo. Una de ellas, Jerry's Pawn Shop, incluía instrumentos musicales entre sus especialidades.

A decir verdad, encontrarla era más que improbable. Solo en el centro de Atlanta se empeñan unos diez mil objetos al mes, y todo respondía solo a una serie de conjeturas: una, que el ladrón del coche hubiese decidido sacar algo de dinero del instrumento; dos, que para hacerlo hubiese escogido una casa de empeño, y tres, tenía que haber ido a una que estuviese cerca del parque. Pero el razonamiento lógico parecía sólido. Morris telefoneó a Jerry's para preguntar por la *viola da gamba*. Sí, justo tenían una de un tipo que la había empeñado por veinticinco dólares. Bell y Morris fueron corriendo a Jerry's.

La *viola* que estaba en Jerry's era, efectivamente, la que Morris tenía en préstamo. ¿Quién la había empeñado?

—Bueno, no me pareció precisamente un intérprete de *viola da gamba* —les dijo Bill Hansel, que había llevado a cabo la transacción.

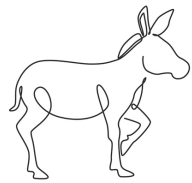
Según Hansel, se trataba de un hombre joven, con prisas, y quería vender la *viola da gamba* directamente, no empeñarla. Las leyes de Georgia exigen las huellas digitales y una identificación a quienes van a vender algo en una casa de empeños. Más tarde, la policía acudió a la dirección que el no intérprete de *viola da gamba* había dado. Resultó que era una casa abandonada.

*

Llegados a ese punto, la policía estaba al corriente del nombre del ladrón. Después de todo, estaba en el recibo de la casa de empeños y en el registro de detención de su arresto con Chris Walker, y había huellas digitales en el Volvo, la *viola da gamba*, el recibo de la casa de empeño y, probablemente, en *Coby*. Pero el hombre

seguía en libertad. Antes de que el coche fuese remolcado hasta un desguace, Morris comprobó si quedaba en él alguna pertenencia suya o de Bell. No había nada suyo, pero el ladrón se había dejado algo de ropa, un puñado de piezas de ordenador, varias cartas de su novia, unos poemas que había escrito y una pila de etiquetas de dirección con el nombre de otra persona.

DONDE LOS BURROS TRABAJAN



El burro que nunca olvidaré apareció tras una esquina en la ciudad amurallada de Fez, en Marruecos, cargando con seis televisores en color amarrados a su lomo. Si pudiera deciros en qué cruce exacto lo vi, lo haría, pero dar una dirección en Fez supone un gran reto, un poco como encontrar unas coordenadas de GPS en una tela de araña. Tal vez podría ser más precisa sobre dónde vi al burro si fuese capaz de extrapolar la localización utilizando la posición del sol, pero no sé hacerlo. Además, no se veía el sol desde allí y apenas podía apreciarse el cielo, porque se cernían sobre mí los muros de la medina —la antigua parte amurallada de Fez—, donde los edificios están tan apilados que parecen haber sido esculpidos a partir de una única piedra gigantesca en lugar de estar construidos de manera individual, y están concentrados de tal modo que borran los destellos azules y plateados del cielo marroquí.

Lo máximo que puedo hacer, con la intención de explicaros dónde tuvo lugar todo esto, es decir que el burro y yo nos encontramos en la intersección de una calle que tenía la anchura de una alfombra de baño y otra era un poco más amplia, como una

toalla de baño, digamos. El profeta Mahoma recomendaba una anchura mínima de las calles de tres mulas, o bien de siete codos, pero estoy convencida de que la mayoría de las calles de Fez están por debajo de ese estándar. Se trazaron a finales del siglo VIII, obra de Idris I, fundador de la dinastía que implantó el islam en Marruecos. Son tan estrechas que chocarse con otra persona o con un carro es algo frecuente. Es, simplemente, el modo de moverte por ese lugar: avanzas más como una bola de un *pinball* que como un peatón, yendo de un objeto fijo al siguiente, rozándote con un hombre que cincela nombres en una lápida para golpear después a un fabricante de tambores que estira una piel de cabra en un tendedero y luego rebotar contra un botones en dirección sur que transporta equipajes en un carro de alambre.

En el caso de mi encuentro con el burro, la colisión no fue muy violenta. El burro era pequeño. Sus hombros me llegaban por la cintura, nada más. Su pecho era estrecho, sus patas rectas y delgadas y sus pezuñas bastante delicadas, del tamaño de una taza de té. Él —o ella, quizá— era del color de los burros, es decir, de un suave gris ratón, con el morro de un tono más claro y pelo marrón oscuro saliéndole de las orejas. Los televisores que llevaba, sin embargo, eran grandes: de sobremesa, cuadrados y voluminosos, no televisores pequeños de cocina. Cuatro de ellos los cargaba en el lomo, asegurados formando un caótico amasijo mediante una maraña de cordeles de plástico y gomas elásticas. Los otros dos aparatos los llevaba enganchados a los flancos, uno a cada lado, como las alforjas de una bicicleta.

El burro se mantenía firme bajo aquella asombrosa carga. Caminaba a un ritmo regular, tomó la curva con cuidado y prosiguió por una calle aún más estrecha, tan empinada que tenía pequeños escalones cada dos metros para ganar altura con especial rapidez. Solo pude echarle un rápido vistazo a la cara del animal cuando pasó junto a mí, pero era, como le sucede a todos los burros, una cara absolutamente entrañable, que parecía serena, cansada y decidida al mismo tiempo. Un hombre caminaba a su lado, pero estaba demasiado absorta en el burro como para recordarlo.

Ese encuentro tuvo lugar hace una década, durante mi primera visita a Fez. Incluso entre todas las deslumbrantes imágenes y sonidos que te atrapan en Marruecos —las verdes colinas salpicadas de amapolas rojas, los hermosos azulejos y sus dibujos sobre todas las superficies, la conmovedora llamada a la oración de las mezquitas, el danzarín remolino de la caligrafía árabe en todas partes—, fue el burro lo que se me quedó grabado. Fue por su estoica expresión, obviamente. Pero fue incluso más por el reconocimiento, en ese instante, de la extraordinaria mezcla de pasado y presente —el pequeño y resistente animal, la ciudad medieval, la pila de aparatos electrónicos— que me llevaron a creer que era posible, para el tiempo, desplazarse y al mismo tiempo mantenerse detenido. En Fez, al menos, eso parecía ser posible.

*

A unos dos kilómetros del aeropuerto internacional de Casablanca Mohamed V, en un costado de una autopista de cuatro carriles, debajo de una valla publicitaria de un servicio de telefonía móvil, vi un burro de color marrón oscuro deambulando, cargando con cuatro sacos llenos a reventar y atados a un arnés improvisado sobre su lomo. Acababa de llegar por segunda vez al país. Ya había podido comprobar que, en Marruecos, había burros en todas partes, y funcionaban como pequeños pistones, trasladando personas u objetos de un lado a otro, desafiando la oleada de modernidad que recorría el país.

En Fez, vi burros caminando por la ciudad cargados con alimentos, bombonas de propano, sacos de especias, fardos de tela y materiales de construcción. La medina, que es el centro de la ciudad, podría muy bien ser la mayor zona urbanizada del mundo en la que no se permite el paso de coches o camiones. En la medina, cualquier cosa que un ser humano no pueda acarrear o empujar en un carrito es transportado por un burro, un caballo o un mulo. Si necesitas tablones de madera y sacos de cemento para crear una nueva habitación en tu casa de la medina, un burro

cargará con ello desde la tienda de bricolaje que se encuentra fuera de la medina hasta tu casa. Si sufres un ataque al corazón mientras construyes esa nueva habitación, un burro hará las veces de ambulancia y te llevará a ti. Si te das cuenta de que esa nueva habitación no va a resolver los problemas de hacinamiento que tienes en casa y decides mudarte a una más grande, el burro transportará tus pertenencias y muebles desde la casa vieja a la nueva. Tu basura la recogen los burros; los suministros de comida los llevan los burros hasta las tiendas y restaurantes de la medina; cuando decides salir de la maraña que es la medina, los burros te llevan las maletas y también las traen de vuelta cuando decides regresar.

En Fez, esto siempre ha sido así y siempre lo será. No hay coches lo bastante pequeños o ágiles para colarse por las callejuelas de la medina. La mayoría de las motocicletas no pueden ascender por los resbaladizos caminos con escalones. La UNESCO ha declarado esa medina Patrimonio de la Humanidad. Sus callejuelas no podrán ser más anchas nunca y no las cambiarán jamás. Los burros pueden cargar objetos modernos como ordenadores, pantallas planas de televisión, antenas parabólicas y equipos de vídeo, pero nunca serán reemplazados.

Cuando regresé de Marruecos la primera vez, descubrí que me había enamorado de los burros en general, de la sencilla ternura de sus rostros y su actitud de paciente resignación, de su temperamento impenetrable y obstinado. En Estados Unidos, la mayoría de los burros son animales de compañía. Su pesimismo y terquedad resultan casi cómicos. En Marruecos, me di cuenta de que el aire de resignación de los burros a menudo va emparejado a un desolador aspecto fatigado y, a veces, a la desesperación, porque en Marruecos los burros son animales de trabajo, y los obligan a trabajan duro y, en ocasiones, sin recibir ningún aprecio. Pero verlos como algo que tenía un propósito —no pensado para los turistas sino algo integrado en el día a día del país— hizo que los quisiera aún más, tan flacos, picados por las pulgas y doloridos por las sillas de montar como algunos de ellos estaban.

*

No soy la primera mujer estadounidense que se ha sentido fascinada por los animales que trabajan en la medina de Fez. En 1927, Amy Bend Bishop, la esposa de un excéntrico y adinerado galerista estadounidense, pasó por Fez durante su *grand tour* por Europa y el Mediterráneo. Le intrigaron los casi cuarenta mil burros y mulos que trabajaban en la ciudad. También le perturbaron sus pobres condiciones de vida. Decidió donar 8.000 dólares —el equivalente a unos 100.000 dólares actuales— para crear una clínica veterinaria gratuita en Fez para los animales que trabajaban en la ciudad.

La clínica se llamó American Fondouk; *fondouk* significa «hotel» en árabe. Tras una temporada instalada en unos barracones temporales, la clínica se trasladó a un edificio encalado y construido alrededor de un patio en la Route de Taza, una concurrida carretera justo en las afueras de la medina, donde sigue hoy en día. El Fondouk es muy conocido en Fez, incluso entre los animales de la ciudad. De vez en cuando, aparecen animales no acompañados delante de las enormes puertas del Fondouk y necesitados de ayuda. Por algún motivo, saben que allí la encontrarán. Justo unos días antes de mi llegada, por ejemplo, un burro que había sufrido algún tipo de crisis neurológica llegó renqueante a la clínica por su cuenta. Es posible que a esos animales los abandonen sus dueños en la puerta unas horas antes de que abran el centro Fondouk. Pero Fez, Marruecos y el American Fondouk parecen ser lugares mágicos. Después de pasar unas horas en Fez, la idea de que los animales pudieran encontrar el modo de llegar al sombrío patio del Fondouk no me parecía improbable en absoluto.

La autopista que va de Casablanca a Fez cruza campos y granjas, así como los límites de ajetreadas ciudades como Rabat y Meknes. Asciende y desciende por doradas colinas y verdes valles que lucen exuberantes con la retama amarilla y la manzanilla en flor y, de tanto en tanto, unas amapolas de un rojo radiante. La autopista parece nueva. Podría ser una carretera recién estrenada

en cualquier parte del mundo, pero en cuanto ves un grupo de mulas y burros trotando sobre los pasos elevados y te fijas en ellos desde abajo, resulta innegable que te encuentras en Marruecos.

El rey Mohamed VI, que vive en Rabat, la capital, visita Fez con frecuencia. Algunas personas creen que quizá reubique allí la capital. La presencia del rey resulta palpable. La Fez con la que me encontré diez años atrás, durante mi primera visita, era polvorienta, estaba desmoronándose, era ruidosa y estaba abarrotada. Desde entonces, se ha restaurado el enorme palacio real, y un montón de fuentes y plazas crean un elegante bulevar donde antes había un camino pedregoso. Los intereses de la familia real en la ciudad la han hecho evolucionar. Cuando me dirigía al Fondouk, pasamos por unas obras que no tardarán en convertirse en el Hôtel Atlas Saiss Fès, y toda una serie de vallas publicitarias anuncian llamativos edificios de apartamentos con nombres como «Feliz mundo nuevo» y «Fez nuevo hogar».

La medina, sin embargo, sigue exactamente igual a como la recordaba: apretados edificios de color pardo formando una colmena, enrevesados callejones desapareciendo en las sombras, multitud de personas delgadas y tiesas con sus *jalabas* encapuchadas, corriendo de un lado para otro, esquivando a los demás para llegar a su destino. Un lugar ruidoso, bullicioso.

Iba detrás de mi botones, que empujaba un carrito con mi equipaje desde el coche. Tuvimos que aparcar fuera de la medina, obviamente; había encontrado un lugar en la hermosa pendiente de Bab Bou Jeloud, la Puerta Azul, que es una de las escasas entradas a la ciudad amurallada. Poco después de haber salido del coche y haber cruzado la puerta de la medina, oí gritar a alguien: «*¡Balak, balak!*» —«¡Abran paso, abran paso!»— y apareció a nuestra espalda un burro que acarreaba cajas con la inscripción AGRICO, y su dueño no dejaba de gritar y de hacer gestos para apartar a la multitud. Al poco, apareció otro burro cargando con bombonas naranjas de propano. Después otro. Llevaba puesto un arnés pero no cargaba con nada y caminaba con cautela por una de las pequeñas callejuelas con escalones. Por lo que parecía, ese burro estaba solo: no había nadie delante o al lado de él, tampoco

detrás. Me pregunté si se habría perdido o si se habría soltado, así que le pregunté a mi botones, que me miró con sorpresa. El burro no se ha perdido, me explicó. Seguramente había acabado el trabajo y regresaba a su casa.

*

¿Dónde viven los burros de la medina? Algunos en granjas más allá de la muralla y los llevan y traen todos los días para trabajar, pero otros viven dentro de la medina. Antes de llegar a mi hotel, el botones se detuvo y llamó a una puerta. Desde fuera parecía una de tantas puertas de los miles de casas de la medina. El joven que la abrió nos llevó por una zona de asientos, donde al parecer había estado ensayando con su guitarra eléctrica, hasta una sala adyacente de techos bajos, que era un tanto húmeda pero que no resultaba desagradable. El suelo estaba cubierto de habas y hojas verdes y un puñado de heno. Una cabra de color marrón cuidaba de su cría recién nacida en una esquina y nos observaba con intensidad. El joven guitarrista me explicó que allí vivían diez burros. Sabían encontrar el camino a casa, dormían en una habitación todas las noches y trabajaban en la medina durante el día.

Se calcula que unas cien mil personas en Fez dependen, de un modo u otro, de los burros para ganarse la vida. Los buenos burros son apreciados, pero no se les tiene un cariño especial. Cada vez que hablaba con alguien que tenía un burro le preguntaba el nombre, por mera costumbre. El primer hombre al que se lo pregunté dudó y después me dijo: «*H'mar*». El segundo al que se lo pregunté también dudó y dijo: «*H'mar*». Di por supuesto que había topado con el nombre más popular de Marruecos para los burros, del mismo modo en que puedes toparte en Estados Unidos con varios perros llamados *Riley*, *Tucker* o *Max*. Cuando la tercera persona a la que le pregunté el nombre de su burro me dijo que se llamaba *H'mar*, me di cuenta de que no podía tratarse de una coincidencia y supuse entonces que *H'mar* no era un nombre: es la palabra árabe para «burro». Todos los burros de Fez se llaman

Burro. En Marruecos, los burros ofrecen un servicio y sus dueños se preocupan por ellos, pero no son mascotas. Una tarde estaba hablando en la medina con un hombre que tenía un burro y le pregunté por qué no le ponían nombre a sus animales. Se echó a reír y dijo:

—No necesita un nombre. Es un taxi.

*

Me levanté temprano la primera mañana que pasé en Fez para intentar evitar el gentío en el Fondouk. Las puertas abren a las 7:30 y, por lo general, a esas horas ya suele haber una multitud de animales frente a las puertas esperando a ser examinados. Había visto fotografías del Fondouk de los años treinta, poco después de que fuese inaugurado. Sigue casi igual. La Route de Taza ahora es más ruidosa y ajetreada que entonces, pero los hermosos muros blancos del Fondouk, con sus enormes puertas de madera en arco, son exactamente iguales, y la multitud de burros y mulas frente a la puerta junto a sus dueños, vestidos con las mismas túnicas largas que siguen vistiendo hoy en día, da la sensación de que podría tratarse de cualquier época. En esas viejas fotografías puede verse una bandera estadounidense en los muros del Fondouk, y ahí sigue.

Cuando fui de visita, el jefe de veterinarios del Fondouk era un canadiense canoso llamado Denys Frappier, que había llegado al Fondouk pensando que se quedaría un par de años, pero habían pasado más de quince y no era capaz de marcharse. Frappier vive en la residencia del personal, una agradable casa creada a partir de un viejo establo fuera de servicio. Comparte espacio con diez gatos, nueve perros, cuatro tortugas y un burro. Todas esas criaturas o bien fueron dejadas en el Fondouk y sus propietarios nunca volvieron a buscarlas, o bien llegaron por cuenta propia y jamás se fueron. El burro es una criatura diminuta que sí tiene nombre, la palabra árabe para «problema». Nació en el Fondouk, pero su madre murió durante el parto. El propietario no tenía ningún interés por cuidar de la cría, así que se limitó a dejarla allí.

Problema, un animal contrahecho y patizambo con una cabeza enorme y un cuerpo minúsculo, fue adoptado por los estudiantes de veterinaria en prácticas del Fondouk. Uno de ellos dejaba que el burro recién nacido durmiera en su cama del dormitorio de estudiantes.

Con el tiempo, *Problema* se ha convertido en la mascota del Fondouk. Goza de libertad de movimientos. Le gusta visitar el consultorio y, a veces, husmea entre los papeles de la oficina. Cuando llegué aquella mañana, iba siguiendo al doctor Frappier por el patio, observándolo mientras hacía sus rondas.

—Solo causa problemas —me dijo Frappier mirando al burro con una afectuosa exasperación—, pero ¿qué puedo hacer?

Antes de llegar al Fondouk, el doctor Frappier había sido el veterinario jefe del equipo ecuestre olímpico de Canadá, donde velaba por el rendimiento de caballos que valían 100.000 dólares o más. Sus pacientes en el Fondouk eran un poco diferentes. Los de esa mañana incluían una huesuda mula blanca que estaba débil, un burro con unas profundas heridas debido al arnés y un ojo ciego, otro burro con caderas prominentes y problemas intestinales, un hámster con una herida en la córnea, un rebaño de tres ovejas, varios perros con diferentes dolencias y males y un gatito recién nacido con una pata rota. Detrás de mí había un anciano con un cordero que balaba dentro de una bolsa de papel de la compra. Para las ocho de la mañana, otras seis mulas y burros se habían reunido en el patio del Fondouk, con sus dueños agarrando los pequeños números de madera y esperando a que los llamasen.

La misión original del Fondouk era ocuparse de los animales de trabajo de Marruecos, pero hace ya mucho tiempo que empezó a atender de manera gratuita a toda clase de seres vivos. Los únicos animales que se rechazaban eran las reses, pues se consideran un lujo en Marruecos y, por lo tanto, no merecen ser tratadas gratis. Frappier también se niega a tratar pitbulls.

—Estaba cansado de coser las heridas de los pitbulls solo para que sus dueños pudiesen llevárselos a pelear otra vez —me explicó Frappier mientras comprobaba los cascos de una mula coja.

La mula estaba mal herrada, como muchos de los burros y las

mulas en la medina. En lugar de herraduras de hierro, lucía unas almohadillas de goma recortadas de unos neumáticos viejos. Tenía heridas en las comisuras de la boca debido a la dura mordida. Habría tenido mejor aspecto si hubiese pesado quince o veinte kilos más.

A Frappier le costó varios años acostumbrarse al penoso estado de algunos de los animales que pasaban por allí. Al principio, se sintió tan desanimado que firmó su dimisión para regresar a Montreal. Pero se quedó y, con el paso del tiempo, aprendió a diferenciar entre lo «nefasto» y lo «aceptable», que suele ser el espectro dentro del que se mueve. El Fondouk ha ido promoviendo la mejora del cuidado animal y, en cierto sentido, ha tenido éxito. Por ejemplo, lograron convencer a los dueños de mulas y burros que la práctica común de colocar espinas de cactus en los arneses de sus animales no les animaba a trabajar más duro, o que frotarles los ojos con sal, que según el folclore les hace caminar más rápido, no solo causaba infecciones, sino que a menudo los dejaba ciegos.

Allí donde mires en Fez, en todo Marruecos, hay animales. Gatos pasando de puntillas por cualquier rincón. Perros tumbados al sol norteafricano. Incluso en las rugientes carreteras de Casablanca, grupos de caballos y calesas circulan junto a todoterrenos y sedanes. Sin embargo, solo hay doce veterinarios a jornada completa en Fez. A pesar de que el servicio es gratuito, se considera que el Fondouk es excepcional y en dos ocasiones diferentes la familia real marroquí, que sin duda podría permitirse pagar cualquier veterinario del mundo, ha llevado a sus animales allí.

*

Souk el Khemis-des Zemamra, uno de los mayores mercados de burros del país, se celebra todos los jueves en un recinto ferial a unas dos horas de distancia al sudoeste de Casablanca. Quería verlo, estar en el epicentro del universo de los burros de Marruecos, donde miles de criaturas se compran, se venden y se

intercambian. Tras décadas de dejar que estos mercados se autorregulasen, el gobierno ha empezado hace poco a visitar Khemis-des Zemamra y el resto de los grandes zocos para hacer balance de las transacciones y, lo que es más importante, para gravar las ventas con impuestos. Como resultado, la mayor parte del negocio ha abandonado los zocos y se ha desplazado a mercados improvisados que funcionan por el boca a boca, lejos de los hombres de Hacienda. El número de burros que se venden hoy en día en Khemis-des Zemamra es más o menos un tercio inferior al de hace cinco años.

Aun así, los zocos siguen funcionando. Además de burros, también venden cualquier producto de alimentación, de aseo personal o de uso doméstico que puedas imaginar, siendo una especie de mezcla entre Agway, Wal-Mart, Mall of America y Stop & Shop para todos aquellos que habitan a unos kilómetros a la redonda del zoco. Si quieres garbanzos, tinte para el pelo, una red para pescar, una silla de montar o una olla para sopa, puedes encontrarlo en el zoco, seguro. Si lo que quieres es un burro, podrás encontrar el que buscas cualquier jueves por la mañana en Khemis-des Zemamra.

Recorrí las cinco horas que separan Fez y Khemis-des Zemamra una noche de miércoles. El mercado comienza al amanecer. Al mediodía, el sol es tan implacable que el mercado se vacía, quedando solo hierba pisoteada y barro con las marcas de las ruedas de los carros y de los cascos de los animales. Viajé hasta el zoco con un joven marroquí llamado Omar Ansor, cuyo padre se jubiló hace poco tras veinticinco años de trabajo en el American Fondouk. El hermano de Omar, Mohammed, trabaja en Fondouk desde 1994.

Omar me contó que le encantaban los animales, pero mi fascinación por los burros le resultó desconcertante. Al igual que otros muchos marroquíes, considera que los burros son herramientas, unas herramientas buenas y útiles, pero nada más. Tal vez, para él, mi entusiasmo por los burros sea como si me apasionasen las carretillas.

—Un burro no es más que un burro —me dijo—. Prefiero los

caballos.

Pasamos junto a Casablanca, con su aire áspero, sus humeantes chimeneas y sus bosques de edificios de apartamentos; y después pasamos por El Jadida, una encalada ciudad turística sobre una extensa y llana playa rosada, donde pernoctamos. El jueves por la mañana hacía calor y el cielo estaba despejado, la luz suave caía sobre amplios campos de maíz y avena. A nuestro alrededor, burros y mulas trabajaban los campos, arrastrando sistemas de irrigación y arados, tirando con fuerza dentro de sus arneses. Había carros en los arcenes de la carretera, a escasos centímetros del intenso tráfico, de coches que rugían cargando con familias enteras y abultadas bolsas de arpillera, cajas y todo tipo de cosas. Los animales tiraban de los carros con energía, como si el ruido del tráfico los impulsase.

Llegamos pasadas las siete de la mañana. El recinto de la feria estaba ya atestado. No tuvimos problema para aparcar en la zona de los vehículos a motor, porque solo había un puñado de coches y otro puñado de camiones. El resto de la zona de aparcamiento estaba ocupada por carros y carretillas y, atados cerca de ellos, un montón de burros y de mulas; varios centenares, como mínimo. Dormitaban mordisqueando hierba, balanceándose, trabados con cordeles de plástico alrededor de los tobillos. Esos animales no eran los que estaban a la venta. Eran medios de transporte, estaban aparcados mientras sus dueños compraban.

Un rumor flotaba sobre la feria: el regateo de cientos de compradores y vendedores, el ruido y los golpes de las cajas al abrirse, el sonido de los sacos cayendo al suelo para ser llenados, los gritos de los vendedores y el atronador estallido de la música marroquí sonando en un ordenador portátil desatendido que estaba conectado a unos bafles del tamaño de una persona, bajo un toldo hecho con material cortado de un cartel de teléfonos móviles Nokia. Atravesamos una sección del zoco donde los vendedores estaban sentados junto a sus pilas de judías secas en cestas de metro y medio de anchura. Dejamos atrás vendedores de pescado frito y kebabs, con su aroma grasiento y ahumado atrapado en las tiendas. Por fin llegamos a la zona de los burros. Tuvimos que

abrirnos paso entre hileras y más hileras de vendedores de artículos para burros y mulas hasta llegar a los burros en venta. Un joven de rostro delgado marcado por profundos surcos vendía mordidas de brida de hierro oxidado; su inventario, que incluía centenares, si no miles, de mordidas, formaba una pila informe de un metro de altura a su lado. Junto a la montaña de mordidas, había una familia sentada sobre una manta y rodeados de arneses de color naranja y blanco hechos de nailon. Todos los miembros de la familia, incluyendo los niños pequeñísimos, cosían nuevos arneses mientras esperaban a vender los que ya tenían hechos. Un montón de puestos en la siguiente hilera ofrecían sillas de montar para burros, estructuras en madera con forma de V para colocarlas sobre la espalda del animal y apoyar en ella los ejes de la carreta. Las sillas de montar se fabricaban a partir de sillas viejas y restos de madera. Las esquinas estaban ensambladas juntas con cuadrados recortados de viejas latas de metal. Parecían toscas pero robustas, y tenían una gruesa capa de fieltro en la zona que descansaba sobre la piel del animal.

*

Los burros a la venta estaban todos juntos en la zona que se encontraba más allá de los vendedores de sillas de montar. Los compradores interesados caminaban entre ellos, deteniéndose para echar un vistazo a uno y comprobar el tamaño de otro. Había mucho jaleo, la gente se movía de un lado a otro entre los grupos de burros. Ellos, sin embargo, permanecían tranquilos, cabeceando bajo aquel sol, mascando un poco de hierba con gesto ausente, espantando ociosamente a las moscas. Había un arcoíris de tonalidades marrones, desde el tostado al casi chocolate, algunos elegantes y brillantes, otros todavía con parches peludos de sus abrigos de invierno. Para alguien que adora a los burros, era un panorama fascinante.

Me detuve cerca de un comerciante en el centro del recinto. Estaba en mitad de una transacción con una mujer bajita que iba envuelta en tela negra de la cabeza a los pies. Pretendía

intercambiar un burro viejo y algo de dinero por uno más joven. El comerciante cogió su dinero y después se agachó para atar una de las patas del burro viejo. Cuando la mujer se llevó el burro más joven, el comerciante se volvió hacia mí y me dijo que solo disponía de unos minutos para hablar. Estaba siendo un día muy ajetreado: había comprado once burros en el zoco esa misma mañana y ya había vendido ocho. Se llamaba Mohammed y su granja estaba cerca de allí, a unos quince kilómetros del zoco. Había traído los burros a la feria montados en la parte de atrás de su camión con remolque. Entre el zoco y el boca a boca, por lo general solía vender unos cincuenta burros a la semana. Era un negocio estable, me dijo, al que su familia se dedicaba desde hacía mucho tiempo. Su madre y su padre, sus abuelos y los abuelos de estos, todos habían sido comerciantes de burros.

—¿Qué edad tiene este? —le pregunté palmeando al burro más pequeño de los que quedaban.

—Tres años —me respondió el comerciante.

Después de decirlo, un joven que parecía su socio lo llevó a un lado y le comentó:

—No, no, Mohammed, solo tiene uno.

Estaba desconcertada.

—¿Tiene tres años o solo uno?

—Ah, sí —dijo el comerciante evitando mi pregunta—. Y es muy fuerte.

Se inclinó hacia delante y empezó a desatar al burro joven, o no tan joven.

—No encontrará un burro mejor en este zoco. Quince mil dírhams y es suyo.

Le expliqué que vivía en Nueva York y no me parecía muy práctico comprar un burro en Khemis-des Zemamra. Además, el precio —el equivalente a unos 1.800 dólares— me parecía exorbitante. Los burros aquí suelen valer menos de setecientos dírhams.

—Dígame, ¿cuánto está dispuesta a pagar? —me preguntó Mohammed.

Tenía la piel oscura y los rasgos afilados, así como una voz

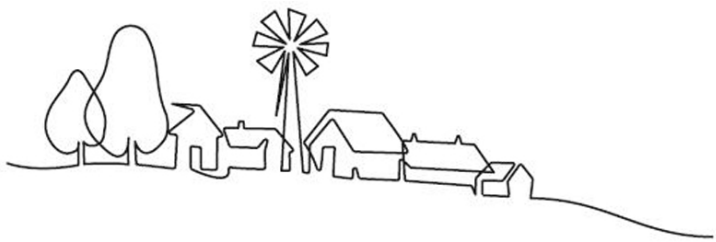
fuerte y una risa que parecía salirle del pecho. Desató al burro, se lo llevó unos metros más allá y después le hizo dar una vuelta para mostrarme sus virtudes. A esas alturas ya se habían reunido varios vendedores a nuestro alrededor para observar la exhibición. Le dije que no estaba intentando negociar un precio mejor. Simplemente, no podía comprar el burro. Por mucho que me hubiese gustado, era demasiado poco práctico incluso para una compradora impulsiva como yo.

—Dejémoslo en doce mil dírhams —dijo con firmeza, con un tono de voz que parecía conclusivo—. Muy bueno.

La multitud se había convencido ya de que iba a comprar el burro. Una pandilla de chiquillos se unieron al grupo. Chillaban y no dejaban de saltar de excitación, pasando por debajo de la cabeza del burro para mirarme y después irse a toda prisa. El burro se mantuvo impertérrito a pesar del jaleo. Parecía comprender perfectamente la naturaleza fugaz del momento y la insignificante naturaleza del resultado; parecía saber que, pasase lo que pasase allí, la vida seguiría adelante durante miles de años más, y que ciertas cosas, como el duro trabajo de los animales, el misterioso aire de la medina y la curiosa y contradictoria esencia de Marruecos, con toda probabilidad, jamás cambiarían.

Me fui de allí sin aquel pequeño y robusto burro, que sin lugar a dudas se llamaba *H'mar*, pero sé que si vuelvo a ese mercado en Khemis-des Zemamra dentro de unos años, encontraré a otro burro marrón en venta con el mismo aire de permanencia y el mismo nombre.

EN LA GRANJA



Cosas de gallinas

Mi día empieza con cosas de gallinas. Me tomo un café y después salgo de casa en pijama y botas de goma cargando con un bidón de veinte litros de agua. Como he descubierto, cuidar de animales consiste, básicamente, en darles agua. ¿A quién se le ocurriría pensar que las gallinas beben agua? A mí no, al menos hasta que me mudé a mi granja en el valle del Hudson y empecé a cuidar de ellas. Beben mucha agua. Una granja más grande y sofisticada puede llegar a tener una línea de agua hasta los gallineros, pero la mía no, así que yo soy la aguadora, y cargo con toda la que puedo llevar desde el grifo que hay en la parte trasera de la casa hasta el gallinero. En verano, las aves tragan todo lo que les quepa en el pico, así que lleno dos bebederos de veinte litros para ellas y después hago un tercer viaje para llenar un recipiente con agua donde los patos puedan chapotear. Un descubrimiento: el agua pesa mucho. Otro descubrimiento: no necesitas hacer pesas para tonificar tus bíceps cuando cargas cuarenta litros de agua arriba y abajo todos los días.

En invierno la cuestión del agua se complica, pues exige soportes calientes para los dispensadores de agua, y esto da como

resultado el hielo más resbaladizo que jamás hayas visto, creado con el agua que los patos (los bebedores y nadadores más torpes del mundo) consiguen esparcir por todas partes. Cuando llueve cabría suponer que mis acarreos de agua serían menos necesarios, pero la lluvia parece caer en todas partes excepto donde podría resultar útil y, además, genera una nubecilla de barro y grava en los bebederos. Tengo que vaciar el agua sucia de la lluvia y volverlos a llenar.

Existe una escuela de pensamiento que dice que, en el mundo moderno, no realizamos suficiente trabajo físico (leed *Shop Class as Soulcraft: An Inquiry into the Value of Work*, de Matthew B. Crawford, para profundizar en el tema). Desde mi muy informal manera de encargarme de las aves de corral, tengo que decir que estoy de acuerdo. A pesar de ser algo farragoso y pesado, ocuparme de las cosas de las gallinas me satisface. Se trata de una necesidad concreta —*¡agua!*— a la que puedo responder de manera específica —*¡aquí tenéis agua, pájaros!*— y el ciclo se completa. (Hasta que vuelvan a necesitar agua, claro está.) En muchas ocupaciones, incluida la de escribir, nunca consigues acabar nada de verdad, nada llega a ser perfecto. Siempre te persigue la posibilidad de hacer las cosas mejor. A veces, es todo un alivio ocuparte de algo, hacerlo y saber que con eso es suficiente.

Diario de ciervos

La nieve no tardará en derretirse, la hierba volverá a ser verde y los campos se llenarán de nuevo de ciervos de color caramelo; o, como nos hemos aficionado a decir: vectores de la enfermedad de Cloven-Hoofed. Desde la distancia, resulta difícil ver las diminutas garrapatas que montan gratis a lomos de un ciervo, después caen en la hierba e intentan seguir su viaje exprés en un tobillo humano o en el vientre de otro animal. Dichas garrapatas suelen portar bacterias. En nuestra casa, hemos vivido dos episodios de la enfermedad de Lyme (yo), uno de erliquiosis (mi marido) y un caso crónico de Lyme (mi perro). Son incontables los casos de amigos y

vecinos que han pillado alguna de esas enfermedades, y algunos de ellos han llegado a estar gravemente enfermos.

La enfermedad de Lyme es muy molesta porque sus síntomas son muy difusos y vagos. La primera vez que la contraje, lo diagnosticaron (erróneamente) como gota, diabetes, infección por estafilococos, irregularidad cardiaca y dedo del pie roto. La segunda vez fui al médico porque sufría un brote de síndrome del túnel carpiano y, casi como quien no quiere la cosa, le pregunté si por casualidad aquel dolor en mi brazo podría deberse de nuevo a la enfermedad de Lyme. Así era. O, mejor dicho, mi análisis de sangre demostró que había vuelto a contraer la enfermedad de Lyme, que podía o no provocar el dolor de túnel carpiano, pero dado mi historial con este dolor, me cubrí las espaldas y tomé doxiciclina para el Lyme y antiinflamatorios para el túnel carpiano.

No se puede hacer gran cosa con las garrapatas. Puedes fumigar la hierba con algún producto desagradable, pero no resulta muy efectivo y, dado que las garrapatas infectadas se encuentran en todo el valle del Hudson, donde vivimos, jamás estaré a salvo en cuanto salga de casa. El año pasado caí en la estafa de las gallinas de Guinea. Se rumoreaba que esas aves ruidosas y contrahechas se comían las garrapatas a puñados, así que compré nueve y, después tras tenerlas un tiempo enjauladas para ganarme su lealtad, las solté en el jardín para que me librasen de las garrapatas. En cuestión de un día, todas las gallinas de Guinea desaparecieron (creo que los zorros son para las gallinas de Guinea lo que ellas son para las garrapatas). Fue una pérdida emocional, pero no una catástrofe a nivel de control de enfermedades, pues todo lo que leí sobre esas aves después de su desaparición daba a entender que las gallinas de Guinea comían cualquier tipo de gusano y, a pesar de la campaña promocional como hábiles exterminadoras, no había prueba alguna de que buscasen de manera específica las garrapatas de los ciervos antes que cualquier otra cosa más grande y jugosa. En cualquier caso, comprobé que había tantas garrapatas en nuestra hierba que habría necesitado muchas más gallinas de Guinea para tener algún tipo de efecto.

Meses después de mi gran fiasco con las gallinas de Guinea,

una mañana me encontré a *Príncipe Carlos*, el macho de la bandada perdida, de vuelta en el gallinero. Compré una hembra, a la que llamé *Camilla*, para hacerle compañía, y los dos viven ahora en un reducto vallado con mis gallinas, comiendo grano y restos de cáscara de huevo. Creo que no serían capaces de reconocer una garrapata ni aunque les picase. No estoy segura de que haya otra posibilidad contra las garrapatas, así que nos limitamos a ir tirando. Nos hacemos análisis cada vez que creemos tener síntomas de la enfermedad de Lyme (es una lista tan extensa y tan genérica que apenas se la puede denominar lista) y esperamos la llegada de la primavera, cuando aparecen las garrapatas, con una mezcla de júbilo y pavor.

Por extraño que parezca, a pesar de que los ciervos son la puerta de entrada animal para esa amenaza, me sigue encantando verlos aparecer. A decir verdad, son un fastidio: además de transportar garrapatas, se comen las plantas más bonitas de mi jardín, machacan la hierba en sus caminos favoritos, dejan cacas por todas partes y en dos ocasiones se las ingeniaron para chocar contra mi coche, lo que me costó mucho dinero en reparaciones, aparte de provocarme un susto terrible. Pero, aun así, me encantan. Me hace ilusión ver uno, a pesar de que los veo constantemente. Su talento radica en tener esas caras sensibles y esa gracia de bailarinas que hace que se lo perdones prácticamente todo.

Televisión de gallinas

Mañana voy a llevar a una de mis gallinas a Manhattan para aparecer en un episodio de *The Martha Stewart Show*, que Martha —una conocida dueña de estas aves— va a dedicar a las gallinas de jardín. Las mías no son unas aves muy hechas a viajar (nota personal: ¿mejor no utilizar la palabra «hecha» cuando hable de las gallinas?), así que estaba preocupada por todo el asunto, que incluía un viaje de dos horas en coche desde mi casa hasta la ciudad y después pasar varias horas en el estudio mientras se

grababa el programa.

Durante la última semana, he hecho un *casting* para saber cuál de mis siete gallinas quedaría mejor en pantalla y, al mismo tiempo, le costaría menos viajar. La más bonita de ellas es una Wyandotte llamada *Merry-Go-Round*. Es regordeta y de pecho prominente, cubierta por una locura de rayas blancas y negras y con una cresta arrugada de un color rojo brillante. Seguro que quedará bien en televisión, pero es ruidosa y mandona y tiende a mostrar su temperamento; descartada. *Tweed* y *Mabel Black Label*, mis gallinas Araucana, son un poco antisociales. Cuando agarro a alguna de las dos, me miran con tal suspicacia que creo que pueden apreciar el olor a tortilla en mi aliento. Seguramente no sean las gallinas más adecuadas para aparecer en televisión. Mi pequeña gallina de Bantam, *Tina Louise*, es tan rápida y frenética que ni siquiera estoy segura de poder meterla en el coche. *Helen Reddy*, mi Rhode Island roja, es adorable, pero es la gallina de más baja categoría social de mi gallinero y temo que si la aparto un día de la bandada, pierda incluso esa baja posición.

Mi gallo, *Laura*, es precioso y me encanta enseñarlo, así que durante un momento pensé en convertirlo en una estrella de televisión. Un gesto un tanto vanidoso por mi parte. La mayoría de las personas sensatas les tienen miedo a los gallos. A pesar de que no son grandes, pueden darte un buen golpe. A menudo tengo que controlar a *Laura* (por ejemplo, me pasé unas cuantas tardes de este invierno masajeándole la cresta con vaselina para que no se le congelase), por lo que he empezado a presumir de ser algo así como una encantadora de gallinas, dado que suele dejarme que lo sujete sin quejarse. El otro día lo tuve en brazos y le empecé a hablar del viaje y estaba relajado como un perrito faldero. Volví a casa para hacer algo y regresé al gallinero minutos después. Esta vez, *Laura* me acorraló en un rincón, me golpeó con sus alas e intentó matarme. Escarmentada, lo eliminé de mis planes televisivos. Al final me decidí por mi dulce gallina *Tookie*, la más vieja de todas, la única que quedaba de las cuatro originales. Se llevará una bolsa de maíz por sus esfuerzos, y restos de comida, claro.

Gallina en antena

Me alegra informaros de que mi viaje a Manhattan para aparecer en *The Martha Stewart Show* con mi gallina *Tookie* fue como la seda. Estuve preocupada en cada uno de los pasos del proceso. Me preocupaba que a *Tookie* no le gustase montar en coche, si estaría a gusto en el estudio de televisión y si se comportaría de un modo raro ante las cámaras. Incluso me preocupó que, de regreso a casa y entre sus compañeras, las otras gallinas notasen un cambio fundamental en ella (la exposición a las brillantes luces de Nueva York y el chisporroteo de la fama televisiva podrían tener ese efecto) y, atosigadas por las dudas y las suspicacias, le diesen la espalda; una especie de *El regreso de Martin Guerre* versión gallinas.

Pero resulta que *Tookie* es una todoterreno. Se quedó sentadita en su jaula en el viaje de ida y en el hermoso comedor de Martha Stewart, comiendo alegremente granos de maíz congelados y moviendo la cabeza de un lado a otro cada vez que la ayudante de producción aparecía, agitando micrófonos, auriculares y papeles con la escaleta del programa.

El momento que realmente me puso de los nervios fue cuando entré en el set y me di cuenta de que allí había varias docenas de gallinas, correteando de un lado para otro o sentadas en el regazo de miembros del público. Las gallinas, por norma, son tan exclusivistas como las chicas de instituto y les encanta hacer trizas a cualquier pájaro desconocido. La primera vez que presento a una nueva gallina a las integrantes de mi bandada, *Tookie* suele ser la peor de todas, cloquea con rabia, hace gestos amenazadores y muestra con energía su pico puntiagudo. Durante el rato que yo aparecí en el programa, senté a *Tookie* en mi regazo. Había un montón de gallinas arañando, parloteando y montando escándalo muy cerca de nosotras. También había, a una distancia muy poco prudencial, una enorme Araucana emplumada repantingada en el regazo de Stewart. Apenas podía respirar, porque no sabía si *Tookie* daría un salto y empezaría a picar a la Araucana o, peor aún, a la propia Martha Stewart. Pero, por suerte, se mantuvo sentada y muy calmada durante todo el rato. Y lo que fue mejor todavía, al

regresar a casa se situó entre sus compañeras y ellas la rodearon como si jamás hubiese salido en la televisión.

Plumas húmedas

Estoy convencida de que la palabra «chorreando» se inventó para las gallinas, los pavos y las gallinas de Guinea durante una tormenta tropical. No se trata solo de las plumas empapadas. Es ese aspecto de humedad absoluta y consumada que solo las aves de corral pueden transmitir. Estaba preocupada porque no sabía cómo soportarían mis aves el huracán que iba a pasar sobre nuestra zona el otro día, así que fui a verlas esta mañana a ver si estaban bien. Para mi sorpresa, los patos también estaban dentro. (¡Creía que a los patos les gusta el agua! ¿Por qué nadie habla de esto?) Mi pata parecía tan despreocupada al respecto que llegó a poner un huevo en mitad de la tormenta.

Las gallinas de Guinea estaban fuera, empapadas y con un aspecto lamentable pero, al parecer, en buen estado. Corrían de un lado para otro, como siempre, en su habitual estado de histeria, que yo interpreté como una señal de que todo estaba bien. Mi mayor preocupación eran los pavos. Son demasiado grandes para caber en el gallinero, así que el año pasado hice un trueque con mi vecina para quedarme una caseta de perro muy grande que tenía abandonada. (Mi parte del trato consistía en cuidar de sus patos en invierno, pero se adaptaron tan bien a mi casa que mi vecina decidió dejarlos conmigo, así que al final me quedé con la caseta del perro y con los patos.) Me costó mucho allanar un trozo de terreno, esparcir grava para el drenaje y colocar la caseta, solo para descubrir que a los pavos no les interesaba en absoluto. Por lo que yo sé, jamás han puesto una pata dentro de la caseta. Incluso en las noches más desapacibles de este invierno, han dormido a cielo abierto, acurrucados y desafiantes. No dejaba de decirme a mí misma que los pavos no habrían sobrevivido como especie durante miles de años si no supiesen cuidar de sí mismos, pero, aun así... ¿y si creían que la caseta era para un perro y no para ellos? Había

oído la historia —una leyenda rural, en mi opinión— de que los pavos suelen morir durante las tormentas porque se quedan fuera, con la cabeza vuelta hacia la lluvia, y acaban ahogándose. No quería que pasase algo así. No esperaba tener sentimientos hacia los pavos, pero los adoro. Me siguen a todas partes como cachorrillos. Si les digo «gluglutead», empiezan a hacerlo, y al unísono. A veces aparecen fuera de mi estudio y dan golpecitos en la ventana hasta que los miro. Esperan allí, con infinita paciencia, hasta que salgo y los saludo.

En mi última comprobación los pavos seguían allí, pero no tenían la cabeza vuelta hacia la lluvia como idiotas, sino simplemente esperaban que llegase la tormenta con el estoicismo propio de Patton, con su habitual y seria dignidad un tanto empapada y manchada de barro, pero intacta. Estoy asombrada.

Estampa veraniega

Avistamientos durante el mes de julio en la granja:

- Un puercoespín con las púas erizadas y recorriendo un sendero abierto de patas, como si llevase unos pantalones demasiado ceñidos.
- Los últimos cervatillos de la temporada, ahora carnosos y crecidos; sus manchas infantiles han desaparecido y dejan paso a un pelaje cobrizo.
- Tortugas mordedoras grandes como tapacubos.
- Renacuajos de primavera convertidos ahora en ranas toro de julio, grandes como la palma de la mano de un hombre, felices de trasnochar, eructando y zumbando.
- Golondrinas volando en picado y a toda velocidad como borrachos.
- Ardillas tan gordas que empiezan a tener papada, pero aun así capaces de realizar una voltereta frontal lanzándose de cabeza —¡y clavar el aterrizaje!— al

comedero de pájaros, donde pueden disfrutar del almuerzo y reírse del «a prueba de ardillas».

Cacareo

El problema de los gallos no va a desaparecer en breve. El ratio gallinas-gallo (al nacer) seguramente es de uno a uno (si mis matemáticas no me fallan), pero el ratio deseable entre gallinas y gallo es de veinte millones a uno. La mayoría de los dueños de gallinas las tienen por los huevos. Como resultado, el mundo está abarrotado de gallos redundantes.

No necesitas tener un gallo para conseguir huevos de tus gallinas. Por alguna razón, incluso a los que se les daba bien la biología en el instituto me preguntan si hace falta un gallo para tener huevos, que es lo mismo que preguntarle a una mujer si necesita tener novio para ovular. Necesitas un gallo si quieres tener polluelos, pero eso ya se sabe. Si tienes un gallo en tu bandada, ejercerá de presidente de la junta, cortejará a las gallinas sin descanso y es posible que ejerza en cierto sentido de protector y salvador de las gallinas, si hace falta. También cacareará, lo que para algunas personas (yo entre ellas) resulta encantador y para otras (posiblemente la mayoría) no lo es en absoluto. Estas últimas han logrado ilegalizar los gallos en diferentes municipios que, al mismo tiempo, permiten la posesión de gallinas. Las ciudades de Nueva York y Los Ángeles, por ejemplo, permiten tener gallinas pero no gallos en sus límites municipales. Un gallo puede perder la cabeza si cree que algo que no sea una gallina ha invadido su espacio personal, como otro gallo, por ejemplo, o, lo que resulta más problemático, un ser humano. Un gallo enloquecido no es ninguna broma. Tienen unos desagradables espolones en las patas, un pico cortante y nervios de acero.

Por desgracia, a menudo acabas teniendo gallos sin querer porque resulta muy complicado determinar el sexo de un pollo hasta que madura. Nunca quise un gallo. Las primeras gallinas que compré provenían de un gran criadero con la garantía de que eran

hembras. Entonces empecé a comprar gallinas aquí y allá, de vendedores que no certificaban el sexo de los pollos. Por ejemplo, le compré cuatro gallinas jóvenes a un tipo que conocí en un grupo de gallinas de internet. El año pasado, una de esas jóvenes gallinas —la tímida y delicada *Laura*— pegó un estirón impresionante y le salieron papo y espolones y empezó a tener una actitud desagradable, por lo que no tardé en entender que se trataba de un gallo. Era espectacularmente bonito, con plumas azules y negras y el rostro de un asesino. Lo rebautizamos como *Lawrence*, pero yo no pude evitar seguir llamándolo *Laura*; *Laura* había cuajado como suelen hacerlo los nombres. Estoy segura de que a más de uno le resultaría gracioso observar cómo le grito desde una esquina del gallinero: «¡No, *Laura*! ¡No, *Laura*!» mientras él me mira con rabia. *Laura* se hizo más y más agresivo y no sabía qué hacer con él. Pensé en ofrecerlo en adopción en mi grupo *online* de gallinas, pero había un montón de ofertas de gallos casi cada día, así que mis expectativas de encontrarle un nuevo hogar se redujeron a cero. Varios amigos nos sugirieron que nos comiésemos a *Laura*, pero yo no podía hacer algo así. Además, era tan desagradable que supuse que su carne sería dura.

La belleza de *Laura* resultó ser un punto a su favor. Un día, un vecino que también tenía gallinas vino a visitarnos. Cuando alabó su exuberante plumaje y su papo rosa, vi mi oportunidad. Le dije que *Laura* estaría encantado de irse con él a su casa y ser guapo y presumir de exuberante plumaje allí. A decir verdad, no esperaba cerrar el trato en aquel mismo momento, pero mi vecino parecía embelesado con *Laura*. Me propuso hacer un trueque de gallos, una convención de la vida en el campo de la que todavía no sabía nada, según la cual se intercambian gallos, generalmente porque alguien quiere una raza o un color diferente al de su animal. Tenía la esperanza de que, librándome de *Laura*, me libraría también del asunto de los gallos, pero mi vecino no quería dos. Me prometió que el suyo —es decir, el que pronto sería mío— era dulce y reservado. Este gallo no era tan altivo y hermoso como *Laura* y mi vecino estaba dispuesto a aceptar el inconveniente de tener un mal pájaro a cambio de su belleza y de la belleza de sus futuras crías

cuando fuese padre. Así fue como me libré de *Laura* y adquirí un gallo de Rhode Island, al que mi hijo llama *Estatua de la Libertad*. *Estatua de la Libertad* ha resultado ser incluso más discreto de lo que había dicho mi vecino. Le encanta que lo abracen y acaricien. *Laura* se está dando la vida padre con su nuevo harén. Mi vecino, que parece disfrutar del reto que entraña la beligerancia de *Laura*, cree haberse llevado la mejor parte del trato.

Prohibido el paso

Se acerca la temporada de caza del ciervo. Mi marido y yo no somos cazadores, en absoluto, pero tenemos un montón de terreno que un cazador de ciervos encontraría generoso, así que cada año tenemos que concretar qué hacemos. Podríamos prohibirle a cualquiera cazar en nuestra propiedad, o podríamos darle permiso a alguien. Mi primer impulso había sido colocar carteles de «PROHIBIDO EL PASO» y dejarlos ahí, pero después nos lo pensamos mejor y los últimos años le hemos dado permiso a un vecino. Una de las cosas que han cambiado es que hemos podido comprobar que tenemos toneladas de ciervos en nuestras tierras, más de los que seguramente podrían caber allí, y si el invierno es duro y las ganancias escasas, sin duda serán demasiados. Parece más humanitario reducir la manada mediante la caza —es decir, mediante un buen cazador que sepa qué está cazando y no uno estilo Dick Cheney— en lugar de dejar que se vean obligados a afrontar un cruel invierno y enloquecer por el hambre.

Lo que nos convenció, sin embargo, fue más bien una cuestión comunitaria. Cazar o no cazar es una de esas fronteras indelebles entre los lugareños y quienes hemos llegado allí desde Manhattan. Permitir que pueda cazarse en nuestras tierras, a pesar de que nosotros no lo hagamos, parecía una de esas escasas oportunidades para superar esa frontera. El vecino que caza en nuestra propiedad abate solo uno o dos ciervos por temporada y los despieza para comérselos. Su caza tiene un propósito y un sentido que sabemos valorar, aunque el atractivo de la caza me resulte completamente

ajeno. Lo más cerca que he estado nunca de imaginar lo que supone la emoción de la caza fue encontrar un asta de ciervo en la nieve hace unos años. Me emocionó tanto que estuve cinco minutos chillando.

Sigo creyendo que la caza mayor es algo horrible. Esos cotos de caza, donde los guías empujan a los animales para que unos perezosos amantes de la adrenalina puedan dispararles, son una verdadera muestra de que estamos en el fin de los tiempos. Son aún peores las cazas preparadas que descubrí hace poco, en las que el cazador, a kilómetros o incluso continentes de distancia, se sienta frente a un ordenador para ver en directo la zona de caza. Cuando el animal queda a la vista, el cazador dispara un arma apretando un botón de control remoto. Es como un videojuego o una especie de película *snuff* animal, con un trofeo a modo de recompensa por haber pasado de nivel. Creo que lo que he aprendido viviendo en el campo es que hay maneras y maneras de cazar y que merece la pena intentar apreciar las variaciones del juego.

Glu-glu

Ser dueña de pavos en esta época del año —me refiero a Acción de Gracias— significa tener que responder a muchas preguntas precedidas por miradas de alarma y cierto terror.

—¿Tú... tienes... pavos? —suele iniciar la conversación—. ¿Vas... a..., ya sabes..., comértelos?

No voy a comérmelos. Mis pavos fueron una compra impulsiva. Si todavía viviese en la ciudad, es posible que una compra impulsiva hubiese implicado un par de zapatos muy poco prácticos, pero aquí en el campo supone adquirir una planta para la que no tengo espacio u otra ave de corral. Nunca había querido tener pavos. Al contrario que las gallinas —que yo consideraba útiles y divertidas incluso antes de tenerlas—, los pavos no tienen ningún atractivo desde mi punto de vista. Como le sucede a la mayoría de la gente, me daba la impresión de que eran absoluta y

totalmente estúpidos. Sus huevos nunca han tenido buena prensa. Y aunque sus plumas son bonitas y su postura es tan erguida y seria que parecen los abogados del corral, las caras de los pavos —carnosas y rojas con carbuncos y papos— son más bien vulgares. Resulta difícil considerarlos atractivos.

Pero entonces visité a una amiga que tenía pavos Royal Palm. Son una variedad genética que los hace demasiado pequeños como para criarlos y comercializarlos y casi se han extinguido. Tienen un aspecto llamativo, con unas plumas blancas perfiladas en negro. Los pavos que se venden han sido manipulados genéticamente para que tengan una pechuga tan desproporcionada que cuando llegan a la edad adulta no pueden ponerse de pie. Por el contrario, los Royal Palm son atléticos, alegres y curiosos. Cuando visité a mi amiga, sus Royal Palm nos seguían de un sitio para otro como si fuesen detectives, y cuando creían que nos dirigíamos a ellos, respondían. Decían «glu-glu», de verdad. Resultaba tronchante e irresistible.

Cuando los pavos de mi amiga tuvieron crías, me quedé con cuatro, los mezclé con mis gallinas y los vi crecer y crecer. Durante el proceso me convertí en una defensora de los pavos. Siempre los defiendo cuando me preguntan cosas como si son tan tontos como para morir cuando llueve (leyenda apócrifa, hasta donde yo sé). Nadie me cree cuando digo que son estupendos.

Voy a comer pavo en Acción de Gracias, pero no uno de los míos. Mis cuatro machos (sí, los cuatro que me llevé de casa de mi amiga resultaron ser machos) no son exactamente mascotas, pero no se me ocurre una definición que les encaje mejor. Mi marido los llama «animales del paisaje», que se acerca bastante, pero sigue sin ser del todo exacto. ¿Amigos de exterior? ¿Tutelados? ¿Socios avícolas? O quizá, al menos en esta época del año, «no cena.»

El susurro del ganado

La gente que vive en el campo discute sobre las deducciones de los impuestos agrícolas con la misma pasión y asombro que los

habitantes de Manhattan discuten sobre los apartamentos de renta controlada. Es decir, todo el mundo quiere tener uno, pero nadie sabe muy bien cómo. Una deducción agrícola es un descuento sobre los impuestos de propiedad para cualquiera que utilice sus tierras como negocio agrícola. Tienes que facturar un mínimo de 50.000 dólares para optar a ella, así que vender un ramo de tus petunias no sirve.

Desde que decidimos que viviríamos en una granja a tiempo completo, al menos por ahora, le he estado dando vueltas al asunto. Mis gallinas son productivas, como suelen serlo las gallinas, y si vendiese a 5.000 dólares cada huevo podría lograrlo, pero me da la impresión de que la buena gente de Hacienda no estaría de acuerdo con mis cálculos. Los cachorros de perro se pagan a miles de euros hoy en día, así que he estado investigando si un cachorro podría considerarse ganado. Supuse que si tuviera cinco camadas de cinco perritos cada una y vendiera cada cachorrito a unos dos mil dólares, ganaría unos 50.000 dólares, y además sería divertido. Pero cuando se lo comenté a mi contable estuvo a punto de sufrir un infarto de miocardio.

El otro día, nuestro vecino dijo que había adquirido seis ejemplares de Angus. Son lo que se denomina «ganado de engorde». Vivirán en sus tierras, se alimentarán de hierba hasta el otoño, y entonces los venderá a una granja en la que los alimentarán con grano para engordarlos. Nosotros también podríamos tener ganado de engorde. Lo único que necesitamos es una fuente de agua y una zona vallada (que no es poca cosa, pues el ganado puede atravesar la mayoría de las vallas y no te hará ninguna gracia ver cómo tu deducción agrícola corre carretera abajo). ¡Ganado! Para una chica de barrio como yo, que además ha pasado veinte años de su vida en Manhattan, esta idea resulta incluso demasiado excitante. En los siguientes días, averiguaré si el tipo de la valla y el del ganado podrían coordinarse; ah, y el contable. Tengo que acordarme siempre del contable.

Así pues, el tipo de la valla vino a vernos y nos dio un presupuesto por cerrar el perímetro de nuestro proyecto de minimanada de Black Angus. Ahora tengo una nueva perspectiva

de las diferentes maneras en las que puede valorarse la riqueza en las zonas rurales. No se trata solo del tamaño de la casa de alguien, de aparcar ciertos coches en el camino de acceso o de las ruedas de queso que haya en la bodega, sino también de la extensión y el tipo de valla que rodea la propiedad en cuestión. Todas las vallas están a precio de oro, ya sean las más toscas en zigzag, las espartanas eléctricas de tres cables o las dobles de tablones en cruz con postes góticos de seis por seis de roble recién serrado, que parecen estar hechas con diamantes. Según mis cálculos, el 30 % del precio de un filete es pura valla.

Memoria de perro

Lo que más me llama la atención es el ruido, o más bien la falta de ruido: echo de menos el sonido de las uñas de *Cooper* en el suelo de madera, el tintineo de sus plaquitas (tan exasperante en ciertos momentos que nos planteamos comprar uno de esos trastos de goma para que los cascabeles no suenen) y, como era un perro con diferentes picores, el considerable golpeteo tum-tum-tum que hacía cuando subía y bajaba la pata para rascarse detrás de la oreja. Sé que notaré sonidos de perro fantasma durante un tiempo.

Cooper, mi springer spaniel galés de nueve años, murió inesperadamente el pasado fin de semana, cuando estábamos lejos de casa, por lo que fue algo bastante abstracto hasta que regresamos anoche. Esta mañana creí haberlo oído moviéndose en su cama, pero se trataba de la hoja de la ventana moviéndose debido a una ligera brisa.

Si los terapeutas no te cobrasen y les gustase correr en busca de palos, serían perros. Guardan un amable y receptivo silencio, respetan tus secretos, no se cansan jamás de prestarte atención; estas son las características más valoradas tanto de los perros como de los terapeutas. Los primeros, sin embargo, son más divertidos que los segundos, más tiernos, más cariñosos y, sin lugar a dudas, más llenos de admiración.

Durante los últimos nueve años he escrito un montón de

historias, incluso un libro, sobre animales. Dado el infinito número de historias interesantes que hay en el mundo, a veces me he preguntado por qué tomé yo ese camino en particular. A decir verdad, siempre me han gustado los animales y son muy interesantes y también son un contraste ideal para analizar la condición humana. Todo empezó, sin embargo, cuando conseguí a *Cooper*, hace nueve años, tras una década sin tener perro. Tuve el primero cuando estaba en la universidad y su muerte, trece años después, entrañó una tristeza profunda y duradera, por lo que no creía ser capaz de volver a pasar por tener —y perder— un perro nunca más. Pero, por supuesto, quería uno, y cuando finalmente conseguí a *Cooper*, una adorable criatura con pecas en la cara, el tema de los animales —vivir con ellos, quererlos, acumularlos, utilizarlos, y cómo nuestra relación con ellos dice mucho de qué y cómo somos— no dejaba de acosarme una y otra vez. Y me alegro. Nunca volveré a pasar otra década sin perro, porque ahora sé que, aunque pueden romperte el corazón, también lo llenan, incluso cuando ya no están.

Decidimos volver a meternos en harina: tras una semana en la que la casa estuvo tristemente silenciosa, demasiado como para soportarlo, compramos un nuevo cachorro el fin de semana siguiente. Su historia es un duro ejemplo de lo que significa atravesar el largo desierto que ha supuesto la Gran Recesión. La perrita —a la que llamamos *Ivy*— es pomposa, de pura raza, y la compró a las ocho semanas de vida una familia que, por supuesto, tenía dinero suficiente en esa época como para comprar un perro caro. Pero el padre perdió su trabajo y, en muy poco tiempo, perdieron la casa en una ejecución hipotecaria y tuvieron que vender o dar todo lo que ya no podían permitirse, entre otras cosas, su hermosa perrita. También tuvieron que regalar a su precioso gato. Me dijeron que no sabían dónde acabarían viviendo y que no podían hacerse cargo de los gastos de tener mascotas, así que mantenerlas no era una opción. El año pasado, mientras escribía sobre los mulos del ejército, fui a una subasta de mulas en Tennessee y muchos de los propietarios me contaron que estaban vendiendo sus animales porque ya no podían costear el gasto que

suponía alimentarlos. Si miras en PetFinder.com, te encontrarás con el habitual despliegue de perros y gatos callejeros, pero también verás una sorprendente cantidad de perros de raza. Doy por hecho que, al igual que nuestra perrita, muchos los ofrecen personas que se hicieron con ellos cuando el mundo era un lugar bastante más brillante.

Tener que dar tu mascota, como es lógico, no resulta tan peligroso o terrible como perder la pensión, el seguro médico o la casa, pero entraña una pérdida de bienestar y compañía tanto real como simbólica, y sobre todo la felicidad y la sensación de normalidad —una gallina en cada corral y un perrito en cada hogar— que parecen ser, bueno, lo que se supone que es la vida. Me alegra haber adquirido la perrita y me alegra haber ayudado a alguien, pero tampoco dejo de pensar en cómo funciona la época en la que vivimos.

De temporada

Todos los clichés que se cuentan sobre vivir rodeado de naturaleza —la armonía con la tierra, sentir el ciclo de las estaciones— resultan ser ciertos. Notar la llegada del invierno es inevitable aquí. Las gallinas dejaron de poner huevos hace una semana; el jardín ha adquirido una tonalidad marrón y sombría; el ganado, que había estado comportándose como ositos de peluche en las últimas semanas, ha tenido que ser encerrado en sus cuarteles de invierno. Incluso mis gatos se han visto poseídos por el espíritu de la estación, atiborrándose con el máximo de comida para gatos que les he dado sin pensarlo mucho. El otro día, me di cuenta de que no había notado sus costillas desde hacía semanas. Un ejército de ratones ha enviado una avanzadilla a mi cobertizo y han decidido que la comida para gallinas que allí se almacena es la provisión para ratones que ellos habían pedido durante la primavera. Las mariquitas han aparecido como salidas de la nada para ubicarse entre mi ventana y las mosquiteras. No sé si quieren entrar o salir, pero en cualquier caso están dispuestas a morir en el intento. El

ciervo, que suele estar contento de poder comer la hierba y los arbustos más alejados de nuestra casa, ha empezado a acercarse para probar, a modo de aperitivo, las hostas que planté en primavera. Todos los días hay anuncios de venta de leña y de servicios de retirada de nieve en el buzón o bajo los limpiaparabrisas de mi automóvil como si fueran notas de amor de temporada cada vez que aparco el coche. Nunca he sido buena recordando fechas, y ahora ya no tengo que hacerlo. La única señal que necesito para saber que el invierno ya ha terminado es cuando llega el primer catálogo de bombillas y las gallinas vuelven a poner huevos.

Pelea de gatos

He pasado los últimos seis meses intentando negociar un acuerdo de paz unilateral entre mi gata *Gary* y una bonita gata vagabunda que apareció en nuestra propiedad durante el verano y, pasito a pasito, haciendo uso de su encanto y su capacidad de persuasión, ha acabado viviendo en nuestra casa. También tenemos otro gato, un macho grande de color caramelo llamado *Leo*. Se ha tomado la introducción de una nueva gata con calma, con el estudiado desinterés y la somnolienta indiferencia con la que los gatos suelen comportarse en esta clase de situaciones, pero *Gary* es harina de otro costal. Está obsesionada con la nueva gata, la mira desde el otro lado del salón como si fuese algún tipo de alucinante escultura cinética o, lo que es peor, como si fuese una malvada espía. La principal afición de la vagabunda —a la que llamamos *Mittens*— parece ser dormir, algo que intenta practicar incluso cuando *Gary* la mira con todo el odio del que es capaz. Al principio no ocurre nada, lo que significa que el aire está cargado de la tensión de lo inminente. Entonces empieza a sonar ese ruido típico de cuando los gatos se chillan entre sí. ¿Podríamos definirlo como un estallido electrónico filtrado a través de un amplificador roto? ¿Como intentar arrancar el coche cuando el motor ya está en marcha, con ese horrible y explosivo chirrido? La pelea ha empezado.

Me resulta interesante porque no tienen ningún motivo real para pelearse. En la casa hay mucho espacio para ellas, pueden mantener las distancias, y una infinidad de espacio fuera para lo mismo, comida de sobra y, por lo que he visto, no hay ningún tipo de romance truncado. La jerarquía en casa parece bien establecida. *Mittens* ha aceptado estar a la sombra de *Gary*, a *Leo* no pueden importarle menos las cuestiones de poder y al perro todo esto le parece, como cualquier otra cosa de la vida, trepidante. Entonces ¿por qué se pelean esas dos criaturas? Estoy convencida de que los animales tienen un corazón puro, que son eficientes en sus emociones. Admiro el hecho de que no pierdan el tiempo odiándose si no tienen un motivo específico para hacerlo. La comida, el refugio, el dominio y los asuntos amorosos parecen ser las únicas cosas que importan, y una vez que esas necesidades están resueltas, ¿qué más se puede decir? ¿Podría tratarse de un conflicto de personalidad? ¿*Mittens* le resulta antipática a *Gary*? Sería una gran decepción. Significaría que los animales son tan imperfectos como lo somos nosotros, susceptibles a pequeños malentendidos y conflictos sin sentido y capaces de hacernos ruidos desagradables los unos a los otros a pesar de que, en realidad, no tengamos nada que decirnos.

La vagabunda

A riesgo de caer en el profundísimo agujero de la obsesión por los gatos, tengo que contaros el siguiente capítulo de la historia de *Mittens*, la gata vagabunda que se presentó en nuestra casa hace unos pocos meses. Durante algún tiempo ignoramos a la gata, que apareció de la nada un día y después estuvo rondando por el jardín, acechando como un ladrón de coches, excepto cuando se enfrentaba a base de aullidos con *Gary*, nuestra mandona gata alfa. Después de varias semanas, *Mittens* —como la bautizó mi hijo— fue acercándose pasito a pasito a la puerta de atrás. A pesar de que recibí las habituales advertencias sobre que podíamos no quitárnosla de encima jamás si cedíamos, empecé a darle de comer

y a crearle un rincón cómodo en el escalón de atrás para que durmiese. Cuando llegó el invierno y *Mittens* seguía por aquí, la dejé entrar. Me resultaba imposible verla a través de un velo de copos de nieve sin sentirme culpable y preocupada. Tal como esperaba, *Mittens* alteró el delicado equilibrio de la dinámica animal de mi casa, pero creía que era lo que había que hacer.

Mientras tanto, busqué entre los carteles de gatos perdidos para ver si aparecía la penetrante mirada y la esponjosa cara negra de *Mittens* en ellos. No encontré nada.

La gata se comportaba como un primo desempleado que te visita sin tener una fecha fija de partida y acaba quedándose: está ahí, aunque no del todo, hasta que te das cuenta de que el primo ha colgado su ropa en el armario y empieza a recibir correo. *Mittens* se convirtió en una especie de residente extranjera, quisiéramos o no. Al final, decidí que si se iba a quedar con nosotros tenía que llevarla al veterinario para que la examinase. También me preocupaba, sobre todo, que pudiera ser una embarazada adolescente. Su vientre era muy redondeado y se pasaba todo el rato durmiendo, e hizo que me plantease si había futuros bebés *Mittens* en camino. Estando en el veterinario, quise que la escaneasen para ver si tenía algún chip identificativo. Me parecía muy improbable, pues daba la impresión de estar comida por los bichos cuando apareció, y me llevó a pensar que era una gata de granero, medio salvaje, y no el tipo de animal mimado del que alguien se ocupaba y que pasaba por ese tipo de trámites.

Pero la veterinaria me dio otras sorpresas.

—Tu gata es un chico —me dijo.

—Supongo que no está embarazada —repliqué en un alarde de inteligencia.

—No.

—¿Cuántos años tiene? ¿Uno? ¿Tal vez dos? —pregunté.

—Diez —respondió la veterinaria—. Como mínimo.

Se llevaron al gato —*Mittens*, «mitones». «¿No es un nombre un poco humillante para un macho?», me pregunté de repente— para pesarlo y escanearlo en busca del microchip.

—Tiene chip —me dijo la veterinaria colocando mi viejo y

gordo gato macho sobre la mesa de examen.

La dirección del chip estaba a unos setenta kilómetros de distancia de nuestra casa. *Mittens*, el gato más dormilón y gandul del planeta, ¿había recorrido setenta kilómetros hasta nuestra puerta? Resultaba desconcertante. No creía poder soportar más sorpresas, así que me fui a casa.

Esa tarde llamé al número que aparecía en el microchip. En mi estado de agitación, primero lo marqué mal y contestó una mujer de la parte oeste de Nueva York, que me dijo que lamentaba mucho que *Mittens* no fuese su gato y añadió que conduciría los trescientos kilómetros hasta nuestra casa para recogerlo si necesitaba un nuevo hogar.

—Mi marido es alérgico —dijo—, pero tal vez aprenda a vivir con ello.

Le di las gracias y volví a marcar el número de teléfono, esta ocasión correctamente. La mujer, llamada Linda, respondió y me escuchó mientras le explicaba que había conseguido su número del chip subcutáneo del gato.

—Vaya —respondió Linda—, ¿tienes a *Gomez*? ¡Dios mío! ¿Cómo está *Gomey*?

—Está bien —dije—. Está en mi casa. No me puedo creer que recorriese toda esa distancia.

Resultó que no la había recorrido. Linda me dijo que había adoptado al gato en un refugio hacía tres o cuatro años y lo había tenido consigo durante un breve periodo de tiempo, pero se hacía pis en todas partes y no se llevaba bien con sus otros gatos, así que lo llevó de vuelta al refugio. Una amiga de Linda se enfadó mucho con ella por devolver al gato, así que fue al refugio y rescató a *Gomez*. Por alguna razón, sin embargo, la amiga tampoco pudo quedárselo y se lo dio a una mujer que no vivía muy lejos de mi casa.

Temía estar perdiendo el hilo.

—¿De quién es el gato? —pregunté.

—Es difícil decirlo —me explicó Linda. Me dijo que llamaría a su amiga, la que lo había sacado del refugio.

A la mañana siguiente, mi teléfono sonó antes del desayuno.

—¿Qué le vas a hacer a *Gomez*? —me gritó una voz áspera en cuanto dije hola—. ¿Por qué vas a abandonarlo?

—¿Cómo? —le grité de vuelta—. ¡No voy a abandonarlo! ¡He estado cuidando muy bien de él durante meses! ¡Solo estoy intentando descubrir si tiene otro hogar!

Durante un instante se mantuvo en silencio y después dijo:

—Es que me enfadé tanto con Linda por devolverlo al refugio que tuve que volver a buscarlo. ¡No puedo tener más gatos! ¡Tengo montones de gatos!

—Entiendo —contesté, aunque no estaba segura de entenderla.

—Así que cogí a *Gomez* y encontré a una mujer..., una de esas mujeres a las que les gustan los gatos, tiene un millón, y perros, e incluso tal vez cerdos, y le di bastante dinero y se llevó a *Gomez*, pero creo que lo tenía encerrado en un sótano y se limitaba a lanzarle comida de vez en cuando.

—Tal vez por eso se escapó —dije.

—Si fuera tú no la llamaría. Se llevó bastante dinero por cuidar a *Gomez*, pero lo metió en el sótano.

Se tomó una pausa para fumar y después retomó sus insultos contra Linda. Finalmente, preguntó:

—¿Te lo vas a quedar?

Le dije que había acabado encariñándome con el gato. Era el más cariñoso de mis muchos animales, quizá porque era el más agradecido y su avanzada edad me hacía sentir una ternura especial por él. Había ido de un sitio a otro tantas veces que no soportaba pensar que volviese a vivir lo mismo; y ni siquiera habíamos explorado los seis años de vida que había pasado en el refugio donde Linda lo encontró.

Cuando hablé con Linda, le di mi dirección porque me dijo que tenía los registros veterinarios del gato. Llegaron pocos días después de nuestra llamada. A pesar de que se lo había llevado y después lo había devuelto, había sido una propietaria responsable. Le había colocado un microchip y había gastado 200 dólares para que lo examinasen, lo desparasitasen y lo vacunasen. Según los registros veterinarios, el día que llegó la carta de Linda el gato

cumplía once años.

Gallinas de primavera

Ha sido un invierno duro. A pesar de que todavía hace frío y el sol es pálido y débil, las gallinas, los pavos, las gallinas de Guinea y los patos están ya de un humor festivo. Se ha reemprendido la actividad ponedora. Hay barro por todas partes. Había tanta nieve alrededor del gallinero este invierno que el comedero, colocado sobre unos bloques de cemento, quedó sepultado. Durante la peor parte de la estación, las gallinas se negaron a salir del gallinero.

—¡Necesitáis un poco de aire fresco! —les decía empujándolas suavemente y sintiéndome como la maestra de una guardería.

Si hubiesen tenido labios, habrían sacado el de abajo y hecho pucheros. En cualquier caso, no querían salir.

Por otra parte, mis pavos debían de bombear líquido anticongelante por sus venas. A pesar de que pasé muchísimo tiempo buscando un lugar adecuado para ellos, e incluso más tiempo aun preparando un hogar grande, y bastante feo, para que estuvieran cómodos y lo pasasen bien, y a pesar de que gasté una considerable cantidad de dinero adquiriendo esa casa grande y fea e instalándola con unos pilares adecuados, mis cuatro machos Royal Palm resultaron ser totalmente resistentes al mal tiempo e intolerantes respecto a la nueva casa y eligieron pasar las noches más duras y oscuras durmiendo sobre un tronco. Gracias, pavos. Las gallinas de Guinea —testigos de mi exasperación, tal vez— decidieron colonizar la casa de los pavos. En fin. Es imposible razonar con los pavos o con las gallinas de Guinea. Estaba muy preocupada por mis dos patos, *Donald* y *Donald*, porque no eran míos —eran un préstamo de mi vecina— y supuse que si no disponían de un estanque se volverían locos. Preparé para ellos una piscinita infantil, pero el agua se congeló hasta tal punto que no podías romper el hielo ni con un martillo. Los patos, incluso sin estanque, parecían estar bien, aunque su estado de reposo me

parecía más bien una muestra de inquieta ansiedad, como si fuesen organizadores de eventos a los que no les están pagando bien.

Perdí dos gallinas durante el invierno: *Tookie* y *Estatua de la Libertad*, mi maravilloso gallo. Como ya he contado, un año antes le había dado mi gallo sociópata, *Laura*, al valiente de mi vecino, que a cambio me había entregado a *Libertad*. Tanto *Tookie* como *Libertad* eran mayores (*Tookie* tenía casi cuatro años y *Libertad* unos seis), así que el duro invierno seguramente fue demasiado para estos animales. Las otras gallinas que había perdido en el pasado habían sido víctimas de depredadores, excepto *Gallina Orlean*, que sufrió una enfermedad vírica imposible de diagnosticar y hubo que sacrificarla. La tierra estaba tan dura debido al frío que ni siquiera pude enterrar a las aves. Lo siento, *Tookie* y *Estatua de la Libertad*. Me alegro de que por fin haya llegado la primavera.

Garrapatas

El horror de la primavera nos acecha. Sí, los primeros brotes son un encanto, y el primer roce del sol, el cálido aroma de la tierra, los adorables cachorros de animales húmedos debido a la creación, bla, bla, bla. Pero, dicho de otra forma, la primavera trae junto a su amable florecer una tonelada de garrapatas, esos miserables, impíos, inútiles y mortíferos parásitos que convierten la primavera rural en una sangrienta y aterradora película gore. Todo el placer que siento con la llegada de la primavera se va al traste en cuanto mi perro regresa después de estar dando saltos alegremente en el jardín y compruebo que se le han enganchado encima veinte garrapatas. (No exagero; de hecho, con el objetivo de no producir asco en mis lectores he reducido el número de las que suelo encontrar.)

Mi momento más bajo lo experimenté la semana pasada, cuando estaba bañando a mi hijo y descubrí una garrapata en su cuero cabelludo. Esa fue la gota que colmó el vaso. Salió a la superficie lo peor de mi ser, me convertí en una valquiria y maté a la garrapata en un arrebato de loca venganza; no solo la aplasté

sino que la pisé, la partí en dos y la tiré en el váter mientras gritaba. Reto a cualquiera a que me diga qué tienen las garrapatas de positivo y cuál es su propósito en el gran ciclo de la vida, más allá de resultar desagradables. No tienen ninguno. Toda criatura que se alimenta de garrapatas podría comer cualquier otra cosa. Son horribles. Chupan sangre, y eso, a nivel muy primario, está mal.

No hay mucho que hacer para acabar con las horribles garrapatas más allá de segar tus prados (algo que hicimos) y revisar a cada uno de los miembros de la familia todas las noches al estilo de los monos (algo muy positivo para la dinámica familiar, la verdad). Como ya señalé, el mito de que tener una gallina de Guinea te librará para siempre de las garrapatas seguramente fue una campaña iniciada por el *lobby* de la industria de las gallinas de Guinea, porque no tiene ningún sentido. Siempre tenemos cerca una buena provisión de doxiciclina, llevamos calcetines blancos altos y cruzamos los dedos.

La última semana, durante los días del calor, debió de producirse una nueva eclosión de garrapatas, porque el perro y los gatos estaban plagados de ellas y encontramos también montones en el suelo. Tuve que pasar la noche en la ciudad y, sinceramente, fue maravilloso. Estaba tan agobiada con las garrapatas que la idea de verme rodeada por un entorno de cemento durante una noche me pareció todo un regalo. Tenía planeado dormir en el apartamento de mi hijastro. Pero cuando estaba preparándome para salir, me llamó y me dijo que tal vez sería mejor que me quedase en algún otro sitio, porque acababan de confirmar un caso de chinches en su edificio.

Me rindo.

Pasando lista de los animales

Ha llegado el verano y, tomando prestada una frase que utilizan los restaurantes cuando hacen reservas, estamos al completo... en lo que a animales se refiere. Nuestras visitantes veraniegas, doce reses

Black Angus, llegaron hace unos días y probablemente se quedasen maravilladas al ver nuestros pastos, con alfalfa hasta la altura de la cintura. Las reses son jóvenes y pequeñas, así que cuando están pastando casi desaparecen tras la hierba; apenas son formas oscuras desplazándose entre el verde, como pequeñas nubes de tormenta atravesando el cielo. Si comen, como lo hacen, una docena de veces al día, ganarán un kilo cada veinticuatro horas, lo que significa que pronto la hierba perderá altura y las reses crecerán. No les hemos puesto nombre, pero las llamamos con mucho cariño por el número de las plaquitas que cuelgan de sus orejas cuando nos visitan y les damos tentempiés.

También tengo nuevas gallinas. He adquirido cuatro jóvenes flor sueca, una rara especie con un nombre que impacta a la gente siempre que lo digo, no sé muy bien por qué. Los pollitos tienen manchas y son adorables. Me dijeron que esa especie era muy apreciada en Suecia y que a los especialistas suecos en gallinas no les apasiona exportarlas. Lo único que dijo la persona que me las dio fue que «alguien», usando un sujetador muy amplio, introdujo un par de ejemplares de esa especie en Estados Unidos. Creo que lo más seguro para mí será no saber nada más sobre esos oscuros tejemanejes, aunque no puedo evitar dedicarle algo de tiempo a imaginar cómo sería transportar dos gallinas en mi sujetador en un vuelo transatlántico.

La sociedad que forman las gallinas aborrece el vacío, así que en cuanto *Tookie* y *Estatua de la Libertad* murieron este invierno, su posición dominante como macho y hembra fue ocupada por otras gallinas. *Helen*, una robusta Rhode Island roja, es ahora la gallina alfa; *Frowny*, una gruesa bola de plumas blanca con una expresión amenazadora se ha convertido, literalmente, en el gallo del corral.

Mi marido me dijo que me regalaría un burro por mi cumpleaños, y me habría puesto manos a la obra de inmediato si no fuera porque existe la posibilidad real de que nos vayamos a Los Ángeles durante un tiempo, a partir de este mes de septiembre. Así que, en lugar de ampliar mi colección de animales, estoy haciendo inventario para intentar descifrar qué podemos llevarnos y vamos a tener que dejar (temporalmente) atrás. Me pregunto hasta qué

punto resulta práctico tener pavos en el barrio de Studio City.

Trasladando a los animales

En cuestión de semanas, mi marido y yo lo empaquetaremos todo, excepto nuestra ropa de invierno, y nos iremos a Los Ángeles hasta la próxima primavera. Él tiene negocios allí, yo no soy más que una civil que acompaña al ejército. Es toda una muestra del carácter extraño y especial de mi vida que lo primero que la gente me pregunte cuando se entera de la noticia no sea «¿Cómo te sientes ante la idea de que vas a vivir en Los Ángeles?» o «¿Le gustará a tu hijo vivir allí?», sino «¡Oh, Dios mío! ¿Qué va a pasar con las gallinas?». Se trata de un problema que me he buscado yo solita, lo admito. El hecho es que, estos días, la cuestión que probablemente más tiempo ocupa mi pensamiento es qué va a pasar con mis animales.

Con algunos de ellos la respuesta es sencilla. Las reses, por ejemplo, se quedarán en Nueva York, con las personas que van a cuidar de nuestra casa. (Aunque, ¿de verdad sería tan extraño tener doce Black Angus en el jardín de nuestra casa en Los Ángeles?) Los patos, los pavos y las gallinas de Guinea, que necesitan más espacio del que tendremos en California, se quedarán, aunque estoy segura de que preferirían venirse con nosotros. (¡Menuda forma de romper el hielo con los vecinos!) La perra, por supuesto, se vendrá con nosotros. Resulta curioso cómo, en ocasiones como esta, se traza la línea entre los animales que están más conectados con el paisaje (las reses, por ejemplo) que sus amos humanos, y aquellos animales (perros) que son otros miembros más de la familia. No serías capaz de dejar a tu perro con un cuidador, como no serías capaz de hacerlo con uno de tus hijos. Los gatos y las gallinas, sin embargo, hacen de puente en esa frontera.

Gallinas. En Los Ángeles es legal tenerlas, siempre y cuando estén a una respetuosa distancia de los vecinos, y, a decir verdad, en la ciudad hay una amplia red de amantes de estos animales.

(Acabo de conseguir mi camiseta de Los Angeles Urban Chicken Enthusiasts, cortesía de uno de sus miembros.) Pero nuestro jardín en California es pequeño. Además, hay montones de coyotes y linces rondando por el vecindario y no son tan escuálidos como los de la costa este: como todo en Los Ángeles, los coyotes que he visto parecen pasarse el día trabajando con un entrenador personal. La idea de tener un imán para coyotes en el jardín, un lugar al que podrían acceder para seguir haciendo ejercicio, me resulta aterradora. Al menos de momento, las gallinas se quedarán aquí.

¿Y los gatos? Aunque sigo sin entenderlos —para mí son como estudiantes extranjeros de intercambio durante un semestre—, ahora tenemos tres y me siento muy unida a ellos. Están *Gray*, una pequeña gata de granero, *Leo*, un melancólico macho que recogimos en un refugio de la zona, y *Mittens*, el vagabundo, que ahora es miembro de la familia de pleno derecho. Los tres están acostumbrados a ir y venir a su antojo, y en Los Ángeles esto significaría convertirse al instante en aperitivo para los coyotes. (¿No resulta curioso que trasladarse desde la zona rural del estado de Nueva York al centro de la segunda ciudad más grande del país signifique tener en cuenta la presencia de más depredadores en lugar de menos?) Los gatos en Los Ángeles, en otras palabras, o lo son de puertas adentro o se les puede dar por perdidos. ¿Podría convencer a mis gatos de que haber entrado y salido de casa durante los últimos años fue un gran error? ¿Cómo reaccionarían a algo así? A última hora de la noche, nos imagino en nuestra pequeña casa de Los Ángeles con los tres gatos apretándose contra las ventanas, maullando. Es entonces cuando tengo que recurrir a los somníferos.

Hemos hablado de la posibilidad de llevarnos a uno de los gatos; tal vez al que parezca más capaz de adaptarse a la vida puertas adentro. Sería *Mittens*, porque es mayor y perezoso. Por otra parte, *Leo* tiene problemas de corazón, así que tal vez deberíamos llevárnoslo a él para asegurarnos de que recibe el cuidado adecuado. Pero eso supondría dejar a *Gary* y a *Mittens* juntos en Nueva York, y se odian. Podríamos... Bah, da igual. Esa es la clase de asunto que supongo que decidiremos en el último

momento, porque si amas a los animales y tienes que dejarlos atrás, aunque sea solo durante poco tiempo, no hay forma fácil de solucionar la cuestión.

Precaución: cabras trabajando

El otro día, el *New York Times* informó de que la ciudad de Los Ángeles está utilizando un rebaño de cabras bóer sudafricanas para segar la hierba de algunas propiedades municipales de difícil acceso. Debido a mi inminente traslado a Los Ángeles, me hizo ilusión escuchar algo así. Me gusta la idea de vivir en una ciudad que utiliza cabras como trabajadores municipales. Y, por lo visto, no soy la única a la que le gusta esa idea. Parece ser que las cabras segadoras se han convertido en toda una atracción y montones de personas se reúnen para verlas trabajar comiendo hierba. Los animales suelen causar ese efecto en la gente, logran que incluso cosas mundanas parezcan encantadoras. ¿Cuándo fue la última vez que oíste que un montón de gente se había reunido para ver cómo cortaban el césped? No estoy del todo convencida del alcance de las aptitudes de las cabras, pero está muy bien pensar que tal vez sean ascendidas en su trabajo. Si pudiesen entrenarlas para cumplimentar multas de aparcamiento, entregar citaciones o cobrar recibos, quizá podrían lograr que esas profesiones fuesen menos despreciadas.

Estoy muy a favor de que los animales trabajen, aunque mi experiencia a la hora de contratar sus servicios ha sido un tanto compleja. Compré mis gallinas de Guinea para que se comiesen las garrapatas de nuestra propiedad, pero su efectividad ha sido deficiente. Los gatos llegaron para hacerse cargo de los ratones del sótano, pero no les gusta bajar al sótano porque, bueno, no sé por qué. Tal vez porque hay ratones. Tenemos hectáreas de hiedra venenosa, que al parecer las cabras adoran, y estuve a punto de comprar una pequeña cabra macho marrón llamada *Pepper* y asignarle la tarea de comerse la hiedra, pero entonces me advirtieron de que lo que se le daba bien era morderle el culo a la

gente. Analizando el ratio coste-beneficio —erradicar las hiedras venenosas frente a la integridad de mi trasero—, elegí el trasero. Incluso mis animales más vagos, sin embargo, realizan algún tipo de labor al estilo de los guardias reales. Son bonitos, divertidos o encantadores, y se han ganado el sitio simplemente estando ahí y siendo interesantes.

Adiós, por el momento

Lo hicimos. En 2011, recogimos nuestros bártulos y nos fuimos al oeste, acompañados por una limitada representación de nuestros animales: un perro y dos gatos. Los que no pudimos llevarnos con nosotros quedaron en las buenas manos de amigos y vecinos, que nos prometieron informarnos con regularidad sobre el estado de todos ellos. Debido a que nuestro traslado a Los Ángeles se consideraba algo temporal, los acuerdos sobre los animales también eran temporales. Estaba totalmente dispuesta a recuperar a mis criaturas en cuanto regresase a Nueva York en primavera.

En cuanto nos instalamos en L. A., descubrí que íbamos a enfrentarnos a toda una nueva experiencia animal. Nuestra casa estaba ubicada en un ámbito urbano, pero los animales abundaban. Los halcones y los búhos no te quitaban el ojo de encima durante todo el día. Por la tarde, pandillas de coyotes flacos y huraños rondaban junto al buzón en busca de cachorritos de perro y de gato para zampárselos. Un día, al anochecer, di una vuelta por nuestra manzana y entreví la inconfundible silueta de un lince. Hay pumas por los alrededores. Ese primer invierno, el puma conocido como *P-22* sacó algo de tiempo en su atareada vida gestionando sus cuentas en redes sociales y acampó bajo una casa no muy lejos de la nuestra. Un puma, por el amor de Dios. Estábamos en la segunda ciudad más grande de Estados Unidos y parecía que nos hubiésemos instalado en un diorama de historia natural.

Cuando se aproximaba la primavera de 2012, nos preparamos para regresar al valle del Hudson. Un par de noches antes de irnos

de Los Ángeles, las personas que cuidaban de nuestra casa en Nueva York llamaron con nefastas noticias. Un mapache había entrado en el gallinero y había llevado a cabo una masacre. Había matado a todas las aves: las gallinas, los patos y las gallinas de Guinea. Fue un golpe terrible. Durante mis años como cuidadora de gallinas, había aprendido a vivir con el hecho de que estos animales son, en el mejor de los casos, provisionales, porque da la impresión de que todos los elementos del universo conspiran para comérselas. La primera vez que perdí una gallina por culpa de un depredador lloré durante horas; la quinta vez, suspiré profundamente y me fui a comprar otra gallina. Pero esto tenía una escala diferente, era una aniquilación, y empecé a pensar que tal vez no podría soportar volver a tener gallinas.

Pasé el verano sin ellas. Me deshice de todo lo que me recordase esa pérdida. Eché abajo el cobertizo destrozado por el mapache y vendí el pequeño gallinero a un vecino que me dijo, encantado, que parecía una pequeña nave espacial para gallinas. Esta purga fue tal vez un poco exagerada, pero tuvo su lógica, porque habíamos decidido regresar a Los Ángeles para pasar otros ocho meses, así que reponer las aves de corral no tenía sentido.

Con el tiempo, empezamos a seguir cierto patrón: ocho meses en Los Ángeles y después regresábamos al valle del Hudson para pasar el verano. Los años fueron quedando atrás. Pasaba los veranos en el seno verde de nuestra granja, pero como nuestra estancia era limitada no podía justificar la presencia de gallinas. Y aun así. Y aun así. Me volvía loca estar allí sabiendo lo maravilloso que sería tener una bandada de gallinas siguiéndome a todas partes mientras cortaba las malas hierbas; lo maravillosos que serían mis desayunos con aquellos huevos tan cálidos que casi podían cocinarse solos.

Y entonces, cómo no, el destino actuó. Un viejo amigo del instituto me envió un mensaje en junio preguntándome si estaría interesada en tres gallinas y un afable gallo. Eran de su hermana, que había tenido que irse a la ciudad a buscar trabajo. ¿Cómo iba a decir que no? Me libré de todos mis recelos y compré otro Eglu. Las nuevas gallinas formaban una pandilla vivaracha y

encantadora y se sintieron en casa de inmediato. El gallo era un pequeño y alegre ejemplar de Bantam, del tamaño de mi mano, y estaba ocupado todo el día atendiendo a sus tres gallinas rojas. ¡Oh, me sentía tan feliz! Volví a encargarme de las gallinas con facilidad, sabiendo que se me iba a tener que ocurrir algo en agosto, cuando regresásemos a Los Ángeles otra vez. Me planteé la posibilidad de llevármelas conmigo; solo me lo planteé por el placer de hacerlo, aunque supiera que era muy mala idea. Aquellos coyotes que se reunían junto a nuestro buzón habrían estado encantados de que nos llevásemos a las gallinas a Los Ángeles, pero no en el buen sentido.

Me di cuenta de que no me había permitido establecer una relación tan intensa con esas gallinas probablemente porque sabía que nuestro tiempo era limitado. Siempre había disfrutado poniéndoles nombres a mis gallinas y, aunque llegasen a mí ya bautizadas, dejaba mi sello en ellas cambiándoles el nombre. ¡Hola, *Helen*, *Beauty*, *Tookie*, *Tweed* y *Mabel*! Las nuevas gallinas llegaron ya con un nombre y así se lo dejé, posibilitando una huida emocional cuando la despedida fuese inevitable.

Un día, la joven que limpia nuestra casa me dijo que estaba a punto de tener un bebé. Me quedé de piedra: es menuda como una ramita. Le pregunté por los detalles. Cualquier día de estos, me explicó, los huevos eclosionarían. Ajá. No sabía que se refería a sus gallinas, de ahí la confusión. Quería tener más pollitos, añadió, pero su gallo se estaba haciendo viejo.

—Yo tengo un gallo —le dije señalando el gallinero—, y va a necesitar un hogar.

De ese modo, cerramos el trato. María se llevaría con gusto mis tres gallinas y mi fértil gallo a su casa al final del verano, librándome de todas las preocupaciones sobre qué haría con ellos cuando nos fuésemos al oeste. Tanteé el terreno sobre la posibilidad de ocuparme de las gallinas el verano siguiente, pero no quería complicar las cosas demasiado. Como descubrí después, fue para bien. Nos gustaba nuestra casa en el valle del Hudson más que nada en el mundo. Pero regresar desde Los Ángeles empezó a resultar agotador, sobre todo porque no nos gustaba montar a

nuestras mascotas en avión, así que mi marido tenía que atravesar el país en coche para llevar al gato y al perro de vuelta a Nueva York. Después añadimos otro perrito, así que John tendía que trasladar a un perro, a un cachorro y a un gato. No se trataba tanto de un problema de conducción como de alojamiento: controlar a tres animales (cuando el gato, además, se oponía violentamente a todo aquello) en el coche y en las habitaciones de hotel era una pesadilla. La COVID-19 fue la gota que colmó el vaso. Pusimos a la venta la casa del valle del Hudson y el primero que fue a visitarla se la quedó. Así se cerró nuestro capítulo allí.

Fuimos a la granja una última vez para limpiarla para los nuevos propietarios. Fue difícil despedirse. Siempre había soñado que, algún día, tendría animales a mi alrededor, en la casa, en el jardín, observándome, salpicando el paisaje, cacareando por la mañana, mugiendo a la luz de la luna, ladrándole al viento, y allí había tenido todo eso. Disfruté con su amistad y sus rarezas, con el modo en que resultan obvios y, aun así, misteriosos, con sus colores y texturas, con sus pelajes y plumas, con los ruidos y los olores de su presencia. Me encantó la forma en que sus necesidades establecían el ritmo del día a día y cómo cuidar de ellos se convirtió en algo elemental y básico. Vivir rodeada de ellos, como lo había hecho en la granja, me resultó tan satisfactorio como había imaginado que sería.

Cuando la casa estaba ya vacía, di un último paseo. Mientras pasaba entre los árboles y cruzaba los campos para acabar llegando hasta donde había estado el gallinero, recogí unas pocas cosas que podrían recordarme a la granja para siempre y que quizá fuesen el presagio de que en el futuro, tal vez, volvería a sentirme en algún sitio tal como me sentí allí: un pedazo de cuarzo, una piña, un trozo de musgo y la pluma de una gallina, una pluma perfecta.

AGRADECIMIENTOS

Mi eterna gratitud a las publicaciones en las que estas historias aparecieron por primera vez, por creerme cuando insistí en que merecía la pena contar la historia de *Keiko* o la de la taxidermia o la de la Dama de los Tigres o... la que sea. Mi mayor agradecimiento va para *The New Yorker*, mi hogar desde 1987, y para mis editores allí, entre ellos Virginia Cannon, Chip McGrath, Tina Brown y, por encima de todos, David Remnick. Gracias también a los equipos del *Smithsonian* (a Arik Gabbai en particular), de *Atlantic* y de Amazon. Estoy en deuda con la maravillosa gente de Avid Reader Press y de Simon & Schuster, y todo mi reconocimiento a Jofie Ferrari-Adler y Jon Karp, y a Jordan Rodman, Tamara Arellano, Carolyn Kelly, Alison Forner y también para los olvidados héroes que manejan las imprentas, encuadernan los libros y hacen que todo esto sea posible. Enormes gracias a Kimberly Burns, ¡la mejor del mundo! A Richard Pine, como siempre, un gigantesco gracias. A mi familia (Debra, Dave, David, Steffie, Jay, Gabbie) y al equipo que tengo en casa, Austin y John, sois los mejores. A mis animales del pasado, del presente y del futuro: ¡dejad de morder las tapas del libro!

CRÉDITOS DE LOS TEXTOS

«Animalera»: Amazon Kindle Originals, 18 de mayo de 2011.
«El pájaro de moda»: *The New Yorker*, 28 de septiembre de 2009.
«Perro de concurso»: *The New Yorker*, 20 de febrero de 1995.
«La Dama de los Tigres»: *The New Yorker*, 10 de febrero de 2002.
«Cabalgando alto»: *The New Yorker*, 15 de febrero de 2010.
«Pequeñas alas»: *The New Yorker*, 13 de febrero de 2006.
«Acción animal»: *The New Yorker*, 10 de noviembre de 2003.
«¿Dónde está *Willy*?»: *The New Yorker*, 15 de septiembre de 2002.
«*Carbonaro* y *Primavera*»: *The Atlantic*, mayo de 2003.
«Realista»: *The New Yorker*, 9 de junio de 2003.
«El encantador de leones»: *Smithsonian Magazine*, junio de 2015.
«La pandemia de los conejos»: *The New Yorker*, 28 de junio de 2020.
«La bestia perfecta»: *Smithsonian Magazine*, enero de 2014.
«Perro perdido»: *The New Yorker*, 14 de febrero de 2005.
«Donde los burros trabajan»: *Smithsonian Magazine*, 31 de agosto de 2009.
«En la granja»: *The New Yorker*, 2010-2011, con una actualización de 2021 para este libro.

CRÉDITOS DE LAS ILUSTRACIONES

«Animalera»: Tutsi/Shutterstock.Com
«El pájaro de moda»: Tutsi/Shutterstock.com
«Perro de concurso»: Dietrich Pech/Shutterstock.com
«La Dama de los Tigres»: Valenty/Shutterstock.com
«Cabalgando alto»: LivDeco/Shutterstock.com
«Pequeñas alas»: Derplan13/Shutterstock.com
«Acción animal»: Simple Line/Shutterstock.com
«¿Dónde está *Willy*?»: DODOMO/Shutterstock.com
«*Carbonaro* y *Primavera*»: IrAnat/Shutterstock.com
«Realista»: ai_stock/Shutterstock.com
«El encantador de leones»: Navalnyi/Shutterstock.com
«La pandemia de los conejos»: DODOMO/Shutterstock.com
«La bestia perfecta»: Burunduk's/Shutterstock.com
«Perro perdido»: Beststock Productions/Shutterstock.com
«Donde los burros trabajan»: Simple Line/Shutterstock.com
«En la granja»: Valenty/Shutterstock.com

SUSAN ORLEAN

Susan Orlean es periodista y escritora. Publica de forma regular en *The New Yorker* desde 1992 y ha colaborado con medios como *The Globe, Rolling Stone, Esquire* o *Vogue*. Es autora de la novela *El ladrón de orquídeas*, cuya adaptación cinematográfica fue merecedora de un premio Óscar, y de varios libros de periodismo, entre los que se encuentran *Sábado noche* y *La biblioteca en llamas*, ambos publicados en España por temas de hoy. Este último es considerado uno de los mejores libros de no ficción que se han publicado en Estados Unidos en los últimos veinticinco años.

Animales
Susan Orlean

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *On animals*

Diseño de portada: © Atlantic-books

© Susan Orlean, 2021
© por la traducción, Juan Trejo, 2022
Corrección de estilo a cargo de Cristina Lizarbe

© Editorial Planeta, S. A., 2022
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2022

ISBN: 978-84-9998-923-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!